

LIBRO DÉCIMOSEXTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Que el rey de Granada pasó en Africa.

La tercera parte de la redondez de la tierra es Africa. Tiene por linderos á la parte del occidente el mar Océano Atlántico; á la del oriente á Egipto y al mar Bermejo, mar bajo y sin puertos; al setentrion la baña el mar Mediterráneo. Combatida por el un costado y por el otro de las furiosas olas del mar Océano, de anchísima que es, se estrecha y adelgaza en forma piramidal hasta rematarse por la banda del sur en una punta que llamaron primero cabo de las Tormentas, y hoy se llama el cabo de Buena Esperanza. Los moradores desta tierra son de muchas raleas, diferentes en leyes, ritos, costumbres, trajes, color y en todo lo al. Lo mas interior habitan los etiopes largamente derramados, todos de color bazo ó negro. Siguen luego los de Libia, y despues los nómidas, generaciones de gentes que se dividen entre sí, y parten términos por las altas cumbres y cordilleras del monte Atlante. Por la costa y ribera de nuestro mar se extienden los que por su propio nombre llamamos africanos, berberiscos ó moros. En esta parte los campos son buenos de pan llevar y para ganados; arboledas hay pocas, llueve en ellos raras veces; tienen asimismo pocas fuentes y rios. Los hombres gozan de buena salud corporal, son acostumbrados al trabajo y muy ligeros. Vencen las batallas mas con la muchedumbre de la gente que con el verdadero valor y valentía; sus principales fuerzas consisten en la gente de á caballo. En esta provincia Albobacén, noveno rey de Marruecos, de la familia y linaje de los Merinos, poseia por este tiempo un anchísimo imperio; habia con perpetua y dichosa guerra domado todos los príncipes comarcanos, y era el que parecia podia aspirar al señorío de toda España por ser muy temido de los cristianos, y por su persona hombre singular, de loables costumbres, dotado de muchas partes, así del alma como del cuerpo. Traia guerra con Botejefin, rey de Tremecen, llevando adelante en esto las enemistades que su padre con él tuvo. Esto era lo que le faltaba para acabar de sujetar toda aquella provincia y lo que le hacia estorbo para acometer á España, á que le incitaban las antiguas victorias de sus antepasados, y encendiale el deseo de restituir en España y adelantar el imperio de los moros. Mahomad, rey de Granada, como el que tenia pocas fuerzas, pasó el mar para verse con Albobacén, deseoso de que fuesen compañeros en la guerra y de revolver á Africa con España. Llegado á Fez, ciudad nobilísima de la Mauritania Tingitana, fué espléndida y magníficamente recebido y tratado del rey Bárbaro, puestas en olvido las contiendas viejas que antes tuvo, ca era enemigo de Ozmin y de su casa. Cada uno dellos procuró mostrarse al otro mas cortés, dadivoso y mas amigo. Llegaron á tratar de sus haciendas un dia para ello

señalado. El rey de Granada habló al rey Bárbaro en esta manera: «En España, poderoso Rey, apenas podemos sufrir la guerra; las fuerzas de mi reino están ya gastadas y la gloria de nuestra gente escurecida; no sabré fácilmente decir si los tiempos ó nosotros tenemos la culpa dello. En el postrer rincón de la Andalucía estamos ya retirados que con dificultad conservamos la libertad y la vida. Tengo vergüenza de decirlo, pero en fin lo diré; ojalá se nos concediera ser sujetos con algunas honestas y tolerables condiciones, y que pudiéramos estar seguros de que nuestros enemigos nos las guardaran; pero habémoslas con quien piensa que gana el cielo haciéndonos daño y engañándonos, y que para con nosotros no hay religion ni juramentos que les obliguen á guardarnos las treguas y capitulaciones que nos prometieren. Hácennos entradas cada año, quemánnos las mieses, echan fuego á las campos, arruinan los pueblos, y nos roban las mujeres, los niños y viejos y los ganados: no podemos ya respirar; vémonos en estado que nos sería mejor morir de una vez que sustentar vida tan llena de peligros y miseria. ¿Dónde está aquella valentía de nuestros antepasados, con la cual con increíble presteza, llenos de gloria y de victorias, corrieron la Asia, Africa y España, y con solo el miedo y fama de su valor juntaron naciones tan divisas y apartadas? Torpe cosa es no imitar los hechos valerosos de nuestros mayores; empero no sustentar la autoridad, gloria y reinos que nos dejaron es gran maldad y menzura. En estos trabajos y miserias hasta aquí nos ha sustentado la esperanza, puesta en tu felicidad, virtud y grandeza sin par; ahora me ha forzado á que, dejado mi reino, pasase en Africa á echarme á tus piés. Sóame de provecho confesar la necesidad que tengo de tu amital y amparo. Real cosa es corresponder á la voluntad de aquellos de quien eres suplicado; mas tomar la defensa de tu gente, amparar los miserables, ser tenido, como lo eres, por escudo y defensor de la santa ley de nuestros abuelos te igualará con los inmortales. Sujetados ya todos los pueblos de Africa y rendidos á tu poder, se ha de acabar la guerra y dejar las armas, ó las has de volver contra otras gentes. Muchos grandes príncipes fueron mas famosos durante el tiempo de la guerra que despues de alcanzada la victoria. Lo que se pierde con la descuidada y ociosa paz, se repara con las armas en la mano y con ganar nuevos reinos, fama y riquezas. Por vecinos tienes los españoles, que solo un angosto estrecho de tí los aparta, y ellos están divididos en muchos señoríos y se abrasan con guerras civiles; tan enemigos son entre sí, que no se juntaran puesto que vean armas extrañas en su tierra. Tú tienes fortísimos ejércitos, prácticos y experimentados con las continuas guerras; en la entrada de España fortísimos castillos muy á propósito para la guerra; á nos no faltan

soldados, armas, bastimentos y dineros con que poder-te ayudar. Todo lo que se ganare será tuyo; yo me contentaré con la parte que darne quisieres de la presa. El mayor premio que yo espero de la victoria es la venganza de una tan mala y abominable gente.» El rey Bárbaro respondió á esto que su venida le daba mucho contento, y le era muy agradable le solicitase para que juntasen las armas y hiciesen la guerra de consuno, que siempre les sucedió bien el tener ambas gentes amistadas, por el contrario de las discordias se les recrecieron graves daños. Luego que hobiese dado fin á las resultas de las guerras de Africa pasaria con todos sus ejércitos en España; de presente le parecia seria bien enviar delante á su hijo Abomelique con un buen golpe de gente de á caballo; que seria meter tales prendas en la empresa para continuar lo que entre ellos quedaba asentado. Entre tanto que esto pasaba en Africa, los moros de Granada y por sus capitanes Reduan y Abucebet entraron en tierra de Murcia, talaron y robaron los campos, destruyeron on particular y quemaron á Guardamar. Este es un pueblo llamado así porque está sobre el mar edificado á la boca del rio Segura. Con esta cabalgada llevaron cautivas mil y docientas personas. Venido el rey Mahomad á Granada, don Juan Manuel y los demás sediciosos se determinaron á tratar con él de conciertos; hicieron las amistades y alianza por medio de Pedro Calvillo, que andaba de una parte á otra en estos tratos. Estaban los pechos de todos tan llenos de una diabólica discordia, que sin tener memoria de la cristiana religion ni misericordia de los suyos, por hacer pesar á su Rey y vengar sus particulares enojos no echaban de ver ni curaban destos grandísimos apercebimientos de guerra que contra la misma cristiandad se hacian ni la tempestad que se armaba.

CAPITULO II.

Que Abomelique vino á España.

Vivia todavía doña Isabel, reina de Portugal, y aunque en lo postrero de su edad, tenia corazon y buen ánimo para tomar cualquier trabajo por la comun salud y paz pública. Rogó al rey de Castilla fuese á Badajoz. Destas vistas ningun mayor provecho resultó que visitar el Rey y acariciar con todo género de respeto y benevolencia á una santísima mujer, abuela suya. Venia el Rey desta ciudad cuando don Alonso de la Cerda, el que en vano tanto tiempo y tantas veces con grave peligro de la república movió guerra sobre el derecho del reino, con la edad mas cuerdo sin pensarle nadie se encontró con él en el lugar de Burguillos, y echándose á sus piés le besó la mano, señal entre los castellanos de honra y protestacion de vasallaje. Fué este hecho gratisimo al Rey, y á don Alonso saludable y de importancia, ca fué restituído en su tierra, y se le dieron ciertas villas con cuyas rentas pudiese sustentarse. Habíase casado en Francia con una nobilísima señora, llamada Madelfa, de la sangre de los reyes de Francia, en quien tuvo dos hijos, á don Luis y á don Juan. Don Luis, que era el mayor, vino con su padre á España; á don Juan como á pariente tan cercano el rey de Francia dió el ducado de Angulema, y despues le hizo su condestable, dignidad que hoy en Castilla ha quedado solo en una sombra y vano título casi sin poder ni jurisdiccion alguna; pero en

Francia en las cosas de la guerra es la suprema potestad y autoridad despues de la real. Llegó el Rey á Talavera, villa que está en la Carpetania, hoy reino de Toledo; en esta sazón Santolalla, que es un pueblo puesto en la mitad del camino entre Talavera y Toledo, era de don Juan Manuel. Deste pueblo salian bandadas de gente perdida á saltéar los caminos, mataban los hombres y robaban los campos; estos fueron presos por mandado del Rey, y convencidos de sus delitos, los castigaron con pena de muerte. Un semejante ejemplo de justicia mandó hacer en Toledo, de donde se fué á Madrid y á Segovia y á Valladolid. En esta villa doña Leonor le parió un hijo, que llamaron don Pedro, á quien dió el señorío de Aguilar del Campo. Para remediar la falta del dinero que padecia, con malo é imprudente acuerdo acuñó un género de moneda baja de ley, que llamaron cornados, de que se siguió gran carestía y falta en los mantenimientos, en grave daño y enojo del pueblo, porque falseada y adulterada la moneda, luego cesaron los tratos y comercio. Estando el Rey en Búrgos le vinieron embajadores de aquella parte de Cantabria ó Vizcaya que llaman Alava, que le ofrecian el señorío de aquella tierra, que hasta entonces era libre, acostumbrada á vivir por sí misma con propios fueros y leyes, excepto Victoria y Treviño que mucho tiempo antes eran de la corona de Castilla. En los llanos de Arriaga; en que por costumbre antigua hacian sus concejos y juntas, dieron la obediencia al Rey en persona; allí la libertad, en que por tantos siglos se mantuvieron inviolablemente, de su propia y espontánea voluntad la pusieron debajo de la confianza y señorío del Rey. Concedióseles á su instancia que viviesen conforme al fuero de Calahorra; confirmóles sus privilegios antiguos, con que se conservan hasta hoy en un estado semejante al de libertad, ca no se les pueden imponer ni echar nuevos pechos ni alcabalas. De todos estos conciertos hay letras del rey don Alonso, su data en Victoria, á 2 dias de abril del año de nuestra salvacion de 1332. En esta ciudad instituyó el Rey un nuevo género de caballeria, que se llamó de la Banda, de una banda ó faja de cuatro dedos en ancho que traian estos nuevos caballeros, de color rojo ó carmesí, que por encima del hombro derecho y debajo el brazo izquierdo rodeaba todo el cuerpo, y era el blason de aquella caballeria y señal de honra. No se admitian en esta milicia ó caballeria sino los nobles ó hijosdalgo y que por lo menos diez años hobiesen servido en la guerra y en el palacio real. No se recibia otrosí en ella los mayorazgos de los caballeros y señores. El mismo Rey fué elegido por maestro de toda esta junta y caballeria, honra y traza con que los mancebos nobles y generosos se inflamaban y alentaban á acometer grandes hechos y acabar cosas arduas. Esta caballeria mucho tiempo fué tenida en grande estima; despues por descuido de los reyes que adelante reinaron y por la inconstancia de las cosas se desusó de manera, que al presente no ha quedado della rastro ni señal alguna. Visitó el Rey la iglesia del apóstol Santiago en Compostella, y en ella se armó caballero; y en Búrgos él y la Reina fueron coronados por reyes. Hizo en ambas ciudades el oficio y ceremonia don Juan de Lima, arzobispo de Santiago. La Reina por su honestidad no fué ungida, demás que estaba preñada. Halláronse

presentes gran número de prelados; armó el Rey caballeros á muchos señores y nobles que le presentaron delante armados de todas piezas de punta en blanco; y aun se ordenó para adelante, y se guardó, que desta misma suerte se diese siempre y tomase la orden de la caballería. El público regocijo y contento que desto resultó destemplanaron y menoscabaron dos cosas de desgusto que sucedieron: la primera fué que se comenzó á tratar divorcio entre doña Blanca y don Pedro, infante de Portugal; la segunda que pretendia en lugar de doña Blanca recibir por mujer y casarse con doña Costanza, hija de don Juan Manuel; ambas á dos cosas eran pesadas y desabridas para el rey de Castilla. Doña Blanca era enfermiza y mañera, que no podia tener hijos. El principal autor y movedor deste divorcio Fernan Rodriguez de Balboa, prior de San Juan, aconsejaba á la Reina, cuyo chanciller era, lo procurase para vengarse en esta forma del amancebamiento tan continuado y feo de su marido. En esta sazón el Rey tuvo en la reina á don Fernando, que si viviera, fuera sucesor en el reino, y en doña Leonor, su combleza, á don Sancho, á quien dió la villa de Lledesma. Los dos nacieron en un mismo tiempo en Valladolid. Demás desto, Abomelique, hijo del rey de Marruecos, como quedó concertado con el rey de Granada, pasó el estrecho de Cádiz, y en Algecira se intituló rey della y de Ronda. Vinieron con él de Africa siete mil jinetes con codicia, intento y esperanza de enseñorearse de toda España. En el principio del año de 1333, á los 13 de enero, el arzobispo de Toledo don Jimeno de Luna celebró concilio en Alcalá de Henares, *indictione prima*, y del pontificado de Juan XXII el año diez y siete. Abomelique asimismo se puso sobre Gibraltar luego por el mes de febrero; combatiéronla sus gentes con mantas, torres y con todo género de máquinas militares. El Rey se detuvo algunos dias en Castilla la Vieja para apaciguar algunos alborotos de gente sediciosa; pero envió delante á Jofre Tenorio, almirante de la mar, y á los maestros de las órdenes militares para que por tierra socorriesen á los cercados; desigual ejército contra tan grandes fuerzas como eran las de los moros. Padecian grande falta de mantenimientos en la villa por culpa y negligencia de su alcaide Vasco Perez, que por hacer de la guerra granjería no la tenia apercebida de almacén y municiones ni de soldados. Por otra parte, el rey de Granada hizo entrada en tierra de Córdoba, grandes robos y quemas en los campos; tomó á Cabra, derribóle el castillo, y llevó cautivos todos sus moradores por traicion del alcaide, que llamó á los moros, y los metió dentro de la villa y les entregó el castillo. Gibraltar, despues de padecidos grandes trabajos y perdida la esperanza de poderse defender, en el mes de junio se dió á partido, salvas la libertad y vidas de los soldados y de los vecinos. El alcaide Vasco Perez, por acusarle su conciencia de la maldad cometida y temer la indignacion del Rey y el odio del reino, se pasó en Africa. Esta pérdida causó de presente grande dolor y puso para lo de adelante grandísimo miedo, por acordarse que la general pérdida y destruicion que los moros hicieron en España comenzó y tuvo principio por aquella parte. El rey de Castilla, pareciéndole que dejaba sossegados los sediciosos, hechos por todo el

reino grandes llamamientos y juntas de gente de guerra y puesto en orden un buen ejército, en lo recio del estío vino á Sevilla, tarde y sin ningun provecho para el socorro de Gibraltar, que ya halló en poder de moros. Diéronle esta nueva de la pérdida de Gibraltar en Jerez; todavia con esperanza de cobrarla antes que los moros la fortificasen y municionasen con grande presteza fué sobre ella. Hallóse en esta jornada don Jaime de Ejerica con algunas compañías de aragoneses. Cerca del pueblo con varios sucesos se escaramuzó muchas veces; la batalla campal ambas partes la esquivaban. Abomelique no se descuidaba ni se ensoberbecia con la victoria; el Rey tenia esperanza de volver á ganar á Gibraltar. Desbarató sus intentos la falta de bastimentos que se comenzó á sentir en los reales, porque, aunque se traia continuamente gran copia dellos por el mar, la gran muchedumbre de gente brevemente los consumia. Por esta mengua muchos soldados desamparaban el-real y caian en manos de Abomelique, que tenia puestas celadas en los lugares que para esto eran mas cercanos y á propósito. Puso en esto tanta vigilancia y cuidado, que cautivó muchos soldados, y en tan gran número, que con gran deshonor y mengua del nombre cristiano se dice que se vendia un cautivo por una dobla de oro. Acudió el rey de Granada, con cuya venida Abomelique, y por ver nuestro ejército disminuido y sus fuerzas quebrantadas, cobrado nuevo esfuerzo y ánimo, se determinó de presentar al Rey la batalla; con esta resolucion sacó todo el ejército tres veces en campaña. Al rey de Castilla le pareció que ora el mejor consejo el mas seguro, ca fuera temeridad con vana esperanza de un buen suceso arriscar el todo y ponerlo á la temeridad de la fortuna y trance de una batalla. Los mas cuerdos y prudentes juzgaban asimismo que si tomaban á Gibraltar, que era á lo que allí eran venidos, todo lo demás se haria bien; á esta causa se resolvió de excusar la batalla. Cerraron pues todos los reales con un foso y albarrada para estorbar los rebatos de los enemigos; tiróse este foso dende el mar haciendo un cierto seno y vuelta, y yéndose encorvando conforme á la disposicion de los lugares, de manera que con la otra punta del arco tocaba en la otra ribera. Estas dos cosas interpretaban y creian los enemigos que se hacian de miedo, con que les creció el ánimo, y concibieron grande esperanza de la victoria. Mientras esto aquí pasaba, don Juan Manuel y don Juan Nuñez de Lara y sus amigos, puesta confederacion con el rey de Aragon, hacian gravísimos daños en la raya de Castilla. Habíaseles juntado don Juan de Haró, señor de los Cameros, caballero rico, poderoso y de muchos vasallos; así, de la parte que debian venir socorros y gente de allí resultó daño gravísimo. Por esto á pedimento de los moros les concedió el Rey treguas por término de cuatro años, á tal emperó que todavia el rey de Granada pechase y acudiese con las parias que solia; con tanto se quedó Gibraltar por los moros, no sin grande nota y menoscabo de la majestad real. El Rey, que consideraba prudentemente el peligro, juzgó aquellos partidos por honrados, que eran mas conformes al tiempo y aprieto en que se hallaban las cosas, sin hacer caso de las murmuraciones del vulgo ni de la que llama honra la gente menos considerada.

CAPITULO III.

De las muertes de algunos príncipes.

Hechas las treguas, los reyes de Castilla y de Granada se hablaron, y en señal de amistad comieron á una mesa; hicieronse asimismo á porfia ricos presentes, y diéronse el uno al otro joyas y paños de gran valor, cortés contienda y liberalidad en que el Moro quedó vencido, camino por do se le ocasionó su perdición y ruina. El rey de Castilla se volvió á Sevilla, salva y entera la fama de su valor, no obstante los malos sucesos que tuvo. Abomelique se partió para Algecira, y el rey de Granada caminó á Málaga con deseo de ver aquella ciudad. Allí los hijos de Ozmin, que á todas estas cosas se hallaron presentes, se conjuraron de matarle. Abominaban y blasfemaban dél; cargábanle que con la familiaridad y trato que tenia con los cristianos, á sí mismo y á su nacion y secta deshonraba. Acaso traía puesta una ropa que le dió el rey de Castilla; esto les encendió mas el enojo y saña que contra él tenían, y les dió mayor ocasion de calumniarle. Andaba con el Rey un cierto moro, llamado Alhamar, de la sangre y alcuña de los primeros reyes de Granada, mas noble que señalado ni de grande cuenta. A este tentaron primero los hijos de Ozmin, y le persuadieron que se vengase de la notoria injuria y agravio que se le hacía en tenerle usurpado el reino que de derecho le venia, y que castigase el grande desacato que contra su secta se cometa. Concertada la traicion, estando el Rey muy seguro y descuidado della, le mataron á puñaladas en 25 días del mes de agosto. Reduan, que á este tiempo era el caballero de mas autoridad y que habia sido alcaide y justicia mayor de Granada, á la sazón ausente, no supo cosa alguna ni fué en esta cruel traicion. Este procuró que un hermano del muerto, que se llamaba Juzef Bulhagix, fuese alzado por rey de Granada, como lo hizo; cosa soberbia y muy odiosa, dar el reino de su mano, mayormente dejando sin él á Ferraguen, hermano mayor del Rey muerto. Desta manera andaban las cosas revueltas entre los moros. Pasáronse al nuevo Rey los de Aguilar, don Gonzalo y don Fernando, hermanos, señores de Montilla y de Aguilar, caballeros poderosos en el Andalucía. Estaban estos caballeros, aunque no se sabe la causa, desavenidos y mal enojados con su Rey. Empezáronse á hacer robos y entradas en las rayas de los reinos, con que se rompieron las treguas que poco antes se concertaron. El rey de Castilla se detuvo en Sevilla mas tiempo del que se pensó y aun del que él quisiera; esperaba en qué pararian estos movimientos. Pasaran mas adelante los daños, y aun revolvieran guerra formada contra los cristianos, si Abomelique no fuera llamado de su padre y le mandara volver á Africa para que le sirviese en la guerra de Tremecen. Con su partida se volvieron á tratar treguas con el nuevo rey de Granada. Y en el principio del año de 1334 se concluyeron y asentaron por otros cuatro años, sin que el rey de Granada quedase obligado á pechar las parias y tributo que cada año solia; tanto era el deseo que tenia el Rey de quedar libre para castigar los sediciosos y alborotados. En este tiempo de un parto de doña Leonor de Guzman le nacieron al Rey dos hijos, don Enrique y don Fadrique, bien nombrados adelante. Primero pasó el invierno que el Rey pu-

diese desembarazarse de la Andalucía. A la primavera vino á Castilla, y fué á Segovia, y de allí á Valladolid. Los grandes que estaban rebeldes, como no eran tan poderosos que pudiesen hacer guerra, sino correrías y robos, comenzaron á ser molestados haciéndoseles daños y entradas en sus tierras, con que en el señorío de Lara fueron muchas villas tomadas por el Rey, como Ventosa, Bustos, Herrera; y lo demás que en tierra de Vizcaya tenian aquellos señores y no estaba acabado de allanar se recibió á merced debajo del amparo real. En una junta que se hizo en Guernica debajo de un antiquísimo árbol, á la usanza de vizcaínos, fué el Rey en persona jurado y le prometieron fidelidad. Algunas fuerzas y castillos quedaron todavia en aquella tierra por los de Lara, que no se quisieron dar al Rey, confiados mas en ser inexpugnables por el sitio y naturaleza de los lugares que en otra cosa alguna. Don Juan de Haro en su villa de Agoncillo por mandado del Rey fué degollado, y toda su tierra como de rebelde confiscada. La villa de los Cameros dejó á sus hermanos don Alvaro y don Alonso, porque del todo no perciese el señorío y el nombre desta ilustrísima casa. El alcaide del castillo de Iscar, confiado en su fortaleza y porque la tenia bien bastecida, cerró las puertas al Rey, por lo cual, siendo preso, le fué cortada la cabeza; aviso con que se entendió que ningun juramento ni homenaje hecho á los señores particulares excusa los desacatos que contra los reyes se cometen. Por estos mismos dias en los postreros del mes de agosto parió la Reina en Búrgos un hijo, que se llamó don Pedro, que por muerte de don Fernando, su hermano, por triste y desdichada suerte suya y de Castilla sucedió en fin en el reino. De doña Leonor nació al Rey otro hijo, llamado eso mismo don Fernando. En Aragon murieron dos hermanos de aquel Rey, uno en pos de otro. Don Jaime, maestre de Montesa, murió en Tarragona, donde antes renunció el derecho del reino; don Juan, arzobispo de Tarragona, en un lugar de tierra de Zaragoza que llaman Povo, á los 18 de agosto; enterraron su cuerpo en la iglesia de Tarragona dentro de la reja del altar mayor. Iba á verse con el Rey, su hermano. Sucedióle en el arzobispado Arnaldo Cascomes, obispo que era de Lérida. El rey de Aragon, aunque se hallaba en lo bueno de su edad, por sus continuas indisposiciones que le sobrevinieron, luego que se volvió á casar alzó la mano, no solamente de las cosas de la guerra, sino tambien del gobierno del reino; lo cual todo encargó á don Pedro, su hijo mayor. La reina doña Leonor, como aquella que mandaba al Rey, con sus continuos é importunos ruegos alcanzó dél que diese á sus hijos don Fernando y don Juan algunas villas y ciudades, entre las demás fueron Orihuela, Albarracin y Monviedro; recibia en esto notable agravio y perjuicio el infante don Pedro, ca le disminuian y acortaban un reino que de suyo no era muy grande. Acusábanle al Rey un juramento que los años pasados hizo en Daroca, en que se obligó y estableció por ley perpetua que no enajenaria cosa de la corona real. Murmurábase en el reino este hecho. Rugiase que el Rey no tenia valor y se dejaba engañar de las caricias y mañas de la Reina, que le tenia como enhechizado. Desta ocasion entre la madrastra y el alzado resultó un mortal odio, de que se siguieron grandes alborotos en el reino. La Reina, para hallarse

apercebida, suplicó al rey de Castilla tuviese por bien que se viesen; otorgó él con los ruegos de su hermana; viéronse en Ateca, aldea en tierra de Calatayud; el Rey prometió á la Reina de asistilla con sus fuerzas y no faltarle cuando le hubiese menester. Don Juan de Ejérica y su hermano don Pedro, que seguían la parcialidad de la Reina, quedaron animados á la servir y amparar cuando se ofreciese y por cuanto sus fuerzas alcanzasen.

CAPITULO IV.

De algunos movimientos de navarros y portugueses.

En el principio del año siguiente, que se contaba de 1335, don Juan Manuel, atemorizado con el mal suceso de don Juan de Haro y tomando escarmiento en el de Lara se reconcilió con el Rey. El contento del reino fué extraordinario por ver acabadas en tan breve tiempo cosas tan grandes, y por la esperanza de la paz y sosiego por todos tanto tiempo deseada. En las ciudades y villas se hicieron grandes regocijos, juegos y espectáculos públicos. En Valladolid se hizo un torneo, en que los caballeros de la Banda desafiaron á los demás caballeros y fueron los mantenedores del torneo; el Rey se halló en él, pero en hábito disfrazado porque se tornease con mayor libertad. Diéronse grandes encuentros y golpes sin hacerse mal ni herirse, salvo que algunos fueron de los caballos derribados. Despartióse el torneo, sin que se pudiese averiguar á cuál de las partes se debiesen dar los premios y prez y las joyas que tenían aparejadas para el que mas se señalase. Las cosas humanas, como son vanas é inconstantes, fácilmente se truecan y mudan y revuelven en contrario; y así, este universal contento se añubló con nuevas que vinieron de que se volvian á alterar los humores. El rey de Portugal persistía en su intento de repudiar á doña Blanca y de casarse con doña Constanza, determinado si no pudiese cumplir su deseo por bien de alcanzarlo por la espada, por lo menos meterlo todo á barato. El hijo mayor del rey de Aragon se concertó de casar con doña María, hija del rey de Navarra, anteponiéndola en la sucesion del reino, aunque era menor de edad, á su hermana doña Juana, si el Rey muriese sin dejar hijos varones. El autor destes conciertos fué el virey de Navarra don Enrique. Ambas á dos cosas fueron pesadas y desabridas para el rey de Castilla, porque se entendía que estas alianzas se hacían para ser mas poderosos contra él. A la verdad el infante de Aragon don Pedro, por el odio que tenía con su madrastra, se confederó con los navarros, que tomaron de sobresalto el monasterio de Fitero, que era del señorío de Castilla; exceso que por un rey de armas les fué demandado, y enviaron embajadores al rey de Aragon para quejarse destes desaguisados. Excusóse aquel Rey con su poca salud y alegar que no era poderoso para ir á la mano á su hijo en lo que hacer quisiese. Con esta respuesta de necesidad se hubo de romper la guerra. Envióse contra los navarros un grueso ejército y por capitán general Martin Portocarrero, porque don Juan Nuñez de Lara, en quien el Rey tenía puestos los ojos para que hiciese este oficio se excusó de aceptar. Juntáronse las gentes de la una parte y de la otra, dióse la batalla junto á Tudela, fué muy cruel y reñida, quedaron vencidos y des-

trozados los navarros y muchos dellos anegados en el rio Ebro. Entendióse haberles sucedido este desastro por falta de capitán, porque el virey don Enrique se quedó en Tudela por miedo del peligro ó por respeto de la salud y bien público, que dependía de la conservacion de su persona. Don Miguel Zapata, aragonés, no se halló en la batalla á causa que se entretuvo en fortalecer á Fitero, creyendo que el primer impetu de la guerra seria contra aquel pueblo. Mas ya que se queria fenecer la batalla se descubrió encima de unos cercanos montes de aquella campaña, con cuya llegada se relizo el campo de los navarros. Los aragoneses, como quier que entraron descansados, entretuvieron por un rato la pelea, pero al fin fueron desbaratados y vencidos por los de Castilla y preso su capitán; no fué tan grande el número de los muertos como se pensó. Los castellanos se hallaron cansados con el continuo trabajo de todo el dia, demás que con la obscuridad de la noche que cerró no se conocian, mayormente que todos por saber la lengua castellana apellidaban Castilla, ardid que les valió para que la matanza fuese menor. Por otra parte, los vizcaínos con su capitán Lope de Lezcano, destruida la comarca de Pamplona, tomaron en aquellos confines el castillo de Unsa. Con estos malos sucesos se reprimió la osadía y atrevimiento de los navarros y se castigó su temeridad. En un mismo tiempo se derramó la fama destas cosas en Francia y en España. Estaba entonces el rey de Castilla en Palencia enfermo de cuartanas, donde, por lástima que tuvo de los navarros, mandó á Portocarrero que no les hiciese mas guerra ni daños; pareciale quedaban bastantemente castigados, ora hobiesen tomado las armas de su voluntad, ora hobiesen sido á tomarlas forzados; sacóse el ejército de aquella provincia junto con el pendon del infante don Pedro, que le llevaron á la batalla, porque los grandes señores no rehusasen de ir á esta guerra, como si fuera á ella la misma persona real del Infante. La fama destes sucesos movió á Gaston, conde de Fox, á que viniese á restaurar las cosas malparadas de los navarros, obligado á ello por la antigua amistad que entre sí ambas naciones tenían y facilitado con la vecindad destes dos estados. Venido el de Fox, acometieron á Logroño, ciudad principal de aquella frontera. Salió contra ellos mucha gente de los pueblos comarcanos, y juntos con los ciudadanos de Logroño, pasaron el rio Ebro. Dieron en los enemigos, peleóse bravamente, y fueron vencedores los navarros. Recogieron en la ciudad los vencidos con propósito de se defender con el amparo y fortaleza de los muros. Ruy Diaz de Gaona, capitán y ciudadano de Logroño, hizo en esta retirada un hecho memorable, que con una extraña osadía, ayudado de solos tres soldados, defendió á todo el ejército de sus enemigos que no pasasen el puente, porque mezclados con su gente no entrasen el pueblo; murió él en esta defensa, y sus compañeros, que quedaron con la vida, defendieron el pueblo que no se perdiese, ca los navarros, viendo que no le podían tomar, se volvieron. En el tiempo que las cosas se hallaban en este estado sucedió que Juan, arzobispo de Rems, yendo en romería á Santiago, pasó acaso por esta tierra. Este Prelado era un varón muy santo y de grande autoridad entre estas dos naciones, por cuya solicitud y diligencia se concertaron y hicieron

paces; tanto á las veces puede la diligencia de un solo hombre, y tan grandes bienes dependen de su autoridad. En este mismo tiempo de tres reyes Albohacen, Felipe, de Francia, y Eduardo, de Inglaterra, vinieron tres honradas embajadas al rey de Castilla. Movianse á esto por la gran fama que tenia acerca de las naciones comarcanas. De Africa le enviaron muy ricos presentes; pedian se confirmasen las treguas que tenian asentadas los nuestros con los moros. El Inglés ofrecia una hija suya para que casase con el infante don Pedro. El Rey no aceptó este partido por la tierna y pequeña edad del Infante, de quien sin nota de temeridad ninguna cosa cierta se podian prometer ni asegurar. Todo esto pasaba en Castilla el año de 1335 de nuestra salvacion. Poco despues, entrante el año próximo, el rey de Aragon don Alonso murió en Barcelona á 24 de enero; varon justo, pio y moderado; por esto tuvo por renombre y fué llamado el Piadoso. Fué mas dichoso en el reinado de su padre que en el suyo á causa de la poca salud que siempre tuvo, que por lo demás no le faltó virtud ni traza, como se pudo bien ver por las cosas que hizo en su mocedad. A don Jaime, el hijo menor del primer matrimonio, dejó el condado de Urgel, y don Pedro quedó por heredero del reino. Los hijos del segundo matrimonio dejó heredados en otros estados, segun que arriba queda apuntado. La reina doña Leonor, por recelo que el nuevo Rey por los enojos pasados no le hiciese algun agravio á ella y á sus hijos, á grandes jornadas se fué luego á Albarracin, donde por ser aquella ciudad fuerte y caerle cerca Castilla, si se le moviese guerra, pensaba podria muy bien en ella defenderse. Los de Ejerica, por tener en mas el acudir al amparo y servicio de la Reina que cuidar de lo que á ellos tocaba, se fueron tras ella. Por estos mismos dias de Portugal nuevas tempestades de guerra se emprendieron. La avenencia que don Juan de Lara y don Juan Manuel hicieron con el Rey, no era tan verdadera y sincera que se entendiese duraria tanto como era menester. Todos entendian que mas les faltaban fuerzas y buena ocasion para rebelarse que gana y voluntad de ponello por obra. Traia en mucho cuidado á don Juan Manuel la dilacion de los casamientos de Portugal, y no osaba hacerlos sin la voluntad y licencia del Rey, ca temia no le tomase su estado patrimonial, que tenia grandísimo en Castilla. Don Pedro Fernandez de Castro y don Juan Alonso de Albuquerque, que se apartaron de la obediencia del Rey de Castilla, persuadian y solicitaban al rey de Portugal para que moviese guerra á Castilla; no pudieron estar secretos tantos bullicios de guerra y tantas tramas. Así, el Rey hizo nueva entrada en las tierras de don Juan de Lara y le tomó algunas villas y castillos, y á él le cercó en la villa de Lerma en 14 de junio. Combatiéronla de dia y de noche con mantas, torres, trabucos y con todo género de máquinas de guerra. Procuróse otrosí con los vecinos de la villa que entregasen á don Juan, ya con grandes amenazas, ya con promesas; ofrecianle la gracia del Rey y libertad á ellos y á sus hijos, con apercebimiento que si se tardaban en hacerlo los destruirian. Ninguna cosa bastó para que no guardasen una singular y gran lealtad á don Juan confiados en la fortaleza de la villa; ni los ruegos prestaron ni las amenazas para hacer que le entregasen. Vista su determinacion cercaron toda la villa alreedor

con fosos y trincheas. Talaron y destruyeron sus campos y heredades; enviaron otrosí algunas bandas de gente para que tomasen los pueblos de la comarca. Alargábase el cerco, y los cercados, por no estar bien proveidos, empezaron á sentir necesidad de bastimentos. Tenian poco socorro en don Juan Manuel, puesto que para mostrar su valor y ver si podria socorrerlos, salido de allí secretamente, se entró en Peñafiel, villa de su estado y cercana de Lerma. Poco faltó para que el Rey no le prendiese, ca sobrevino de repente. Tuvo noticia del peligro, huyó y escapóse. El de Albuquerque, mudado propósito, se redujo al servicio del Rey. El rey de Portugal por sus embajadores envió á rogar al Rey que alzase el cerco de Lerma. Extrañaba que hiciese agravio y maltratase á un caballero de tanta lealtad y en particular amigo suyo. Volviéronse los embajadores sin alcanzar cosa alguna. El rey de Portugal para satisfacerse juntó su ejército por las tierras de Castilla. A la raya cercó á Badajoz y la combatió con grande furia y cuidado. Envió asimismo con mucha gente á Alonso de Sosa para que robasen la tierra. Apellidáronse los de la comarca, encontraron los contrarios cerca de Villanueva, desbarataronlos, mataron y prendieron muchos dellos, con que avisaron y escarmentaron los demás portugueses para que no se atreviesen otra vez á hacer entrada semejante. El Rey mismo, por temer otro mayor daño si viniesen á las manos, con todo su ejército se tornó á Portugal. La villa de Lerma, asimismo destituida del socorro que de fuera esperaba y cansada con los trabajos de un cerco tan largo, se entregó en los postreros de noviembre. A don Juan Nuñez de Lara, sin embargo, recibió el Rey en su amistad, y por el camino que cuidaba perderse alcanzó grandes mercedes nuevas, y se le volvió su patrimonial estado que tenia en Vizcaya. Solo demantelaron á Lerma en castigo de su rebelion y para que otra vez no se atreviese á hacer lo mismo. En este año el rey de Marruecos aumentó sus reinos con el de Tremecen, cuyo Rey, su enemigo, venció y mató. Los moros de España cobraron con esto nuevas esperanzas, y á los nuestros creció el recelo de algunos nuevos y grandes daños que de aquella pujanza podrian resultar. Todos temian y con razon la guerra que de Africa amenazaba.

CAPITULO V.

Concedense treguas á los portugueses.

Blandeaba el rey de Castilla con los grandes que andaban alterados, y les hacia buenos partidos por atraerlos á su servicio. Sus caricias prestaban muy poco, por ser ellos hombres revoltosos, de seso mal asentado y astutos. Tuvo las pascuas de la Navidad de nuestro señor Jesucristo del año 1337 en Valladolid. Allí en el principio deste año hizo merced á don Juan de Lara del cargo de su alférez mayor, ca estaba determinado de recompensar con mercedes los deservicios y vengar con blanduras las injurias que le hacian. Con este artificio y con la intercesion de doña Juana, que era madre de don Juan de Lara, recibió en su servicio y perdonó á don Juan Manuel, hombre doblado, inconstante y que á dos reyes, al de Castilla y al de Aragon, los entretenia y traia suspensos. Fingia quererse confederar con

cada uno de ellos con intento de que si rompiese con el uno, quedase el otro con quien ampararse. Continuábase todavía los desabrimientos y diferencias entre el de Aragon y doña Leonor, su madrastra; tratóse de concordia por sus embajadores. Todavía el de Aragon, bien que daba buenas palabras, al cabo no hacia cosa. El rey de Castilla á ruego de su hermana fué á Aillon, villa que está en la raya de entrambos reinos. Allí la Reina se le quejó de los agravios y crueldad de su alnado, y con muchas lágrimas le suplicó recibiese debajo de su proteccion y amparo á ella y á sus hijos y á los grandes que seguian su parcialidad. El Rey estuvo suspenso. Pareciale por una parte inhumana cosa no favorecer á su hermana, y por otra deseaba mucho no divertirse antes de vengar los agravios recibidos del rey de Portugal. Finalmente, mandó á don Diego de Haro que, juntadas las fuerzas y soldados de Soria, Molina y Cuenca y de otros pueblos, hiciese entrada en Aragon. La reina doña Leonor, por Búrgos y Valladolid se fué á Madrid á esperar al Rey, que en razon de aparejarse para la guerra de Portugal, hacia grandes llamamientos de gentes para Badajoz, por donde cuidaba dar principio á aquella guerra. En esta sazón, de doña Leonor le nació al Rey otro hijo, que se llamó don Tello. Lo que mas tenia enojado al rey de Portugal era lo poco en que el de Castilla tenia á su hija la reina doña María, hasta decirse que trataba de repudiarla; parecíale que esta no era injuria que en manera alguna se pudiese disimular. De Badajoz con grandísimo ímpetu entró en Portugal; talaron los campos y hicieron la guerra á fuego y sangre. La destemplanza del tiempo causó al Rey una calentura en Olivencia, y le puso en necesidad de partirse de Badajoz en el mes de junio para Sevilla. Por estos mismos dias Jofre, almirante del mar por el rey de Castilla, talado que hobo y corrido la costa de Portugal, no léjos de Lisboa peleó con la armada de los portugueses, de quien era general Pecano, ginovés. La pelea fué brava y dudosa; al principio los portugueses tomaron dos galeras de Castilla; recompensóse este daño con que los de Castilla rindieron la capitana de los portugueses y abatieron el estandarte real. Esto causó grande temor en los enemigos, y por todas partes fueron desbaratados y puestos en huida. Era cosa horrenda ver en aquel espacioso y ancho mar huir, dar la caza, prender y matar, y todo cuanto alcanzaba la vista estar lleno de armas y tinto en sangre. Tomáronse ocho galeras, y seis echaron á fondo, y el general Pecano con Carlos, su hijo, quedó preso. Fué para aquella era esta victoria muy ilustre y rara, en tanto grado, que á la vuelta salió el Rey á recibir el Almirante, que entró en Sevilla con triunfal demostracion y aparato; la honra que se hace á la virtud inflama los ánimos valerosos para emprender cosas mayores. Halláronse presentes el arzobispo de Rems, embajador del rey de Francia, y el maestre de Rodas, á quien para tratar de paces enviara por su legado Benedicto XI, sumo pontífice, que tres años antes sucedió al papa Juan. Ambos con todas sus fuerzas procuraron concertar y poner paz entre estos dos reyes; pero no les fué posible concluirlo, antes el rey de Castilla, cobrada entera salud, entró otra vez á robar y destruir á Portugal. La entrada fué por aquella parte por do solian habitar los antiguos turdetanos, que ahora se llama el Algarve.

Recibieron los portugueses grave daño con esta entrada, y les causó mucho odio contra su Rey, por ver que con todos sus intentos ninguna cosa mas hacia que irritar y mover contra los suyos las armas y fuerzas de Castilla. Por otra parte hacia sin provecho alguno guerra en lugares apartados, conviene á saber, á los gallegos; en Salvatierra destruía y quemaba los campos. Si se sentia con pocas fuerzas, ¿para qué movia guerra? Y si en ellas confiaba, ¿por qué, convidado, rehusaba venir con los enemigos á las manos? El rey de Castilla, venido el otoño, sin haber encontrado ningun ejército de sus enemigos, se recogió á Sevilla. Este mismo año á 25 de junio murió Federico, rey de Sicilia, ya cargado de edad, y famoso por la guerra que sustentó por tanto tiempo contra potencias tan grandes. En Catania en la iglesia de Santa Agata está un lucillo con un bulto ó estatua suya, y dos versos en latin deste sentido:

EL CIELO ALEGRE ESTÁ, LA TIERRA TRISTE.
SICANIA LLORA DE SU REY FADRIQUE
LA AUSENCIA. ¡OH MUERTE, CUÁNTO MAL HICISTE!

Sucedióle en el reino su hijo don Pedro. Los ducados de Atenas y Neopatria mandó á Guillelmo, su hijo segundo; á don Juan, hijo tercero, hizo otras mandas. Cuatro hijas que tenia por su testamento las dejó excluidas de la sucesion del reino, ley que no fué perpetua ni era conforme á lo que de antes se solia usar en aquel reino, y adelante se usó. Andaba en la corte de Castilla Gil Alvarez de Cuenca, arcediano de Calatrava, dignidad en la iglesia de Toledo, varon de conocido valor y prudencia para tratar negocios y cosas graves. El arzobispo de Toledo don Jimeno de Luna finó en la su villa de Alcalá de Henáres á los 16 de noviembre deste año, quién dice que del siguiente. Sepultaron su cuerpo en la iglesia mayor de Toledo en la capilla de San Andrés. Por su muerte sucedió en aquella dignidad y iglesia el susodicho Gil Alvarez de Cuenca, que adelante se llamó y hoy le llaman comunmente don Gil de Albornoz. Procurólo el Rey muy de veras, y hizo en ello tal instancia, que las voluntades de los del cabildo, si bien estaban muy puestos en nombrar á don Vasco, su dean, se trocaron y inclinaron á dar gusto al Rey. Las grandes virtudes y hazañas deste nuevo prelado mejor será pasallas en silencio que quedar en este cuento cortos. Fué natural de Cuenca, sobrino de su predecesor don Jimeno de Luna, su padre Garcí Alvarez de Albornoz, su madre doña Teresa de Luna, personas ilustres, de mucha reputacion y fama y hacienda. Crióse en Zaragoza en tiempo que don Jimeno, su tio, fué prelado de aquella ciudad. Su ingenio muy vivo y capaz empleó en el estudio de los derechos en Tolosa de Francia, no para darse al ocio, sino para habilitarse mas para los negocios. Ya que era de edad, se sirvió el Rey dél en su consejo, despues le eligieron en arzobispo de Toledo; últimamente, criado cardenal, sirvió á los papas en empresas de grande importancia. Echó los tiranos de las tierras de la Iglesia que en Italia tenian usurpadas. En todas edades y estados fué igual, entero en las cosas de justicia, menospreciador de las riquezas, constante y sin flaqueza en los casos árdos. No se sabe en qué fué mas señalado, si en el buen gobierno en tiempo de paz, si en la administracion y valor en las cosas tocantes á la guerra. Todos los hombres de le-

tras tienen obligacion á celebrar sus alabanzas, porque en la Gallia Cisalpina ó Lombardia, en la ciudad de Boloña instituyó un famoso colegio, en que hay cuatro capellanes y treinta colegiales, todos españoles, con gruesas rentas para que estudien, de donde como de un alcázar de sabiduría han salido muchos excelentes varones en letras y erudicion, con que las letras resucitaron en España, y á su imitacion se han fundado otros muchos colegios por personas que imitaron su celo y tenian con qué podello hacer. Dejó al cabildo de Toledo la villa de Paracuellos con carga de cierta pensión con que mandó acudiesen cada un año á la iglesia de Villaviciosa, que él mismo fundó, y puso en ella canónigos reglars, cerca de la villa de Brihuega. El arzobispo de Rems y el maestre de Rodas, andando de una parte á otra, no cesaban de amonestar á los reyes de España y procurar que se acordasen y hiciesen paces. Poníanles delante como los reinos se asuelan con las guerras y con la paz se restauran; que Africa amenazaba con una temerosísima guerra; muchas veces las discordias internas se concordaban y componian con el miedo de los males de fuera; que así para los vencedores como para los vencidos el único remedio era la paz. Con estas amonestaciones parecia que el rey de Castilla blandeaba algo, si bien era el que andaba mas léjos de acordarse; que el rey de Portugal grandemente deseaba concierto. Concluyóse que el rey de Castilla fuese á Mérida á tratar de medios de paz. En aquella ciudad se concertaron y hicieron treguas por un año en principio del de nuestra salud de 1338. No fué posible concordarlos del todo ni hacer paces perpetuas.

CAPITULO VI.

Cómo mataron á Abomelique.

Del aparato y preparamentos de guerra que hacia el rey Albohacen, como en semejantes casos acaeco, se decian mayores cosas de aquellas que en realidad de verdad eran. Referiase que se juntaba todo el poder de los moros y se apellidaban todas las provincias de Africa; que pasaban á España con sus casas y mujeres y hijos para quedarse á morar y vivir de asiento en ella despues que toda la hobiesen ganado; que era tan innumerable la gente que venia, que ni se les podria estorbar el pasaje ni tampoco podrian ser vencidos. Corria fama que lo primero desembarcarian en la playa de Valencia, y allí cargaria aquella tempestad que se armaba. Estas nuevas tenian atemorizados los fieles y mucho mas á los de Aragon. Hacianse grandes provisiones de armas, caballos y bastimentos; todo era ruido y asonadas de guerra. Estaban todos alerta con gran cuidado y solicitud. Empezóse entre los nuestros á platicar de paz, porque, juntas las fuerzas, se podia tener esperanza de la victoria; divididas y sin concordia, era cierta la ruina de todos y su perdicion. A los embajadores ingleses, que en nombre de su Rey pedian paz y alianza, con dudosa respuesta entretenia el rey de Aragon. Deciales que su amistad les era y seria siempre muy agradable, si se les permitiese guardar las alianzas que antes con los demás tonian hechas. Tratábase de desposar el de Aragon con la infanta doña María, hija del Navarro; diferianse estas bodas por ser aun de

poca edad la doncella y no de sazón para casarse; á esta causa la entretenian en Tudela; mas al fin con grande regocijo de ambas naciones se casaron en Aragon á 25 de julio. Velólos Filipe, tío de la doña María, hermano de su padre, obispo de Jalon ó cabillonense en Francia. Envióse una embajada al sumo Pontífice romano suplicándole volviese los ojos á España y que echase de ver que no poco á su Santidad tocaba el grandísimo y cercano peligro que corria la cristiandad. Que las décimas de las rentas eclesiásticas que se concedieran á los reyes de Aragon para subsidio y ayuda de la guerra contra los moros las mandase subir al justo y presente valor, porque si se cobraban segun los valores y por los padrones antiguos, serian de poco provecho; esto es lo que toca al rey de Aragon. El rey de Castilla era ido á Búrgos á hacer Cortes, en que con deseo de reformar el grande exceso que se via estar introducido en el comer y vestir, promulgó leyes que moderaban estos gastos. Mandó tras esto á su almirante Jofre Tenorio se pusiese en el Estrecho para estorbar el pasaje á los moros. Desde Búrgos, á ruego de su hermana doña Leonor, fué á Cuenca, y en su compañía don Juan Nuñez de Lara y don Juan Manuel, ya del todo reconciliados con el Rey. Allí vino don Pedro de Azagra con embajada de paz de parte del rey de Aragon para que se aliasen contra los moros. Ofrecia la tercera parte de la armada que fuese menester para estorbar el paso á los moros. Respondió el Rey que aceptaria su oferta, y que entonces le seria muy grata su amistad cuando hobiese satisfecho á su hermana doña Leonor en las quejas que tenia y en sus pretensiones. En unas Cortes de Aragon que se hicieron en Daroca se consultaron todas estas diferencias, y se nombraron por jueces árbitros el infante don Pedro, tío hermano de padre del rey de Aragon, y don Juan Manuel, que para tratar desto era embajador del rey de Castilla. Concluyóse en que se diese perdon al señor de Ejerica, y á la Reina y á sus hijos se les confirmase todo aquello que les mandara su padre. Para que mas fácilmente tuviese efecto esta concordia vino bien que don Pedro de Luna, arzobispo de Zaragoza, que la contradecia, á esta sazón se hallaba ausente, citado por el Papa para que pareciese en Roma á responder á cierto pleito y demanda puesta contra él. Firmó el rey de Castilla estos capitulos en Madrid, y la reina doña Leonor y sus hijos se volvieron á Aragon, do fueron bien recibidos, casi con aparato real. Suelen acomodarse y conformarse con el tiempo, así bien los reyes como las personas particulares, y usar de grandes disimulaciones para poder gobernar la república, mayormente en tiempos revueltos. El arzobispo de Rems y el maestre de Rodas y el arzobispo de Braga, que era embajador del rey de Portugal para tratar de las paces, fueron despedidos por entonces del rey de Castilla por parecer pedian capitulaciones injustas. Lo que mas discontentaba era que pedian á doña Costanza, hija de don Juan Manuel, para que se desposase con don Pedro, heredero de Portugal. En el principio del año de 1339 murió don Vasco Rodriguez Cornado, maestre de Santiago. En su lugar fué elegido, por voto de los caballeros del hábito, su sobrino don Vasco Lopez. Pesóle mucho al Rey y enojóse desta eleccion, como quier que deseaba el maestrazgo para su hijo don Fadrique. Opusieronle al nuevo maes-

tre contra su persona muchos capítulos y defectos en la elección, si verdaderos, si falsos por hacer lisonja al Rey, ¿quién lo averiguará? El Maestre, por adivinar la tempestad que venia sobre él, se fué á Portugal, con que pareció darse por culpado; así, en ausencia fué privado de la dignidad; y dada por ninguna la primera elección, fué elegido de nuevo por maestre don Alonso Melendez de Guzman, tío hermano de madre del niño don Fadrique, con asaz grande dolor y murmuracion de muchos, que echaban de ver una maldad y desconcierto tan grande, que no bastase el peligro grande del reino para que eclusen dél la ambicion y sobornos. Por este tiempo, quién dice dos años antes, don Ruy Perez, maestre de Alcántara, fué al tanto privado del maestrazgo, y elegido en su lugar don Gonzalo Martínez, á quien otros llaman Nuñez; algunos por la disimilitud y diversidad de los nombres hacen diverso y dividen lo que no se debe apartar, porque en la lengua antigua de Castilla Nuño y Martín son una misma cosa. Lo sobredicho se hizo con autoridad de don Juan Nuñez de Prado, maestre de Calatrava, á quien por sus antiguas constituciones estaban sujetos los caballeros de Alcántara. Tratábase con grande calor lo tocante á la guerra de los moros; para ella de todo el reino se juntaba grande ejército en Sevilla. Apercibiósse brevisimamente el rey de Castilla, porque tuvo nuevas que Abomelique era de Africa pasado por el Estrecho con cinco mil hombres de á caballo; era ya cumplido el tiempo de las treguas, y convenia que con la presteza se impidiese el intento de los moros. Hízose entrada en el reino de Granada, talaron los campos de Antequera y Archidona, y apenas las mismas ciudades se libraron desta furia. Lo mismo se hizo en los términos de Ronda; y por el esfuerzo de don Juan de Lara y de don Juan Manuel y del maestre de Santiago fué desbaratada gran multitud de moros que salieron de aquella ciudad á dar y cargar en nuestra retaguardia, en que iban estos capitanes. Ejecutaron los vencedores el alcance; muchos moros, que se recogieron á ciertas breñas, forzados del miedo, se despeñaron de aquellos riscos por salvarse y se hicieron pedazos. Con esto los cristianos se volvieron á Sevilla; y de allí se enviaron muchas guarniciones para guardar las fronteras contra los moros. Vino en esta sazón el almirante de Aragon Gilaberto con doce galeras y órden de su Rey que se juntase con la armada del rey de Castilla y guardase el estrecho de Gibraltar. La falta de dineros era grande; para suplir esta necesidad en el mes de setiembre fué el Rey á las Cortes que tenia aplazadas para Madrid. Dejó por general en su lugar al maestre de Santiago, repartió otrosí entre los demás grandes, ricos hombres y capitanes el cuidado de lo que en su ausencia hacerse debía. En Nebrija, villa puesta á la boca de Guadalquivir, sentada en una campaña fertilísima, tenían juntada gran copia de trigo para el gasto de la guerra. Los moros, cobrada osadía con la partida del Rey, se concertaron de ir sobre esta villa y tomarla. Sabido esto por los nuestros, fuéles forzado, puesto que era en el rigor del invierno, de sacar las guarniciones y compañías de los alojamientos. Abomelique, resuelto de bacerlos rostro, asentó sus reales junto á Jerez, y envió mil y quinientos caballos á Nebrija. Los de la villa se defendieron; robaron empero los moros y estragaron los campos. Acudieron á la fama de

lo que pasaba de Tarifa Fernan Perez Portocarrero, y de Sevilla Alvar Perez de Guzman y don Pedro Ponce de Leon, señores principales; y el maestre de Alcántara con su gente, con que entrara á hacer cabalgadas en tierra de moros, se juntó con estos capitanes; pequeño número en comparacion de la grande muchedumbre de los moros. Marcharon de día y de noche; vinieron á alcanzar cerca de Arcos á los mil y quinientos moros, que caminaban muy despacio por ir embarrizados con la grande presa que llevaban. Dieron con grande furia en ellos y los desbarataron, apenas escapó ninguno que no fuese muerto ó preso, quitáronles toda la cabalgada que llevaban. Con tan dichoso y buen suceso animados los nuestros, entraron en consejo si acometerian á Abomelique, hecho que no era proporcionado con el pequeño número de gente que llevaban. Los pareceres variaban; unos, considerada la gran multitud de los moros, eran de parecer que no tentasen mas la fortuna; otros con ánimo feroz y generoso decian que no debían de tener miedo á los moros, sino que, confiados en Dios y en el valor y esfuerzo de sus soldados, no perdiesen tan buena ocasion como se les presentaba de hacer un hecho memorable; que no vence el número sino el ánimo, y que no era razon que en semejante coyuntura dejasen de arriscar sus personas y vidas, que tan poco les podian durar. Siguióse al fin este parecer; la honrosa vergüenza pudo mas que la cobardía recatada. Los moros, descuidados con los prósperos sucesos pasados, levantado su real, con grandísimo desórden marchaban la vía de Arcos sin llevar adalides ni centinelas; infinitas veces ha sido total perdicion menospreciar al enemigo. Los cristianos al amanecer entre dos luces, tocada la señal de arremeter, hirieron valerosamente en los moros; á la pasada de un río quinientos moros hicieron un poco de resistencia, pero luego que los nuestros le pasaron, todo lo demás fué fácil; en un momento los moros fueron puestos en huida y destrozados. Abomelique, como suele acacer en un repentino alboroto, huía á pié; así, sin ser conocido fué muerto por los que seguian el alcance, que cuidaron fuese algun soldado particular; su primo Aliatar al tanto murió en la batalla; perecieron cerca de diez mil moros, tal fama corria. Los nuestros, robados los reales y el carruaje de los enemigos y alegres con las dos victorias que ganaron, con mucha hora y contento volvieron sus soldados á los alojamientos de que los sacaron. Este año el arzobispo de Tarragona celebró concilio provincial en Barcelona, y en él con una solemníssima procesion el cuerpo de santa Eulalia se trasladó á otro mas honrado y conveniente lugar. El rey de Aragon fué á Aviñon á dar al Papa la obediencia y reconocerle y hacer el homenaje que tenia obligacion, como feudatario de la Iglesia por las islas de Cerdeña y Córcega.

CAPITULO VII.

Que los moros fueron vencidos junto á Tarifa.

La muerte de Abomelique fué muy llorada y plañida en Africa. Su padre la sintió ternísimamente; doñanse y querellábanse que con su temprana y arrebatada muerte no habia podido llegar á ser tal rey como prometian sus buenas partes. Con esto muy mas inflamados

y deseosos de vengarle, se dieron gran priesa á aprestar la jornada que tenían pensado hacer en España. Para ello hicieron por todo el reino grandes llamamientos de gentes, y por toda la Africa enviaron asimismo ciertos hombres, que con muestra de santidad, con pretexto y color de religion y de un grande servicio de Dios incitaban los moros á tomar las armas en defensa y aumento de la religion y secta de sus antepasados. Con esta voz se juntó un increíble número de soldados, setenta mil de á caballo y cuatrocientos mil de á pié, muchedumbre tan grande, cual es cosa averiguada nunca alguno de los pasados reyes juntaron para pasar en España. Recogieron otrosí una flota de docientas y cincuenta naves y setenta galeras, armáronla de soldados y basteciéronla de vituallas y de todo lo al. Estaba el rey de Castilla con gran congoja y cuidado de la defensa que tenía de hacer á los moros cuando le sobrevino otra nueva pesadumbre. Diéronle grandes querellas de don Gonzalo Martínez ó Nuñez, maestro de Alcántara. Acusábanle de muchos delitos, no sabré decir si fueron verdaderos ó falsamente imputados; fué empero citado á que pareciese ante el Rey en Madrid á responder á la acusacion que le ponian y descargarse. Tuvo en poco el mandato del Rey, y no quiso parecer, sino pasarse al rey de Granada, que fué remediar una culpa con otra mayor. No se sabe si esto lo hizo por tener mal pleito ó con temor del poder y asechanzas de doña Leonor de Guzman, que le era contraria. Demás desto, el general de la armada del rey de Aragon, saltado que hobo con su gente en la playa de Algecira, fué muerto con una saeta en una escaramuza que trabó con los moros. Sin embargo, venida la primavera, se partió el Rey á la Andalucía, y los desíños del maestro don Gonzalo, con la diligencia y presteza que se puso, fueron desbaratados. Cercáronle en Valencia, pueblo que cae en el distrito de la antigua Lusitania; rindióse al Rey, fué preso y dado por traidor, y como tal degollado y quemado, á propósito todo que los demás escarmentasen con un castigo tan grande. Fué elegido en su lugar don Nuño Chamizo, varon de conocida virtud y grandes prendas. Comenzaba Albohacen á pasar su ejército en España; envió delante tres mil caballos, que para hacer demostracion de su esfuerzo corrieron la tierra de Arcos, Jerez y Medina Sidonia, y les talaron los campos; mas como se volviesen con grande presa, salieron los de Jerez á ellos, cargaron de sobresalto sobre los que iban descuidados y seguros, desbaratáronlos y quitáronles la presa con muerte de dos mil dellos. En este comedio, gastados cinco meses en pasar el Estrecho, todo el ejército de los moros se juntó cerca de Algecira por negligencia del almirante Tenorio. Todo el pueblo le cargaba la culpa de que él les pudo estorbar el paso. Verdad es que muchas veces el pueblo con envidia é ingrato ánimo se queja de los hombres valerosos. No pudo sufrir esta afrenta el feroz corazon del Almirante. Atrevióse á pelear con toda la armada de los enemigos, recibió una grande rota, murió él en la batalla y fué echada á fondo su armada. Salváronse solamente cinco galeras, que huyendo aportaron á Tarifa. El Rey se hallaba suspenso entre dos dificultades que le tenían puesto en gran cuidado; por una parte temia no le sucediese á España algun gran desastre; por otra el deseo de ganar honra y fama le solicitaba. En Sevilla, donde pro-

veía las cosas necesarias para la guerra, acordó de hacer junta de los prelados y grandes del reino para consultar lo tocante á la guerra. Desque estuvieron juntos, puesta la espada á la mano derecha y la corona á la siniestra, sentado en su real trono les hizo una plática en esta manera: « Parientes y amigos míos, ya veis el peligro en que está todo el reino y cada uno en particular. Pienso tambien que no ignorais en qué estado estén nuestras cosas. Desde mis primeros años juntamente con el reino me han fatigado continuas congojas y afañes; así lo ha ordenado Dios; dame con todo eso mucha pena que nuestros pecados los hayan de pagar los inocentes. Aun no teniamos bien sosegados los alborotos del reino, cuando ya nos hallamos apretados con la guerra de los moros, la mas pesada y de temer que España ha tenido. Mis tesoros consumidos y nuestros súbditos cansados con tantos pechos, solo en mentarles nuevos tributos se exasperan y azoran. Por ventura ¿será bien hacer paz con los moros? Pero no hay que fiar en gente sin fe, sin palabra y sin religion. ¿Pedirémos socorro fuera de nuestros reinos? No era malo, mas á los reyes nuestros vecinos se les da muy poco del peligro y necesidad en que nos ven puestos. ¿Tendrémos confianza de que Dios nos ayudará y hará merced? Temo que le tenemos mal enojado con nuestros pecados y que no nos desampare. No llega mi prudencia ni consejo á saber dar corte y remedio conveniente á tan grandes dificultades. Vos, amigos míos, á solas lo podréis consultar y conforme á vuestra mucha prudencia y discrecion veréis lo que se debe hacer, que para que con mayor libertad digais vuestros pareceres yo me quiero salir fuera. Solo os advierto mireis que de vuestra resolucion no se siga algun grave peligro á esta corona real ni á esta espada deshonra ni afrenta alguna; la fama y gloria del nombre español no se mengie ni escurezca.» Ido el Rey, hobo varios pareceres entre los que quedaron; los mas prudentes afirmaban que las fuerzas del Rey no eran tantas que pudiesen resistir al gran poder de los moros; que seria acertado hacer paz con el enemigo con algunos partidos razonables. Otros con mayor esfuerzo, deseosos de ganar honra y fama, fueron de voto que la guerra pasase adelante; decian no poderse hacer paz alguna que no fuese deshonrada y que les estoviese muy mal, porque de necesidad las condiciones della serian á gusto y ventaja del enemigo. Siguióse este parecer, y todos fueron de acuerdo que se procurase solicitar los reyes de Aragon y de Portugal para que juntasen sus gentes y armas con las del Rey. Rehizose la armada en el puerto de Sanlúcar y dióse el cargo della á don Alfonso Ortiz Calderon, prior de San Juan. El rey de Aragon envió su armada con el capitán Pedro de Moncada. Los ginoveses á costa del rey de Castilla ayudaron con quince galeras. Juan Martínez de Leyva fué por embajador al sumo Pontífice para alcanzar indulgencia á los que se hallasen en esta santa guerra. El Papa vino en ello, y á todos los que tres meses sirviesen en ella á su costa, les concedió la cruzada y jubileo plenísimo y remision de todos sus pecados, y cometió la publicacion destas indulgencias á don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo. Para ganar al rey de Portugal el rey de Castilla dió licencia para que doña Costanza, hija de don Juan Manuel, se enviase á Portugal y se desposase con el infante don Pedro. Así se

celebraron las bodas en Ebroa con real majestad y aparato; la dote fueron trecientos mil ducados. Demás desto, doña María, reina de Castilla, por mandado del Rey, su marido, fué á Portugal á suplicar al Rey, su padre, quisiese juntar sus fuérzas con las de Castilla y ayudar en esta santa demanda. Su padre se lo otorgó y prometió de por su propia persona hacer el socorro que le pedían. Luego con el capitán Pecano, que ya estaba suelto de la prisión, envió de Portugal doce galeras. El rey de Castilla, por gratificar al rey de Portugal y ganarle mas la voluntad, se partió á Portugal y se hablaron junto á Juramena, pueblo sentado á la ribera de Guadiana. Quedaron los reyes muy amigos, olvidadas ya todas las antiguas querellas que entre sí tenían; que el miedo suele ser mas poderoso que la ira. En el entre tanto de todas partes acudían á Sevilla muchas gentes de guerra. Juntábase el ejército tanto con mayor priesa y diligencia, porque vino aviso que Albohacen y el rey de Granada tenían cercada á Tarifa. Sentaron sobre ella sus reales en 23 de setiembre; combatíanla furiosamente con trabucos, con mantas y picos, con que pretendían arrimarse á los adarves y hacer entrada; para acrecentar el miedo á los cercados edificaban grandes torres de madera, y aunque los cercados tenían buena guarnición, teníase miedo que no podrían mucho tiempo sufrir el cerco. El Rey, temeroso no entregasen la ciudad, por este temor con mucha diligencia solicitaba el socorro, y á los cercados se les daba cierta esperanza de brevemente acudirles. Después que el rey tornó á Sevilla, dende á pocos días llegó el rey de Portugal con mil caballos, gente de estimar mas por su esfuerzo y valor que por el número, que era pequeño. Puestas en orden y apercebidas todas las cosas necesarias para la jornada, partieron de la ciudad de Sevilla, donde se hacia la masa, con determinacion de forzar al enemigo á que levantasé el cerco ó dalle la batalla. Tenían grande ánimo y esperanza de alcanzar victoria, no obstante que apenas tenían la cuarta parte de gente que los moros. Los de á caballo eran catorce mil, y los de á pié serían hasta veinte y cinco mil. Con este ejército marcharon poco á poco la via de Tarifa. Los reyes moros, avisados del desiño que los nuestros llevaban, pegaron fuego á las máquinas y torres con que combatían la ciudad; y por si se viniese á las manos, para mejorarse de lugar ocuparon con sus gentes unos cerros cercanos á sus reales. No se fortificaron mucho, por tener entendido que consistía la victoria en venir luego á las manos. Llegaron los nuestros á una aldea que se llama la Peña del Ciervo; allí descubrieron los enemigos y se hizo consejo de capitanes para consultar lo que se debía hacer. Tomóse resolucion que á la media noche se enviasen á Tarifa mil caballos y cuatro mil infantes para que estuviesen de guarnición y asegurasen la plaza; juntamente llevaban orden al tiempo de la pelea de acometer á los enemigos por un lado y echarlos de los cerros; á los demás se les mandó que descansasen y tomasen refresco y que estuviesen apercebidos para dar al amanecer en los enemigos. Hubo grande regocijo aquella noche en nuestros reales; hicieron muchos votos y plegarias y á bandas y escuadras se prometían y conjuraban de en los peligros favorecerse los unos á los otros y de no volver á sus casas sino era con la victoria. Al apun-

tar del alba los reyes y con su ejemplo los demás del ejército confesaron y recibieron el santísimo sacramento de la Eucaristía; luego se formaron los escuadrones en orden de batalla. Dióse la avanguardia á don Juan de Lara y á don Juan Manuel y al maestre de Santiago; la retaguardia se encomendó á don Gonzalo de Aguiar; don Pero Nuñez quedó de respeto con buen golpe de gente de á pié. El cuerpo y fuerzas del ejército quedó á cargo de los reyes, acompañados del arzobispo de Toledo don Gil de Albornoz y de otros obispos y grandes del reino. El pendon de la cruzada por mandado del Papa le llevaba un caballero francés, llamado Jugo; todos los soldados iban señalados con una cruz colorada en los pechos como aquellos que iban á pelear contra los infieles en defensa de la religion y de la cruz. El rey de Portugal tomó á su cargo de acometer al rey de Granada; hacíanle compañía con su gente los maestros de Alcántara y de Calatrava. El rey de Castilla, ya que tenía las haces en orden y á punto de arremeter contra Albohacen, animó á los suyos y los inflamó á la batalla con estas razones: «Tened por cierto, mis caballeros, y creedme que esta desordenada muchedumbre de bárbaros, allegada de muchas gentes sin delicto ni orden alguno, la ha traído á nuestra España una profunda avaricia y una sed insaciable de reinar y un mortal é implacable odio que tiene al nombre cristiano, y no alguna justa causa que tengan para movernos guerra. No vos atemorice su innumerable multitud, porque ella misma los ha de destruir. Los unos á los otros se embarazarán de manera, que ni podrán guardar sus ordenanzas ni entender lo que se les mandare. Cuanto cada uno se mostrare mas sin miedo y cuidare menos de su persona, tanto estará mas seguro, que á ninguno le está bien poner la esperanza de su vida en los piés, sino en sus manos y esfuerzo; volved valerosamente la cara al enemigo, y no las espaldas ciegas para ser heridas de los contrarios. Vémonos en tiempo que, ó hemos de darnos por esclavos á los moros, ó tenemos de pelear animosamente por la patria, por nuestras mujeres y hijos y por nuestra santísima fe con cierta y no vana esperanza de alcanzar una gloriosísima victoria; que si otra cosa sucediere, ¿dónde con mayor provecho ni mas honradamente podemos arriscar las vidas que mañana se han de acabar? ¿Que cosa nos puede ser mas saludable que con un brevisimo dolor ganar aquellas perpetuas sillas celestiales? Que es lo que aquella santísima cruz nos promete, á quien tenemos por amparo y guía en esta jornada, y lo que los obispos nos aseguran y conceden. Ea pues, soldados y amigos, alegres y sin ningun recelo acometed y herid en vuestros mortales enemigos.» Dada la señal, luego empezaron los escuadrones á adelantarse y moverse hácia el enemigo. Corria entre los dos campos un rio que llaman el Salado, de quien esta memorable batalla y victoria tomó el nombre, que se llamó la del Salado, y dende á poco espacio entra en el mar. Los que primero le pasasen eran los primeros á pelear. Envio el rey Bárbaro dos mil jinetes para que estorhasen el paso. Entre tanto él, arrogante y muy hinchado con la esperanza de la victoria, que ya tenía por suya, habló á sus escuadrones en esta manera: «Si mirara solamente á nuestra edad y á los grandes hechos que en Africa hemos acabado, ninguna cosa nos faltaba ni para gozar desta vida, ni para que

de nosotros en los venideros tiempos quedase un glorioso nombre y perpetua fama, pues con vuestro esfuerzo, valerosos soldados, tenemos ya sujetas todas las provincias que con nuestro imperio confinan. El amor de nuestra nacion y el deseo de la fama de nuestra sagrada y paterna religion y vuestros ruegos me hicieron pasar en España. Cosa fea seria no cumplir en la batalla lo que en tiempo de la paz me teneis prometido, y mal parecerá ser flojos en la pelea y en sus casas hacer grandes amenazas y blasones. Cuando nuestros enemigos fueran otros tantos como nos, estuviera yo en vuestro valor bien confiado; cuando el peligro fuera cierto, sin duda tuviera por mejor quedar todos muertos en el campo que mostrar ninguna flaqueza. Al presente teneis llana la victoria, nuestros enemigos son pocos, mal armados, sin disciplina militar y con menos uso de la guerra; lo que mas al presente se puede temer es no sea caso de menos valer venir á las manos con gente semejante aquellos que han domado la poderosa Africa, pues de cualquiera manera que á ellos les venga, les será mucha honra contrastar con nosotros. Tened presentes aquellas insignes victorias de Fez, de Tremecen y del Algarve. Pelead con aquel ánimo y con aquella confianza que es razon tengan concebida en sus pechos los que están acostumbrados á vencer. Acometed con gallardía, tened firme en los peligros, menospreciad vuestros enemigos y aun la misma muerte.» De parte de los cristianos guiaron al rio y llegaron los primeros don Juan de Lara y don Juan Manuel. Estuvieron un rato parados, no se sabe si de miedo, si por otra ocasion; pero es cierto que se sospechó y derramó por todos los escuadrones que estaban conjurados y que lo hacian de propósito. Los dos hermanos Lasos, Gonzalo y García, pusado un pequeño puente, fueron los primeros que comenzaron á pelear. Cargó muy mayor número de enemigos que ellos eran; estaban estos caballeros muy apretados, socorriólos Alvar Perez de Guzman, siguiéronles los demás. El rey de Portugal caminaba á la parte siniestra por la ladera de los cerros. El rey de Castilla, con un poco de rodeo que hizo la vuelta de la marina, con grande ímpetu dió en los moros. Alzaron de ambas partes grandes alaridos, animábanse unos á otros á la batalla, peleábase por todas partes valerosamente. Detiénense los escuadrones y á pié quedo se matan, hieren y destrozan. Los capitanes hacen pasar los pendones y banderas á aquellas partes donde es la mayor priesa de la batalla y donde ven que los suyos tienen mayor necesidad de ser acorridos. Ciertas bandas de los nuestros se apartaron de la hueste por sendas que ellos sabian; dieron en los reales de los moros, y desbaratada la guarnicion que los guardaba, se los ganaron. Destruyeron y robaron cuanto en ellos hallaron. Visto esto por los moros que andaban en la batalla, y hasta entonces se defendian valientemente, comenzaron á desmayar y retraerse, y á poco rato volvieron las espaldas y fueron puestos en huida. Fué grande la matanza que se hizo, murieron en la batalla y en el alcance docientos mil moros, cautivaron una gran multitud dellos; de los cristianos no murieron mas de veinte, cosa que con dificultad se puede creer y que causa grande espanto. Los soldados de la armada fueron de poco provecho, porque todos los aragoneses, sin faltar uno, se estuvieron dentro de sus naves. No se hallaron

los navarros en esta batalla, porque su rey don Filipe se hallaba embarazado en las guerras de Francia. Era gobernador de Navarra Reginaldo Poncio, hombre de nacion francés. Don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, nunca se quitó del lado del rey de Castilla, que siendo en la batalla casi desamparado de los suyos, se iba á meter con grande furia donde se via el mayor golpe de los moros, mas el Arzobispo le echó mano del brazo y le detuvo. Díjole con una grande voz no pusiese en contingencia una victoria tan cierta con arriscar inconsideradamente su persona. Ganóse esta batalla el año de 1340 de nuestra salvacion. Del día varian los historiadores, empero nosotros de certísimos memoriales tenemos averiguado que esta nobilísima batalla se dió lúnes, 30 de octubre, como está señalado en el Calendario de la iglesia de Toledo, do cada año por antigua constitucion con mucha solemnidad y alegría se celebra con sacrificios y hacimiento de gracias la memoria desta victoria.

CAPITULO VIII.

De lo restante desta guerra.

Los moros, vencidos y desbaratados, se recogieron á Algecira, dende, por no confiarse de la fortificacion de aquella ciudad, con temor de ser asaltados de los nuestros, el rey de Granada se fué á Marbella, y Albohacen á Gibraltar, y la misma noche se pasó en Africa por miedo que su hijo Abderraman, á quien dejara por gobernador del reino, no se alzase con él cuando supiese la pérdida de la batalla; que los moros no guardan mucho parentesco ni lealtad con padres, hijos ni mujeres; cásanse con muchas, segun la posibilidad y hacienda que cada uno alcanza, y con la multitud de ellas y de los hijos se mengua y divide el amor, y las unas y las otras se estiman y quieren poco. Así, Albohacen no sintió mucho le hoviesen cautivado en esta batalla á su principal mujer Fátima, hija del rey de Túnez, y otras tres de sus mujeres y á Abohamar, su hijo; otros dos hijos de Albohacen fueron muertos en la batalla. Los reales de los moros se hallaron llenos de todo género de riquezas, así del Rey como de particulares, costosos vestidos, preseas y tanta cantidad de oro y plata, que fué causa que en España abajase el valor de la moneda y subiese el precio de las mercaderías. Nuestros reyes victoriosos se volvieron la misma noche á los reales; de los soldados, los que ejecutaron el alcance volvieron cansados de herir y matar; otros que tuvieron mas codicia que esfuerzo, tornaron cargados de despojos. El día siguiente se fueron á Tarifa, repararon los muros que por muchas partes quedaron arruinados, basteciéronla y pusieron en ella un buen presidio. El miedo que tenían los moros era grande, y parece fuera acertado poner fuego cerco sobre Algecira; pero desistieron de la conquista de aquella ciudad á causa que no venian apercebidos de mantenimientos y mochila sino para pocos días, de que se comenzaba á sentir falta. Por esto y porque ya entraba el invierno, les fué forzoso á los reyes volverse á Sevilla. Allí fueron recibidos con pompa triunfal; saliólos á recibir toda la ciudad, niños y viejos, eclesiásticos y seglares y todos estados de gente. Llamábanlos con alegres y amorosas voces augustos, libertadores de la patria, defensores de la fe, príncipes

victoriosos. En toda España se hicieron muchas procesiones para dar gracias á Dios, nuestro Señor, por tan alta victoria como les diera, grandes fiestas y alegrías y luminarias por todos el reino. El rey de Portugal de toda la presa de los moros tomó algunos jaeces y alfanjes para que quedasen por memoria y señal de tan insigne victoria. Dierónsele algunos esclavos y volvióse á su reino, ganada grande fama y renombre de defensor de los cristianos y de capitán valeroso. Acompañóle su yerno el rey de Castilla hasta Cazalla de la Sierra. De la presa de los moros envió á Aviñon al papa Benedicto en reconocimiento un presente de cien caballos con sendos alfanjes y adargas colgados de los arzones, y veinte y cuatro banderas de los moros y el pendon real y el caballo con que el mismo rey don Alonso entró en la batalla y otras cosas. Salieron un buen espacio los cardenales á recibir el embajador, por nombre Juan Martínez de Leyva, que llevaba este mandado. El Papa, despues de dicha la misa, como es de costumbre, en acción de gracias á nuestro Señor delante de muchos príncipes y de toda la corte predicó y dijo grandes cosas en honra y alabanza del rey don Alonso. Despues desto hizo el rey de Castilla almirante del mar á un caballero ginovés, llamado Gil Bocanegra, y le encomendó guardase el estrecho de Gibraltár, porque los moros no rehiciesen su armada y volviesen á entrar en España; esto por gratificar á los ginoveses lo que sirvieron en esta jornada, y tambien porque, como era acabada la guerra, no mandasen volver sus galeras, como lo hicieron los aragoneses y portugueses, bien que despues las volvieron á enviar en mayor número que de antes á instancia y ruego del mismo rey de Castilla, que se recelaba, y con él todos los hombres inteligentes y de mas prudencia juzgaban que los moros no segarian, sino que, rehecho que hobiesen su ejército, á la primavera volverian á España y acometerian de nuevo su primera demanda.

CAPITULO IX.

Del principio de las alcabalas.

Libres de un miedo tan grande, así el Rey como los españoles, por la victoria que ganaron á los moros cerca de Tarifa, crecióles el ánimo y deseo de desarraigar del todo las reliquias de una gente tan mala y perversa. Trataban de llegar dinero para la guerra, que se entendia seria larga. El oro y plata que se ganó á los moros lo mas dello se despendió en hacer mercedes y premiar los soldados y en pagarles el sueldo que se los debia. El reino se hallaba muy falto y gastado con los tributos y pechos ordinarios; solos los mercaderes eran los que restaban libres, ricos y holgados; todos los demás estados pobres y oprimidos con lo mucho que pechaban. En Ellerena y en Madrid concedió el reino un servicio extraordinario, de que se llegó una razonable suma de dinero, pero era muy pequeña ayuda para tan grandes gastos como tenían hechos y se recrecian de nuevo. Sin embargo, en el principio del año de nuestra salvacion de 1341 desde Córdoba, do se mandó juntar el ejército, se hizo entrada en el reino de Granada; alcanzaron una famosa victoria, mas con industria y arte que con poder y fuerzas; enviaron algunas naves cargadas de mantenimientos para desmentir al enemigo con dar muestra que se

queria poner cerco sobre Málaga; ocupáronse los moros y embebeciéronse en bastecearla, y luego el Rey de improviso cercó á Alcalá la Real, que se le entregó á partido en 26 de agosto, con que dejase salvos y libres á los de la villa. Causó esta pérdida grande dolor á los moros por ver como fueron engañados. Tomada esta villa, Priego, Rutes, Benamejir y otras villas y castillos de aquella comarca se rindieron al Rey, unas dellas por su voluntad se entregaron, y otras fueron entradas por fuerza; sucedian á los vencedores todas las cosas prósperamente, y á los vencidos al contrario; así acontece en la guerra. Volvióse el ejército á invernar, y en lugares convenientes se dejaron presidios para que guardasen las fronteras. Tenia el Rey puesto todo su cuidado y pensamiento en cercar á Algecira y en allegar para ello dineros de cualquiera manera que pudiese. Aconsejéronle que impusiese un nuevo tributo sobre las mercaderías. Esta traza, que entonces pareció fácil, despues el tiempo mostró que no carecia de graves inconvenientes. Es tan corto el entendimiento humano, que muchas veces viene á ser dañoso aquello que primero se juzgó prudentemente que seria provechoso y saludable; tomado este consejo, el Rey se partió para Búrgos, ciudad principal; dejó la frontera encargada al maestre de Santiago. Tuvo la pascua de Navidad en Valladolid en el principio del año de 1342. Llamó el Rey á Búrgos muchos grandes y prelados, y en particular á don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, y á don Juan de Lara y á don García, obispo de Búrgos, para que terciasen y granjearan las voluntades. Por la grande instancia que el Rey y estos señores hicieron, los de Búrgos concedieron al Rey la veintena parte de lo que se vendiese para que se gastase en la guerra de los moros; concedióse otrosí por tiempo limitado, tan solamente mientras durase el cerco de Algecira. A imitación de Búrgos concedieron lo mismo los de Leon y casi todas las demás ciudades del reino. El ardiente deseo que entonces todos tenían de acabar la guerra de los moros los allanaba, ninguna cosa les parecia demasiada. Adelante, perdido ya el miedo, el uso ha enseñado cuán oneroso sea este tributo si por rigor se cobrase. Los ministros reales por granjear el favor del Rey procuraban acrecentar las rentas reales con mucha industria. El próspero suceso de muchos que han seguido este camino hace que sean muy validas mañas semejantes. Llamóse este nuevo pecho ó tributo alcabala, nombre y ejemplo que se tomó de los moros. Alentaron al reino para que esto concediese unas nuevas que á esta sazón vinieron que los nuestros habian vencido la armada de los moros. Estaban en Ceuta en la costa de Africa ochenta y tres galeras para renovar la guerra, y en el puerto de Bullon otras doce. A estas, diez galeras nuestras que sobrevinieron á la primavera, antes que tuviesen tiempo de poderse juntar con las demás de su armada las embistieron y destrozaron; despues toda la armada de los moros, que aportó á la boca del rio Guadamecil, fué vencida en una muy reñida y memorable batalla. Tomaron y echaron á fondo veinte y cinco galeras de los enemigos, y mataron dos generales, el de Africa y el de Granada. No se hallaron en esta batalla las galeras de Aragon; verdad es que al volver de Aragon, do eran idas, vencieron junto á Estepona trece galeras que encontraron de los moros, cargadas de basti-

mentos. Rindieron cuatro dellas y echaron dos al fondo. Las demás se pusieron en huida y se salvaron en la costa de Africa. No parecia sino que la tierra y el mar de acuerdo favorecian y ayudaban á la felicidad y fortaleza de los cristianos. Díraseles mayor rota si en Guadamecil fueran por mar y por tierra acometidos los moros. Con determinacion de hacerlo así era ido el Rey á muy largas jornadas á Sevilla y despues á Jerez, en do le dieron la nueva de la victoria. Un caso que sucedió forzó á los nuestros á dar la batalla. En la menguante del mar quedaron encalladas en unos bajíos tres naves de las nuestras, y como los moros las acometiesen, fué forzoso para defendellas trabar aquella batalla muy reñida y porfiada.

CAPITULO X.

Del cerco de Algecira.

Con tantas victorias como por mar y por tierra se ganaran, tenían esperanza que lo restante de la guerra se acabaria muy á gusto; nuestra armada estaba junto á Tarifa en el puerto de Jatarez. Allí fué el Rey con el deseo grande que tenia de conquistar á Algecira para por mar reconocer el sitio della y la calidad de su tierra. Parecióle que era una principal ciudad, y su campaña muy fértil, y los montes que la cercaban hermosos y apacibles; veíanse muchos molinos, aldeas y casas de placer esparcidos por aquellos campos cuanto la vista podía alcanzar. Con esto, y con que de los cautivos se sabia que la ciudad no estaba bien bastecida de trigo, se encendió mucho mas el ánimo del Rey en el deseo de ganarla y quitar á los moros una guarida tan fuerte y segura como allí tenían; que ganada, todo lo demás juzgaba le seria fácil. Este ardor y deseo del Rey le entibiaba el verse con pequeño ejército y pocos bastimentos; mas no obstante esto, con grande presteza juntó algunas compañías de los pueblos comarcanos y llamó de por sí á muchos grandes. Vino el arzobispo de Toledo don Gil de Albornoz, don Bartolomé, obispo de Cádiz, y los maestros de Calatrava y Alcántara con buena copia de caballeros. Los concejos de Andalucía, movidos con el deseo grande que tenían de que esta conquista se hiciese, enviaron á su costa mas gente de aquella que por antigua costumbre tenían obligacion de enviar. Y como quier que al que desea mucho una cosa cualquiera pequeña tardanza se le hace muy larga, el Rey para proveer bastimentos y municiones y lo demás necesario á esta guerra se partió á la ciudad de Sevilla. Habíanse juntado dos mil y quinientos caballos y hasta cinco mil peones; con este ejército se puso el cerco á Algecira en 3 del mes de agosto. La guarda del mar se encomendó á las armadas de Castilla y de Aragon, porque los portugueses, despues de la batalla que se dió en el rio Guadamecil, se volvieron á Portugal sin que en ninguna manera pudiesen ser detenidos. Entendíase que los cercados, confiados en la fortaleza de la ciudad y en la mucha gente que en ella tenían, no se querian rendir ni entregar la ciudad. Era la guarnicion ochocientos hombres de á caballo y al pié de doce mil flecheros, bastante número, no solo para defender la ciudad, sino tambien para dar batalla en campo abierto. Hacian los moros muchas salidas, y con varios sucesos escaramuzaban con los nuestros; ganóseles la

torre de Cartagena, puesta cerca de la ciudad. El Rey estuvo un dia en harto peligro de ser muerto con un puñal que para ello un cautivo arrebató á un soldado; hiriérale malamente, si de presto no se lo estorbaran los que se hallaron con él. Entendíase que el cerco iria muy á la larga; comenzaron á traer madera y fagina, y hacer fosos y trincheas, que servian mas de atemorizar los cercados que no de provecho alguno. Entre tanto que en esto andaban, en el mes setiembre, con grandísimo pesar del Rey, la armada de Aragon se fué con achaque de la guerra de Mallorca, para donde el rey de Aragon se apercebía. Verdad es que despues á ruegos del rey de Castilla le envió diez galeras de socorro con el vicealmirante Mateo Mercero. Desde algunos dias le socorrió de otras tantas con el capitan Jaime Escrivá, ambos caballeros valencianos. Murió á esta sazón el maestre de Santiago de una larga enfermedad, varon en paz y en guerra muy señalado, y en este tiempo por la privanza que tenia con el Rey muy estimado. Dióse esta dignidad en los mismos reales á don Fadrique, hijo del Rey, si bien por su poca edad aun no era suficiente para el gobierno de la religion. En el mes de octubre sobrevinieron tan grandes lluvias, que todo cuanto tenían en los reales destruyó y echó á perder. Comenzaron asimismo á sentir muchas descomodidades, en particular era grande la falta de dinero; que, por estar el reino muy falto y gastado, le fué forzoso al Rey de pedirle prestado á los príncipes amigos, al papa Clemente VI, que sucedió á Benedicto, á los reyes de Francia y de Portugal. Don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, fué para esto con embajada á Francia. Prestó aquel Rey cincuenta mil escudos de oro; veinte mil se dieron luego de contado, los demás en pólizas para que á ciertos plazos se pagasen en bancos de Génova. El papa Clemente VI al tanto otorgó cierta parte de las rentas eclesiásticas. Era esto pequeño subsidio para tan grandes empresas; pero la constancia grande del Rey lo vencía todo. Los cercados, por entender que mientras el Rey viviese no podian tener sosiego ni seguridad, hicieron grandes promesas á cualquiera que le matase. Decian que se haria un gran servicio á Mahoma en matar á un tan gran enemigo de los moros. No faltaban algunos que con semejante hazaña pensaban quedar famosos y ennoblecidos sin temor del riesgo á que ponian sus vidas, que es lo que suele ser estorbo para que no se emprendan grandes hechos. Un moro, tuerto de un ojo, que fué preso, confesó venia con intento de matar al Rey, y que otros muchos quedaban hermanados para hacer lo mismo. Así lo confesaron dende á pocos dias otros dos moros que fueron presos y puestos á cuestion de tormento; pero á los que Dios tiene debajo de su amparo los libra de cualquier peligro y desman. Los reyes moros deseaban socorrer á los cercados. El rey de Marruecos estabase quedado en Ceuta por no estar asegurado de su hijo Abderraman, al cual por este tiempo costó la vida el intentar novedades. El rey de Granada no se atrevia con solas sus fuerzas á dar la batalla á los nuestros; mas porque no pareciese que no hacia algo, envió algunas de sus gentes á que corriesen la tierra de Ecija, y él fué á Palma, pueblo que está edificado á la junta de los dos rios Jenil y Guadalquivir, saquó y quemó esta villa. No osó dejar en ella guarnicion ni

detenerse mucho en aquella comarca, porque tenia aviso que las ciudades vecinas se apellidaban contra él. La otra gente fué desbaratada por Fernando de Aguilar, que salió á ellos y les quitó una grande presa que llevaban. Era ya entrado el año de 1343, y en Algecira aun no se hacia cosa alguna que fuese de importancia, solamente se entendia en algunos pertrechos que Íñigo Lopez de Horozco por mandado del Rey solicitaba. Hicieron fosos, trincheas, y en contorno de la ciudad se labraron unas torres ó castillos de madera y trabucos y máquinas para batir los muros. Mas eran tantas las defensas, preparamentos y tiros que de antiguo tenia la ciudad, que con ellos todo el trabajo y diligencia de los nuestros era perdido y sin efecto, y las máquinas las hacian pedazos con piedras que de los muros arrojaban; especial que el lugar no era á propósito para poder cómodamente arrimar las máquinas á la muralla, y ni los soldados podian tenerse en pié por la aspereza del lugar, ni menos sin gran peligro podian andar ni estar en los ingenios. En el estrecho de Gibraltar hay dos senos en el tamaño desiguales, pero de una misma forma. Tarifa está puesta sobre el menor, y un poco apartada estaba Algecira, asentada sobre el mayor en un cerro de subida agria y pedregosa. Y dejado en medio un espacio, dividíase en dos partes, en la vieja y en la nueva; cada cual tenia sus muros enteros y barbacaña, como si fueran dos pueblos. Era esta ciudad en España la silla del imperio africano, nobilísima y hermosísima. La grande diligencia del Rey y la guarda de los soldados hacia que no entraban á los cercados bastimentos, excepto algunos pocos que sin verlos, cubiertos con la obscuridad de la noche, les metian en algunas barcas, muy pequeño refrigerio para los que ya padecian hambre y necesidad.

CAPITULO XI.

De la toma de Algecira.

Gastados muchos dias y trabajos en el cerco, no se hacia cosa de importancia. Los nuestros se hallaban dudosos y suspensos, pensaban de dia y de noche cuál de dos cosas seria la mejor, si levantar el cerco, porque era sin algun provecho el proseguirle y continuar, si esperar el fin de la guerra, que en lo demás les era favorable. El Rey se recelaba de perder algo de su honra y reputacion, principalmente que ya tenia consumido el dinero que le prestaron el Papa y el rey de Francia, que el de Portugal ninguna cosa contribuyó, y tenia falta de bastimentos, y el número de los soldados cada dia era menor. Los mas sagaces le aconsejaban que hiciese algun buen concierto con el enemigo. Siendo medianero y llevando recaudos de una parte á otra Ruy Pavier, primero se trató de paz, y despues de que se hiciesen treguas; pero todos estos tratados salieron vanos por estar puesto el rey de Castilla en no hacer acuerdo ninguno con el rey de Granada, si primero no dejaba la amistad de Africa, la cual quitada, ¿qué le quedaba al que se sustentaba y entretenia mas con las fuerzas ajenas que con las suyas propias? El rey de Granada, perdida ya la esperanza de concertarse con el Rey, acercó sus reales al rio Guadiarro, á cinco leguas de Algecira, con que antes daba á entender el miedo que tenia que no que se pensase venia con áni-

mo de presentar la batalla. En el puerto de Ceuta tenian aprestada una gruesa armada, allegada de las fuerzas de toda la Africa, para luego que diese lugar el tiempo pasar en España. Venian estos de refresco y descansados; los cristianos se hallaban quebrantados con los continuos trabajos y incomodidades. Las cosas de España, que corrian gran riesgo, los santos patrones della las ampararon y la perpetua felicidad y constancia grande con que el Rey vencia todos los males y dificultades que ocurrían. Así, en unos mismos dias le vino un buen número de gente de socorro de Inglaterra, de Francia y de Navarra, lugares muy apartados los unos de los otros; acudieron muchos señores y nobles á ayudarle. De Inglaterra, con licencia del rey Eduardo, los condes de Arbid y de Soluzber; de Francia el conde de Fox con su hermano don Bernardo y otros que se les juntaron. El papa Clemente VI, lemoicense, que el año antes fué electo en lugar de Benedicto, tenia concedida cruzada á los que se hallasen en esta santa guerra. El rey don Felipe de Navarra en el mes de julio, enviados delante muchos mantenimientos por mar, y dejando mandado le siguiese su ejército por tierra, vino con gran priesa por no dejarse de hallar en la batalla, que corria fama seria muy presto. El Rey, como era razon, recibió muy gran contento con la venida destes príncipes, y á los nuestros con la cierta esperanza de la victoria les creció el ánimo y el aliento para pelear. Vinieron antes don Juan Nuñez de Lara y don Juan Manuel, y cada dia concurrían nuevas compañías de todo el reino. Los moros, como vieron tan reforzado el ejército del Rey, rehusaban dar la batalla. Afrentábalos Albohacen por ello, enviábales á preguntar la causa de su miedo. Respondieron que en la batalla pasada experimentaron harto á su costa cuán grande fuese el esfuerzo y constancia de los cristianos, y que ahora tenian mayores fuerzas, por tener mayor número de soldados que entonces tenian. Que de lejos no se podia dar consejo conveniente al tiempo y ocasiones que ocurrían; si tuviese por bien de pasar el Estrecho, que ellos en ninguna cosa contradirían á su voluntad. Que conservar su ejército en tiempo tan peligroso y aciago les era mucha mas honra que pelear temerariamente con el enemigo, mas poderoso y mas bien afortunado. En el entre tanto no dejaban los moros de pedir treguas con muchas embajadas. Quisieron los embajadores ver los reales; otorgó el Rey con su deseo. Púsoles en admiracion el concierto y buena disposicion de los pabellones, los soldados repartidos por sus cuarteles, las calles de oficiales, las plazas como en una ciudad llenas de provision; pareciales todo tan bien, que confesaron que los nuestros les hacian grande ventaja en la disciplina militar y policia, y que ellos en su comparacion sabian poco de aquel menester. Por el tratado de las treguas no se dejaba de combatir la ciudad con muchas armas y piedras que le arrojaban con los tiros; de la ciudad hacian otro tanto, en especial tiraban muchas balas de hierro con tiros de pólvora, que con grande estampido y no poco daño de los contrarios las lanzaban en los reales. Esta es la primera vez que de este género de tiros de pólvora hallo hecha mencion en las historias. En el mes de agosto en Cervera en el condado de Urgel nació un niño con dos cabezas y cuatro piernas. Creyeron aquellos hombres con supersti-

cioso y vano pensamiento que el tal era prodigio que pronosticaba algun mal; por tanto, para evitarle con su muerte le enterraron vivo. Sus padres, conforme á las leyes, fueron castigados como parricidas por ejecutar esta crueldad con su consentimiento. Este mismo año murió el rey Roberto en Nápoles, mas famoso por la afición y estudio de las letras que señalado por el ejercicio de las armas. Deste Rey fué aquel dicho: Mas quiero las letras que el reino. Volvamos á las cosas de Algecira. Los soldados extranjeros; en quien los primeros ímpetus son muy fervorosos y con la tardanza se resfrían, se fueron de los reales luego que vino el otoño; los de Inglaterra, llamados de Fox, así quisieron se entendiese, y el conde de Fox, que dió asimismo para irse por excusa el poco sueldo que á sus soldados se daba. Esto se decia; yo sospecho que los hizo volver á su tierra llevar mal los calores que en tiempo del estío hace en el Andalucía y el estar quebrantados con las enfermedades y trabajos de la guerra. Aprueba nuestra conjetura lo que despues sucedió, que el conde de Fox á la vuelta murió en Sevilla, y el rey Filipo de Navarra, habida licencia del Rey, murió en Jerez. Sucdieron ambas muertes en el mes de setiembre; sus cuerpos fueron llevados á sus tierras. Con la ida destos príncipes cobraron avilenteza los enemigos, y mudado parecer, se determinaron de dar la batalla. Sesenta galeras de los moros que en el mes de octubre surgieron en Estepona luego se pasaron á Gibraltar. Corría el rio Palmones entre los dos campos, y como dos y tres veces en diferentes días llegasen á encontrarse en el rio, finalmente, al pasarle se vino á la batalla, en que los moros mostraron no ser iguales con gran parte á los españoles, ni en fuerzas, ni en esfuerzo, ni en disciplina militar; así, fueron en poco tiempo vencidos y puestos en huida. En la ciudad se padecia extrema necesidad de mantenimientos á causa que nuestra armada en dos veces les tomó dos galeras cargadas de bastimentos. Entraron cinco barcas en el principio del año de 1344, y vueltos estos bajeles á Africa, dieron aviso que los cercados no se podían ya sustentar mas tiempo, ca estaban puestos en tan grande aprieto, que les era fuerza perecer todos ó entregar la ciudad. Con esto los moros luego movieron práctica y trataron de concertarse. En 26 de marzo se entregó la ciudad con estos partidos: que el rey de Granada, como feudatario del rey de Castilla, pechase las parias que cada año le solía dar antes que se rompiese la guerra; que todos los cercados quedasen libres y pudiesen irse con sus haciendas á donde quisiesen; concertáronse otrosí treguas con los reyes moros por espacio y tiempo de diez años. Hechos los concertos, muchos moros se pasaron á Africa. El rey de Castilla entró en la ciudad con una solemne procesion en 27 de marzo, y el siguiente día se bendijo la iglesia mayor, y se le puso por nombre Santa María de la Palma, por ser Domingo de Ramos ó de las Palmas, y se celebraron en él los divinos officios con gran solemnidad y regocijo. Los campos se repartieron á los soldados, que á porfía pasaban sus casas y menaje á la ciudad, y se querían allí avencindar por la fertilidad y frescura de aquellas vegas y campos. Puestas en órden las cosas de Algecira, el Rey se partió para Sevilla. Allí le vino embajada de Eduardo, rey de Inglaterra, para pedir al rey don Alonso que

su hijo legítimo don Pedro casase con su hija Juana. Don Alonso por entouces vino en ello; mas adelante no tuvieron efecto estos desposorios. Las voluntades de los príncipes son variables, y sin tener cuenta á las veces con su palabra conforme á las cosas y á las comodidades se mudan. En la batalla pasada de Tarifa cautivaron los nuestros dos hijas de Albohacen; estas por tenerle grato se le enviaron sin rescate. No quiso el Bárbaro dejarse vencer de la liberalidad y cortesia del Rey, antes le envió luego desde Africa sus embajadores con muy ricos presentes. La fama desta victoria hinchó á toda España y á todos los cristianos de Europa de alegría por quedar acabada la guerra de los moros, dos poderosos reyes vencidos, las fuerzas de Africa quebrantadas. Hiciéronse grandes fiestas y alegrías; todo género de gentes, niños, viejos, religiosos, de todos estados y edades visitaban los templos, daban gracias á Dios, cumplían sus votos; no dejaban ningun género de alegría ni de religiosa demonstracion de agradecimiento, con que publicaban el contento y regocijo singular que tenían concebido dentro de sus pechos.

CAPITULO XII.

De la guerra de Mallorca.

Durante el tiempo que las cosas sobredichas pasaban en el Andalucía, se revolviéron las armas de Aragon. Lo que resultó fué que el rey de Mallorca quedó despojado de su reino paterno, grande desafuero del rey de Aragon don Pedro el Ceremonioso, que era el que tenia mas obligacion á le defender y amparar. La insaciable y rabiosa sed de señorear le cegó y endureció su corazon para que los trabajos y desastres de un Rey, su pariente, no le enterneciesen, ni considerase lo mal que parecia un hecho tan feo delante los ojos de Dios y de los hombres. Mompeller es una noble y rica ciudad de la Gallia Narbonense, que en otro tiempo solía estar sojeta á los obispos de Magalona, por cuya permission ó disimulacion tuvo esta ciudad señores particulares que eran feudatarios destos prelados. Recayó este señorío primero en los aragoneses, y despues en los reyes de Mallorca cómo y en la forma que arriba se mostró. Desta manera, poco á poco fué en disminucion la autoridad y señorío de los obispos de Magalona, ca prevalece mas la fuerza y antojo de los reyes que no la razon y la justicia. Como no pudiesen ellos recobrar su antigua autoridad y señorío, hicieron lo que pudieron, que fué vender, como vendieron mas de cincuenta años antes deste tiempo, este derecho por cierto precio y cantidad á los reyes de Francia. Con color desta compra los franceses no desistian de requerir á los reyes de Mallorca que les hiciesen el juramento y homenaje que estaban obligados como sus feudatarios, y que á los vecinos de Mompeller se les permitiese apelar para Paris. Rehusaban hacerlo los de Mallorca; decían que el derecho de los señoríos no pendia de unos pergaminos viejos, sino de la moderna costumbre usada y guardada, y que pues los reyes de Francia no tenían mas derecho que los obispos de Magalona, no debían ni se les pudo dar mayor ni mejor accion de aquella que poseían los mismos prelados. Vinose á las armas, y por fuerza los franceses tomaron muchos pueblos de la jurisdiccion y señorío de Mompeller, y pasieron en ellos sus

presidios. Apercibíase el rey de Mallorca para la guerra; pidió al rey de Aragón que aquello que poseía por gracia y como feudo de Aragón con sus armas le fuese conservado y defendido. El rey de Aragón con una profunda astucia y sagacidad y con una infinita ambición contemporizaba con el rey de Francia, y parecía pretendía mas agradarle que favorecer á su deudo. Entendía y deseaba que, por tener de suyo pocas fuerzas, desamparado de otras ayudas, vendría á ser presa de sus vecinos. Con esto, aunque le iustaba y pedia socorro, no le daba otra ayuda mas que buenas palabras. Tuvieron entre sí habla; respondió el Aragonés á la demanda del Mallorquin que él haría lo que se le rogaba, en caso que el rey de Francia no quisiese fenecer este pleito por tela de juicio. Sobre este punto se enviaron de una parte á otra muchas embajadas, todas con fin de poner dilación al negocio, no con ánimo de dar algun socorro al necesitado. Para cubrir estas mareas con capa de justicia procuró de hacerle muchos cargos de graves culpas y levantar muchos testimonios al miserable Rey. Que no reconocía sujeción á los reyes de Aragón, y que, aunque era llamado, no venía á las Cortes. Que en Perpiñan, sin poderlo hacer, labraba moneda baja de ley, de cuño y peso no acostumbrado. Sobre todo, que en Barcelona, do vino debajo de la fe y confianza de vistas, se conjuró para matar al Aragonés, trato que descubrió la misma mujer del de Mallorca, como la que mucho cuidaba de la vida del Rey, su hermano. Finalmente, que trató con el rey de Francia, con los potentados de Italia y con el mismo rey de Marruecos de confederarse en daño de Aragón. Estos fueron los capítulos que le opusieron, no se sabe si verdaderos, si falsos. La fama fué que se los levantaron, á que hizo dar crédito la destruición del desdichado Rey y pensar que muy á tuerto le despojaron de su estado. Estos fueron los principios de las desastradas discordias que el Papa y la reina de Nápoles, doña Sancha, parienta de ambos reyes, procuraron atajar, sin que pudiesen concluir cosa alguna. Los mallorquines, como suele acaecer en los señoríos pequeños, estaban muy cargados de nuevos pechos y tributos, y como quier que no esperasen ser relevados dellos, no les pesaba de mudar señor. Vino el negocio á rompimiento de guerra, y del cerco de Algecira fué llamado para esto el almirante del mar Pedro de Moncada, como arriba se dijo. Juntóse una poderosa armada, que entre grandes y pequeños tenía ciento diez y seis bajeles; partió el Aragonés del cabo de Lobregat, desembarcó en Mallorca, donde los isleños tenían juntados trecientos hombres de á caballo y quince mil de á pié, toda gente allegadiza, flaca y de poca defensa. Fué luego desbaratado el rey de Mallorca, y huyó á la ciudad de Poncia. De allí, perdida la esperanza de cualquier buen suceso, se pasó á tierra firme. Las voluntades de los isleños estaban inclinadas al Aragonés, y es ordinario que al vencedor todo se le sujeta y todos le ayudan. Recibido juramento y homenaje de fidelidad de los de las islas, y puesto por virey Arnaldo de Eril, el rey de Aragón se volvió con su armada á Barcelona. Los de Ruisellon y de Cerdania, que están en los postreros linderos de España, y eran del rey de Mallorca, fueron molestados con guerra y les tomaron algunos pueblos. En esto sobrevino un cardenal, que el Papa envió por legado á

estos príncipes para ponerlos en paz. Con su llegada cesó por unos pocos dias la guerra, demás que entraba ya el invierno, y no trajeron las máquinas que eran menester para bair las murallas de los pueblos. No prestó la diligencia del Legado ni la autoridad del Padre Santo. Pasado el invierno, por abril del año de 1344 se renovó la guerra con mayor furia; talaron las mieses, quemaron los campos, las ciudades y villas, unas por fuerza y otras de grado fueron tomadas. Algunos de los amigos del rey de Mallorca le persuadian que era mejor confiarse del rey de Aragón que no experimentar sus fuerzas. Otros, para muestra de muy fieles y bravos, con palabras libres y arrogantes decían que antes morirían que consintiesen que se pusiese en manos de su enemigo. Muéstranse antes de la batalla muy esforzados los que á las veces, cuando ven el peligro de cerca, suelen ser los mas cobardes. El ánimo del Rey vacilaba congojado con varios pensamientos, tenía empacho de que pareciese que alguno mas que él estimase la libertad; pero espantábase mucho y poníale grande miedo el verse con pocas fuerzas, ca no le quedaba ya otra cosa sino la villa de Perpiñan. ¿Qué podía hacer en aquel aprieto? Engañóle su esperanza y las buenas palabras de los terceros; en aquella duda escogió el consejo mas seguro que hourado. Envio con don Pedro de Ejerica á decir al Rey que se pondría en sus manos, si lo aseguraba primero su libertad y su vida. Con esperauza pues que le dieron, ó él temerariamente se tomó de recobrar su reino por la clemencia y liberalidad del vencedor, acompañado de sus caballeros y de otros señores de Aragón y con la seguridad que pedia, el mes de julio vino de Perpiñan á la ciudad de Elna, do el rey de Aragón tenía sus reales. Llegado delante del Rey, hincadas las rodillas le besó la mano, y le habló en esta manera: «Errado he, Rey invencible, yo he errado; pero mi yerro no ha sido de deslealtad ni de traicion. Lo que se peca por ignorancia, la clemencia, virtud de reyes y tuya propia, lo debe perdonar á un Rey humilde, pariente y amigo, y que mientras sus cosas le dieron lugar acudió á vuestro servicio con grande afición, y con nuevos y mayores servicios de aquí adelante recompensará las faltas pasadas. No ha sido uno solo el yerro que he hecho en este caso, yo lo confieso; pero entonces es mas de loar la clemencia cuando hay mayor razon de estar enojado. En lo demás yo soy vuestro; de mí y de mi reino haced lo que fuere vuestra merced y voluntad; espero que usaréis conmigo benignamente, acordándoos de la poca estabilidad y constancia de las cosas humanas.» A esto el rey de Aragón con rostro ludo y engañoso le acarició, excusóle su culpa, y le dijo que merecía ser perdonado por el arrepentimiento que mostraba. Los hechos fueron bien contrarios á las palabras. Poco despues, en una junta de nobles que se hizo en Barcelona le privó del título y honra real, y le señaló cierta renta para que se sustentase. Hallóse burlado el rey de Mallorca, sintió cuán pesada sea la caída de un reino; al fin cayó en la cuenta, entendió que las palabras blandas de don Pedro de Ejerica le engañaron y sus esperanzas. Así, si bien se hallaba desnudo de todos amparos y defensas, trató de renovar la guerra, pasóse á Francia. Allí primero acudió al papa Clemente, y como en él hallase poco amparo, con grande sumision se entró

por las puertas del rey de Francia, causa primera de aquella tempestad, y para los gastos de la guerra le vendió el señorío de Mompeller, sobre que era el pleito, por cien mil escudos de oro. El Francés y el Papa le recibieron debajo de su proteccion y amparo, ayudaronle tarde y con tibieza; en fin, se hobieron en este caso como suelen los hombres en peligro ajeno. Volvió pues á renovar con gran furia la guerra en las islas y en los estados de Cerdeña y de Ruisellon, pero no hizo otra cosa sino acarrearle la muerte. Cinco años adelante, en una batalla que se dió en Mallorca, fué vencido y muerto por los aragoneses; este fin tuvieron sus desdichas. Su cuerpo por mandado del rey de Aragon depositaron en Valencia; sus hijos y los de su hermano don Fernando, que poco antes del tiempo de la guerra falleció, en pena del pecado y culpa, si así se puede llamar, ajena, pasaron su vida huidos, desamparados, presos, sin casa ni sosiego alguno. Desgracia que á muchos pareció injustísima que los hijos fuesen privados del derecho del reino por cualesquier delitos de sus padres. En el mismo año que se ganó Algecira y que el rey de Mallorca fué despojado del reino, con temeroso y descomunal ruido tembló la tierra en Lisboa, ciudad que está en la ribera del mar Océano, y con mucho espanto de las gentes temblaron los edificios y se cayó el cimborio de la iglesia mayor, principio y presagio, segun se entendió, de otros mayores males. Murió doña Costanza, hija de don Juan Manuel y mujer del infante don Pedro de Portugal, el año siguiente de 1345. Sintieron ella y el marido menos su muerte, porque él trataba amores con doña Inés de Castro, dama muy apuesta que servia á la Infanta, y la trataba casi con igual estado que á su mujer. Lo que fué peor y sacrilego, que sacó la misma de pila al infante don Luis, hijo de don Pedro, que murió niño, y por el tanto entró en deudo con su padre. Quedaron dos hijos de doña Costanza, don Fernando y doña María.

CAPITULO XIII.

De las revueltas que hobo en el reino de Aragon.

Concluida la guerra de los moros con la felicidad que se podia desear, el rey de Castilla, libre deste cuidado, pensó de castigar los agravios y desafueros que en el tempestuoso tiempo de la guerra era necesario hobiesen cometido muchos de los jueces y grandes del reino. Junto con esto su mayor deseo era procurar que á ejemplo de los de Búrgos y Leon, asimismo los del Andalucía y reino de Toledo, le concediesen las alcabalas de las mercaderías que se vendiesen. En lo demás las cosas estaban sosegadas, y todo el reino con una abundante paz florecia. En el reino de Aragon resultaron nuevas revueltas, de que primeramente fué la causa el inquieto y perverso ingenio del rey de Aragon, que pretendia ensanchar su reino con trabar unas guerras de otras. Quejábbase que las fuerzas del reino quedaron enflaquecidas y la majestad real disminuida con las dádivas y mercedes que sus antepasados indiscretamente hicieron. Ensoberbecido otrosí con el próspero suceso que tuvo contra el rey de Mallorca, volvió su enojo contra su hermano carnal don Jaime, que le sintió estar inclinado á compadecerse y tener misericordia del Rey desposeido. Además que á los que señorean siempre les

son sospechosos aquellos que están inmediatos á la sucesion del estado. Decíase en el reino que por fuero y costumbre antigua de Aragon era don Jaime sucesor y heredero del reino; que debían ser excluidas de la herencia paterna doña Costanza, doña Juana y doña María, hijas del Rey, habidas en la Reina, su mujer. Por esta razon, hecho vicario y procurador del reino, habia ganado las voluntades y amor de los nobles y del pueblo con su buen término y trato llano y virtuoso, sin fraude ni algun mal engaño. Llamóle el Rey un dia, mandóle dejar el oficio de procurador. Desta manera arrebatadamente y sin consejo se hacian todas las demás cosas, mayormente que por este tiempo, que corria el año de nuestra salvacion de 1346, murió la reina de Aragon, mujer de santísimas costumbres, y por el mismo caso desemejable de su marido; falleció cinco dias despues que parió un niño, que vivió tan solamente un dia, con que el reino tuvo un breve contento, destemplado en mucho pesar. Sepultóse el cuerpo desta señora en Valencia en la iglesia de San Vicente, si bien ella se mandó enterrar en Poblete, entierro antiguo de aquellos reyes. Para que el Rey tuviese hijo varon con que se evitasen muchas revueltas en el reino luego se trató de volver á casarle; para este fin enviaron embajadores al rey de Portugal á pedirle su hija doña Leonor. Deseaba su hermano don Fernando casarse con aquella infanta, confiado en el favor de su tio el rey de Castilla y por estar él en la flor de su juvenil edad. Venció, como era forzoso, en esta competencia el rey de Aragon. Ayudó para ello primeramente don Juan Manuel, que por ser enemigo de doña Leonor de Guzman y por el mismo caso tambien del rey de Castilla, toda su voluntad tenia puesta en la del rey de Aragon y en agradarle. Así procuró y concluyó de casar á su hijo don Fernando con doña Juana, prima hermana del rey de Aragon y hija de don Ramon Berenguel; con que quedaba emparentado con tres casas reales en parentesco muy estrecho, y por esto era el mas poderoso de los grandes del reino. Los nobles de Aragon y de Valencia juntamente con el pueblo se comenzaron á alborotar; conjuráronse todos de guardar su libertad, mirar por sus fueros, y si menester fuese, defenderlos con las armas. Tomaron por ocasion deste alboroto la fuerza que á don Jaime, conde de Urgel, se hizo para que desistiese y se apartase del derecho de la sucesion y procuracion del reino, y que se hacian leyes y publicaban edictos en nombre de doña Costanza, hija del rey de Aragon, como si ella hobiera de ser la sucesora y heredera del reino. Señalaron y nombraron por conservadores de la libertad á Jimeno de Urrea, Pedro Coronel, Blasco de Alagon y á don Lope de Luna, que era el mas principal de los nombrados por tener el señorío de Segorve y estar casado con doña Violante, tia del Rey. Hicieron cabeza de todos, como era necesario, á don Jaime, conde de Urgel; y llamaron de Castilla, donde residia con su madre, por no confiarse del rey de Aragon, á sus hermanos don Fernando y don Juan con muchas cartas y embajadas que les enviaron, con que ellos se determinaron de ir á Aragon. Llevaron consigo quinientos hombres de á caballo, que les dió para su guarda su tio el rey de Castilla. El rey de Aragon no ignoraba que las fuerzas del pueblo, alborotadas, son furiosas en los principios, mas que despues con el

tiempo y la dilación se amansan y enflaquecen. Procuró hacer Cortes en Zaragoza, en que para aplacar el pueblo, mas que por hacer el deber con sincera voluntad, restituyó á su hermano don Jaime la procuracion del reino, y dado por ninguno lo que primero tenia decretado, fué declarado por heredero y sucesor del reino. Con esto se volvieron á pacificar y sosegar las cosas; pero con la muerte que luego sucedió á don Jaime se ahió la luz que comenzaba á resplandecer. El rey de Aragon por dar prisa á sus bodas se fué á Barcelona, ca tenia mandado llevasen allí su esposa los que la traian de las últimas partes de Portugal. En aquella ciudad de Barcelona, luego que allí llegó, falleció el ya dicho conde de Urgel de enfermedad en fin del año de 1347; fué fama que le ayudaron con yerbas que le dieron, y que le vino este mal por la sospecha que dél se podía tener de que se queria alzar con el reino. Celebraron las bodas sin ninguna señalada solemnidad por estar todo el reino triste con la muerte y luto de don Jaime y por la tempestad de revueltas que temian se les armaba. Enterróse su cuerpo en la misma ciudad en el monasterio de San Francisco. Los hermanos don Fernando y don Juan, que, acabadas las Cortes, se tornaron á Castilla, comunicado el negocio en Madrid con su madre y con el Rey, su tío, se hicieron cabezas de los pueblos amotinados; ayudóles el rey de Castilla con ochocientos caballos. Con tanto don Fernando se fué á Valencia, y don Juan á Zaragoza. Su madre en Cuenca y en Requena, en que lo demás del tiempo residia, esperaba en qué pararian estas alteraciones con grande cuidado de la salud de sus hijos. Enviáronse los reyes sus embajadores; de Castilla Fernan Perez Portocarrero para hacer las amistades entre los hermanos; de Aragon vino por embajador Muñon Lopez de Tauste á quejarse de agravios y á rogar que no se le diese ningun favor ni ayuda á los rebeldes. Otorgósele que el capitán Alvar García de Albornoz hiciese en Castilla seiscientos hombres de á caballo á sueldo del rey de Aragon; el cual Rey, no sin nota y menoscabo de la majestad real, casi como quien pide perdon, se fué á Valencia poco menos que á ponerse en manos de los conjurados; así se vió en términos de que le perdiesen el respeto y le maltratasen. Los del Rey y los del pueblo, como gente desavenida, los unos no se fiaban de los otros, antes se miraban á la cara, notábanse las palabras y semblante del rostro, y con alrentas y malas palabras que se decian, parece buscaban ocasion de revolverse y venir á las manos. Llegó el pueblo á alborotarse y á tomar las armas, y con ellas en las manos entraron con furioso ímpetu y violencia en el palacio real con grande miedo de los cortesanos y de la gente de palacio. Llegó la cosa á términos que el Rey de necesidad hobo de subir en un caballo y aventurarse á ponerse en medio de la gente alborotada para que con sus palabras y presencia se apaciguase. Concedióse al infante don Fernando que durante la vida del Rey fuese procurador del reino, y despues de la muerte le sucediese en él, y que las hijas quedasen excluidas de la sucesion. Eran estos conciertos sacados por fuerza, y por esta razon se entendia que no serian firmes ni durarian mucho. Ido el Rey, don Lope de Luna, que ya se pasara á su servicio, no dejó las armas, antes á los conjurados les era un importuno y molesto enemigo, disimulándolo primero el Rey,

y despues mandándose lo. Tenia sus gentes y reales en Daroca y su tierra. Don Fernando, por impedir los intentos de don Lope, partió de Zaragoza con quince mil hombres, parte de á caballo y parte de á pié. Sentó su real cerca de Epila á la ribera del rio Jalon. No pudo tomar el pueblo porque era fuerte, quemó los campos y las mieses, que las querian ya segar; sobrevinieron en esto los del Rey, pelearon á banderas tendidas; los conjurados, por ser gente popular y mas para hallarse en alborotos y sediciones que para pelear en batalla reñida, fueron vencidos y desbaratados. Murieron en la batalla don Jimeno de Urrea y otros hombres principales, y su capitán don Fernando fué preso con una herida en la cara; mas el capitán Alvar García de Albornoz, á quien le dieron en guarda, le soltó y dejó ir libre á Castilla. Podíase temer cualquiera cosa de la severidad del Rey, su hermano, que debió ser la ocasion de soltalle. No se sabe si se hizo esto sin que lo supiese don Lope de Luna ó si lo disimuló, mudado de parecer y trocado de voluntad, como ordinariamente suele acontecer en las guerras civiles. Bien se mostró quedar el Rey satisfecho dél, pues en premio de lo bien que en aquella guerra le sirvió, para honrarle le dió título de conde de Luna, cosa nueva y poca usada en Aragon. Despues desta victoria todo en Aragon quedó llano al Rey; y asentada la paz en Zaragoza, totalmente se deshizo la union y liga de los conjurados de suerte, que no se oyó mas su nombre. La sucesion del reino se confirmó á don Fernando. Amplióse la autoridad del justicia de Aragon, con cuyo oficio por ley antigua del reino se prevenia que el Rey no pudiese quitarles su libertad. Esto pasaba en Aragon el año de 1348 de nuestra salvacion. Este año una gravísima peste maltrató primero las provincias orientales, y dellas se derramó y se pegó á las demás regiones, como á Italia, Sicilia, Cerdeña y Mallorca, y despues á todos los reinos y ciudades de España. Eran tantos los que morian, que se halló por cuenta en Zaragoza que en el mes de octubre morian cada dia cien personas; como era una infeccion del aire, el curar los enfermos y tocarlos extendia mas la enfermedad por pegarse el mal á muchos. Por donde los heridos, ó se quedaban sin que hobiese quien los quisiese remediar, ó si los intentaban curar, daba luego la misma dolencia á los que se llegaban cerca del enfermo y á los que le curaban. El ver tantos enfermos y muertes habia endurecido de manera los corazones de los hombres, que no lloraban los muertos, y se dejaban los cuerpos por enterrar tendidos en las calles. Desta peste y de su fiera escritura largamente en sus *Epistolas* Francisco Petrarca, hombre deste tiempo, señalado en letras, mayormente en la poesia en lengua toscana. Era grandísima lástima ver lo que pasaba en todos los pueblos y ciudades de España. La nueva reina de Aragon doña Leonor, sin dejar hijos, murió por este tiempo en Ejerica, donde se retiró el Rey por miedo de la peste; su cuerpo sepultaron en el mismo lugar sin pompa ni aparato real. Con su muerte quedó el Rey libre para poderse casar tercera vez mas dichosamente que las pasadas por los hijos que deste matrimonio tuvo. No se sosegaban los conjurados. Hizo el Rey á los alterados de Valencia en general guerra, y en particular justicia de muchos despues de habida la victoria; con el rigor y grandeza del castigo pretendia espantar

á los demás y que tomasen escarmiento y supiesen que no se debe temerariamente irritar la cólera é indignacion de los reyes.

CAPITULO XIV.

Que se apaciguaron las discordias entre los caballeros de Calatrava.

Los caballeros de Castilla de la órden de Calatrava y los de Aragon de la misma órden tenian entre sí grandes diferencias y scisma; en lugar de uno eligieron y tenian dos maestros, uno en Calatrava, otro en Alcañices. La cosa pasó desta manera. Don Garci Lopez, maestre desta religion, mas de veinte años antes deste en que vamos fué acusado de gravísimos delitos y de traicion; oponiáule que, siendo el Rey menor de edad, robó el reino y hizo muy poco caso de su religion y órden, de que en ellas se siguieron innumerables daños y desórdenes. Por estas y otras cosas le citaron para que pareciese delante el rey don Alonso de Castilla y respondiese á lo que se le imputaba. No quiso parecer, antes se fué á Aragon, ó por miedo de ser castigado como merecia y le acusaba su conciencia, ó lo que es mas de creer, con temor de las cautelas y potencias de sus enemigos, ca los que le acusaban eran los mas poderosos y mas ilustres de su órden. Esta fué la principal causa y principio de las diferencias y contiendas que tanto despues duraron. Con el favor del rey de Aragon don Garci Lopez residia en Alcañices, pueblo de la órden, y allí conservaba su autoridad. Ejercitaba el oficio de maestre, no obstante que á instancia del rey de Castilla fuera condenado en rebeldía y privado del maestrazgo. Eligieron en su lugar á don Juan Nuñez de Prado, de quien era fama y se decia que era hijo no legítimo de doña Blanca, tia del rey de Portugal y abadesa del monasterio de las Huelgas de Búrgos. Los abades de la órden del Cistel, que por instituto antiguo tenian poder de visitar esta religion, aprobaron y confirmaron la eleccion del nuevo Maestre. Los freiles y caballeros aragoneses no se quisieron rendir ni obedecerle, antes, muerto que fué don Garci Lopez, substituyeron en su lugar á don Alonso Perez de Toro, cuya eleccion de su voluntad, ó porque para ello fué inducido y engañado, confirmó Arnaldo, abad de Morimonte en la Francia, á quien de oficio competia hacer semejante ratificacion. Intentóse muchas veces de concordar estos caballeros, que ambas partes veian serles muy dañosa su division. Sobre esta razon los reyes se enviaron diversas embaxadas, que no tuvieron hasta este tiempo efecto alguno, quando por muerte de don Alonso Perez eligieron los de Alcañices á don Juan Rodriguez. Antes que esta postrera eleccion se confirmase, á instancia de los reyes de Castilla y de Aragon, en Zaragoza, do á la sazón se hacian Cortes, se juntaron ambos maestros y muchos caballeros de ambas naciones. Litigada la causa, el rey de Aragon, como juez árbitro que era, cerrado el proceso, por lo que dél resultaba, sentenció conforme á las pretensiones y méritos de Castilla. Hizose otrosí constitucion que de allí adelante fuese habida por verdadera y canónica eleccion de maestre la que hiciessen aquellos caballeros en Calatrava. A don Juan Rodriguez se le quitó el oficio y título de maestre, y en recompensa se le dió la encomienda mayor de Alcañices, con jurisdiccion sobre todos los freiles y caballeros de

Aragon; y aun se proveyó que el maestre no pudiese proveer cosa alguna tocante al comendador mayor y los caballeros aragoneses mientras durase la vida de los presentes, sino fuese con consejo de los abades de Poblete y de Vernuela. Prevenian con esto que por envidia y emulacion no se les hiciese algun agravio. En esta forma se concordaron los caballeros de Calatrava, y las divisiones que entre sí tenian se acabaron en 25 del mes de agosto. Los juicios de los hombres son varios; muchos fueron de parecer y murmuraban que en estas cosas no se procedió conforme al punto y rigor de derecho, sino por respeto y á voluntad del rey de Castilla. En este mismo tiempo don Luis, conde de Claramonte, hijo de don Alonso de la Cerda, á quien llamaban el Desheredado, ponía en órden una armada en la ribera de Cataluña con licencia y ayuda del rey de Aragon y por concesion del Papa, que dos años antes le adjudicara las islas de Canaria, llamadas por los antiguos Fortunadas. Dióle aquella conquista el sumo Pontífice con título de rey, y que como tal hizo un solemne paseo en Aviñon. Púsole por condicion que á aquellas gentes bárbaras hiciese predicar la fe de Cristo. Sería bien, pues esta ocasion se ofrece, decir algo del sitio, de la naturaleza y del número destas islas, y en qué tiempo se hayan incorporado en la corona de los reyes de Castilla. Al salir de la boca del estrecho de Gibraltar en el mar Atlántico á la mano izquierda caen estas islas. Son siete en número, extendidas en hilera de levante á poniente, leste, oeste, veinte y siete grados apartadas de la línea equinoccial. La mayor destas islas llámase la Gran Canaria; della las demás tomaron este nombre de Canarias. El suelo de la tierra es fértil para pasto y labor, hay en ellas tan grande multitud de conejos, que se han multiplicado de los que de tierra firme se llevaron, que destruyen las viñas y los panes de suerte, que ya les pesa de haberlos llevado. En la isla que llaman del Hierro no hay otra agua de la tierra sino la que se distila y regala de las hojas de un árbol, que es un admirable secreto y variedad de la naturaleza. Es cierto que don Luis, á quien por esta navegacion que quiso hacer, llamaron el infante Fortuna, nunca pasó á estas; si bien tuvo la conquista dellas y la armada aprestada para ir las á conquistar, las guerras de Francia se lo estorbaron y la batalla que Filipo, rey francés, perdió por estos tiempos junto á Cresiaco. Como cincuenta años adelante los vizcaínos y andaluces, repartida entre sí la costa, armaron una flota para pasar á estas islas con intento de hacer á los isleños guerra á fuego y á sangre, mas por codicia de robarlos que por allanar la tierra. Una grande presa que trujeron de la isla de Lanzarote puso gana á los reyes de conquistarlas, sino que despues, ocupados en otras cosas, se olvidaron desta empresa. Pasados algunos años, Juan Bentacurto, de nacion francés, volvió á hacer este viaje con licencia que le dió el rey de Castilla don Enrique, tercero deste nombre, con condicion que, conquistadas, quedasen debajo de la proteccion y homenaje de los reyes de Castilla. Ganó y conquistó las cinco islas menores; no pudo ganar las otras dos por la muchedumbre y valentía de los isleños, que se lo defendió. Envióse á estas islas un obispo llamado Mendo; el Obispo y Menaute, heredero de Bentacurto, no se llevaron bien; antes tenian muchas contiendas, de tal guisa, que

estuvieron á punto de hacerse guerra. El Francés sólo miraba por su interés; el Obispo no podía sufrir que los pobres isleños fuesen maltratados y robados sin temor de Dios ni vergüenza de los hombres. El rey de Castilla, avisado deste desórden, envió allá á Pedro Barba, que se apoderó destas islas. Este despues por cierto precio las vendió á un hombre principal llamado Peraza, y deste vinieron á poder de un tal Herrera, yerno suyo, el cual se intituló rey de Canaria. Mas como quier que no pudiese conquistar la Gran Canaria ni á Tenerife, vendió las cuatro destas islas al rey don Fernando el Católico, y él se quedó con la una, llamada Gomera, de quien se intituló conde. El rey don Fernando, que entre los reyes de España fué el mas feliz, valeroso sin par, envió diversas veces sus flotas á estas islas, y al fin las conquistó todas, y las incorporó en la corona real de Castilla. Volvamos á lo que se ha quedado atrás. En el año de 1349 doña Leonor, hermana mayor de don Luis, rey de Sicilia, nieto que fué de Federico, y en su menor edad sucedió al rey don Pedro, su padre, casó con voluntad de su madre y en vida del Rey, su hermano, con el rey de Aragon. Llegada á la ciudad de Valencia, se celebraron las bodas con gran regocijo y fiestas de todo el reino.

CAPITULO XV.

De la muerte del rey don Alonso de Castilla.

Levantáronse en este tiempo grandes revoluciones en Africa, causadas por Abolacem, que conforme á la condicion de los moros y por codicia de reinar, atropellado el derecho paternal y no escarmentado con la muerte de su hermano, se rebeló contra su padre Abolacem, y se alzó en Africa con el reino de Fez, y en España se apoderó de Gibraltar y de Ronda y de todas las demás tierras que á los reyes de Africa en España quedaban, y puso en ellas sus guarniciones de soldados. Hacia cargo á su padre que por su descuido y cobardía con grande menoscabo y mengua del nombre africano sucedieran las pérdidas y desastres pasados; decia que si á él quisiesen llevar por guía y capitán, vengaria las injurias recebidas y tomaria emienda de aquellos daños. Con estas persuasiones el vulgo, amigo de novedades, se le arriñaba por el vicio general de la naturaleza de los hombres, y mas por la liviandad y ligereza particular de los africanos, en quien mas que en otras gentes reina esta inconstancia, esperaban que las cosas presentes serian mas á propósito y de mayor comodidad que las pasadas. Estas revueltas de los moros parecia á los nuestros que les daban la ocasion en las manos para hacer su hecho, si no estuviera de por medio el juramento con que se obligaron de tener treguas por diez años. Sin embargo, los mas prudentes juzgaban que por ser ya otro el Rey diferente de aquel con quien asentaron las treguas, quedaban libres de la jura. El deseo de renovar la guerra y de conquistar á Gibraltar los acucia, cuya fortaleza les era un duro freno para que sus intentos no los pudiesen poner en ejecucion. El cuidado de proveerse de dineros tenia al Rey congojado, bien que no perdía la esperanza que el reino le ayudaria de buena gana, por estar descansado con la paz de que ya cinco años gozaba. El vehemente deseo que todos tenían de desarraigat de España á sus enemigos, velo con

que muchas veces se mueve y engaña el pueblo, los animaba á servir de buena gana y ayudar estos intentos. Publicáronse Cortes para la villa de Alcalá de Henáres, llamaron á ellas muchas ciudades del reino que no solian ser llamadas. Las del Andalucía y de la Carpetania, hoy reino de Toledo, por la mayor parte solian ser libres de las cargas de la guerra como quier que hacian frontera á los moros, y de necesidad grandes gastos para defenderles la tierra. Al presente en esta ocasion, con color de honrarlos, se dejaron llevar; pretendian con grande fuerza que á imitacion de los de Castilla y de Leon, como repartida entre todos la carga, pechasen alcabala de todas las cosas que se vendiesen. Entre las ciudades que se juntaron en estas Cortes, los procuradores de la ciudad de Toledo alegaban que debian tener el primer lugar y voto. Los de Búrgos, si bien la causa era dudosa, como estaban en posesion, resistian valientemente y pretendian ser en ella amparados. Alegaban en favor de Toledo la grandeza de la ciudad, su antigüedad, su nobleza, la santidad de su famosísima iglesia, la majestad y autoridad de su arzobispo, que tiene primacía sobre todos los prelados de España, los hechos valerosos de los antepasados; demás que en tiempo de los godos era la cabeza del reino y silla de los reyes, y modernamente se le diera título de imperial. Decian ansimismo parecia cosa injustísima y fuera de razon que hobiese de reconocer mayoría á ninguna ciudad aquella á quien Dios y los hombres aventajaron, y la misma naturaleza, que la puso en el corazon de España en un lugar eminentísimo, en que se dividen y reparten las aguas. Que si no le daban la autoridad y lugar que se le debía, no pareceria á todos sino que la llamaron á las Cortes para hacer burla della y desautorizalla. Si la razon que Búrgos alegaba tenia fuerza, la misma militaba por las demás ciudades del reino, y que á aquella cuenta no le quedaba á Toledo sino el postrer lugar, y aun á merced, si se le quisiesen dejar. Que tocaba á todos y era comun la causa de Toledo; así la deshonra que á ella se hiciese manchaba y desautorizaba á toda España. Los de Búrgos se defendian con la preeminencia que tenían en Castilla, en que poseian el primer lugar de tiempo muy antiguo. Decian que contra esta posesion no era de importancia alegar actos ya olvidados y desusados, y que si la competencia se llevaba por via de honra, ¿de dónde se dió principio para restaurar la fe y avivar las esperanzas de echar los moros de España? Por esto con mucha razon era Búrgos la silla y domicilio de los primeros reyes de Castilla; no era justo quitarlos en la paz aquel lugar que ellos en la guerra ganaron con mucha sangre que sus antepasados derramaron. Demás que sin suficiente causa no se le podian derogar los privilegios que los reyes pasados le concedieron. Los grandes en esta competencia andaban divididos, segun que tenían parentesco y amistades en alguna de las dos ciudades. Nombradamente favorecia á Toledo don Juan Manuel, y á Búrgos don Juan Nuñez de Lara; los unos no querian conceder ventaja á los otros. Despues que se hobó bien debatido esta causa, se acordó y tomó por medio que Búrgos tuviese el primer asiento y el primer voto, y que á los procuradores de Toledo se les diese un lugar apartado de los demás en frente del Rey, y que Toledo fuese nombrado primero por el Rey desta manera: «Yo hablo por

Toledo y hará lo que le mandare; hable Búrgos.» Con esta industria y esta moderación se apaciguó por entonces esta contienda, traza que hasta nuestros tiempos continuamente se ha usado y guardado; así acaece muchas veces que los debates populares se remedian con tan fáciles medios como lo son sus causas. Diez y ocho ciudades y villas son las que suelen tener voto en las Cortes, Búrgos, Soria, Segovia, Avila y Valladolid; estas en Castilla la Vieja. Del reino de Leon es la primera la ciudad de Leon, despues Salamanca, Zamora y Toro. De Castilla la Nueva Toledo, Cuenca, Guadaluja, Madrid. Del Andalucía y de los contestanos Sevilla, Granada, Córdoba, Murcia, Jaen. Entre todas estas ciudades Búrgos, Leon, Granada, Sevilla, Córdoba, Murcia, Jaen y Toledo por ser cabeceras de reinos tienen señalados sus asientos y sus lugares para votar conforme á la órden que están referidas. Las demás ciudades se sientan y hablan sin tener lugares señalados, sino como vienen á las juntas y Cortes. En las Cortes de Alcalá consta que se hallaron muchas mas villas y ciudades, porque el Rey, para ganar las voluntades de todo el reino, quiso esta honra repartirla entre muchos y tenerlos gratos con este honroso regalo. Pidióse en estas Cortes el alcabala. Al principio no se quiso conceder; las personas de mas prudencia adivinaban los inconvenientes que despues se podian seguir; mas al cabo fué vencida la constancia de los que la contradecian, principalmente que se allanó Toledo, si bien al principio se extrañaba de conceder nuevos tributos. El deseo que tenia que se renovase la guerra y la mengua del tesoro del Rey para poderla sustentar la hizo consentir con las demás ciudades. Concluido esto, de comun acuerdo de todos con increíble alegría se decretó la guerra contra los moros, y para ella en todo el reino se hizo mucha gente y se proveyeron armas, lanzas, caballos, bastimentos, dineros y todo lo al necesario. Juntado el ejército, fueron al Andalucía, asentaron sus reales sobre Gibraltar, cercáronla con grandes fosos y trincheas y muchas máquinas que levantaron. La villa se hallaba bien apercebida para todo lo que le pudiese acaecer; tenia hechas nuevas defensas y fortificaciones, muy altas murallas con sus torres, saeteras, traviesas, troneras á la manera que entonces usaban, muchos y buenos soldados de guarnicion, que á la fama del cerco vinieron muchos moros de Africa. Puesto el cerco, se quemaron y derribaron muchas casas de placer, y se talaron y destruyeron muy deleitosas huertas y arboledas que estaban en el contorno de la ciudad, por ver si los moros mudaban parecer y se rendian por excusar el daño que recibian en sus haciendas y heredades. Baliearon los muros con las máquinas militares. Los moros se defendian con grande esfuerzo, con piedras, fuego y armas que arrojaban sobre los contrarios. Todavía les dieron tal priesa, que los moros comenzaron poco á poco á desmayar y á perder la esperanza de poder sufrir el cerco ni defender el pueblo; no esperaban ser socorridos por las alteraciones que todavía continuaban en Africa. Los que mas desfallecian eran los ciudadanos con temor que si el pueblo se tomase por fuerza, por ventura no les querrian dar ningun partido ni perdona-los; mas los soldados que tenian en su defensa no tenían tanto cuidado de lo que podria despues suceder. Gastábase el tiempo y el cerco se alargaba. En esto

ciertos embajadores, que el rey de Castilla antes enviara al rey de Aragon para rogalle que le ayudase en esta guerra y hiciese paces con él, vinieron á sus reales, y en su compañía Bernardo de Cabrera, que en aquellos tiempos era tenido por varon sabio y grave; por esta causa el rey de Aragon le sacó de su casa, en que con deseo de descansar se retirara, para la administracion de los negocios públicos. Así, por su consejo principalmente gobernaba el reino, por donde de necesidad de muchos era envidiado. Con su venida, que fué en 29 de agosto, se hizo paz y alianza entre los reyes con estas capitulaciones: que la reina doña Leonor y sus hijos hobiesen pacifica y enteramente todo aquello que el Rey, su marido y padre, les mandó por su testamento; el rey de Castilla, cumplido esto, no les daría ningun favor ni ayuda para que levantasen nuevas revueltas en Aragon. Hecha la paz, envió el rey de Aragon cuatrocientos ballesteros con diez galeras, cuyo capitan era Raimundo Villano. Doña Juana, reina de Navarra, que despues de la muerte de su marido se quedó en Francia y vivió por espacio de cinco años, murió en la villa de Conflans, puesta á la junta de los rios Oise y Secuana, en 6 de octubre; enterráronla en el monasterio de San Dionisio junto al sepulcro de su padre el rey Luis Hutin. Fué esta señora de santísimas costumbres y dichosa en tener muchos hijos. Dejó por sucesor del reino á Carlos, su hijo, de edad de diez y siete años. Quedáronle otros dos menores, don Filipo y don Luis, el que hobo despues en dote el estado y señorío de Durazo; tuvo otrosí estas hijas, las infantas Juana, María, Blanca y doña Inés, que con el tiempo casaron con grandes príncipes; la mayor con el señor de Ruan, la segunda con el rey de Aragon, y con la tercera en el postrer matrimonio se casó Filipo de Valoes, rey de Francia; la menor de todas fué casada con el conde de Fox. En esta sazón era virey de Navarra un caballero francés llamado mosen Juan de Conflens. Volvamos al cerco de Gibraltar. Los nuestros estaban con esperanza de entrar el pueblo, sino que las grandes fortificaciones y reparos que habian hecho los de dentro, la fortaleza de los muros les impedia que no le tomasen. Los moros de Granada daban muchos rebatos en los reales, y paraban coladas á los nuestros, y cautivaban á los que se desmandaban del ejército. Salian muchas veces los soldados de la ciudad á pelear, y hacíanse muchas escaramuzas y zalgardas. El cerco le tenían en este estado, cuando una grande peste y mortandad que dió en el real de los fieles desbarató todos sus deseos; morian cada dia muchos, y faltaban; con esto la alegría, que antes solian tener en los reales, toda se convirtió en tristeza y lloro y descontento; tan grande es la inconstancia de las cosas. Don Juan de Lara y don Hernando Manuel, que por muerte de su padre era señor de Villena, eran de parecer y instaban que se levantase el cerco y se fuesen, ca decian no ser la voluntad de Dios que se tomase aquella villa, y que por ser en mal tiempo del año el perseverar en el cerco seria yerro perniciosísimo y mortal, especialmente que al cabo la necesidad los forzaria á que se fuesen, que era locura estarse allí con la muerte al ojo sin ninguna esperauza de hacer cosa de provecho. Movianle algo estas razones al Rey; mas con el deseo que tenia de salir con la demanda y ganar la villa que en su tiempo se perdiera, y con la esperanza que

tenia concebida y el ánimo grande por los buenos sucesos pasados, se animaba y proseguía el cerco. Decía que los valerosos y de grande corazon peleaban contra la fortuna y alcanzaban lo que pretendian, y los cobardes con el miedo perdian las buenas esperanzas; que pues la muerte no se excusa, ¿dónde mejor podia acabar que en este trance y pretension un hombre criado desde niño en la guerra? Y ¿en qué empresa mejor podia hallar la muerte á un rey cristiano que cuando procuraba ampliar y defender nuestra santa fe y católica religion? Esta constancia ó pertinacia del Rey fué mala, dañosa y desastrada. Alcanzóle la mala contagion; dióle una landre, de que murió en 26 de marzo del año de 1330, el primero en que por constitucion del papa Clemente se ganó el jubileo de cincuenta en cincuenta años, que de antes se mandó ganar de ciento en ciento. Fué asimismo señalado este año por la muerte de Filipe, rey de Francia. Sucedióle su hijo Juan, rey de sublime y generoso corazon, sin doblez ni alguna viciosa disimulacion, tales eran sus virtudes; los grandes infortunios que á él y á su reino acontecieron le hicieron de los mas memorables. Este fin tuvo don Alonso, rey de Castilla, undécimo deste nombre, muy fuera de sazón y antes de tiempo, á los treinta y ocho años de su edad; si alcanzara mas larga vida desarraigara de España las reliquias que en ella quedaban de los moros. Podiérase igualar con los mas señalados príncipes del mundo, así en la grandeza de sus hazañas como por la disciplina militar y su prudencia aventajada en el gobierno, si no amancillara las demás virtudes y las escureciera la incontinencia y soltura continuada por tanto tiempo. La aficion que tenia á la justicia y su celo, á las veces demasiado, le dió acerca del pueblo el renombre que tuvo de Justiciero. Por la muerte del Rey su gente se alzó á la hora del cerco. Llevaron su cuerpo á Sevilla, y allí le enterraron en la capilla real. En tiempo del rey don Enrique, su hijo, le trasladaron á Córdoba, segun que él mismo lo dejó mandado en su testamento. Los moros, dado que los tenia él cercados, reverenciaban y alababan la virtud del muerto en tanto grado, que decian no quedar en el mundo otro semejante en valor, y las demás virtudes que pertenecen á un gran príncipe, y como quier que tenian á gran dicha verse libres del aprieto en que los tenia puestos, no acometieron á los que se partian ni los quisieron hacer algun estorbo ni enojo. En este cerco no se halló el arzobispo don Gil de Albornoz, por ventura por estar ausente de España; por lo menos se halla que al fin deste año á 18 de diciembre le crió cardenal el papa Clemente, que tenia bien conocidas sus partes desde el tiempo que fué á Francia á solicitar el subsidio ya dicho. Lorenzo de Padilla dice que esta fué la causa de renunciar el arzobispado por ser á la verdad incompatibles entonces aquellas dos dignidades, y que en su lugar fué puesto don Gonzalo el Cuarto, deudo suyo, de la casa, apellido y nombre de los Carrillos. Otros quieren que el sucesor de don Gil se llamó don Gonzalo de Aguilar, obispo que fué primero de Cuenca. A la verdad, como quier que se llamase, su pontificado fué breve, ca gobernó la iglesia de Toledo como tres años, y no mas; fué prelado de prendas y de valor.

CAPITULO XVI.

Cómo mataron á doña Leonor de Guzman.

Siguieron en Castilla bravos torbellinos, furiosas tempestades, varios acaecimientos, crueles y sangrientas guerras, engaños, traiciones, destierros, muertes sin número y sin cuento, muchos grandes señores violentamente muertos, muchas guerras civiles, ningun cuidado de las cosas sagradas ni profanas; todos estos desórdenes, si por culpa del nuevo Rey, si de los grandes, no se averigua. La comun opinion carga al Rey, tanto que el vulgo le dió nombre de Cruel. Buenos autores gran parte destes desórdenes la atribuyen á la destemplanza de los grandes, que en todas las cosas buenas y malas sin respeto de lo justo seguian su apetito, codicia y ambicion tan desenfrenada, que obligó al Rey á no dejar sus excesos sin castigo. La piedad y mansedumbre de los príncipes, no solamente depende de su condicion y costumbres, sino asimismo de las de los súbditos. Con sufrir y complacer á los que mandan, á las veces ellos se moderan y se hacen tolerables; verdad es que la virtud, si es desdichada, suele ser tenida por viciosa. A los reyes al tanto conviene usar á sus tiempos de clemencia con los culpados, y les es necesario disimular y conformarse con el tiempo para no ponerse en necesidad de experimentar con su daño cuán grandes sean las fuerzas de la muchedumbre irritada, como le avino al rey don Pedro. ¿De qué aprovecha querer sanar de repente lo que en largo tiempo enfermó? ¿Ablandarlo que está con la vejez endurecido, sin ninguna esperanza de provecho y con peligro cierto del daño? Las cosas pasadas, dirá alguno, mejor se pueden reprehender que emendar ni corregir; es así, pero tambien las reprehensiones de los males pasados deben servir de avisos á los que despues de nos vendrán para que sepan regir y gobernar su vida. Mas antes que se venga á contar cosas tan grandes, será necesario decir primero en qué estado se hallaba la república, qué condiciones, qué costumbres, qué restaba en el reino sano y entero, qué enfermo y desconcertado. Luego que murió el rey don Alonso, su hijo don Pedro, habido en su legítima mujer, como era razon, fué en los mismos reales apellidado por rey, si bien no tenia mas de quince años y siete meses, y estaba ausente en Sevilla, do se quedó con su madre. Su edad no era á propósito para cuidados tan graves; su natural mostraba capacidad de cualquier grandeza. Era blanco, de buen rostro, autorizado con una cierta majestad, los cabellos rubios, el cuerpo descollado; veíanse en él, finalmente, muestras de grandes virtudes, de osadía y consejo; su cuerpo no se rendia con el trabajo, ni el espíritu con ninguna dificultad podia ser vencido. Gustaba principalmente de la cetrería, caza de aves, y en las cosas de justicia era entero. Entre estas virtudes se veian no menores vicios, que entonces asomaban y con la edad fueron mayores, tener en poco y menospreciar las gentes, decir palabras afrentosas, oír soberbiamente, dar audiencia con dificultad, no solamente á los extraños, sino á los mismos de su casa. Estos vicios se mostraban en su tierna edad; con el tiempo se les juntaron la avaricia, la disolucion en la lujuria y la aspereza de condicion y costumbres. Estas faltas y defectos, que tenia de su mala inclinacion natural, se le aumentaron por

ser mal doctrinado de don Juan Alonso de Alburquerque, á quien su padre cuando pequeño se le dió por ayo para que le impusiese y enseñase buenas costumbres. Hacesospechar esto la grande privanza que con él tuvo despues que fué rey, tanto, que en todas las cosas era el que tenia mayor autoridad, no sin envidia y murmuracion de los demás nobles, que decian pretendia acrecentar su hacienda con el daño público y comun, que es la mas dañosa pestilencia que hallarse puede. Tenia el nuevo Rey estos hermanos, hijos de doña Leonor de Guzman: don Enrique, conde de Trastamara; don Fadrique, maestre de Santiago; don Fernando, señor de Ledesma, y don Tello, señor de Aguilar. Demás desto tenia otros hermanos, doña Juana, que casó adelante con don Fernando y con don Filipe de Castro, don Sancho, don Juan y don Pedro, porque otro don Pedro y don Sancho murieron siendo aun pequeños. Sus hermanos no se confiaban de la voluntad del Rey, ca temian se acordaria de los enojos pasados, en especial que la reina doña María era la que mandaba al hijo y la que atizaba todos estos disgustos. Doña Leonor de Guzman, que se veía caída de un tan grande estado y poder, nunca la mala felicidad es duradera, hacíala temer su mala conciencia, y recelábase de la Reina viuda. Partió de los reales con el acompañamiento del cuerpo del Rey difunto; mas en el camino, mudada de voluntad, se fué á meter en Medina Sidonia, pueblo suyo y muy fuerte. Allí estuvo mucho tiempo dudosa y en deliberacion si aseguraria su vida con la fortaleza de aquel lugar, si confiaria sus cosas y su persona de la fidelidad y nobleza del nuevo Rey. Comunicado este negocio con sus parientes y amigos, le pareció que podria mas acerca del nuevo Rey la memoria y reverencia de su padre difunto y el respeto de sus hermanos que las quejas de su madre; por esto no se puso en defensa, en especial que era fuerza hacer de la necesidad virtud, á causa que Alonso de Alburquerque amenazaba si otra cosa intentaba, que usaria de violencia y armas. Tomado este acuerdo, ella se fué á Sevilla; sus hijos don Enrique y don Fadrique y los hermanos Ponce y don Pedro, señor de Marchena, don Hernando, maestre de Alcántara, todos grandes personajes, y Alonso de Guzman y otros parientes y allegados, unos se fueron á Algecira, otros á otras fortalezas y castillos para no dar lugar á que sus enemigos les pudiesen hacer ningun agravio, y poder ellos defenderse con las armas y vengar las demasias que les hiciesen. El atrevido ánimo del Rey, la saña é indignacion mujeril de su madre no se rindieron al temor, antes aun no eran bien acabadas las obsequias del Rey, cuando ya doña Leonor de Guzman estaba presa en Sevilla. La ira de Dios, que al que una vez coge debajo le destruye, permitía que las cosas se pudiesen en tan peligroso estado. Su hijo don Enrique, echado de Algecira, como debajo de seguro se fuese al Rey, comunicado el negocio con su madre, dió prieta á casarse con doña Juana, hermana de don Fernando Manuel, señor de Villena, que antes se la tenian prometida. Concluyó de presente estas bodas para tener nuevos reparos contra la potencia del Rey y crueldad de la Reina. Sucedió que el Rey enfermó en Sevilla de una gravísima dolencia, de que estuvo desahuciado de los médicos; llegábase el fin del reino apenas comenzado. Concebíanse ya nuevas esperanzas, y como en seme-

jantes ocasiones suele acaecer, el vulgo y los grandes nombraban muchos sucesores, unos á don Fernando, marqués de Tortosa, otros á don Juan de Lara ó á don Fernando Manuel, que eran los mas ilustres de España y todos de la sangre real de Castilla; de don Enrique, conde de Trastamara, y de sus hermanos aun no se hacia mencion alguna. Desde á pocos dias el Rey mejoró de su enfermedad, con que cesaron estas pláticas de la sucesion, de las cuales ningun otro fruto se sacó mas de que el Rey supiese las voluntades del pueblo y de los nobles, de que resultaron nuevas quejas y mortales odios, ca por la mayor parte son odiosos á los príncipes aquellos que están mas cercanos para les suceder. Enojado pues desto don Juan de Lara y no pudiendo sufrir que don Alonso de Alburquerque gobernase el reino á su voluntad, se partió de Sevilla y se fué á Castilla la Vieja con ánimo de levantar la tierra; lo que podía él bien hacer por tener en aquella provincia grande señorío. Andaban ya estos enojos para venir en rompimiento cuando los atajó la muerte, que brevemente sobrevino en Búrgos á don Juan de Lara en 28 de noviembre; su cuerpo sepultaron en la misma ciudad en el monasterio del señor San Pablo, de la órden de los Predicadores; dejó de dos años á su hijo don Nuño de Lara. Murió casi juntamente con él su cuñado don Fernando Manuel, y quedó dél una hija llamada doña Blanca. Dió mucho contento la muerte destes señores á don Alonso de Alburquerque, que deseaba acrecentar su poder con los infortunios de los otros, y quitados de por medio sus émulos, pensaba á sus solas reinar, y en nombre del Rey gozarse él del reino sin ningun otro cuidado. Sabidas por el Rey estas muertes, partió de Sevilla, por estar cierto que se podría con la presteza apoderar de sus estados. No fué este camino sin sangre, antes en muchos lugares dejó rastros y demostraciones de una condicion áspera y cruel. Vino su hermano don Fadrique á la villa de Ellereña, do el Rey había llegado; recibióle con buen semblante; mas por lo que sucedió despues se echó de ver que tenia otro en su pecho, y que su rostro y palabras eran dobladas y engañosas. Mandó en el mismo tiempo á Alonso de Olmedo que matase á su madre doña Leonor de Guzman en Talavera, villa del reino de Toledo, donde la tenian presa; que fué un mal anuncio del nuevo reinado, cuyos principios eran tan desbaratados. En un delito ¡cuántos y cuán graves pecados se encierran! ¿Qué le valió el favor pasado? ¿De qué provecho le fué un Rey tan amigo? De qué tanta muchedumbre de hijos? Todo lo desbarató la condicion fiera y atroz del nuevo Rey; bien que por su poca edad, toda la culpa y odio desta cruel maldad cargó sobre la Reina, su madre, que se quiso vengar del largo enojo y pesar del amancebamiento del Rey con la muerte de su combleza. Dende este tiempo, porque esta villa era del señorío de la Reina, se llamó vulgarmente Talavera de la Reina. En Búrgos dentro del palacio real, sin que le pudiesen defender los que le acompañaban, ca los prendieron, por mandado del Rey fué preso y muerto Garci Laso de la Vega. El mayor cargo y delito gravísimo era la aficion que tenia á don Juan de Lara. Era Garci Laso adelantado de Castilla; sucedióle en este cargo Garci Manrique. Consultóse cómo el Rey habria en su poder al niño don Nuño de Lara, señor de Vizcaya. Previo esto doña Mencía, una principal señora que le tenia en guar-

da, que le escapó de la ira y avaricia del Rey, ca huyó con él á Vizcaya con esperanza de poder resistirle con la fidelidad de los vizcaínos. La resolución del Rey era tan grande, que fué en su seguimiento y estuvo muy cerca de cogerlos; y como quier que en fin no los pudiese alcanzar, se determinó de apoderarse con las armas de todo su señorío, que fué mas fácil por la muerte del niño, que avino dentro de pocos días, y con apoderarse de doña Juana y doña Isabel, sus hermanas; con esto incorporó en la corona real á Vizcaya, Lerma, Lara y otras villas y castillos. Esto pasaba en el año de nuestra salvacion de 1351, quando en Aragon todo era fiestas, regocijos y parabienes por el nacimiento del infante don Juan, con que fenecieron todas las contiendas que resultaran sobre aquella sucesion, que mucho tiempo trabajaron aquel reino. Encargó el rey de Aragon la crianza de su hijo y le dió por ayo á Bernardo de Cabrera, varon de conocida virtud y prudencia. Dió otrosí luego el Rey al Infante el estado de Girona con título de duque. De aquí tuvo origen lo que despues quedó por costumbre, que al hijo mayor de los reyes de Aragon se le diese este título y este estado, á imitacion de los reyes de Francia, á quien pocos años antes Humberto, delfin, vendió por cierto precio su delfinado, debajo de condicion que los hijos mayores de los reyes de Francia le poseyesen con título de delfines y trujesen las armas de aquel estado. Y él con raro ejemplo de santidad, tomado el hábito de los Predicadores, trocó el señorío temporal por el estado monástico, y la vida de príncipe por otra mejor y mas bienaventurada. Los reyes de Castilla y de Aragon en un mismo tiempo procuraban cada cual aliarse con el rey Carlos de Navarra, que el año antes se coronó en la ciudad de Pamplona. Pensaban que el que primero se confederase con él y le tuviese de su parte esforzaba y aventajaba su partido. Los que mejor sentian de las cosas tenian por cierto que amenazaban de muy cerca grandes tempestades y revoluciones de guerra, y que era acertado prevenirse. En particular don Fernando, marqués de Tortosa, buscaba ayudas y hacia muchos aperecebimientos de guerra para acometer la frontera de Aragon. Parecióle al Navarro de entretener los dos reyes con buenas esperanzas y muestras de amistad con entrambos, dado que por ruego del rey de Castilla vino á Búrgos con su hermano don Filipe á verse con él. Entre estos reyes mozos hobo contienda de gala, liberalidad y cortesía. La conformidad de la edad y semejanza de condiciones los hizo muy amigos. A la verdad á este rey Carlos unos le llamaron el Malo, y otros le dieron renombre de Cruel. La ocasion, que en el principio de su reinado castigó con mas rigor del que era justo un alboroto popular que se levantó en su reino. Como fueron los principios, tales los medios y los remates; los excesos de los príncipes castiga la libertad de la lengua, de que no pueden ellos enseñorearse como de los cuerpos. Gastados algunos dias en Búrgos en fiestas, juegos y banquetes, que era lo que pedia la edad de los reyes, el de Castilla se fué á Valladolid para tener Cortes en aquella villa, y el rey Carlos se volvió á Pamplona. De allí, dado que hobo órden en las cosas, con deseo de tornarse á Francia, su natural patria, se fué primero á Momblanco, pueblo de Aragon, por hacer placer al rey de Aragon en verle, ca deseaba mucho que se hablasen. Platicáronse

asimismo dos matrimonios, uno del rey Carlos con la hermana del rey de Sicilia; otro de doña Blanca, viuda de Filipo, rey de Francia, y hermana del mismo Carlos, con el rey de Castilla. Excusóse él de entrambos; decia ser costumbre de Francia que no se casasen segunda vez las reinas viudas, aunque quedasen mozas, y que él aun no tenia años y edad para tomar mujer. Esto era lo público; de secreto pretendia y esperaba casar con Juana, hija del rey de Francia, partido que venia mejor á las cosas de Navarra por la grandeza del señorío, no inferior al de un rey, que de su herencia paterna este Príncipe tenia en el reino de Francia.

CAPITULO XVII.

Del casamiento del rey don Pedro.

En las Cortes de Valladolid se trataron, entre otras cosas de menor importancia, dos graves y de mucho momento. En Castilla la Vieja algunos pueblos tenian costumbre de tiempo inmemorial de á su voluntad mudar los señores que quisiesen; unos dellos podian elegir señor entre toda la gente al que les pareciese les venia mas á cuento; otros pueblos le escogian de un particular y señalado linaje; los unos y los otros por esta razon se decian behetrías, que parece behetría quiere decir buena compañía y hermandad, de *betacria*, que en griego quiere decir compañía, y es como decir gobierno popular, con igualdad y como entre hermanos; por donde las cosas en ellos andaban muy revueltas y confusas, de que se tomaba una disoluta licencia para que se cometiesen grandes maldades. Alonso de Albuquerque procuró con todas sus fuerzas que el Rey diese á estos pueblos ciertos señores, y les quitase la libertad de poderlos ellos nombrar; cosa que él deseaba ó por el bien público ó por su particular interés, que como era de los grandes él mas favorecido del Rey, tenia esperanza que le haria merced de la mayor parte de aquellos pueblos. Contradecian esto Juan de Sandoval y otros ricos hombres y principales que en aquella tierra tenian su naturaleza y otros respetos ó intereses particulares. Decian que era gran sinrazon quitar á estos pueblos la libertad que de sus antepasados tenian heredada; en fin, estos intentos no tuvieron efecto. Tratóse luego de casar al Rey; don Vasco, obispo de Palencia, chanciller mayor del Rey, y don Alonso de Albuquerque persuadieron á su madre la Reina que le quisiese casar en Francia y que esto fuese luego; que á los mancebos ninguna cosa les para mayor peligro que los propios gustos y deleites de que están rodeados; demás que tambien importaba mucho que el Rey se casase porque tuviese hijos que lo sucediesen en el reino. Para este efecto don Juan de Roelas, obispo de Búrgos, y Alvar García de Albornoz, caballero de Cuenca, se partieron por embajadores á Francia, para que de seis hijas que tenia Pedro, duque de Borbon, poderoso y nobilísimo príncipe de la sangre real de Francia, pidiesen una dellas, la que les pareciese que era la mas á propósito y mas digna de ser mujer del Rey. Vino en ello el Duque, su padre, mostrólas las hijas, escogieron á doña Blanca, con quien luego por poderes del Rey se hicieron los desposorios. Parecia esta señora dichosa por las raras dotes de alma y cuerpo con que el cielo y naturaleza á porfia la enri-

quecieron y adornaron; pero fué desdichada con este matrimonio, que era lo que se esperaba sería el colmo de su felicidad. Así la fortuna ó alguna causa oculta se burla de las humanas esperanzas y hace juego de nos y de todo aquello que estimamos. Don Enrique, conde de Trastámara, de las Astúrias, donde se huyó despues de las muertes de su madre y de Garcí Laso, se pasó á Portugal, desconfiado de la voluntad del Rey y por no ser tan poderoso que le pudiese resistir. El rey de Portugal, movido de la lástima de don Enrique y con miedo del peligro que corría el rey don Pedro por el odio y enojo que el reino con él tenía, parecíale que le tocaba á él mirar por su persona, pues era su nieto, hijo de su hija; rogóle se viesen en Ciudad Rodrigo. En aquellas vistas alcanzó dél que restituyese y perdonase á don Enrique. En tanta confusion y diversidad de voluntades y tantos enojos no era posible que hobiese quietud, ni las cosas podían estar posegadas. En el principio del año de 1352 se empezaron á mover discordias civiles en el Andalucía y en las Astúrias y en tierra de Murcia. Don Alonso Fernandez Coronel, muy rico y de grande autoridad entre los ricos hombres del Andalucía, poseía á Aguilar por merced del Rey, sobre el cual pueblo tuvo antes mucho tiempo pleito con Bernardo de Cabrera. Recelábase del Rey, porque cuando estuvo enfermo en Sevilla se dejó decir que le debía suceder en el reino don Juan de Lara, cosa de que el Rey tomó con él grande enojo. Confiado pues este caballero en la fortaleza de su villa de Aguilar, fortificó y basteció las otras villas y castillos de su estado y procuró de aliarse con muchos grandes. Hizo gente de guerra y pidió á algunos príncipes de fuera del reino que le ayudasen, en particular para este efecto envió á tierra de moros á su yerno don Juan de la Cerda, hijo de don Luis. No le quiso favorecer el rey de Granada por las treguas que tenía con el rey de Castilla; tampoco en Africa halló amparo alguno, antes se dice que le ayudó y sirvió á Abohanen en una memorable batalla en que fueron quebrantadas las fuerzas de su padre Albobacen. De allí se volvió á Portugal, do anduvo huido y desterrado, puesta la esperanza de recobrar su patria en sola la clemencia y misericordia ajena. Su mujer doña María Coronel, por no poder sufrir la ausencia del marido, quiso mas perder la vida que dejarse vencer de malos y deshonestos deseos; así, fatigada una vez de una torpe codicia, la apagó con un tizon ardiendo que metió con enojo por aquella misma parte donde era molestada; mujer digna de mejor siglo y digna de loa, no por el hecho, sino por el desco invencible de castidad. En el entretanto el rey de Castilla acudió á los movimientos y alteracion del Andalucía. Tomó muchas villas á don Enrique, Coronel. Trataba y daba orden de cercar la villa de Aguilar, cuando juntamente tuvo aviso que don Enrique, confiado en la fortaleza de Gijon, levantaba bandera en las Astúrias y se apercebía de armas, y que su hermano don Tello, deude Montagudo en la raya de Aragon hacia muchos robos en sus tierras. El Rey, dejada la Andalucía, se partió á las Astúrias, porque los movimientos de aquella provincia eran mas peligrosos. Llegado el Rey, luego se rindieron los que tenían la fortaleza de Gijon á partido que el Rey los perdonase á ellos y á don Enrique, que andaba escondido en las montañas comarcanas. En esta jornada quedó prenda-

do el Rey de la hermosura grande y apostura de doña María de Padilla, doncella que se criaba en la casa de don Alonso de Alburquerque. Comenzó esta comanicacion y favores en la villa de Sahagun, olvidado de su esposa y loco con estos nuevos amores, de donde resultó la total destruicion del Rey y del reino; fué el medianero ó intercesor destes deshonestos y desdichados conciertos Juan de Hinestrosa, tío de la dama. Estos perversos hombres conquistaban la tierna edad y voluntad del Rey con un pésimo género de servicio, que era proponerle todas las maneras de torpes entretenimientos y ayudarle á conseguir sus deleites deshonestos sin ningun respeto de lo honesto ni miedo de los hombres; en gravísimo perjuicio de la república granjeaban el favor y privanza del Rey. En el palacio todo era deshonestidad, fuera dél todo crueldad, á la cual todos los demás vicios del Rey reconocian y daban la ventaja. Revolvió el Rey con las armas contra Montagudo y le tomó con otros pueblos á él cercanos, ca don Tello los habia desamparado y huídose á Aragon. Los reyes de Castilla y de Aragon, convidados con la cercanía de los lugares, acordaron de tratar de concordarse entre sí; no se vieron, pero enviáronse sus embajadas, y al fin se juntaron en tierra de Tarazona don Alonso de Alburquerque y Bernardo de Cabrera; allí concluyeron las paces, segun que á ellos mejor les pareció. Concertóse que los reyes tuviesen los mismos por amigos y enemigos, que perdonasen á trueco, el uno á don Tello, y el otro á don Fernando de Aragon. Concluidas estas cosas tornó el Rey á la Andalucía y cercó la villa de Aguilar; los cercados, con grande lealtad, sufrieron cuatro meses el cerco hasta el mes de febrero del año de 1353, en que se tomó la villa por fuerza. Oía misa don Alonso Coronel, cuando le dijeron que se entraba la villa; no dejó por tanto de oirla hasta que fué la sagrada hostia consumida; estaba cierto de su muerte y sin ninguna esperanza de ser perdonado. Prendiéronle dentro de una torre en que se entró para defenderse. Fué castigado con las penas que se dan por las leyes á aquellos que han ofendido á la majestad real. Lo mismo avino á cinco compañeros suyos, hombres principales que con él hallaron. La villa mandó el Rey desmantelar; así, derribados los muros, dió perdon al pueblo. En el mismo mes de febrero á los 25 falleció don Gonzalo de Aguilar, arzobispo de Toledo, dicen en Sigüenza, y que allí yace sepultado. Las revueltas de Castilla, que ya comenzaban, por ventura tenían al arzobispo don Gonzalo fuera de su iglesia, donde murió. Sucedióle sin duda don Vasco ó Blas, que el mismo es, que fué dean de Toledo, y á la sazón era obispo de Palencia y chanciller del Rey; su padre Fernán Gomez, camarero del rey don Fernando el Emplazado y hermano de don Gutierre el Segundo, prelado de Toledo. Partióse el Rey de Aguilar para Córdoba en sazón que doña María de Padilla le parió á su hija doña Beatriz. De allí se vino al reino de Toledo. En Torrijos, que es una villa que está cinco leguas de Toledo, en un torneo que se hizo en las alegrías por las habidas victorias y nacimiento de la hija, fué herido el Rey en una mano, de que estuvo en grande peligro de la vida á causa que con ningunos beneficios ni diligencia los cirujanos le podían restañar la sangre. A esta villa vino don Juan Alonso de Alburquerque de una em-

bajada en que fué al rey de Portugal; y por su consejo se vino con él don Juan de la Cerda, á quien el Rey recibió en su gracia con palabras amorosas; mas no se pudo alcanzar dél que le quisiese restituir los pueblos que tomó á su suegro, que ya comenzaba á señorear en él no la razon y equidad, sino el rigor, la fuerza, el antojo y apetito. Daba por excusa que de la mayor parte tenia hecha merced á su hija, como si ya la recién nacida tuviera necesidad de dote para casarse y de estado con que sustentarse. Por este mismo tiempo doña Blanca de Borbon llegó á Valladolid, acompañada del vizconde de Narbona y del maestre de Santiago don Fadrique, que la salió á recibir; don Alonso de Alburquerque queria que se hiciesen luego las bodas. Era á la sazón el que lo mandaba todo con autoridad y señorio tan grande, que á las veces decia al Rey palabras pesadas. Pesábase, y con razon temia que los deudos de doña María de Padilla viniesen á ser los mas íntimos y privados del Rey, por esto le queria casar. Mas como se hallaba enlazado en los amores de doña María no podia sufrir que le necesitasen á obedecer, especialmente que con los años se hacia mas fiero é indomable, ni ya don Alonso de Alburquerque podia tanto con él y privaba menos. Los ministros y consejeros muy privados suelen ser pesados á sus señores, mayormente si ellos se adelantan en la privanza ó los señores se mudan de voluntad. De aquí tuvo principio su caída con menor sentimiento y lástima del pueblo, en cuanto todos creian que él fuera el principio, por la mala crianza del Rey, de todos los desórdenes pasados. Celebráronse todavía las bodas en 3 de junio con poca solemnidad y aparato, pronóstico de que serian desgraciadas; así lo sospechaba la gente. Fueron los padrinos don Alonso de Alburquerque y la reina de Aragon doña Leonor; halláronse presentes en la fiesta don Enrique y don Tello, hermanos del Rey, don Fernando y don Juan, infantes de Aragon, don Juan Nuñez, maestre de Calatrava, don Juan de la Cerda y otros ricos hombres. Por estos mismos dias en Francia se celebraron otras bodas mas dichosas que las nuestras, por los muchos hijos que dellas procedieron y el grande amor que hubo entre don Carlos, rey de Navarra, y su esposa madama Juana, hija mayor del rey de Francia. Deste matrimonio tuvieron tres hijos, que fueron Carlos, Filipe y Pedro (don Filipe murió en sus primeros años); otras tres hijas María, Blanca y Juana. Blanca falleció de edad de trece años; sus hermanas casaron con grandes príncipes. De otra señora le nació antes desto al rey Carlos otro hijo llamado Leon, de quien descienden en Navarra los marqueses de Cortes. De don Pedro, hijo legítimo del mismo Rey, se precian venir por línea femenina los marqueses de Falces, casa asimismo principal de Navarra.

CAPITULO XVIII.

Que el rey de Castilla dejó á la reina doña Blanca.

Aun no eran bien acabadas las fiestas de las bodas, cuando ya al rey de Castilla daba en rostro la novia, y no la podia ver por estar embebecido y loco con los amores de doña María de Padilla, no mas hermosa que la Reina, y de linaje, aunque noble, humilde, si se compara con la excelencia real. Dende á dos dias el Rey

aderezó su partida para el castillo de Montalvan, que es una fortaleza sentada á la ribera del río Tajo, donde dejó á su amiga, que antes era ya cómbloza. La Reina, su madre, y su tia la reina doña Leonor, avisadas de lo que el Rey queria hacer, le hablaron en secreto y con muchas lágrimas le rogaron y conjuraron por Dios y por sus santos que no fuese á despeñarse y á perder y destruir temerariamente su persona, fama, reino y todas sus cosas; que mirase lo que se diria en el mundo; que seria causa de que Francia le hiciese guerra, porque no sufriria tan grande agravio y mengua, además que daria ocasion para que los suyos se revolvisen, pues los estados se sustentan mas que con otra cosa con la buena fama y opinion, y que contra aquellos que no están bien con Dios y los deja de su mano, se conjuran y hacen á una los hombres y todos los males é infortunios del mundo; que tuviese lástima y le moviese las lágrimas de su esposa, y no trocace su amor por una torpe deshonestidad, no viniese desta maldad á caer en su total destruccion. No se movió el Rey por cosa que le dijese, antes negó tener tal intento; pero luego hizo traer de secreto los caballos y se fué sin hablar á nadie. Don Enrique y don Tello y los infantes de Aragon fueron tras él, que muchos de los grandes daban en acomodarse con el tiempo y en lisonjear y saborear el gusto del Rey, un pésimo género de servicio. Solo uno, que era don Gil de Albornoz, cardenal y antes arzobispo de Toledo, como el que era en todo muy señalado, no dejaba de amonestarle lo que le convenia y de palabra y por cartas le reprehendia; ocasion y principio de serle pesado y odioso. Cuanto las causas de aborrecerle eran mas injustas, tanto era el odio mayor. Antes de este tiempo con color que tenia en su tierra ciertos negocios tocantes á su casa, alcanzada licencia, se retiró á Cuenca. De allí pasó á Francia, do los papas residian, ca tenia por mejor vivir desterrado que traer la vida al tablero por estar el Rey enojado, en especial que tres años antes, como ya se dijo, fuera criado cardenal por Clemente VI. Sucedió á Clemente Inocencio el año pasado, el cual con este Prelado consultaba todos los negocios. El Rey y doña María de Padilla desde Montalvan se fueron á Toledo. En Valladolid se consultó de hacerle volver por fuerza; no se le encubrió este trato al Rey. Indignése grandemente contra don Juan Alonso de Alburquerque, que fué el que movió esta plática, en tanto grado, que para aplacarle le fué necesario darle en rehenes un hijo suyo llamado Gil; en fin, con grandísimos ruegos de los grandes se alcanzó que quisiese volver á Valladolid á ver la Reina, pero no estuvo con ella sino solos dos dias; tan desasosogado le traia y tan loco el amor deshonesto. Fué fama que le embechizaron con una cinta, sobre la cual un judío hizo tales conjuros, que le parecia al Rey que era una grande culebra. Algunos tuvieron sospecha temeraria y desvergonzada que el Rey no sin causa se apartó tan repentinamente de su mujer doña Blanca, sino porque halló cierta traicion de su hermano don Fadrique, padre de don Enrique, á quien en Sevilla no parió, sino crió una judía llamada doña Paloma, tronco de quien desciende la casa y familia de los Enriquez, inserta en la casa real de Castilla. Cosas que no me parecen verisímiles, antes creo que despues que un deshonesto amor se apodera del corazon y entrañas de un hombre

aficionado, no hay que buscar otros hechizos ni causas para que parezca que un hombre está loco y fuera de juicio. De Valladolid se fué el Rey á Olmedo, villa de aquella comarca, y por su mandado vino allí de Toledo doña María de Padilla, sin que mas el Rey tuviese memoria ni lástima de la Reina, su mujer. Don Alonso de Alburquerque algunos dias se recogió en ciertas villas fuertes de su estado; despues por miedo que el Rey no le hiciese fuerza se pasó á Portugal. Parecióle que no se podia nada liar de la fe y palabra de quien tenia en poco la santidad del matrimonio y la religion del sacramento. Don Fadrique, maestre de Santiago, habia estado mal con el Rey desde que hizo matar á su madre. Ahora, vuelto á su amistad, se vino á Cuellar, do entonces la corte estaba. Con su hermano don Tello se casó en Segovia doña Juana, hija mayor de don Juan de Lara. Llevó en dote el señorío de Vizcaya; favorecieron á este casamiento los deudos de doña María de Padilla, con intento de hacerse amigos y tener obligados los hermanos del Rey, que ya estaban mal con don Alonso de Alburquerque. La reina doña Blanca residia en Medina del Campo en compañía de la Reina, su suegra; pasaba la vida mas de viuda que de casada con algunos honestos entretenimientos. De allí por mandado del Rey fué llevada á Arévalo, con orden que no la dejasen hablar con su suegra ni con ninguno de los grandes. Pusieron por guardas de la que no pretendia huir á don Pedro Gudiel, obispo de Segovia, y á Tello Palomeque, caballero de Toledo. Mudó el Rey los oficios de su casa, y hizo su camarero á don Diego Garcia de Padilla, hermano de su amiga, dió la copa á Alvaro de Albornoz, y la escudilla á Pero Gonzalez de Mendoza, fundador de la casa de Mendoza, digo de la grandeza que hoy tiene, que entonces en aquella parte de Vizcaya que se llama Alava poseia un pueblo deste nombre, de que se tomó este apellido de Mendoza. Fué hijo deste caballero Diego de Mendoza, que el tiempo adelante llegó á ser almirante. Estas mudanzas de oficios se hicieron en odio de Alonso de Alburquerque, que en la casa real tenia obligados á muchos. Lo mismo se hizo en Sevilla, donde el Rey se fué venido el otoño, que quitó en el Andalucía muchos oficios que el de Alburquerque á muchos grandes y ricos hombres provejó el tiempo de su privanza. Así se truecan y mudan las cosas deste mundo. No hay cosa mas incierta, mudable y sin firmeza que la privanza con los reyes, especialmente si es granjeada con malos medios. Habíase el Rey entregado de todo punto, para que le gobernasen, á doña María de Padilla y á sus parientes; ellos eran los que mandaban en paz y en guerra, por cuyo consejo y voluntad el Rey y reino se regian. Los grandes y los mismos hermanos del Rey, conformándose con el tiempo, caminaban tras los que seguian el viento próspero de su buena fortuna, y á porfía cada uno pretendia con presentes, servicios y lisonjas tener granjeada la voluntad de doña María de Padilla, con que se veia el reino lleno de una avenida de torpes y feas bajezas. En el invierno con las grandes y continuas lluvias salieron de madre los rios; y especial en Sevilla la creciente fué tal, que por miedo no la asolase calafetaron fuertemente las puertas de la ciudad. En el principio del año siguiente de 1354, como quier que don Juan Nuñez de Prado, maestre de Calatrava, en

dias pasados se hoviese huido á Aragon por miedo que no le atropellasen, llamado del Rey con cartas blandas y amorosas, se vino á su villa de Almagro, pueblo principal de su maestrazgo. Allí por mandado del Rey le prendió don Juan de la Cerda, que ya estaba favorecido y aventajado con nuevos cargos. El mayor delito que el Maestre tenia cometido era ser amigo de don Juan Alonso de Alburquerque, y ser parte en el consejo que se tomó de suplicar al Rey volviese con la reina doña Blanca luego que la dejó. No paró en esto la saña, antes hizo que á la hora eligiesen en su lugar por maestre á don Diego de Padilla, sin guardar el orden y ceremonias que se acostumbraban en semejantes elecciones, sino arrebatada y confusamente sin consulta alguna; y al maestre don Juan Nuñez súbitamente le hicieron morir en la fortaleza de Maqueda, en que le tenían preso. Dió el Rey á entender que le pesaba de que le hoviesen muerto, no se sabe si de corazon, si fingidamente por evitar la infamia y odio en que podia incurrir con una maldad tan atroz y descargarse de un hecho tan feo con echar la culpa á otros. Pero, como quier que no se hizo ninguna pesquisa ni castigo, todo el reino se persuadió ser verdad lo que sospechaban, que lo mataron con voluntad y orden del Rey. Despues desto se hizo guerra en la tierra de don Juan Alonso de Alburquerque, que tenia muchas villas y castillos muy fuertes y bien bastecidos. Cercaron la villa de Medellín, que está en la antigua Lusitania; desconfiado el alcaide de podella defender, dió aviso á don Alonso del estado en que se hallaba y con su licencia la entregó. Asimismo se puso cerco á la villa de Alburquerque, plaza fuerte y que la tenían bien apercebida; así, no la pudieron entrar. Levantóse el cerco y quedaron por fronteros en la ciudad de Badajoz don Enrique y don Fadrique, para que los soldados de Alburquerque no hiciesen salidas y robasen la tierra. Esta traza dió ocasion á muchas novedades que despues sucedieron. Fué se el Rey á Cáceres; desde allí envió sus embajadores al rey don Alonso de Portugal, que en aquella sazón en la ciudad de Eborá celebraba con grandes regocijos las bodas de su nieta doña María con don Fernando, infante de Aragon. Los embajadores, habida audiencia, pidieron al Rey les mandase entregar á don Juan Alonso de Alburquerque para que diese cuenta de las rentas reales de Castilla, que tuvo muchos años á su cargo, que sin esto no debia ni podia ser amparado en Portugal. Como don Juan Alonso estaba ya irritado con tan continuos trabajos no sufrió su generoso corazon este ultraje. Respondió con grande brio á esta demanda de los embajadores que él siempre gobernó el reino y administró la hacienda del Rey, su señor, leal y fielmente; que estaba aparejado para defender esta verdad en campo por su persona; que retaba como á fementido á cualquiera que lo contrario dijese; cuanto á lo que decian de las cuentas, dijo estaba presto para darlas con pago como se las tomasen en Portugal. Pareció que se justificaba bastante. Con esto los embajadores fueron despedidos sin llevar otro mejor despacho. A los hermanos del Rey pesaba mucho que las cosas del reino anduviesen revueltas y estuviesen expuestas para ser presa de cada cual. Pensaron poner en ello algun remedio; la comodidad del lugar los convidaba, acordaron de confederarse con don Juan Alonso de Alburquerque,

que cerca se hallaba. Enviároule su embajada, y mediante ella concertaron de verse entre Badajoz y Yelves. Allí trataron de sus haciendas y consultaron de ir á la mano al Rey en sus desatinos y temerarios intentos. Arimáronseles otros grandes. Las fuerzas no eran iguales á empresa tan grande; solicitaron al infante don Pedro, hijo del rey de Portugal, para que se aliase con ellos, con esperanzas que le dieran de le hacer rey de Castilla, así por el derecho de guerra como por el de parentesco, como nieto que era del rey don Sancho, hijo de doña Beatriz, su hija. Dejóse de intentar esto á causa que el rey de Portugal, luego que supo estas trazas, estuvo mal en ello y lo estorbó. Esta nueva tela se urdía en la frontera de Portugal. El rey de Castilla, con su acostumbrado descuido y desaliamiento, echó el sello á sus excesos con una nueva maldad tan manifiesta y calificada, que cuando las demás se pudieran algo disimular y encubrir, á esta no se le pudo dar ningun color ni excusa. Doña Juana de Castro, viuda, mujer que fué de don Diego de Haro, á quien ninguna en hermosura en aquel tiempo se igualaba, pasaba el trabajo de su viudez con singular loa de honestidad. El Rey, que no sabia refrenar sus apetitos y codicias, puso los ojos en ella. Sabia cierto que por vía de amores no cumpliría su deseo; procurólo con color de matrimonio. Fingió para esto que era soltero, alegó que no estaba casado con su mujer doña Blanca, presentó de todo indicios y testigos, que en fin al Rey no le podían faltar. Nombró por jueces sobre el caso á don Sancho, obispo de Avila, y á don Juan, obispo de Salamanca. Ellos, por sentencia que pronunciaron en favor del Rey, le dieron por libre del primer matrimonio. No se atrevieron á contradecir á un príncipe furioso; venció el miedo del peligro al derecho y manifiesta justicia. ¡Oh hombres nacidos, no ya para obispos, sino para ser esclavos! Así pasaban los negocios por los desdichados hados de la infeliz Castilla. Dado que se hobo la sentencia en Cuellar, do el Rey era ido, se hicieron con grandísima prisa las bodas. El alcanzar lo que pretendia, al tanto que en las primeras, le causó fastidio. Detúvose muy poco tiempo con la novia; algunos dicen que no mas de una noche. El color fué que los grandes se aliaban contra el Rey, y que convenia atajalles los pasos antes que con la dilacion se hiciesen mas poderosos. Doña Juana de Castro se retrujo en Dueñas; allí cubría su injuria y afrenta con el vano título de Reina. Destas bodas nació un hijo, que se llamó don Juan, para consuelo de su madre; juego que fué adelante de la fortuna. A los principios de las guerras civiles que se tramaban, en Castrojeriz, villa de Castilla la Vieja, casó doña Isabel, hija segunda de don Juan Nuñez de Lara, con don Juan, infante de Aragon. Llevó en dote el señorío de Vizcaya que el Rey quitó á don Tello, su hermano, á quien pertenecia de derecho por estar casado con la hermana mayor. La causa del enojo fué estar aliado con los demás grandes. No era cosa justa castigar la culpa del marido con despojar á la inocente mujer de su estado patrimonial, si en el reinado de don Pedro valiera la razon y justicia y se hiciera alguna diferencia entre tuerto ó derecho. En el mismo pueblo doña María de Padilla parió á doña Costanza, su hija, que adelante casó en Inglaterra con el duque de Alencastre. Con los señores aliados se confederaban

cada dia otros grandes, en especial don Fernando de Castro, hermano de doña Juana de Castro, por vengar con las armas la injuria que el Rey hizo á su hermana, se confederó con ellos. Lo mismo hicieron los ciudadanos de Toledo por estar mal con la locura y desatino del Rey y tener lástima de la reina doña Blanca. Las ciudades de Córdoba, Jaen, Cuenca y Talavera siguieron la autoridad y ejemplo de Toledo; despues se les juntaron los hermanos infantes de Aragon. Favorecian las reinas doña Leonor y doña María este partido por parecerles que la enfermedad y locura del Rey no se podia sanar con medicinas mas blandas. Desta suerte se abrian las zanjias y se echaban los fundamentos de unas crueles guerras civiles, que mucho affigieron á España y por largo tiempo continuaron, y el cielo abria el camino para que el conde don Enrique viniese á reinar.

CAPITULO XIX.

De la guerra de Cerdeña.

Paréceme será bien apartar un poco el pensamiento de los males de Castilla y recrear al lector con una nueva narracion; que no va fuera de nuestro intento contar las cosas que en otras provincias de España acontecieron. El rey de Granada Juzef Bulhagix, despues que reinó por espacio de veinte y un años, le mataron este año sus vasallos. El autor principal desta traicion, que fué Mahomad, á quien por la vejez llamaron Lago, tio que era de Juzef, hermano de su padre y hijo de Farraquen, señor de Málaga, se apoderó del reino, y le tuvo toda su vida con grandes trabajos y muchas desgracias que le sucedieron, como sea así que nunca sale bien el señorío adquirido con parricidio y maldad. El imperio de los moros á grande prisa se iba á acabar por estar los señores dél divididos en bandos y mudar reyes á cada paso. Este mismo año el rey de Aragon en Huesca, ciudad antigua en los pueblos ilergetes, fundó una universidad, y la dotó de suficientes rentas para sustentar á los profesores que enseñasen en ella las ciencias. Hacíase esto en tiempo que todo Aragon estaba alborotado y los pueblos llenos de ruido de armas y aparejos de guerra que se hacian para pasar con el Rey á Cerdeña. Tuvieron un tiempo los pisanos usurpada esta isla; despues por concesion del papa Bonifacio VIII los echaron della por fuerza de armas los aragoneses. Duró entonces la guerra muchos años, en que hobo varios trances; el remate fué á los aragoneses favorable. Erales muy dificultoso sustentar aquella isla por estar en el mar Mediterráneo, léjos de la costa de España, y tener de una parte á Africa y de otra á Génova tan cerca, que solamente está en medio dellas la isla de Córcega como escala, de la cual divide á Cerdeña un angosto estrecho de mar. Los isleños, deseosos de novedades, con las esperanzas que concebían temerarias, no les agradaba lo que era mas sano y seguro. Poseian en aquella isla los Orias, linaje nobilísimo de Génova, algunos pueblos. Estos, confiados en las voluntades y aficion de la gente de la tierra, se pusieron en querer echar de la isla á los aragoneses con ayuda que para ello les hizo la señoría de Génova. Quejábase los Orias que sin ser oídos y sin causa bastante les tomaron los aragoneses á Sacer y Caller, dos fuer-

tes ciudades y cabeceras, que solian ser suyas, y están asentadas en los postreros cabos de la isla. Rompió la guerra, ganaron la ciudad de Alger, y pusieron cerco sobre Sacer; no la pudieron entrar porque los ciudadanos fueron fidelísimos á los aragoneses, y la defendieron valientemente hasta tanto que el rey de Aragon les envió en socorro su armada, con que algun tiempo se entretuvo con varia fortuna la guerra. Los venecianos, que siempre fueron émulos y enemigos de los ginoveses, enviaron sus embajadores al rey de Aragon para pedille se aliase con ellos, y juntadas sus fuerzas, mejor castigasen la soberbia y orgullo con que los ginoveses andaban. Hechas sus alianzas, las armadas de Aragon y de venecianos tres años antes deste en el estrecho de Gallipoli junto á la ciudad de Pera, que en aquel tiempo era de ginoveses, pelearon con gran porfia con las galeras de Génova, no obstante que el mar andaba muy alto y levantaba grandes olas; fueron vencidos los ginoveses, y les tomaron veinte y tres galeras; otras muchas con la fuerza de la tempestad dieron en tierra al través. Murió en la batalla Ponce de Santapau, general de la armada de Aragon, y se perdieron doce galeras de las suyas. Esta victoria no fué de mucha utilidad, ni aun por entonces estuvo muy cierto cuál de las dos partes fuese la vencedora, antes cada cual dellas se atribuía la victoria. Los papas Clemente é Inocencio, por ver cuán grandes daños se seguían á la cristiandad destas discordias, procuraron de apaciguar los aragoneses y venecianos con los ginoveses; rogáronles instantemente hiciesen paces, á lo menos asentasen algunas buenas treguas; enviáronles para este efecto muchas veces sus legados, que nunca los pudieron concordar. Estaban tan enconados los corazones, que parecia no se podrian sosegar á menos de la total destruicion de una de las partes. A la de los ginoveses en Cerdeña á esta sazón se allegó Mariano, juez de Arborea, príncipe antiguo de Cerdeña, rico y poderoso por los muchos vasallos y allegados que tenía. Este caballero con la esperanza de la presa y ganancia se juntara con Mateo Doria, cabeza de bando de los ginoveses, con la mayor parte de los isleños que le seguían. Con esto en brevísimo tiempo se apoderaron de las ciudades, villas y castillos de toda la isla, excepto de Sacer y Caller, que siempre fueron leales á los aragoneses y se tuvieron por ellos. Llegó el negocio á riesgo de perderlo todo. No tenían fuerzas que bastasen á resistir al enemigo poderoso y bravo en el mar con la armada de Génova, y por ser las voluntades de los isleños tan inciertas é inconstantes. Sabidas estas cosas en Aragon, se juntó una grande y poderosa armada de cien velas, entre las cuales se contaban cincuenta y cinco galeras. Iban en esta flota mil hombres de armas, quinientos caballos ligeros y al pié de doce mil infantes, toda gente muy lucida y de valor para acometer cualquier grande empresa. Hicieron otrosí mochila para muchos dias y matalotaje, como se requería. Vinieron á servir al rey de Aragon muy buenos soldados y caballeros de Alemaña, Inglaterra y Navarra. Todos los nobles del reino se quisieron hallar en esta famosa jornada, señaladamente don Pedro de Ejérica, Rugier Lauria, don Lope de Luna, Oto de Moncada y Bernardo de Cabrera, que iba por general del mar, y por cuyo consejo todas las cosas se gobernaban.

Juntóse esta armada en el puerto de Rosas. De allí, mediado el mes de junio, azaron anclas y se hicieron á la vela. Dejó el Rey por gobernador del reino á su tío don Pedro. Tuvieron razonable tiempo, con que á cabo de ocho dias descubrieron á Cerdeña, surgieron á tres millas de Alger y echaron la gente en tierra. Marchó luego el ejército la vía de la ciudad, y tras ellos con su armada por la mar Bernardo de Cabrera. El Rey mostró este dia su valor y buen ánimo, ca iba delante los escuadrones para escoger los lugares en que se asentasen los reales. Hallábase en los peligros, y con su ejemplo animaba á los demás para que en las ocasiones se hobiesen esforzadamente. Príncipe que si no fuera ambicioso y no tuviera tan demasiada codicia de señorear, por lo demás pudiera igualarse con cualquiera de los antiguos y famosos capitanes. Descubriéronse en el mar hasta cuarenta galeras de los ginoveses, mas para hacer ostentacion con su ligereza que fuertes y bien guarnecidas para dar batalla. El señor de Arborea con dos mil hombres de á caballo y quince mil de á pié asentó su real á vista de los aragoneses; no osaron dar la batalla porque era gente allegadiza, sin uso ni disciplina militar, no acostumbrados á obedecer y guardar las ordenanzas, y que ni en vencer ganaban honra, ni se afrentaban por quedar vencidos. Batieron los aragoneses los muros de dia y de noche con máquinas y tiros y otros ingenios militares. Como el tiempo era muy áspero y la tierra malsana, comenzaron á enfermar muchos en el ejército de Aragon; el mismo Rey adoleció; por esto de necesidad se hubo de tratar de acuerdo con el enemigo. Concluyóse la paz con feas condiciones para el rey de Aragon. Estas fueron: que el juez de Arborea y Mateo Doria fuesen perdonados y se quedasen con los vasallos y pueblos que tenían. Demás desto, dió el Rey al juez de Arborea muchos lugares en Gallura, que es una parte de aquella isla. Desta manera como, contra lo que temian por sus deméritos, quedasen los enemigos premiados, para adelante se hicieron mas fieros y desleales. Entregóse la ciudad de Alger al Rey; á los vecinos se dió licencia para que fuesen á vivir donde les pareciese, y en su lugar se avecindaron en ella muchos de los soldados viejos catalanes. La Reina, que en compañía de su marido se halló presente á todo, hacia instancia por la partida. Por esta causa y por la muerte de Oto de Moncada y de don Filipe de Castro y de otros nobles se apresuraron estos conciertos, y se concluyeron en el mes de noviembre. Delúvose el Rey en Cerdeña otros siete meses, en que se pusieron en órden las cosas, y se acabaron de allanar los isleños con castigar algunos culpados. El juez de Arborea y Mateo Doria, que volvian á intentar ciertas novedades, se sosegaron de nuevo á intentar ciertas novedades, se sosegaron de nuevo. Asentado el gobierno de la isla y puesto por vi-rey en ella Oífo Prochita, volvió la armada en salvamento á Barcelona. El ruido y aparato desta empresa fué mayor que el provecho ni reputacion que se sacó della; pero muchos grandes príncipes no pudieron á las veces dejar de conformarse con el tiempo ni de obedecer á la necesidad, que es la mas fuerte arma que se halla.

CAPITULO XX.

De los alborotos y revueltas de Castilla.

Después que el rey de Castilla combatió las villas y castillos de don Juan Alonso de Albuquerque y le tomó la mayor parte dellos, como quisiese ir á cercar á su hermano don Fadrique, que se hacia fuerte en el castillo de Segura, ya que se queria partir para aquella jornada, envió dende Toledo á Juan Fernandez de Hínestrosa á Castilla la Vieja para que trujese presa á la reina doña Blanca y la pusiese á buen recaudo en el alcázar de Toledo. El color, que era causa de la guerra y de las revoluciones del reino. Fué este mandato riguroso en demasía, y cosa inhumana no dejar á una inocente moza sosegar con sus trabajos. Traida á Toledo, antes de apearse fué á rezar á la iglesia mayor con achaque de cumplir con su devoción; no quiso dende salir por pensar defender su vida con la santidad de aquel sagrado templo, como si un loco y temerario mozo tuviera respeto á ningun lugar santo y religioso. El Rey, avisado de lo que pasaba, se alborotó y enojó mucho. Dejó el camino que llevaba, vino á la villa de Ocaña. Hizo que en lugar de su hermano don Fadrique fuese allí elegido por maestre de Santiago don Juan de Padilla, señor de Villagera, no obstante que era casado, lo que jamás se hiciera. El antojo del Rey pudo mas que las antiguas costumbres y santas leyes. Deste principio se continuó adelante que los maestres fuesen casados, y se quebraron las antiguas constituciones por amor de doña María de Padilla, cuyo hermano era el nuevo Maestre. Crecian en el entre tanto las fuerzas de los grandes. Vino de Sevilla don Juan de la Cerda para juntarse con ellos. Todos los buenos entraban en esta demanda. Cualquier hombre bien intencionado y de valor deseaba favorecer los intentos destes caballeros aliados. Demás de su natural crueldad embravecia al Rey la mala voluntad que veia en los grandes y la rebelion de Toledo por ocasion de amparar la Reina, sobre todo que no podia ejecutar su saña por no hallarse con bastantes fuerzas para ello. Acudió á Castilla la Vieja para juntar gente y lo demás necesario para la guerra. Con esta determinacion se fué á Tordesillas, do estaba su madre la Reina. Los de Toledo llamaron al maestre don Fadrique para valerse dél; vino luego en su ayuda con setecientos de á caballo. Los demás grandes al tanto acudieron de diversas partes; y alojados en derredor de Tordesillas, tenían al Rey como cercado, con intento de, cuando no pudiesen por ruegos, forzarle á que viniese en lo que tan justamente le supplicaban. Esto era que saliese del mal estado en que andaba con la amistad de doña María de Padilla y la enviase fuera del reino; que quitase de su lado y del gobierno á los parientes de la dicha doña María; con esto que todos le obedecieran y se pasarian á su servicio. Llevó esta embajada la reina de Aragon doña Leonor. Valióle para que no recibiese daño el derecho de las gentes, ser mujer y la autoridad de reina y el parentesco que con el Rey tenia. Volvió empero sin alcanzar cosa alguna. Con esto los grandes perdieron la esperanza de que de su voluntad haria cosa de las que le pedian. Y como la Reina y el Rey, su hijo, se saliesen de Tordesillas, dieron la vuelta para Valladolid y intentaron de entrar aquella villa, mas no pudieron salir

con ello. Fueron sobre Medina del Campo, y la ganaron sin sangre. Acudió á esta villa el maestre don Fadrique, en ella murió á la sazón Juan Alonso de Albuquerque con yerbas que le dió en un jarabe un médico romano que le curaba, llamado Paulo, inducido con grandes promesas á que lo hiciese por sus contrarios y en gracia del Rey. Este fin tuvo un caballero, como él era, entre los de aquella era señalado. Alcanzó en Castilla grande señorío, puesto que era natural de Portugal, hijo de don Alonso de Albuquerque y nieto del rey don Dionis. De parte de la madre no era tan ilustre, pero ella tambien era noble. Privó primero mucho con el Rey, como el que fué su ayo; después fué dél aborrecido, y acabó sus días en su desgracia con tan buena opinion y fama acerca de las gentes cuanto la tuvo no tal en el tiempo que con él estuvo en gracia. Su cuerpo, segun que él mismo lo mandó en su testamento, los señores, como lo tenían jurado, le trajeron embalsamado consigo, sin darle sepultura hasta tanto que aquella demanda se concluyese. Enviaron los nobles de nuevo su embajada al Rey con ciertos caballeros principales para ver si, como se decia, le hallaban con el tiempo mas aplacado y puesto en razon. Lo que resultó desta embajada fué que concertaron para cierto dia y hora que señalaron se viese el Rey con estos señores en una aldea cerca de la ciudad de Toro, lugar á propósito y sin sospecha. El dia que tenían aplazado vinieron á hablarse con cada cincuenta hombres de á caballo con armas iguales. Llegados en distancia que se pudieron hablar, se recibieron bien con el término y mesura que á cada uno se debía; y los grandes aliados, conforme y segun se usa en Castilla, besaron al Rey la mano. Hecho esto, Gutierre de Toledo por su mandado brevemente les dijo que era cosa pesada, y que el Rey sentia mucho ver apartados de su servicio tantos caballeros tan ilustres y de cuenta como ellos eran, y que le quisiesen quitar la libertad de poder ordenar las cosas á su albedrío, cosa que los hombres, mayormente los reyes, mas precian y estiman, querer bien y hacer merced á los que tienen por mas leales; empero que él les perdonaba la culpa en que por ignorancia cayeran, á tal que despidiesen la gente de guerra, deshiciesen el campo que tenían y en todo lo al se sujetasen; en lo que le supplicaban tocante á la reina doña Blanca, que haria lo que ellos pedian, sino era que tomaban este color para intentar otras cosas mayores. Los grandes, habido su consejo sobre lo que el Rey les propuso, comotieron á Fernando de Ayala que respondiese en nombre de todos. El, habida licencia, dijo: «Supplicamos á vuestra alteza, poderoso Señor, que nos perdoneis el venir fuera de nuestra costumbre armados á vuestra presencia; no nos atreviéramos si no fuera con vuestra licencia, y no la pidiéramos si no nos compeliere el justo miedo que tenemos de las asechanzas y zalagardas de muchos que nos quieren mal, de quienes no hay inocencia ni fealtad que esté segura. Por lo demás, todos somos vuestros; de nos como de criados y vasallos podeis, Señor, hacer lo que fuere el vuestro servicio y merced. La suerte de los reyes es de tal condicion, que no pueden hacer cosa buena ni mala que esté secreta y que el pueblo no la juzgue y sepa. Dícese, y nos pesa mucho dello, que la reina doña Blanca, nuestra señora, á quien en

nuestra presencia recobistes por legitima mujer, y como á tal le besamos la mano, se teme mucho de doña María de Padilla, que la quiere destruir. Sentimos otrosí en el alma que haya quien con lisonjas os traiga engañado. Esto no puede dejar de dar mucha pena á los que deseamos vuestro servicio. Sin embargo, tenemos esperanza que se pondrá presto remedio en ello, mayormente cuando con mas edad y mas libre de aficion echeis de ver y conozcais la verdad que decimos y el engaño de hasta aquí. Cuanto es mas dificultoso hacer buenos á los otros que á sí mismo, tanto es cosa mas digna de ser alabada el procurar con grandísimo cuidado de no admitir en el palacio ni dar lugar á que priven ni tengan mano sino los que fueren mas virtuosos y aprobados. Muchos príncipes famosos vieron deslustrado su nombre con la mala opinion de su casa. ¿Qué mujer hay en el reino mas noble ni mas santa que la Reina? ¿Cuán sin vanidades ni excesos en el trato de su persona! ¿Qué costumbres! ¿Cuán suave y agradable econdicion la suya! Pues en apostura y hermosura ¿cuál hay que se le pueda igualar? Cuando tal señora fuera extraña, cuando nosotros calláramos, era justo que vos la consoláredes y enjugáredes sus continuas y dolorosas lágrimas, y procurar, si fuese necesario, con vuestras gentes y armas restituilla en su antigua dignidad, honra y estado. Mirad, Señor, no os dejéis engañar de algunos desordenados gustos, no cieguen de manera el entendimiento que se caiga en algun yerro por donde todos seamos forzados á llorar y quedemos perpetuamente afrontados.» Esto fué lo que estos caballeros dijeron al Rey. No se pudo concluir caso tan grave en aquel poco tiempo que allí podian estar juntos; acordaron que señalasen cuatro caballeros de cada parte para que tratasen de algunos buenos medios de paz. Con esto se acabaron las vistas y se despidieron. En la ejecucion puso tanta dilacion el Rey, que se entendió nunca haria cosa buena, en especial que, dejadas las cosas en este estado, se partió de Toro, para do tenia su amiga. La Reina, su madre, que de dias atrás era del mismo parecer que estos señores, visto este nuevo desórden, los hizo ir á Toro, do ella estaba, y les entregó la ciudad. Atemorizaron al Rey estas nuevas; recelábase no se levantase todo el reino contra él. Por prevenir y atajar los daños volvió á Toro, y en su compañía Juan Fernandez de Hincstrosa y Simuel Leví, un judío á quien queria mucho y era su tesorero mayor. Recibióle la Reina, su madre, con muestras grandes de amor; él le dijo que venia á ponerse en su poder y hacer lo que ella gustase. Quitáronle luego las personas que con él venian, y puestos en prision, mudaron los principales oficios de la casa real. A don Fadrique hicieron camarero mayor, chanciller mayor al infante don Fernando de Aragon, á don Juan de la Cerda alférez mayor, mayordomo á don Fernando de Castro, que casó entonces con doña Juana, hermana del Rey, y hija de doña Leonor de Guzman, dado que este matrimonio no fué válido, y se apartó adelante por ser los dos primos segundos. Con esta demostracion de autoridad y acompañalle de tales personas se pretendia que estuviese á manera de preso, sin dále lugar que pudiese hablar con todos los que quisiese. Esto hecho, teniendo por acabada su demanda, llevaron á enterrar el cuerpo de don Juan Alonso de Alburquerque al mo-

nasterio de la Espina, que es de la orden del Cistel, en Castilla la Vieja. Quedara para siempre manchada la lealtad y buen nombre de los castellanos por forzar y quitar la libertad á su natural rey y señor, si el bien comun del reino y estar él tan malquistado y disfamado no los excusara. Permitíale que saliese á caza; con esta ocasion y con grandes promesas que hizo á algunos de los grandes, y los granjeó, se huyó á Segovia, en su compañía Simuel Leví, que debajo de fianzas andaba ya suelto, y don Tello, á quien el Rey mostraba amor, y aquel dia le tocaba la guarda de su persona; amistad que duró pocos dias. De aquí resultaron otros nuevos y mayores alborotos. Los infantes de Aragon y su madre la reina doña Leonor se fueron á la villa de Roa, que el Rey se la dió á su tia los mismos dias que estuvo en Toro detenido. Don Juan de la Cerda se partió á Segovia para estar con el Rey; don Fadrique á Talavera, donde dejara sus gentes; don Fernando de Castro se volvió á Galicia con su mujer, que llevó en su compañía; don Tello á Vizcaya; don Enrique y la Reina madre se quedaron en Toro para defender la ciudad. Estas cosas acaecieron en el fin del año. En el principio del siguiente, que se contó 1335, se hicieron Cortes en Búrgos, en que se hallaron los infantes de Aragon. El Rey se quejó al reino del atrevimiento é insolencia de los grandes; pidió que le ayudasen para juntar un ejército con que los castigar, que no solamente cometieron delito contra él, sino en su persona; tenian eso mismo ofendido y agravado á todo el reino, que era justo se vengase la injuria hecha á todos con las armas de todos. Concedióle el reino un servicio extraordinario de dinero para pagar parte de la gente de guerra. Mientras estas cosas pasaban en Castilla, el rey de Navarra mató en Francia al condestable don Juan de la Cerda, hijo menor del infante don Alonso el Desheredado. Parecióle al rey de Francia este hecho muy atroz; sintió mucho que hobiesen malamente y con asechanzas muerto un tal personaje, que era muy valeroso y su condestable, y á quien él queria mucho y le trataba familiarmente desde su niñez. La ocasion de su muerte fué que el Rey le hizo merced del condado de Angulema, al cual el rey de Navarra decia tener derecho. Pretendia otrosí del rey de Francia los condados de Campaña y de Bria; alegaba para esto que fueron de su padre. No quiso el Rey dárselos; por esto se enojó grandemente y quebró su ira con el Condestable. Envió una noche secretamente unos caballeros suyos que escalaron la fortaleza llamada de Aigle ó del Aguila en Normandía, en que se hallaba el Condestable descuidado en su lecho. Allí le mataron en 3 dias del mes de enero. Froarte, historiador francés, concuerda en el dia, mas quita dos años de nuestra cuenta. Publicada esta muerte, el rey de Francia no salió en público ni se dejó hablar por espacio de cuatro dias. Hizose pesquisa, y fué citado el rey de Navarra; pidió en rebenes para su seguridad á Luis, hijo del Rey; pareció demasía lo que pedía, pero en fin vinieron en ello; con tanto fué á Paris á responder por sí en juicio. Alegaba que le pretendia el Condestable matar; no se probaba este descargo bastantemente; mandóle el Rey prender, y por ruegos é importunaciones de su mujer y de su hermana, viuda, le perdonó, si bien se entendia por su condicion feroz no permaneceria en la fe y lealtad mu-

cho tiempo, como en breve se experimentó. Pidió el rey de Francia al reino que le sirviesen con dineros para hacer guerra á los ingleses; contradíjolo el Navarro, injuria que sintió grandemente aquel Rey, como era razon, y la guardó y quedó bien arraigada en su ofendido pecho para vomitarla á su tiempo. Díjose arriba cómo don Pedro, infante de Portugal, tenía de muchos días atrás amistad y trato con doña Inés de Castro; con esta misma el año pasado se casó clandestinamente con mengua de la majestad real. Para quitar esta mancha y reducir y sanar á su hijo la hizo matar el Rey en la ciudad de Coimbra. Era cosa injusta castigar la deshonestidad y culpa del hijo con la muerte de la amiga, en especial que le pariera cuatro hijos, es á saber, don Alonso, que murió niño, don Juan y don Dionís y doña Beatriz. Luis, rey de Sicilia, falleció por el mes de julio en la ciudad de Catania; sucedióle su hermano don Fadrique, Simple de nombre y en la edad, costumbres y entendimiento. El reinado de estos dos reyes hermanos fué trabajado de tempestades, guerras extranjeras y civiles, camino que se abrió al rey de Aragon para volverse á hacer señor de aquella isla. Pero dejamos este cuento por ahora, y volvamos á lo que se nos queda atrás.

CAPITULO XXI.

De muchas muertes que se hicieron en Castilla.

Despedidas las Cortes de Búrgos, el Rey se fué á Medina del Campo. Allí por su mandado fueron muertos dos caballeros de los mas principales; el uno Pero Ruiz de Villegas, adelantado mayor de Castilla, el otro Sancho Ruiz de Rojás; mandó otrosí prender algunos otros. A Juan Fernandez de Hinesrosa soltaron los de Toro debajo de pleitesía de volver á la prisión, si no aplacase y desenojase al Rey, mas no cumplió su promesa. Don Enrique y don Fadrique, juntadas sus gentes en Talavera, se fueron á encastillar en la ciudad de Toledo para prevenir los intentos del Rey. Pasado el rio, quisieron entrar por el puente de San Martín; mas como les resistiesen la entrada algunos caballeros de la ciudad, dieron vuelta por encima de los montes, de que casi toda al rededor está cercada, y llegados á la otra parte de la ciudad, entraron por el puente que llaman de Alcántara. Hizose gran matanza en los judíos, y les robaron las tiendas de mercería que tenían en el alcalá. Fueron mas de mil judíos los que mataron, lo cual no se hizo sin nota y murmuracion de muchos á quien tan grande desconcierto parecia muy mal. Avisado el Rey del peligro en que la ciudad estaba, vino á grande prisa antes que se pudiesen fortificar los contrarios en una plaza de suyo tan fuerte. Con su llegada los hermanos fueron forzados á desampararla con presteza, cosa que les valió no menos que las vidas. El Rey vengó su enojo en los ciudadanos, mató algunos caballeros, y del pueblo mandó matar veinte y dos. Entre estos condenados era un platero viejo de ochenta años; un hijo que tenía, de diez y ocho, se ofreció de su voluntad á que le matasen á él en cambio de su padre. El Rey en lugar de perdonalle, que al parecer de todos lo merecía muy bien por su rara y excelente piedad, le otorgó el trueco y fué muerto, horrendo espectáculo para el pueblo, y mise-

ricordia mezclada con tanta crueldad. Los nombres de padre y hijo no se saben por descuido de los historiadores, el caso es muy cierto. Hizo otrosí el Rey prender al obispo de Sigüenza don Pedro Gomez Barroso, varon insigne entre los de aquel tiempo y gran jurista; la causa, que favorecía á sus ciudadanos y á la reina doña Blanca, que envió el Rey presa á la fortaleza de Sigüenza. Asentadas las cosas de Toledo, restaba reducir á su servicio las demás ciudades. Los de Cuenca, por estar mas conformes entre sí, cerraron las puertas al Rey; no se atrevió á usar de violencia por ser aquella ciudad muy fuerte. Criábase entonces en ella don Sancho, hermano del Rey, y aunque se libró deste peligro presente, pocos dias despues Alvar Garcia de Albornoz, hermano del cardenal don Gil de Albornoz, que le tenía en guarda, le escapó y llevó á Aragon. Púsose cerco á la ciudad de Toro, en que estaba la reina Madre, don Enrique y don Fadrique, don Per Estevanez Carpintero, que se llamaba maestre de Calatrava, y todas las fuerzas de los caballeros de la liga. Durante el cerco, que fué largo asaz, en Tordesillas doña María de Padilla parió una hija, que fué la tercera, y se llamó doña Isabel. Don Juan de Padilla, su hermano, maestre de Santiago, fué muerto en un rencuentro que tuvo entre Taranco y Uclés. Causóle la muerte la honra y estado en que el Rey le puso. Vencióronle don Gonzalo Mejía, comendador mayor de Castilla, y Gomez Carrillo, que favorecian y tenían la parte de don Fadrique. El Rey, con la edad hecho mas prudente, no quiso que se proveyese el maestrazgo por dejar la puerta abierta para que su hermano se redujese á su servicio. El papa Inocencio por estos dias envió al cardenal de Boloña para que pusiese en paz al Rey y á estos grandes. Las cosas estaban tan enconadas, que no pudo efectuar nada; solamente alcanzó que soltasen de la prisión al obispo don Pedro Gomez Barroso. Don Enrique de Toro se buyó á Galicia, y escapó del peligro que le amenazaba y corria. Aunque era mozo, tenía sagacidad y cordura, de que dió bastantes muestras en todas las guerras en que anduvo. Don Fadrique, habida seguridad, salió de la ciudad y se fué al Rey. Finalmente, en 5 de enero del año de 1356, un cierto ciudadano dió al Rey entrada por una puerta que él guardaba. Apoderado de la ciudad, hizo matar á don Per Estevanez Carpintero y Ruy Gonzalez de Castañeda y otros caballeros principales; matáronlos en presencia de la reina Madre, que se cayó en el suelo desmayada de espanto y horror de un espectáculo tan terrible. Vuelta en su acuerdo, con muchas voces maldijo á su hijo el Rey, y desde á pocos dias con su licencia se fué á Portugal, donde no miró mas por la honestidad que antes. Ninguna cosa se encubre en lugares tan altos. Como tratase amores con don Martín Tello, caballero portugués, fué muerta con yerbas por mandado del rey de Portugal, su hermano. Algunos afirman que la hizo matar su padre el rey don Alonso el Cuarto, ea por fidedignos testimonios pretenden probar vivió hasta el año de 1364; otros mas acertados dicen que el dicho Rey murió el año de 57. El rey de Castilla se fué á Tordesillas, y allí hizo un torneo en señal de regocijo por las cosas que acabara. El lugar y el dia mas prometían placer y contento que miedo. No obstante esto, el Rey otro dia de mañana hizo matar á dos escuderos de la

guarda de don Fadrique. Cuando él lo supo, tuvo grande temor no hiciese otro tanto con él; mas ésta vez no pusieron en él las manos. Este año tembló en muchas partes la tierra con grande daño de las ciudades marítimas; cayeron las manzanas de hierro que estaban en lo alto de la torre de Sevilla, y en Lisboa derribó este terremoto la capilla mayor, que pocos días antes se acabara de labrar por mandado del rey don Alonso. Algunos pronosticaban por estas señales grandes males que sucederían en España, pronósticos que salieron vanos, pues el reinado del rey de Castilla y él en sus maldades continuaron por muchos años adelante; el pueblo por lo menos hizo muchas procesiones y plegarias para aplacar la ira de Dios. Tomada la ciudad de Toro, el conde don Enrique por caminos secretos y escondidos se huyó á Vizcaya, do su hermano don Tello con la gente y aspereza de la tierra conservaba lo que quedaba de su parcialidad, ca venció en dos batallas ciertos capitanes que tenían la voz del Rey. Des-

de allí don Enrique se fué en un navío á la Rochela, ciudad de Jantoine, en Francia, para estar á la mira y esperar en qué pararian los humores que removidos andaban. A esta sazón el rey de Navarra en un convite á que le convidó en Ruan Carlos el delfin y duque de Normandía fué preso por el rey de Francia, que de repente sobrevino, y le compelió á que desde la prision respondiese á ciertos cargos que se le hacían; el principal era de traicion, porque favorecía á los ingleses contra lo que era obligado como príncipe por muchas vías y títulos sujeto á la corona de Francia. Desta manera se veían en aquel reino divididas las aficiones de los españoles que en él residían; don Enrique tiraba gajes del rey de Francia, don Filipe, hermano del rey de Navarra, llamaba los ingleses á Normandía y se juntó con ellos. Lo mismo hizo el conde de Fox enojado por la injuria y agravio hecho al Rey, su cuñado. Así en un mismo tiempo en España y en Francia se temían muchas novedades y nuevas y temerosas guerras.

LIBRO DÉCIMOSEPTIMO.

CAPITULO PRIMERO.

Del principio de la guerra de Aragon.

UNA guerra entre dos reinos y reyes vecinos y aliados y aun de muchas maneras trabados con deudo, el de Castilla y el de Aragon, contará el libro diez y siete; guerra cruel, implacable y sangrienta, que fué perjudicial y acarreó la muerte á muchos señalados varones, y últimamente al mismo que la movió y le dió principio, con que se abrió el camino y se dió lugar á un nuevo linaje y descendencia de reyes, y con él una nueva luz alumbró al mundo, y la deseada paz se mostró dichosamente á la tierra. Póneme horror y miedo la memoria de tan graves males como padecimos. Entorpecese la pluma, y no se atreve ni acierta á dar principio al cuento de las cosas que adelante sucedieron. Embázame la mucha sangre que sin propósito se derramó por estos tiempos. Dése este perdon y licencia á esta narracion, concédasele que sin pesadumbre se lea, dése á los que temerariamente perecieron, y no menos á los que como locos y sandios se arrojaron á tomar las armas y con ellas satisfacerse. Ira de Dios fueron estos desconciertos y un furor que se derramó por las tierras. Las causas de las guerras, mirada cada una por sí, fueron pequeñas; mas de todas juntas como de arroyos pequeños se hizo un rio caudal y una grande avenida y creciente de saña y de enojos. Cada cual de los dos reyes era de ardiente corazon y que no sufría demasías, en las condiciones y aspereza semejables; bien que el de Castilla por la edad, que era menor y mas ferviente, se aventajaba en esto, y en rigor, severidad y fiereza. Querellábase el Aragonés que sus hermanos tuviesen en Castilla guarida y hallasen en ella ayuda para alborotalle su reino. Sentia asimismo que don Fernando, su hermano, con color de ase-

gurar al de Castilla que le seria leal, en hecho de verdad por darle á él molestia, hobiese puesto guarnicion de castellanos en las sus fortalezas de Alicante y de Orihuela. Por el contrario, el rey de Castilla se quejaba que las galeras de Aragon á la boca de Guadalquivir tomaron ciertas naves que en tiempo de necesidad venian cargadas de trigo, de que resultó mayor hambre y carestía. Quejábase otrosí que los forajidos de Castilla eran recibidos y amparados en Aragon; que los caballeros aragoneses de Calatrava y de Santiago no querían obedecer á sus maestros, que eran de Castilla; en todo lo cual pretendia era agraviado, y decia queria tomar de todo emienda con las armas. A estos cargos y causas de romper la guerra se allegó otra nueva, y fué en esta manera. El rey de Castilla, apaciguado que hobo las alteraciones de Castilla la Vieja y dada orden en las demás cosas, entrado ya el verano partió al Andalucía para acabar de sosegar á Sevilla y los demás pueblos de aquella comarca. En Sevilla, fatigado con los cuidados y negocios, para tomar un poco de alivio determinó irse á las Almadrabas, en que se pescan los atunes, que es una vistosa pesca y muy gruesa granjería. Hizo aprestar una galera, y en ella se fué desde Sevilla á Santlúcar de Barrameda. Sucedió estar surgidas en aquel puerto dos naves gruesas. Acaso diez galeras de Aragon que iban en favor de Francia contra los ingleses, sus capitales enemigos, salidas del estrecho de Gibraltar, costeaban aquellas riberas del mar Oceano. El capitán de las galeras, que se llamaba Francisco Perellos, por codicia de la presa acometió y tomó aquellas dos naves delante los ojos del mismo Rey. Pareció este un desacato insufrible. Encarecianle los cortesanos en grande manera, como gente que deseaba se encendiese alguna guerra con que pensaban acrecentar sus haciendas y ser mas estimados y honrados que en

tiempo de paz, cuando por no ser tan necesarios los estimaban en menos; tal es la condicion de soldados y palaciegos. Fué Gutierre de Toledo á reñir esta pendencia y agravianse del atrevimiento y demasia; mas el capitán aragonés, como quier que era hombre determinado y feroz, sin hacer caso de las amenazas y fieros dió por final respuesta que aquellas mercaderías eran de ginovesas, y que por derecho de la guerra las podia tomar por estar con ellos á la sazón rompida en la isla de Cerdeña por grande deslealtad de Mateo Doria, ginovés de nacion. Vista esta respuesta tan resuelta, el rey de Castilla envió al rey de Aragon una embajada con Gil Velazquez de Segovia, uno de sus alcaldes. Mandóse representase las quejas arriba referidas. Que mandase restituír los navíos que sus galeras tomaron á tuerto; demás que le entregase al capitán dellas para castigarle conforme á su temeridad y locura. Aprestaba á la sazón el de Aragon en Barcelona una armada para pasar en Cerdeña contra los rebeldes de aquella isla. Fuéle por esta causa enojosa la demanda de Castilla. Respondió empero con blandura y humildad que él contentaria al rey de Castilla, satisfaria los agravios que le proponia y echaria de Aragon los castellanos forajidos. Asimismo, que vuéle el capitán, le castigaria segun su culpa merceiese. En lo que tocaba á los caballeros de Santiago y de Calatrava, dijo no pertenecia á su jurisdiccion aquel pleito por ser personas religiosas, y á él seria mal contado si en sus cosas se empachaba; que se podria tratar con el sumo Pontífice como causa y negocio eclesiástico, y lo que se determinase él mismo lo tendria por bueno y pasaria por ello. No se satisfizo nada Gil Velazquez con esta respuesta, antes de parte de su Rey le desafió y denunció la guerra. Replicó el rey de Aragon: No me parece que esta es bastante causa para romper la guerra entre dos reyes amigos y confederados; mas yo lo dejo al juicio de Dios, que no permitirá pase sin castigo y emienda cualquier insolencia; yo no comenzaré la guerra, pero con la ayuda divina, si me la dieren, ni la rehusaré ni la temo. Destos principios se vino á las manos. Residían en Sevilla muchos mercaderes catalanes; todos en un punto fueron presos y confiscados sus bienes. Hicieron en ambos reinos levas de gentes y los demás apercebimientos. Acudieron asimismo á procurar socorros de príncipes extranjeros. En particular don Luis, hermano del rey de Navarra, que luego que en Francia prendieron al Rey, su hermano, se volvió á España para proveer á lo de acá, requerido por entrambas partes que se juntase con ellos, no quiso declararse por la una parte ni por la otra, sino como sa-gaz entretienellos con buenas esperanzas y estar á la mira, dado que de secreto mas se inclinaba al de Aragon como á mas amigo y deudo. Hizose por un mismo tiempo entrada por tres partes en el reino de Valencia. Don Hernando de Aragon pretendia levantar los de aquel reino por la parte que en él tenia y por la memoria de las revoluciones pasadas, cosa en que mas confiaba que en las armas; mas no halló la entrada que él pensaba, ca estaban escarmentados por causa de los males y castigos pasados. Desta manera se entretenia la guerra y continuaba en los postreros del mes de agosto con daño notable de los campos y aldeas de aquella frontera. En estos mismos días se dió en Fran-

cia la famosa batalla de Potiers, memorable por la manzanza que de franceses se hizo muy grande por mucho menor número de ingleses, con que las fuerzas de aquel poderoso reino quedaron de todo punto quebrantadas. El mismo rey de Francia fué preso y Filipe, el menor de sus hijos. Murieron en el campo Pedro, duque de Borbon, padre de la reina doña Blanca, Gualter, condestable de Francia, Roberto, señor de Durazo y pariente del cardenal de Perigueux, que, enviado por legado del papa Innocencio para concertar aquellas gentes y asentar las paces, se halló en aquella batalla, sin otros muchos personajes de cuenta que allí perecieron. Sucedió aquella desgraciada batalla á 19 dias del mes de setiembre deste año de 1356. Desta jornada resultaron dos cosas notables y á propósito de nuestra historia. La una que por órden de algunos vasallos suyos el rey de Navarra se soltó de la prision en que le tenian, y hallada entrada en Paris, se hizo capitán de muchos sediciosos y alborotó el pueblo para que no acudiesen al Delfin, que pretendia buscar socorros y allegar dineros para libertar al Rey, su padre, no sin grave ofension de aquella gente. Con esta ocasion el Navarro en una junta que se tuvo en Paris se querrelló públicamente del agravio y afrenta pasada. Dijo que su derecho que tenia á la corona de Francia era mejor que el de los que la pretendian por las armas, por ser, como era, nieto del rey Luis Hutin, hijo de su hija, como el Inglés fuese hijo de madama Isabel, hermana del mismo. No hay duda sino que el Navarro tramaba una nueva tela de discordias, si sus fuerzas fueran iguales á su voluntad y ánimo. En fin hizo tanto, que le fueron restituidos sus bienes; y á los pueblos y estado que heredó de su padre le añadieron el señorío de Mascon y de Bigorra. No pudo empero alcanzar, por mas que andaban revueltas las cosas, que le entregasen á Bria, Campaña y Borgoña, estados á que pretendia tener derecho. Sucedió asimismo que don Enrique, conde de Trastámara, despues de esta batalla, en que se halló y salió salvo, se vino al rey de Aragon convidado con grandes promesas que le hizo. Esta fué la primera puerta que se le abrió y el primer escalon para venir despues á ser rey de Castilla, este el principio de su prosperidad. La suma de las capitulaciones de los dos fué: que don Enrique se desnaturalizase de Castilla y hiciese pleito homenaje de ser perpetuamente vasallo y amigo del rey de Aragon; que fuesen suyas todas las ciudades y villas, excepto Albarracin, que tuvo el infante don Fernando de Aragon; que el Rey le diese sueldo para seiscientos hombres de á caballo y otros tantos infantes que anduviesen debajo de su pendon y bandera. Entrado el año de nuestra salvacion de 1357, con varios sucesos se hacia la guerra en las fronteras de Castilla y Aragon. Tomaron los aragoneses á Alicante, y los castellanos á Embite y á Bortalua. Los principales capitanes del rey de Aragon eran el conde de Trastámara don Enrique, don Pedro de Ejérica y el conde don Lope Fernandez de Luna; por el rey de Castilla don Fadrique, maestre de Santiago, los dos hermanos infantes de Aragon y don Juan de la Cerda. Servian sus capitanes con mayor fidelidad al rey de Aragon que los suyos al de Castilla; los unos constantes y firmes, y estotros dudosos y como á la mira de lo que resultaria destas guerras. Especialmente que en

general aborrecian las maldades y aspereza de condicion de su Rey. Así, al cabo el de Aragon con su buena industria y maña, de que hallo que en esta guerra se valió mas que de sus fuerzas, los vino á atraer todos á su servicio y á tenerlos de su parte. Don Juan de la Cerda y Alvar Perez de Guzman fueron los primeros que se apartaron del servicio del rey de Castilla, que todavía tenían presente la muerte de su suegro don Alonso Coronel, señor de Aguilar, á quien el Rey hizo matar, y ellos eran casados con doña María y doña Aldonza, sus hijas. Tenian otrosi miedo que el Rey, que con una desenfronada lujuria habia puesto los ojos en doña Aldonza, se la queria tomar á su marido Alvar Perez: así por ventura fueron dos las causas que compeliéron á estos caballeros á apartarse del servicio de su Rey, y á que de Seron, de donde hacian la guerra en la raya de Aragon, se pasasen al Andalucía, en que tenian muchos parientes y amigos y grande estado. Pretendian con su autoridad y presencia levantar y alborotar aquella provincia, como lo comenzaron á poner por obra; puesto que era grande confianza y osadía, mas áína temeridad, atreverse á mover guerra civil en el medio y corazon de un reino tan poderoso. A esta sazón el rey de Castilla con todo su ejército tenia sitiado un castillo de Aragon junto á la raya de Castilla, que se dice Tebal ó Sisamon, como otros dicen. Allí tuvo nueva como estos caballeros, desamparado Seron, se iban al Andalucía; fué luego en pos dellos. Siguiólos algun tanto, mas no los pudo alcanzar, que se fueron como si buyeran por la posta. Volvióse á encender la guerra con mayor furia que de primero. Tomó el rey de Castilla algunos pueblos de poca importancia; con el mismo ímpetu fué sobre Tarazona, ciudad principal, que está cerca de Navarra; ganóla y entróla por fuerza en 9 de marzo. Los ciudadanos, perdida la parte alta de la ciudad, que era la mas fuerte dolla, se dieron á partido, salvas las vidas y hacienda; así los dejaron ir libremente á Tudela. Díjose que esta ciudad la perdieron los aragoneses por culpa del alcaide Miguel de Gurra, que la pudiera sustentar mucho mas tiempo si tuviera mayor corazon y mas sufrimiento; así, por entender que no podria descargarse y satisfacer bastantemente á su Rey, se pasó con su casa y familia al reino de Navarra. Pobló el Rey la ciudad de soldados castellanos y aveciéndolos en ella; repartióles sus casas, campos y heredades. El rey de Aragon, despues que perdió esta ciudad, no se tenia por seguro dentro de los mismos muros de Zaragoza. Por esta causa con mayor ansia y cuidado que de antes procuró nuevos socorros y ayudas de extrajeros; mayormente que en esta sazón don Juan de la Cerda en el Andalucía fué muerto y desbaratado por el concejo de Sevilla, de cuyas gentes fueron capitanes en aquella batalla Juan Ponce de Leon, señor de Marchena, y el almirante Gil Bocanegra. Vino de Francia en servicio del rey de Aragon el conde de Fox y en su compañía muchos caballeros, soldados de fama. El señor de Labrit, su contrario, vino al tanto con un buen número de lanzas á ayudar al rey don Pedro de Castilla. El papa Inocencio envió á España á Guillen, cardenal de Boloña, por su legado para que pusiese paz entre estos dos reinos. Hizo muchas idas y venidas de los unos á los otros con grandísimo trabajo suyo; en fin, concertó treguas por un

año y tres meses mientras que algunos grandes trataban medios de paz, para lo cual fué nombrado por parte del rey de Aragon Bernardo de Cabrera, y por el de Castilla Juan Fernandez de Hinesrosa. En el entre tanto los pueblos que ambas partes ganaran se pusieron en fieltad y como en tercería en poder del Cardenal legado, que puso pena de excomunion contra el primero que quebrase las treguas. Concluyéronse estas pláticas en 18 dias del mes de mayo. En este mes murió en Lisboa don Alonso el Cuarto, rey de Portugal, de edad de setenta y siete años y seis meses; reinó por espacio de treinta y un años, cinco meses y veinte dias; fué enterrado su cuerpo en la misma ciudad junto al altar de la iglesia mayor, do sepultaron su mujer doña Beatriz. Sucedióle en el reino su hijo don Pedro, por sobrenombre el Cruel. Un mes antes le habia nacido un hijo de doña Teresa, gallega, á quien tenia por amigo, despues que su padre hizo matar á doña Inés de Castro. Era doña Teresa mujer muy apuesta; por lo demás ninguna otra gracia tenia porque mereciese ser querida. Llamaron á su hijo don Juan, á quien los cielos tenian determinado de entregar el reino de su padre y abuelos, como se dirá adelante en su debido lugar. Volvamos á las cosas de Aragon y Castilla. Hechas las treguas, los aragoneses entregaron al Cardenal legado los pueblos y fortalezas que tenian de Castilla. Hiciéronlo de mejor gana por ser pocas las que ellos ganaran. El rey de Castilla, si bien consintió en todas las demás capitulaciones, nunca se pudo acabar con él que quisiese sacar de Tarazona los soldados castellanos que nuevamente hizo avecindar en ella. Mientras estas cosas se concluian, faese á la ciudad de Sevilla para apaciguar las revueltas del Andalucía y juntar una buena armada con que hacer guerra en los pueblos marítimos de Aragon luego que espirase el tiempo de las treguas; la paz, ni la esperaba, ni aun la deseaba. En Sevilla dióse tanto á los amores de doña Aldonza Coronel, que en su respeto no hacia ya caso de doña María de Padilla. ¡Cuán poco duran las privanzas y favores! Cuán ciega é indómita bestia es un hombre sujeto á sus pasiones! Ningunas dificultades ni trabajos eran bastantes para poder apartar al rey don Pedro de sus deleites y torpezas. Causado pues y mohino el Legado de sus cautelas y mañas, le descomulgó y puso en toda Castilla entredicho. Todavía pareció que el Legado en esto procedió con mas priesa y cólera de la que en tan grave caso se requería; por esta causa el Papa le envió á llamar y le hizo salir de España. Todas eran trazas y mañas del rey de Aragon por hacer mas odioso al de Castilla y que le tuviesen por un mal hombre, sacrilego y descomulgado, ca pretendia con esta infamia y mala opinión que los de su reino le desamparasen, maña en que ponía mas confianza que en su valor y fuerzas. Sucedióle al rey de Castilla otro nuevo disgusto. Tenia en su poder á doña Juana, mujer de su hermano don Enrique. Pedro Carrillo, un caballero criado suyo, tuvo manera para la sacar de Castilla, y la llevó á Aragon y la entregó á su marido. Con esto se acabó de perder la esperanza que de paz podía quedar entre los dos hermanos. Los otros dos, don Fadrique y don Tello, tenían gana de rebelarse. Ninguna otra cosa los detenía para que no se pasasen al de Aragon sino que entendian no les podria dar igual recompensa á los grandes

estados que dejaban en Castilla. Esta tardanza en este mismo tiempo fué dañosa y mortal á muchos. Don Fernando de Aragon estaba en esta coyuntura en guarnicion de la villa de Jumilla, que él en aquella frontera ganara á los aragoneses; tenia sus tratos secretos con Bernardo de Cabrera; en fin se pasó al rey de Aragon porque se le concedió la procuracion del reino y la restitucion de su estado; que en tiempo tan apretado y de tanta necesidad nada parecia demasiado. La rebelion de don Enrique y de don Fernando, como dió la vida á los aragoneses, así causó la muerte á los hermanos de ambos, como adelante se verá. En Cerdeña en estos dias las cosas se mejoraban con la muerte de Mateo Doria, que sucedió á buen tiempo, y el rey de Aragon se concertó con sus sucesores. Mariano, el juez de Arborea, no se acababa de sosegar, puesto que con tan gran pérdida como la de Oria poco se adelantaba su partido. La mayor parte de Sicilia en este mismo tiempo tenian ocupada las guarniciones y soldados del rey Luis de Nápoles; Palermo y Mecina, dos principales ciudades de aquella isla, eran suyas. Don Fadrique, llamado el Simple, que dos años antes sucedió en aquel reino á su hermano el rey don Luis, era de poca edad, de corto ingenio y menos fuerzas y poder. El título de rey conservaba en sola la ciudad de Catania con cortas esperanzas, á causa que volvía á revivir la parcialidad francesa, y tenia por vecinos á los reyes de Nápoles, y los isleños le eran desleales. Con esto en tanto grado perdió el ánimo y esperanza de poder defenderse y sustentar su reino, que hizo donacion de Sicilia, Atenas y Neopatria á su hermana doña Leonor, mujer del rey de Aragon. Desta donacion envió al Rey, marido della, escrituras públicas y auténticos instrumentos para convidarle y animarle á que le enviase sus gentes y armada con que defender á Sicilia. El rey de Aragon quisiera acudir á su cuñado; mas tenia tanto que hacer en su casa con una tan pesada y peligrosa guerra y llena de grandes dificultades, que no pudo ayudar como quisiera á las cosas de Sicilia, que llegaron á término de estar de todo punto perdidas. El esfuerzo y lealtad de don Artal de Alagon, conde de Mistreta y maestre justicier de Sicilia, que hizo rostro á los enemigos y los venció en una batalla en que mató muchos dellos y hizo justicia de algunos del reino culpados, las entretuvo. La deslealtad de otros fué vencida con algunas mercedes que les hicieron; que en fin dádivas todo lo acaban y ablandan.

CAPITULO II.

De las muertes de algunos señores de Castilla.

El ardiente deseo de vengarse llevaba al despeñadero á los reyes de Castilla y de Aragon, sin cuidar de lo bueno y justo, y sin que echasen de ver lo que en el mundo se podría decir dellos; en que se empeñaron de suerte, que no tuvieron empacho de llamar los moros en su ayuda. El rey moro de Granada envió golpe de gente de á caballo en favor del rey de Castilla, con quien meses antes se aviniera. El de Aragon llamó de Africa al rey de Marruecos para oponerle á su enemigo, balanzar las fuerzas y estar con él á la iguala; acuerdo infame y traza vergonzosa á la religion cristiana. Quejóse gravemente dello por sus cartas el pa-

dre santo inocencio, y entre otras razones les escribió que se maravillaba mucho que el deseo de hacerse daño llegase á tanto extremo, que no tuviesen miedo de traer á su tierra una peste tan contagiosa y mala, con que y con menor ocasion en otro tiempo se asoló y destruyó toda España. Fuera este cuidado y diligencia del Pontífice buena y á buen tiempo; mas las orejas los reyes tenian con un exceso de pasion y enojo de tal manera tapadas, que no oyeron sus paternales, santas y saludables amonestaciones. Los grandes, que seguian la opinion de Castilla, fueron por los aragoneses solicitados y aun persuadidos á que se pasasen á su parte. El primero el infante don Fernando de Aragon; la misma naturaleza inclinaba á que en este riesgo quisiese antes favorecer á su hermano que al rey de Castilla, su primo. Tuvo sus hablas secretas en la villa de Jumilla, que ganara en esta guerra, como se tocó ya, y finalmente, por la buena diligencia y persuasiones de Bernardo de Cabrera se pasó á su hermano el rey de Aragon. No pudieron estar secretos tratos de tan grande importancia; así, en el principio del año de 1358 el maestre de Santiago don Fadrique tomó por fuerza de armas á Jumilla, y la sacó del poder de los aragoneses. Hecho esto, vióse el Maestre á Sevilla, y entrado en el alcázar, por mandado del Rey, su hermano, delante de sus ojos, fué cruelísimamente muerto por unos ballesteros de maza del Rey. Este fué el premio y mercedes que le hizo por el buen servicio que le acababa de hacer; bien es verdad que se sabe de cierto no andaba muy sosegado y que trataba de pasarse á Aragon: sospecho que este trato debió de venir á noticia del Rey, y que por esta causa se le aceleró la muerte. Luego que fué muerto don Fadrique, se partió el Rey á grande priesa á Vizcaya; las manos, que ya tenia tintas en la fraternal sangre, quería en aquella provincia volverlas á ensangrentar con otro semejante ejemplo de severidad. Sospechó su hermano don Tello, y huyóse á Francia en un navío, y de allí se fué á Aragon para vengar con las armas su injuria y la muerte del hermano. No faltó otro desdichado en quien, en su lugar, el cruel Rey ejecutase su saña. Ido don Tello, el infante don Juan de Aragon, á quien se debía el señorío de Vizcaya por ser casado con doña Isabel, hija de don Juan Nuñez de Lara, y tambien el Rey á la partida de Sevilla se le prometió, le suplicó fuese servido de dársele, pues con la huida de don Tello quedaba sin dueño y desamparado. El Rey, ó porque le apretó mucho con esta demanda, ó por saber que era de acuerdo con los demás grandes que se eran pasados á Aragon, en Bilbao, do á la sazón estaban, le hizo matar á sus maceros; y aun escribe un autor que él mismo le acabó de un golpe de jabalina que le dió con su propia mano: abominable crueldad. Su cuerpo le hizo echar de una ventana abajo, y caido en la plaza, dijo á muchos vizcaínos que le miraban: Veis ahí á vuestro señor y al que demandaba el estado de Vizcaya. Mandólo despues llevar á Búrgos; mas ni le dió sepultura ni se le hicieron las debidas honras ni obsequias, antes por mandado del Rey lo echáron en lo profundo del rio, que nunca mas pareció; con esto echó el sello y acabó de suprir lo que á un caso tan atroz faltaba de crueldad, que era vengarse en el cuerpo de su primo hermano, tan malamente muerto. Con la misma furia á la reina doña Leonor, su tia, madre del infante, y su infelicísima

mujer doña Isabel, las hizo prender en Roa y llevarlas dende presas al castillo de Castrojeriz. Prosiguióse por todo el reino una grande carnicería, y de diversas partes le trujeron á Búrgos seis cabezas de caballeros principales, que fueron para él un espectáculo tan grato y apacible quanto era horrendo y miserable á los hombres buenos que le miraban. Tenia tambien determinado de matar otros muchos en Valladolid, si no se lo estorbara la entrada que repentinamente hicieron en Castilla don Enrique y el infante don Fernando. Don Enrique destruía y asolaba la tierra de Campos, de Soría y Almazan; don Fernando hacia cruel guerra en el reino de Murcia. A entrambos incitaba el justo sentimiento de la muerte de sus hermanos, y el grave dolor que su memoria les causaba los encendia en cólera y deseo de vengarlos y satisfacerse con las armas. El rey de Castilla, con miedo de la entrada que estos caballeros hicieron en su reino, se fué al Burgo de Osma para proveer lo necesario á esta guerra. De allí, en el principio del mes de julio, envió un ballestero de maza al rey de Aragon á quejarse porque le habia rompido malamente la tregua, y faltando á su verdad hacia que sus gentes le entrasen en su tierra estando él descuidado y desapercibido con la seguridad de su palabra. A esto respondió el rey de Aragon que él era forzado á tomar las armas por el desafuero que él le hacia en no cumplir las condiciones de las treguas, demás que con la toma de la villa de Jumilla él primero las quebrara. Que cualquiera dellos fuese el culpado, era cosa muy inhumana é injusta que pagase sus desgustos la sangre inocente de tantas gentes. Que sería mejor que estas diferencias se acabasen por combate de veinte con veinte, ó cincuenta con cincuenta, ó ciento con ciento. En esta forma el rey de Aragon desafió al de Castilla con grandes amenazas y palabras de mucha confianza. Su enemigo, como quier que era mas poderoso y de grande corazon, ningun caso hizo de sus fieros y desafío. Envió á don Gutierrez Gomez de Toledo, á quien pocos dias antes dió el priorato de San Juan, á que pudiese cobrar en las cosas del reino de Murcia; á otros despachó á diversas partes, segun que le pareció convenia á la buena administracion de la guerra. El se partió á gran prisa á Sevilla; tenia allí puesta en orden una armada de doce galeras, con las cuales se juntaron otras seis que vinieron de Génova. Con esta flota se determinó correr toda la costa del reino de Valencia, acometer y dar un tiento á las villas y ciudades marítimas. Fueron sobre Guardamar, villa del infante don Fernando, que ganaron por fuerza de armas. No se tomó el castillo, porque sobrevino súbitamente una borrasca tan furiosa, que dieron las galeras al través en tierra y las hizo pedazos; solamente escaparon dos que por buena suerte se acertaron á hallar en alta mar. Con tan grande y no pensando infortunio el fiero y soberbio corazon del Rey no desmayó ni se quebrantó, antes quemó el pueblo y las galeras destrozadas, y levantado el ejército, se fué por tierra á Murcia. Dende á pocos dias que llegó á aquella ciudad envió á Sevilla á Martin Yañez, privado suyo, con orden que hiciese labrar otra nueva armada; y él, juntado que tuvo de todas partes su ejército, se partió para Almazan, do tenia muchos hombres de armas. Entró por aquella parte en las tierras de su enemigo; ganó algunas villas y castillos, así de los que te-

nian los aragoneses en Castilla como otros del reino de Aragon, y principalmente se hizo cruel guerra en el estado de don Tello. En fin del otoño se volvió el Rey á Sevilla con intento de, en pasando el invierno, juntar una grande flota y hacer la guerra por el mar, ca le parecia que se haria desta manera mayor daño al enemigo. Para este efecto su tío el rey de Portugal le envió diez galeras, y tres el de Granada. Este año fué señalado por el nacimiento de doña Leonor, hija del rey don Pedro de Aragon, y de don Juan, hijo de don Enrique, los cuales tenia Dios determinado que se ayuntasen en matrimonio y heredasen los reinos de Castilla. Nació doña Leonor en 20 dias del mes de febrero, y don Juan asimismo en 20 del mes de agosto. En este mismo año en las Cortes de Valencia se estableció que los años no se contasen como solian por la era de César, sino por el nacimiento de Cristo. En el principio del año siguiente de 1359 el rey de Aragon puso cerco sobre Medinaceli, pueblo puesto en los confines de los antiguos celiberos, carpetanos y arevacos, que en tiempo antiguo fué una grande ciudad, mas en este solo era una mediana villa, empero fuerte por su sitio natural y por tener dentro buena guarnicion de gente, que la defendió valerosamente, tanto, que fué forzado el Aragonés á volverse á Zaragoza sin empecerles ni dejar hecha cosa que fuese de mucha consideracion ni momento. Estaba el rey de Castilla para ir á socorrer á Medinaceli, cuando tuvo aviso que era llegado á Almazan el cardenal Guido de Botoña, legado del papa Inocencio. Dióle el Rey audiencia en esta villa; el Legado de parte del Papa le dijo que sentia tanto el Padre Santo hobiese guerra entre él y el rey de Aragon, y le tenia puesto en tan gran cuidado, que si no fuera por su mucha edad y por otros gravisimos negocios de la Iglesia que se lo estorbaron, él mismo en persona viviera á poner paz entre ellos y hacerlos amigos. Que los reyes de Castilla siempre fueron columna de la Iglesia, amparo y defensa, no solamente de España, sino de toda la cristianidad; pero qué visto como al presente, olvidado de todo punto de la guerra de los moros, se ocupaba en hacerla á un Príncipe cristiano, vecino y pariente suyo, no podia dejar de recibir grandísima pena y dolor. Que cuando saliese con la victoria, antes gauraría odio é infamia que honra ni provecho alguno. Que á ambos con paternal amor les rogaba, y de parte de Dios les amonestaba que tantas gentes, tesoros y armas los empleasen contra los enemigos de nuestra santa fe; si así lo hiciesen, su divina Majestad les daria en las manos muy honradas y señaladas victorias como las alcanzaron sus antepasados, esclarecidos reyes. Respondió á esto el Rey que se recelaba de pláticas de paz por causa que el rey de Aragon le engañó ya una vez con color della y muestra de querer amistad. Así, que estaba determinado y con entera resolucio de no venir en concierto ni acuerdo alguno, si no fuese que ante todas cosas echase de su reino los castellanos forajidos y restituyese á la corona de Castilla las ciudades de Orihuela y Alicante y otros pueblos de aquella comarca, que en el tiempo de las tutorías de su abuelo el rey don Fernando los aragoneses, contra razon y justicia, usurparon; demás que por los gastos hechos en esta guerra, el rey de Aragon le contase quinientos mil florines. El Legado, oido lo que decia el Rey, fué á verse con el de Aragon;

llevaba alguna esperanza de poderlos concertar, pues se comenzaba á hablar en condiciones. El rey de Aragón, oída la demanda, se excusaba y acusaba al enemigo, como es ordinario. Decía que el de Castilla fué el primero que sin justa causa movió la guerra; que no era cosa razonable ni se podía sufrir le pidiese y él diese lo que heredó de sus padres y abuelos; ni tampoco á él le sería bien contado si menoscabase ó enajenase parte alguna de sus reinos. Que este pleito en otro tiempo se litigó ante jueces árbitros, y oídas las partes, pronunciaron sentencia en favor de Aragón. Sin embargo, para mayor satisfacción y dar á todo el mundo á entender su justicia, él dejaría esta causa de nuevo en las manos del Padre Santo. Gastábase el tiempo en demandas y respuestas sin concluirse nada. Era lástima grande ver cómo estas dos nobles naciones corrían furiosamente á su perdición, sin que nadie los pudiese reparar ni poner en paz ni fuese siquiera parte para hacelles sobreseer la guerra con algunas treguas. Si hablaban en ellas, el rey de Castilla se excusaba con las grandes expensas y gastos hechos en juntar una gruesa armada que tenía á la coia y aprestada para acometer las tierras marítimas de Aragón.

CAPITULO III.

Que la armada de Castilla hizo guerra en la costa de Aragón.

Dejadas pues las pláticas de paz, volvió á encruelcerse la guerra, renováronse las muertes y crecieron los odios. El rey de Castilla, estando en Almazan, procedió contra el infante don Fernando y contra los dos hermanos don Enrique y don Tello; y aunque ausentes, por sentencia que pronunció contra ellos los declaró por rebeldes y enemigos de la patria. Con esto se acabó de perder la poca esperanza que les restaba de que se podrían concordar, mayormente que el Rey hizo matar en la prision á la reina doña Leonor; hecho sin duda cruel y détestable, puesto que fuera muy culpada y mereciera muchas muertes. Tanto mayor inhumanidad y fieraza lavar la culpa de los hijos con la sangre de su madre, sin tener respeto á que era mujer, reina y tia suya. Doña Juana y doña Isabel de Lara, hermanas y señoras de Vizcaya, le fueron compañeras en este último trabajo. Doña Juana fué llevada á Sevilla, donde pocos días despues la hizo morir; á doña Isabel la mandó llevar con la reina doña Blanca, que en el mismo tiempo la hizo pasar del castillo de Sigüenza, en que la tenía presa, á Jerez de la Frontera, que fué dilatar la muerte de ambas por pocos días. La culpa de sus maridos, don Tello y don Juan de Aragón, descargó sobre las que en nada le erraron; así iban los temporales. Estaba el corazón del Rey tan duro y obstinado, que ningun motivo, por tierno y miserable que fuese, era poderoso para hacerle eternecer ó ablandar; parecía que le cegaba la divina justicia para que no huyese el cuchillo de su ira, que tenía ya levantado para descargalle sobre su cruel cabeza. Con todo eso no dejaba de importunar con ruegos y plegarias á los santos patronos del reino que Dios tenía ya para otro guardado. Hacia estos votos al tiempo que se quería embarcar en la armada que tenía aprestada en Sevilla, en que se contaban cuarenta y una galeras y ochenta naves tan bien bastecidas y municionadas y con tanta caballería y gente de guerra, que

era para poderse con ella intentar cualquier grande empresa. Defendieron esta vez el reino de Aragón y le libraron los ángeles de su guarda y la concordia grande que hobo entre los aragoneses. Fueron adelante siete galeras á las islas de Mallorca y Menorca; descubrieron en el camino una gran carraca de venecianos, y la tomaron, no con otro mejor derecho, sino porque se puso en defensa. Llevada á Cartagena, para que del todo este agravio no tuviese excusa ni descargo, el codicioso y hambriento Rey le tomó muchas y muy ricas mercadurias de que venía cargada. El resto de la armada fué sobre Guardamar, y ganó la villa y castillo por combate. Desampararon los aragoneses á Alicante por no se sentir con las fuerzas y municiones que eran menester para poder defender aquella plaza. Iban en esta flota con el Rey el almirante don Gil Bocanegra, el maestre de Calatrava y Diego Gonzalez, hijo del maestre de Alcántara don Gonzalo Martinez, y otros muchos grandes y señores de todo el reino. Don Gutierre de Toledo, prior de San Juan, quedó para con buen número de caballos y soldados guardar estos pueblos que se ganaron; con lo demás de la armada se fué el Rey á Tortosa; salió el Cardenal legado de aquella ciudad, y se vió con él en su galera á la boca del rio Ebro. Dióle un tiento para el negocio de la paz, que fué tan sin fruto como las veces pasadas. De allí se fué la vuelta de Barcelona, surgió en aquella playa en 19 dias del mes de mayo. Halló en ella doce galeras de Aragón, acometió por dos veces á tomallas, no lo pudo hacer ni dañallas mucho por estar muy llegadas á la tierra, con que los ciudadanos con grande gallardía las defendieron. Burlado pues de su intento, partió con la flota para las islas que por allí caen, aportó á la de Ibiza; un lugar que tiene del mismo nombre, aunque fué reciamente combatido con tiros y máquinas de guerra, por estar en un sitio muy fuerte, no pudo ser tomado. En el entre tanto el rey de Aragón juntó con mucha presteza una armada de cuarenta galeras de los puertos mas cercanos á Barcelona, pasó con ella á Mallorca con deliberacion de pelear con la armada de Castilla. En esta isla se quedó el dicho Rey por grandes importunaciones de sus caballeros, que le suplicaron no quisiese arriscar su persona y con ella el bien y salud del reino ni ponello todo al riesgo y trance de una batalla. Movido con sus ruegos, envió á Bernardo de Cabrera, su almirante, y al vizconde de Cardona con orden que peleasen con la flota del enemigo, que con estas nuevas, levantado de sobre Ibiza, era ido á Calpe con la misma resolucion de pelear. La armada de Aragón se entró en la boca del rio que desagua en el mar junto á Denia; pienso es el rio Júcar, que corre por aquella comarca. Ambas flotas daban muestra de tener gran deseo de la batalla; el recelo era no menor; así quedó por todos el venir á las manos. Con esto se fué en humo todo aquel ruido y asonadas de guerra tan bravas. El Aragonés se recogió á Barcelona en 29 dias de agosto. El rey de Castilla dende Cartagena envió su armada á Sevilla, y él se partió por tierra á Tordesillas por ver á doña María de Padilla, que en aquella villa le parió un hijo, por nombre don Alonso. El contento que el Rey tuvo por su nacimiento, muy grande, le duró muy poco, y se le volvió en pesar con su temprana muerte. A don Garci Alvarez de Toledo, que ya era maestre de Santiago despues de la muerte de

don Fadrique, le encargó el Rey la crianza deste niño y le hizo su ayo. En las faldas del monte Cauno, que hoy se llaman las sierras de Moncayo, se extienden los campos de Araviana, bien nombrados y famosos en España por la lastimosa muerte que en tiempos antiguos sucedió en ellos de los siete nobilísimos hermanos, llamados los infantes de Lara. En estos campos don Enrique y su hermano don Tello, con selectos aragoneses de á caballo que llevaban, se encontraron con los capitanes de la frontera de Castilla. Venidos á las manos, pelearon muy esforzadamente; fueron los de Castilla vencidos y desbaratados; quedaron tendidos en el campo al pié de treientos hombres de armas, y muertos y presos muchos y muy nobles caballeros. Entre los otros fué muerto su capitan Juan Fernandez de Hines-trosa, y don Fernando de Castro se escapó á uña de caballo; dióse esta batalla en el mes de setiembre. El pesar y enojo que el rey de Castilla recibió por este desman fué tal, que como fuera de sí y furioso por vengar su ira y hartar su corazon, mandó matar á dos hermanos suyos que tenia presos en Carmona, á don Juan, que era de diez y ocho años, y á don Pedro, que no tenia mas de catorce, sin que le moviese á piedad la buena memoria de su padre el rey don Alonso, ni á misericordia la inocencia y tierna edad de dos inculpables hermanos suyos; ningun afecto blando podia mellar aquel acorado pecho. Asombró esta crueldad á todo el reino; hízose el Rey mas aborrecible que antes; refrescóse la memoria de tantas muertes de grandes y señores principales como sin utilidad ninguna pública, ni particular injuria suya, ejecutó en pocos años un solo hombre, ó por mejor decir, una carnícera, cruel y fiera bestia, tan bárbara y desatinada, que no tuvo miedo de en un solo hecho quebrantar todas las leyes de humanidad, piedad, religion y naturaleza. Temblaban de miedo muchos ilustres varones, nadie se tenia por seguro, no habia conciencia tan sin mancha ni reprehension que no temiese cualque castigo de lo que ni por pensamiento le pasaba. Visto pues el grande peligro en que tenian sus vidas en Castilla, muchos prudentes y nobles caballeros se determinaron de asegurarlas en el reino de Aragon, escarmentados en tanto número de cabezas de hombres señalados. No faltó en estos dias otra ocasion en que el Rey mostrase la dureza de su injusto pecho. Tuvo aviso que doce galeras venecianas habian de pasar forzosamente el estrecho de Gibraltar. Envió veinte galeras para que las aguardasen y prendiesen en el Estrecho. Quiso su suerte que al tiempo que pasaban se levantase una recia tempestad; no fueron vistas de las galeras de Castilla, y así se libraron del peligro y daño que les tenia aparejado. Parecía que deseaba tener nueva ocasion de hacer guerra á los venecianos, no con mas justa causa de que queria con otra nueva maldad irritar aquella señoría, á quien poco antes tenia agraviada con la toma de la carraca de sus mercaderes. Grande porfia y trabajo puso el Cardenal legado para que se volviese á tratar de paz, como se hizo en el principio del año de 1360. Enviáronse de ambas partes sus embajadores con poderes cumplidos para poderla efectuar con cualesquier capitulaciones. Estuvieron cerca de concordarse. Blandeaba el de Castilla á causa que en la batalla de Araviana faltaron muchos caballeros castellanos, otros cada dia se pasaban al

rey de Aragon; entre los demás fueron Diego Perez Sarmiento, adelantado mayor de Castilla, y Pedro de Velasco, no menos noble y rico que el Adelantado. Andaban las pláticas de la paz, pero ni en Tudela ni en Sudana, donde poco despues se volvieron á juntar los comisarios para tratar de las paces, no se concluyó ni hizo nada. Los aragoneses con los buenos sucesos se hallaban mas animados; el rey de Castilla con las pérdidas y desastres aun no perdía del todo su primera fiereza, no obstante que por faltarle tantos amparos y amigos, andaba dudoso sin saber á qué parte se arrimar. Vacilaba entre los pensamientos de paz y de la guerra, no sabia de quién fiarse; así cada dia mudaba los capitanes y otros oficiales. En este miserable estado se hallaba este Rey, bien merecido por su sangrienta y terrible condicion.

CAPITULO IV.

De la muerte de la reina doña Blanca.

De tal manera andaban los tratos de la paz, que en el interin no se alzaba la mano de la guerra; antes hacian nuevas compañías de soldados, buscaban dineros, pedian socorros extranjeros, y en todo lo al seponia gran diligencia, especialmente de parte del rey de Aragon, que el de Castilla principalmente cuidaba y se ocupaba en vengarse y hacer castigos en sus nobles. Con este pensamiento partió de Sevilla para Leon por prender á Pero Nuñez de Guzman, adelantado mayor de Leon. No salió con su intento á causa que el Adelantado fué avisado por un escudero suyo de la venida del Rey y se huyó á Portugal. Despues desto, un dia que Per Alvarez Osorio comia en Leon con don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava, de quien era convidado, por orden del Rey le mataron allí en la mesa dos ballesteros de maza suyos, sin que el Maestre supiese cosa alguna deste hecho. Pasó de Leon á Búrgos; allí con semejante crueldad hizo matar al arcediano Diego Arias Maldonado, sin tener respeto á su dignidad y sagrados órdenes; causáronle la muerte unas cartas que recibió del conde don Enrique. A otros muchos á quien él queria matar dió la vida la repentina entrada que los aragoneses hicieron en Castilla. Debajo la conducta de los hermanos don Enrique y don Tello y del conde de Osona entraron con gran furia por la Rioja, y ganaron la villa de Haro y la ciudad de Najara, donde dieron la muerte á muchos judios por hacer pesar al Rey que los favorecia mucho por amor de Simuel Levi, su tesorero mayor. Hízose otrosí gran matauza en los pueblos comarcanos y gran estrago en los campos y heredades; con este ímpetu llegaron los pendones de Aragon hasta el lugar de Pancorvo. La ciudad de Tarazona volvió en estos dias á poder de los aragoneses por entrega que hizo della el alcaide y capitan á quien el rey de Castilla la tenia encomendada, que se llamaba Gonzalo Gonzalez de Lucio; pienso que la entregó por algun miedo que tuvo de su Rey ó con esperanza de mejorar su hacienda. El rey de Castilla, juntado su ejército, fué en busca de sus enemigos, que tenian sus estancias en Najara; asentó sus reales junto á Azofra, pueblo pequeño y de poca cuenta. En este lugar un clérigo de misa y de buena vida, así fué fama, vino de la ciudad de Santo Domingo de la Calzada, y dijo al Rey que corria grande peligro que su hermano don Enrique le

matase, porque Dios estaba con él muy airado, que esto se lo mandó decir el bienaventurado santo Domingo de la Calzada, que le apareció en sueños en una soberana figura y representación mas que humana. Costóle la vida su embajada, ca el Rey le hizo quemar públicamente en los reales; muchos dudaron si con razón ó sin ella. Levantó el Rey su ejército de Azofra, y mandó marchar para Najara; llegado junto á la ciudad, salieron á él los enemigos; tuvieron un bravo encuentro en que fueron desbaratados los de Aragon, y con mucho daño y pérdida los compeleron á volver las espaldas y huirse á la ciudad. Pudieran ser tomados á manos dentro della, si no fuera por el poco seso y menos cordura del Rey, que no quiso creer los saludables consejos de los que eran de parecer los cercasen. Parecióle que bastaba haberlos forzado á que huyesen y se encerrasen dentro de los muros de la ciudad. Dende á dos ó tres días los aragoneses desampararon á Najara y Haro, y metió el Rey en ellas buenas guarniciones de soldados. Puesto buen recaudo en aquella frontera, se volvió á Sevilla; trató y hizo, con el rey de Portugal en esta sazón que se entregasen el uno al otro los caballeros que andaban huidos en sus reinos. Asiento en que quebrantaron su palabra y fe pública, alteraron la costumbre de los príncipes y violaron el derecho de las gentes, que fué causa de otras nuevas muertes. Mató el rey de Portugal á un Pero Cuello y á otro cierto escribano, llamado Alvaro, porque se le acordaba que estos por mandado de su padre dieron la muerte á su amiga doña Inés de Castro. Tuvo mejor dicha Diego Lopez Pacheco, que era uno de los que la ejecutaron, que fué avisado y tuvo lugar de huirse á don Enrique; el cual despues por los buenos servicios que le hizo, le dió un buen estado en Castilla, y fué en ella el fundador y cabeza de la casa de los Pachecos, rica y noble entre los grandes de España. Otros caballeros entregaron al rey de Castilla, que luego los hizo matar en Sevilla. Uno dellos fué el adelantado de Leon Pero Nuñez de Guzmán, otro Gomez Carrillo, que le cortaron la cabeza en una galera en que por órden del Rey iba desde Sevilla á Algecira con recados fingidos y cartas para que le recibiesen por alcaide y capitán de aquella ciudad. Quería el Rey mal á este caballero, y se recelaba dél porque un año antes le habia tomado á su hermano Garci Laso Carrillo su mujer doña Mari Gonzalez de Hinestrosa, por lo cual se fué á Aragon el marido á servir á don Enrique. La mala consciencia hace á los hombres sospechosos, y por el miedo crueles y sanguinarios. Asimismo en la villa de Alfaro hizo descabezar en la prision á un caballero que era su repostero mayor, por nombre Gutierre Fernandez de Toledo, cuya muerte fué muy llorada en todo el reino, porque era un muy buen caballero y de loables costumbres. El Rey, por evitar el odio que le podia causar la muerte no merecida de un caballero tan bienquisto, fingió algunas causas porque lo mandó matar, la principal que se inclinaba al partido de don Enrique; mas á la verdad, su culpa fué decirle con ánimo libre y fiel las cosas que le cumplian, ca semejante libertad no puede dejar de ser peligrosísima con los malos príncipes; lo mas seguro es adularlos. La lisonja aun con los buenos reyes se puede usar sin peligro; esto hace que en los palacios de los príncipes crezca en tan gran número este per-

verso linaje de gente aduladora, y que de ninguna cosa haya mayor mengua que de hombres que con lealtad y sano pecho digan la verdad y adviertan de lo que importa. Sabida la muerte de Gutierre de Toledo por sus sobrinos Gutierre Gomez de Toledo, prior de San Juan, y Diego Gomez, su hermano, hobieron mucho miedo y enojo, y se fueron á Aragon. Al arzobispo de Toledo don Vasco compelió el Rey á que á la hora saliese desterrado del reino. Diósele tanta prisa, que no le concedieron tiempo para tomar otro vestido ni llegar á su cámara á sacar un breviario, sino que súbitamente como le halló el mensajero oyendo misa, fué forzado dejar á Toledo y partirse su camino, no por otro delito mas de haber, como era razon, sentido mucho la muerte de su hermano Gutierre Fernandez. Fuése este Prelado á Coimbra, donde en un monasterio de los Predicadores acabó santamente su vida é injusto destierro; despues pasados algunos años, se trasladó su cuerpo á la iglesia mayor de Toledo. Muchos á este arzobispo le llamaron don Blas, que me pareció advertir, porque la variedad del nombre, como otras veces suele, no cause engaño. Ordenó su testamento en Coimbra, luego el año siguiente á 20 de enero, en que dice que quiere ser sepultado delante del altar de nuestra Señora del Coro de la iglesia de Toledo junto á la sepultura de don Gonzalo, obispo albanense y cardenal, y así se hizo. De aquí se saca que el cardenal don Gonzalo solamente estuvo depositado en Roma, como lo reza su lucillo de Santa María la Mayor en la letra que de suso queda puesta. Parece renunció don Vasco el arzobispado luego que lo desterraron, pues se halla que aquel mismo año entró en su lugar don Gomez Manrique, hijo de Pedro Manrique, señor de Amusco y de Avia, y hermano de Garci Fernandez Manrique, adelantado de Castilla, cepa y tronco de los duques de Najara y de otras casas de Castilla de aquel apellido de Manrique. Fué don Gomez Manrique obispo de Palencia, y al presente lo era de Santiago. Sucedióle luego en aquella iglesia de Santiago don Suero Gomez de Toledo, sobrino de don Vasco; que debió ser manera de permuta y recompensa que se le hizo por la iglesia de Toledo que dejaba. Mientras estas cosas pasaban en Castilla, el rey de Aragon envió cuatro galeras muy bien armadas de soldados y municiones y bastecidas de todo lo demás en socorro del rey de Tremecen, con quien estaba aliado. Encontraron con ellas cinco galeras de Castilla, que las rindieron y llevaron á Sevilla. Allí los mas de los soldados aragoneses por mandado del rey don Pedro fueron muertos en compañía de su capitán Mateo Merceero, sin tener memoria ni hacer caso de los buenos servicios que este caballero hizo antes en el cerco de la ciudad de Algecira. Era tesorero mayor del Rey Simuel Leví, que administraba á su albedrío las rentas y patrimonio real, con que juntó las grandes riquezas, y alcanzó la mucha privanza y favor, que al presente le acarrearón su perdicion. Hiciéronle diversos cargos, de que resultó echalle en la cárcel y ponelle á cuestion de tormento, tan bravo, que por no le poder sufrir rindió el alma. Apoderóse el Rey de todos sus bienes, que en tiempo de mal príncipe el derecho del fisco nunca suele ser malo. Llegaban al pié de cuatrocientos mil ducados, otros dicen mas, sin los muebles y joyas, paños de oro y seda; cosa maravillosa que un judío juntase

tantas riquezas, y que no pudo ser sin grave daño del reino. Al fin deste año Mahomad Lago, rey de Granada, fué echado del reino por una conjuración que contra él hicieron sus vasallos. Levantaron por rey á un arraez, pariente suyo, por nombre Mahomad Aben Al-hamar, á quien por el color de la barba y cabellos llamaban vulgarmente el rey Bermejo; decían que de derecho le venia á este el reino, por descender de la sangre real de los primeros reyes de Granada. De aquí sucedieron nuevas guerras; el rey de Castilla era amigo y aliado del Rey desposeído, el cual se huyera á Ronda, que era entonces del rey de Marruecos. Sintió el de Castilla el trabajo de su amigo Mahomad, y propuso de favorecerle. Por el contrario, el nuevo Rey buscaba por todas partes socorros y ayudas de que valerse, y estaba muy inclinado á la parte del de Aragon, lo cual le vino á costar la vida. Principalmente ayudó á su perdicion el llamar de Africa al rey Abohanen para que viniese á hacer guerra en España. En el fin deste año asimismo doña Costanza, hija del rey de Aragon, fué desde Barcelona enviada á Sicilia para que casase con el rey don Fadrique, á quien su padre la tenia otorgada. Era capitán de la armada en que la llevaron Olfo Prochita, gobernador de la isla de Cerdeña por el rey de Aragon. Celebráronse las bodas en la ciudad de Catania á 11 dias del mes de abril del año siguiente de 1361, desde el cual tiempo las cosas de aquella isla comenzaron á ponerse en mejor estado. Los enemigos neapolitanos parte dellos fueron vencidos, y parte echados del reino; deste matrimonio nació doña María, que fué despues reina de Aragon, y llevó en dote el reino de Sicilia. Finalmente, en Castilla se hicieron paces por la buena diligencia del Cardenal legado, no con ánimos sinceros, ni se entendia que serian durables. Los capítulos dellas, que se restituyesen los unos á los otros los pueblos que se tomaron durante la guerra; que los forajidos de Castilla fuesen echados de Aragon, á tal que el rey de Castilla los perdonase. En la villa de Deza, do el rey de Castilla tenia sus reales, se publicaron estas paces á voz de pregonero en 18 dias del mes de mayo. Ayudó mucho á que esta concordia se asentase el miedo grande de la guerra que el rey de Granada entonces hacia á Castilla. Para mayor firmeza desta paz acordaron que de ambas partes se diesen rehenes que estuviesen en fieltad en poder del rey Cárlos de Navarra, que en aquella sazón se hallaba en Francia de partida para España, con mucho contento y regocijo que tenia por un hijo que le naciera de la Reina, su mujer, que se llamó Cárlos. Governaba en el entre tanto el reino de Navarra su hermano don Luis. Hecha la paz, el rey de Aragon se partió de Calatayud para Zaragoza, el de Castilla á Sevilla, don Enrique y sus hermanos acordaron conformarse con el tiempo y retirarse á Francia, escalon y camino para hacerse pujantes y para hacer temblar á Aragon y Castilla y renovarse la guerra con mayor furia y obstinacion que antes. Los trabajos y desdichas de la reina doña Blanca movian á compasion á muchos de los grandes de Castilla, y los obligaban á que tratasen de juntar sus fuerzas y armas para amparalla. No se le pudieron encubrir al Rey estos pensamientos; cobró por esto mayor odio á la Reina, como si fuera ella la causa de tan grandes guerras y debates. Parecióle que, quitada de por me-

do, quedaria libre él deste cuidado. Hizola morir con yerbas que por su mandado le dió un médico en Medina Sidonia en la estrecha prision en que la tenian, tanto, que no se le permitia que nadie la visitase ni hablase; abominable locura, inhumano, atroz y fiero hecho, matar á su propia mujer, moza de veinte y cinco años, agraciada, honestísima, inocentísima, prudente, santa, de loables costumbres y de la real sangre de la poderosa casa de Francia. No hay memoria entre los hombres de mujer en España á quien con tanta razon se le deba tener lástima como á esta pobre, desastrada y miserable Reina. De muchas tenemos noticia que fueron muertas y repudiadas de sus maridos; pero por alguna culpa ó descuido suyo, á lo menos que en algun tiempo tuvieron algun contento y descanso, con cuya memoria pudiesen tomar algun alivio en sus trabajos. En la reina doña Blanca nunca se vió cosa por que mereciese ser sino muy estimada y querida. Sin embargo, no amaneció para ella un dia alegre, todos para ella fueron tristes y aciagos. El primero de sus bodas fué como si la enterararan. Luego la encerraron, luego la desecharon, luego la enviaron, no gozó sino de calamidades, pesuros y miserias. Quitáronle sus damas y criados, privaba su émula; ¿quién en tales trancas la podia favorecer? Todo socorro y alivio humano estaba muy léjos. «Mas á tí, Rey atroz, ó por mejor decir, bestia inhumana y fiera, la ira é indignacion de Dios te espera, tu cruel cabeza con esta inocente sangre queda señalada para la venganza. De esas tus rabiosas entrañas se hará á aquel justo y contra tí severo Dios un agradable y suave sacrificio. La alma inculpable y limpia de tu esposa, mas dichosa en ser vengada que con tu matrimonio, de dia y de noche te asombrará y perseguirá de tal guisa, que ni la vergüenza de lo torpe y sucio, ni el miedo del peligro, ni la razon y cordura de tu locura y desatino te aparten ni enfrenen para que fuera de seso no aumentes las ocasiones de tu muerte, hasta tanto que con tu vida pagues las que á tantos buenos y inocentes tienes quitadas.» Es fama, y autores fidedignos lo dicen, que, andando el Rey á caza junto á Medina Sidonia, le salió al camino un pastor con traje y rostro temeroso, erizado el cabello y la barba revuelta y encrespada, y le amenazó de muerte si no tenia misericordia de la reina doña Blanca y hacia vida con ella. Añaden que los que envió el Rey con gran diligencia para averiguar si le enviara la Reina, la hallaron hincada de rodillas, que hacia sus castas y deyotas oraciones, y tan encerrada y guardada de los porteros, que se perdió toda la sospecha que se podia tener de que ella le hobiese hablado. Confirmóse mucho mas la opinion que comunmente se tenia de que fué enviado por Dios, con que despues que soltaron al pastor de la prision en que le echaron, nunca jamás pareció ni se supo qué se hiciese dél. Doña Isabel de Lara, hija de don Juan de Lara, fué al tanto muerta con yerbas que le dieron en la prision en que en Jerez la tenian. Un historiador, que fué y se llama el Despensero mayor de la reina doña Leonor de Castilla, en unos *Comentarios* que escribió de las cosas de su tiempo que pasaron los años adelante, dice que la muerte de doña Blanca sucedió en Ureña, villa de Castilla la Vieja cerca de la ciudad de Toro; creo que se engañó.

CAPITULO V.

De la muerte del rey Bermejo de Granada.

Esta manera con la sangre de inocentes los campos y las ciudades, villas y castillos y los ríos y el mar estaban llenos y manchados; por donde quiera que se fuese se hallaban rastros y señales de fiera y crueldad. Qué tan grande fuese el terror de los del reino, no hay necesidad de decirlo; todos temían no les sucediese á ellos otro tanto, cada uno dudaba de su vida, ninguno la tenía segura. Esta comun tristeza en alguna manera se alivió con la muerte de doña María de Padilla; dió fin á sus días en Sevilla entrado el mes de julio; si no se hubiera manchado con la deshonesta amistad que tuvo con el Rey, mujer, por lo demás, digna de ser reina por las grandes partes de que Dios, así en el alma como en el cuerpo, la dotó. El cuerpo de la reina doña Blanca fué depositado algunos años adelante en el sagrario de la iglesia mayor de Tudela por los caballeros franceses que vinieron en ayuda del conde don Enrique, ca tenían intento de llevalla despues á enterrar en Francia en los sepuleros de sus antepasados. El entierro y obsequias de doña María se hicieron en todas las ciudades y villas del reino con aquella majestad, lutos, pompa y aparato como si fuera la legitima y verdadera reina de Castilla. Llevaron su cuerpo á enterrar á Castilla la Vieja al monasterio de Santa María de Estudillo, que ella á sus expensas edificara. En la ciudad de Toledo, en el monasterio de las monjas de Santo Domingo el Real, que es de la órden de los Predicadores, hay tres sepuleros, el uno es de doña Teresa, dama que fué de la Reina, madre del rey don Pedro, de la cual debajo de la palabra de casamiento hobo una hija, que se llamó doña María, que fué muchos años priora desto monasterio, y está enterrada en el segundo sepulcro; en el tercero están enterrados don Sancho y don Diego, hijos asimismo del rey don Pedro, habidos en una doña Isabel, de quien no se tiene noticia cuya hija fuese ni de qué calidad y linaje. A la verdad no habia mujer alguna tan casta ni tan fortalecida con defensus de honestidad y limpieza y todo género de virtudes, que tuviese seguridad de no caer en las manos de un rey mozo, loco, deshonesto y atrevido. No podían estar tan en vela los maridos, padres y parientes, que bastasen á poderle escapar la que él de veras una vez codiciaba; todo lo sobrepujaba y vencía su temeridad y desvergüenza grande. Por este tiempo el rey de Portugal declaró pública y solemnemente en Lisboa que los hijos que arriba dijimos hobo en doña Inés de Castro eran legitimos y de legitimo matrimonio, y como tales eran capaces para poder heredar el reino. Presentó por testigos del matrimonio clandestino que con ella contrajo á don Gil, obispo de la Guardia, y á Estéban Lovato, su guardarropa mayor; con solemnes juramentos el Rey y los testigos confirmaron ser así verdad como lo decían. Estuvieron presentes á esta declaracion los nobles del reino, y entre ellos don Juan Alfonso Tello, conde de Barcelos, á quien el año antes diera aquel título en la misma ciudad de Lisboa con grande fiesta y regocijo de todo el pueblo. Estos títulos se usaban muy poco en España, y en Portugal hasta entonces nunca jamás. En nuestros tiempos son innumerables los condes, marqueses y duques que hay; vicio y corrupcion de nuestra humana condicion es des-

echar y menospreciar las cosas antiguas, y llenos de admiracion irnos embelesados tras las nuevas. En el entre tanto la guerra de Granada con grande ahinco y enojo de ambas partes se proseguía. Juntáronse en Castilla muchas compañías de todo el reino y entraron por las tierras de los moros haciéndoles grandes daños. Cercaron la ciudad de Antequera, á quien los antiguos llamaron Singilia; no la pudieron tomar por ser plaza muy fuerte y tener dentro buena guarnicion de valientes moros que se la defendieron. Talaron la vega de Granada, y sin hacer cosa señalada se volvieron á Castilla. Pocos días despues declararon en el adelantamiento de Cazorla seiscientos moros de á caballo y hasta dos mil peones, que hicieron una buena presa de cautivos y ganados. Sabido esto por los caballeros de la ciudad de Jaen y de los pueblos de su comarca, se apellidaron contra ellos, y les quitaron toda la presa con muerte de muchos dellos y prision de otros, los demás se pusieron en huida. Estos fueron los principios de la guerra de los moros. Mayor tempestad de guerra se temía de la parte de Francia, daño que deseaba remediar el Cardenal legado, que aquel estío se quedó en Pamplona, por ser pueblo fresco, sano y de buen cielo y á propósito para lo que él con grande solicitud pretendía. Esto era que el rey de Castilla perdonase los forajidos que andaban en Francia y revocase la senténcia que contra ellos diera en Almazan declarándolos por rebeldes y euemigos de la patria. Decía que el Rey era obligado á hacer esto por ser uno de los capitulos y condiciones con que se concluyeron las paces de Aragon. El fiero y duro corazon del Rey no se ablandaba con tan justos y razonables ruegos; antes parecia que forjaba en su pecho mucha mayor guerra contra Aragon de la que antes hiciera. Por esto el Cardenal legado, á ruego é instancia del rey de Aragon por el derecho y poder que le dieron y facultad que tenía, dió por ninguna la senténcia que en Almazan se pronunció contra don Enrique y sus consortes. Enojóse mucho el rey de Castilla por esta declaracion, y crecióle con ella el deseo que tenía de vengarse. Propuso de ejecutar su ira y saña, concluido que hobiese la guerra de los moros, que todavía andaba muy encendida con varios sucesos que acontecian. En particular en 18 de febrero del siguiente año de 1362 junto á Acci, que ahora es la ciudad de Guadix, tuvieron los moros de Granada una buena victoria de los castellanos. El caso pasó desta manera. Don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava, y Enrique Enriquez, adelantado de la frontera de Jaen, y otros caballeros entraron en las tierras de los moros con mil caballos y dos mil infantes con intento de combatir á Guadix; mas sin que los cristianos lo supiesen, habia ya entrado en aquella ciudad para defendella gran número de soldados, que de la comarca y de Grauada vinieron á socorrerla. Los nuestros sin recelo enviaron algunas compañías á que talasen y robasen los campos que llaman de Val de Alhama. Los moros, visto que estaban divididos, salieron con grande impetu de la ciudad y dieron en los que quedarán, y trabaron con ellos una brava y reñida pelea que duró todo el día. Todos pugnaban por vencer; al fin, como quier que fuese muy mayor el número de los moros, no obstante que los cristianos se defendieron valerosamente, los desbarataron y mataron muchos, á otros cautivaron, prendieron al Maestro

y lleváronle á Granada al rey Bermejo, que sin ningún rescate le envió luego al rey don Pedro, ca deseaba con este regalo desenojarle. El Rey, pensando que de miedo le hacía aquella cortesía, se ensoberbeció mas, y juntado que hobo sus gentes, para reparar la honra perdida y vengar la injuria de los suyos entró en el reino de Granada, y con grande furia destruyó los campos, quemó las aldeas, ganó algunas villas, y se volvió con rica presa á Sevilla. A este mal suceso para el rey de Granada se le allegó otro peor, y fué que muchos caballeros del reino de los que antes seguían su parcialidad y tenían su voz le comenzaron á dejar y favorecer á su émulo Mahomad Lago, no obstante que estaba despojado y andaba huido. Como el rey Bermejo sintió las voluntades inclinadas á su enemigo, temió perder el reino. Consultó el negocio con los de quien mas se fiaba. En fin, con seguro que alcanzó del rey de Castilla se determinó de ir á Sevilla y ponerse en sus manos. Autor deste mal acertado y desdichado consejo fué Edriz, un caballero grande amigo del Rey y su compañero en los peligros, y que tenía mucha autoridad entre los moros, y era muy estimado y de gran nombre por la mucha prudencia que con la larga experiencia de los negocios alcanzaba. Vino el Moro á Sevilla con cuatrocientos hombres de á caballo y docientos de á pié que le acompañaban. Trujeron grandísimas riquezas de paños preciosos, oro, piedras, perlas, aljófar y otras joyas y cosas de gran valor. Ponia el Moro la esperanza de su amparo contra el Rey ofendido en lo que fué causa de toda su perdicion. Recibióle el Rey con grande honra en el alcázar de Sevilla. Llegado á su presencia, despues de hecha una gran mesura, uno de sus caballeros habló desta manera: «El rey de Granada, que está presente, poderoso Señor, por saber muy bien que sus antepasados fueron siempre aliados, tributarios y vasallos de la casa de Castilla, se viene á poner debajo del amparo de vuestra real alteza, cierto de que se procederá con él con aquella mansedumbre, equidad y moderacion cual los reyes de Granada la solian hallar en vuestros antecesores; que si acaso recibian algun deservicio dellos, que no es de maravillar segun son varias y mudables las cosas de los hombres, con mandarles pagar parias y algunos dineros en que eran penados, los volvia á recibir en su gracia y amistad. Si entre ellos asimismo y en su casa nacian algunas diferencias y debates, todo se componia y apaciguaba por el arbitrio y parecer de los reyes de Castilla. Estamos alegres que lo mismo nos haya acontecido de acudir á la vuestra merced; tenemos grande confianza que nos será gran reparo el venir con esta humildad á echarnos á vuestros piés. Mahomad Lago fué justamente echado del reino por su mucha soberbia con que trataba los pueblos y por su mucha avaricia con que les quitaba lo suyo; á nos de comun consentimiento pusieron en su lugar y coronaron por descender derechamente de la real y antigua alcúña y sangre de Granada y ser legítimos herederos del reino, de que á tuerto y con gran tiranía nos tenia despojados. Hacemos ventaja en poder y fuerzas á nuestro competidor, solamente á vos reconocemos y tememos, con cuya felicidad y grandeza no nos pretendemos comparar. Tenemos cierta esperanza que, pues la justicia claramente está de nuestra parte, no dejaremos de hallar amparo en la sombra de un justo Príncipe, y que los ruegos de un

Rey hallarán benigna cabida en la piedad de vuestra real clemencia, mayormente que el seguro que se nos mandó dar nos animó mucho y hizo ciertos que nuestra venida sería á nos dichosa y á vos grata. Parécenos que tenemos suficientísimo amparo en nuestra inocencia y justicia. Deseamos se entienda que vuestra prudencia la aprueba, y vuestra poderosa é invencible mano la ampara.» A esto el rey de Castilla con engañoso y risueño rostro y blandas palabras respondió que holgaba con su venida, que tuviese buena esperanza de que todo se haria bien, y puestos los ojos en el Rey, le dijo: «Este dia ni á vos ni á los vuestros os acarreará algun daño. Entre nos hay todas las obligaciones de amistad, fuera de que no acostumbramos á traer guerra con la fortuna y desgracia de los hombres, sino con la soberbia y presuncion de los atrevidos y rebeldes.» Dicho esto, el maestre de Santiago, don García de Toledo, llevó al rey Moro á que cenase con él. Al tiempo que cenaban le echaron mano y le prendieron, sea por mudarse repentinamente la voluntad, sea por quitarse la máscara aquel desleal y cruel Príncipe. No paró aquí la desventura; dentro de pocos dias el desdichado Rey, adornado de sus vestiduras reales, que eran de escarlata, y subido en un asno, con treinta y siete caballeros de los suyos, que tambien llevaban á ejecutar, le sacaron á un campo donde justician los malhechores, que está cerca de la ciudad y se dice de Tablada. Allí mataron al mal aconsejado Rey y á los treinta y siete caballeros suyos. Corrió fama que les causó la muerte las grandes riquezas que trujeron, y que el avariento ánimo del Rey se acodició á ellas. Refieren otros algunos autores de aquel tiempo que el mismo tirano y cruel Rey le mató de un bote de lanza, hecho feo, abominable, oficio de verdugo, y crueldad que parece mas grave y terrible que la misma muerte. No consideró el rey don Pedro cuán aborrecible y odioso se hacia y lo que dél hablarian las gentes, no solo entonces, sino mucho mas en los siglos venideros. Al tiempo que le hirió escriben que dijo estas palabras: «Toma el pago de las paces que por tu causa tan sin sazon hice con el rey de Aragon.» Y que el Moro le respondió: «Poca hora ganas, rey don Pedro, en matar un rey rendido y que vino á tí debajo de tu seguro y palabra.» Envió el rey de Castilla el cuerpo del rey Bermejo á su competidor Mahomad Lago, que á la hora, recobrado el reino, envió libres al rey don Pedro todos los cristianos que cautivaron los moros en la batalla de Guadix.

CAPITULO VI.

Renúvase la guerra de Aragon.

Concluida la guerra de los moros y dado orden en las cosas del Andalucía, se volvió con mayor coraje á la guerra de Aragon, aunque con disimulacion fingia el de Castilla que los apercebimientos que se hacian eran para defenderse de la guerra que se temia de Francia, cuyo autor y cabeza principal se decia ser el conde don Enrique. Trató de aliarse con el rey de Inglaterra, que no esperaba hallaría buena acogida en el rey de Francia, por entender no estaria olvidado de la muerte de su sobrina la reina doña Blanca, cuya venganza era de creer querria hacer con las armas. Quiso asimismo el rey de Castilla ayudarse del rey de Navarra, y para

tratar dello se vieron en la ciudad de Soria; allí secretamente se conformaron contra el rey de Aragon. No tenia el Navarro causa ninguna justa de romper con el Aragonés; para hacer la guerra con algun color fingió y publicó que estaba agraviado dél, porque siendo su cuñado y teniendo hecha con él alianza, no le favoreció cuando le tuvo preso el rey de Francia; que por esto no queria mas su amistad, antes pretendia con las armas tomar emienda deste agravio. Con esta resolucion juntó de su reino las mas gentes que pudo y cercó en Aragon la villa de Sos, que tomó al cabo de muchos dias que la tuvo cercada. El rey de Castilla al tanto juntó un grueso ejército de diez mil caballos y treinta mil infantes, con que entró poderosamente en el reino de Aragon con intento de poner cerco sobre Calatayud. Rindió en el camino la fortaleza y pueblo de Hariza, y tomó á Ateca, Cetina y Alhama. Pasó adelante, y en el mes de junio asentó sus reales sobre Calatayud, que es una ciudad fuerte de la Celtiberia. Tenia dentro de guarnicion mucha gente valerosa y muy leal al rey de Aragon. El mismo, sabido el aprieto en que podian estar los cercados, les envió desde Perpignan y Barcelona, donde aquellos dias se hallaba, al conde de Osona, hijo de Bernardo de Cabrera, para que él y don Pedro de Luna y su hermano don Artal y otros caballeros procurasen entrar en la ciudad y animasen á los cercados y los entretuviesen mientras se les enviaba algun socorro. Encamináronse, segun les era mandado; mas como llegasen una noche al lugar de Miedes, que está junto á Calatayud, fué avisado dello el rey don Pedro. Cargó de sobresalto sobre ellos, tomó el lugar á partido, y á estos señores los llevó presos á sus reales. Hallábase el rey de Aragon muy desaparecebido; las paces tan recien hechas le hicieron descuidar. Visto pues que á deshora venia sobre él una guerra tan peligrosa, envió luego á pedir su ayuda á Francia y á rogar á don Enrique y á don Tello le viniesen á favorecer. Estos socorros se tardaban; la ciudad, como no se pudiese mas defender por ser muy combatida y faltar á los cercados municiones y bastimentos, con licencia de su Rey se rindieron al rey don Pedro en 29 dias de agosto, salvas sus personas y haciendas y con condicion que los vecinos quedasen libres y pacíficos en sus casas como lo estaban quando eran de Aragon. Tomada esta ciudad, dejó en ella el Rey con buena gente de guerra por guarnicion al maestro de Santiago, y él se volvió á Sevilla. En esta ciudad, antes que fuese sobre Calatayud, tuvo Cortes en que públicamente afirmó que doña María de Padilla era su legítima mujer por haberse casado con ella clandestinamente mucho antes que viniese á España la reina doña Blanca; que por esta razon nunca fuera verdadero el matrimonio que con la Reina se hizo; que tuviera secreto este misterio hasta entonces por recelo de las parcialidades de los grandes, mas que al presente, por cumplir con su consciencia y por amor de los hijos que en ella tenia, lo declaraba. Mandó pues que á doña María de allí adelante la llamasen reina y que su cuerpo fuese enterrado en los enterramientos de los reyes. No faltó aun entre los prelados quien predicase en favor de aquel matrimonio, adulacion perjudicial. Despues desto falleció en 17 de octubre su hijo don Alonso, á quien pensaba dejar por heredero del reino. El Rey mismo, acosado de la memoria destas muertes y por los peligros

en que andaba, en 18 de noviembre otorgó su testamento. En él mandaba que enterrasen su cuerpo con el hábito de San Francisco y fuese puesto en una capilla que labraba en Sevilla en medio de doña María de Padilla y de su hijo don Alonso; como hombre pio y religioso pretendia con aquella ceremonia aplacar á la divina majestad. Deste testamento, que hoy parece autorizado y original, se colige que no dejó de tener algun temor de Dios y qualque memoria y sentimiento de las cosas de la otra vida; no obstante, que aquel su natural le arrebatase muchas veces y ayudado con la costumbre le hiciese desbaratar. En este testamento sucesivamente llama á la herencia del reino á las hijas de doña María de Padilla, y despues dellas á don Juan, el hijo que tuvo en doña Juana de Castro, como quiere que no fuese compatible que todos pudiesen ser herederos legítimos del reino. De donde bien al cierto se infiere que la declaracion del casamiento con doña María no fué otra cosa sino una ficcion y una mal trazada maraña, como de hombre que, mal pecado, no tenia cuenta con la razon y justicia, sino que se dejaba vencer de su antojo y desordenado apetito, y queria hacer por fuerza lo que era su gusto y voluntad. Presentó el Rey en aquellas Cortes por testigos de su casamiento unos hombres por cierto sin tacha ni sospecha, mayores de toda excepcion, á don Diego Garcia de Padilla, maestro de Calatrava, y á Juan Fernandez de Hinestrosa, el primero hermano, y el segundo tío de la doña María, y á un Juan Alfonso de Mayorga y á otro Juan Perez, clérigo, que con grandes juramentos atestiguaban por el matrimonio. ¿Quién no diera crédito á testimonios tan calificados en una causa en que no iba mas de la sucesion y herencia de los reinos de Leon y de Castilla? Mandaba en una cláusula del testamento ya dicho que ninguna de sus hijas, so pena de su maldicion y de la privacion de la herencia del reino, se casase con el infante don Fernando de Aragon, ni con don Enrique, ni con don Tello, sus hermanos, sino que su hija mayor doña Beatriz casase con don Fernando, príncipe de Portugal, y llevase en dote los reinos de Castilla; señaló y nombró por gobernador y tutor á don Garcí Alvarez de Toledo, maestro de Santiago; encargaba otrosí y mandaba que á don Diego de Padilla, maestro de Calatrava, y á don Suero Martinez, maestro de Alcántara, los mantuviesen en sus honras, oficios y dignidades. Ordenadas las cosas de su casa y asentado el estado del reino, en el corazon del invierno y principio del año de 1363 se reparó y rehizo la guerra con grande priesa y calor; tan codicioso estaba el rey de Castilla de vengarse del Aragonés. Alistó nuevas compañías de soldados por todo el reino, envió á pedir ayudas fuera dél, y en particular se confederó con el rey de Inglaterra y con su hijo el príncipe de Gales. El primer ñublado desta guerra descargó sobre Maluenda, Aranda y Borgia, que con otros pueblos de menor importancia sin tardanza fueron tomados. Puso otrosí cerco á la ciudad de Tarazona. Por otra parte, el rey de Navarra entró en Aragon por cerca de Ejea y Tiermas, estragó, asoló y robó los campos y labranzas de aquella comarca, puso gran miedo en todos aquellos pueblos y cuita con los grandes daños que les hizo, en especial se señaló la crueldad de los soldados castellanos que llevaban. Vinieron á servir en esta guerra al rey de Castilla

don Luis, hermano del rey de Navarra, acompañado de gente muy escogida y lucida, y don Gil Fernandez de Carvalho, maestro de Santiago en Portugal, con treientos caballos y otros señores de Francia. El rey de Aragon envió á rogar al rey Moro de Granada que diese guerra en el Andalucía; no lo quiso hacer el Moro por guardar fielmente la amistad que tenía puesta con el rey don Pedro y mostrarse agradecido de la buena obra que dél acababa de recibir. Solicitó eso mismo el Aragonés los moros de Africa á que pasasen en su ayuda, sin tener ningun cuidado de su honra y fama; excusábase con que el rey de Castilla tenía en su ejército á Farax Reduan, capitán de seiscientos jinetes, que por mandado de Mahomad Lago, rey de Granada, le servían. Esperaban cada día en Aragon á don Enrique que venia en su socorro acompañado de tres mil lanzas francesas. Sin embargo, las fuerzas del rey de Aragon no se igualaban en gran parte con las de Castilla; así se le rindieron Tarazona y Teruel, y por otra parte Segorve y Ejerica y gran número de villas y castillos de menor cuenta. No tenían fuerzas que bastasen á resistir la fuerza y poder de los castellanos, que entraron victoriosos y llegaron con sus banderas á lo mas interior del reino. Cercaron á Monviedo y le forzaron á que se diese á partido. En 20 de julio llegaron á dar vista á Valencia y se pusieron sobre ella. Causó esto gran miedo á todo Aragon, y se tuvieron de todo punto por perdidos. Estaba á este tiempo muy falto de gente el ejército de Castilla por las muchas guarniciones y presidios que dejaron en tantos pueblos como á la sazón se conquistaron; dió la vida al rey de Aragon don Enrique, que en esta coyuntura llegó á España, y con su venida se reforzó tanto el ejército, que pudo hacer rostro á su enemigo. Mas él, por no aventurar todas sus victorias y lo que tenía ganado en el trance de una batalla, levantó su real de sobre Valencia y retiróse á Monviedo, como plaza fuerte, para desde allí proseguir la guerra. El Aragonés, visto que no podía forzar al enemigo á que diese la batalla, tornóse á Burriana, que es un lugar fuerte que está cerca de allí en los edetanos. Dos mil jinetes que envió el rey de Castilla en su seguimiento para que le estorbasen el camino no hicieron cosa de momento. Mientras esto pasaba en España, el rey de Francia Juan en Londres dos meses antes desto falleció, donde era ido á rescatar los rehenes que allí dejó cuando le soltaron de la prisión. Trajeron su cuerpo á la ciudad de Paris, que llevaron en hombros los oidores del parlamento para le enterrar en el monasterio de San Dionisio. Su hijo Carlos, quinto deste nombre, conforme á las costumbres y uso antiguo de Francia, fué ungido y recibido por rey en la ciudad de Rems. El nuevo rey Carlos queria mal al de Navarra, teniale guardado el enojo por los desabrimientos que de antes entre ellos pasaron. Para vengarse, luego que tomó la posesion del reino, despachó con él un famoso y valiente capitán suyo, natural de la Menor Bretaña, llamado Beltran Claquin, que despues hizo cosas muy señaladas en las guerras de Castilla. Este caudillo en las tierras que el rey de Navarra tenía en Francia hizo cruel guerra, y con un ardid de que usó le tomó en Normandía la villa de Mante, y otros capitanes ganaron la villa y castillo de Meulan y á Longvilla, y el mismo Beltran venció y desbarató en una batalla á don Filipe, her-

mano del rey de Navarra, que murió por estos días. Por su muerte el Navarro se inclinó á tratar de hacer paces entre los reyes de España; demás que le pesaba del peligro y malos sucesos del rey de Aragon, que en fin era su pariente y fueron antes amigos y aliados. Por el contrario, le era odiosa la prosperidad del rey de Castilla, y sus hechos y modos de proceder eran muy cansados y desagradables. De consentimiento pues de los reyes don Luis, hermano del rey de Navarra, juntamente con el abad de Fiscan, que era nuncio apostólico, fueron á hablar al rey de Castilla, con quien hallaron al conde de Denia y Bernardo de Cabrera, que eran venidos con embajada del rey de Aragon para echar á un cabo y concluir sus diferencias. Con la intercesion destes señores parece que el fiero corazon del Rey comenzó á ablandarse, especialmente con el trato que movieron de dos casamientos, el uno del rey de Castilla con doña Juana, hija del rey de Aragon, el otro del infante don Juan, duque de Girona, con doña Beatriz, hija mayor del rey don Pedro. Esto pasaba en lo público; de secreto se procuraba la destruicion de don Enrique, conde de Trastamara, y del infante don Fernando de Aragon, como de los principales autores de las discordias de los dos reinos. El rey de Castilla pretendia esto muy ahincadamente, el de Aragon todavia extrañaba este trato; parecía hecho atroz y feísimo matar á estos caballeros sin nueva culpa ni ocasion, que estaban debajo de su seguro y palabra. No queria comprar la paz con el precio de la sangre de aquellos que dél hacian confianza. Todavía, ora fuese por esta causa de complacer al de Castilla, ora por otra, el infante don Fernando por mandado del Rey, su hermano, fué muerto en esta sazón en Castellon, un pueblo que está cerca de Burriana. Los antiguos odios estaban ya maduros, demás que trataba entonces de pasarse en Francia con una buena compañía de soldados castellanos que segunian su bando y amistad. Huiase su mujer á Portugal; fué detenida primero y presa en el camino, despues enviada al Rey, su padre. Con la muerte del infante don Fernando quedó el conde don Enrique libre y desembarazado de un grandísimo émulo y competidor para la pretension del reino de Castilla. Poco faltó que no se le añublase aquel contento; otro día despues de la muerte de don Fernando, sin saberlo él, corrió gran riesgo su vida. Los reyes de Aragon y Navarra tenían concertado que juntamente con don Enrique se viesen en el castillo de Uncastel, que era de Aragon, en la raya de Navarra, y que allí le matasen. Recelóse el Conde, puesto que no sabia nada destes tratos, de entrar en aquella fortaleza; para aseguralle la pusieron en poder de Juan Ramirez Arellano, que para esto nombraron por alcaide de aquella fortaleza, y era natural de Navarra. Quién dice que esta habla de los reyes fué en Sos á la raya de Navarra. Hizo confianza don Enrique de aquel caballero, que debía ser buen cristiano, y entró debajo de su seguro; no le valió este recauto menos que la vida, á causa que los reyes nunca pudieron acabar con el alcaide que permitiese se le hiciese niungun daño. Decia que el conde don Enrique era su amigo, y fió su vida de la palabra y seguridad que le dió; que por cosa de las del mundo él no mancharia su linaje con infamia de semejante traicion, ni consentiria alevosamente la muerte de un tan gran príncipe. Cosa verdaderamente de mila-

gro, que en un tiempo en que los corazones de los hombres se mostraban con tantas muertes encruelcidas y fieros hobiese quien hiciese diferencia entre lealtad y traicion; grandísima maravilla, que un hombre extranjero tuviese tan grande constancia que se opusiese á la voluntad y determinacion de dos reyes, y mas que era camarero del Aragonés. La verdad es que Dios, á quien los hombres no pueden engañar ni impedir sus decretos, tenia ya determinado de dar al Conde el reino de su hermano, y quitarle al que con tantas crueldades le tenia desmerecido. Por este tiempo, en el mes de agosto, en Catania de Sicilia dió fin á sus dias la reina de Sicilia doña Costanza. Dejó una hija, llamada doña Maria, heredera que fué adelante del reino de su padre, y por ella su marido don Martin, hijo de otro don Martin, duque de Mombanc, y últimamente rey de Aragon.

CAPITULO VII.

Que don Enrique fué alzado por rey de Castilla.

Resfriado el calor con que se trataban las paces y perdida gran parte de la esperanza que de concluilias se tenia, el rey de Aragon se fué á Cataluña á procurar nuevos socorros para defenderse, el rey de Castilla á Sevilla con tanta codicia de renovar la guerra, que en el fin del año entró por Murcia en el reino de Valencia, y unas por combate, y otras á partido, ganó las villas de Alicante, Muela, Callosa, Denia, Gandía y Oliva. Pasó tan adelante, que en el mes de diciembre puso cerco á la ciudad de Valencia, cabecera de aquel reino. Esto causó en toda la provincia un miedo grandísimo, en especial al Rey, á quien tenia esta guerra puesto en gran cuidado, que á la sazón tuvo las pascuas de Navidad en la ciudad de Lérida. Poco despues se vió con el de Navarra en la fortaleza de Sos en 23 dias del mes de febrero, año de nuestra salvacion de 1364. Hallóse presente el conde don Enrique, reconciliado con los reyes, ó lo que yo tengo por mas cierto, porque no sabia el peligro en que estubo en las vistas pasadas. Hízose liga entre ellos y amistades no mas duraderas que otras veces; presto se desavernán y serán enemigos. Pensaban si venciesen repartirse entre sí á Castilla, como presa y despojo de la victoria. Don Enrique tenia concebida esperanza de apoderarse de las riquezas y reino de su hermano, y el haberse escapado de tantos peligros le parecia á él que era dello cierto presagio y prenda, como si hobiera ganado una grandísima victoria. Finalmente, su juego se entablaba bien y mejor que el de sus contrarios. En el repartimiento de Castilla daban al rey de Navarra á Vizcaya y á Castilla la Vieja; el reino de Murcia y de Toledo tomaba para sí el rey de Aragon, que es cosa muy fácil ser liberal de hacienda ajena. Solo á Bernardo de Cabrera no contentaban estos pretensos; parecía que con ellos no se granjearia mas de irritar y echarse á cuestras las fuerzas y armas de Castilla, mas poderosas que las de Aragon, como los sucesos de las guerras pasadas bastantemente lo mostraban. Tratóse entre estos príncipes de matar al dicho Bernardo de Cabrera, plática que no estuvo tan secreta que primero que lo pudiesen efectuar no viniese á su noticia, y de Almudevar, donde esto se ordenaba, se huyese á Navarra. Siguiéronle por mandado de don Enrique algunos capitanes de á caballo de los suyos, alcanzáronle

en Carcastillo, y preso le tuvieron en buena guarda hasta que despues en ciertos conciertos fué entregado al rey de Aragon, que estaba muy ansiado por el cerco de la ciudad de Valencia sin saber en lo que pararia. Con este cuidado juntó todo su ejército para ir á descercar con ánimo de dar la batalla al enemigo. Partió de Burriana con su campo, y llegado á vista de los enemigos, les presentó la batalla. Excusóla el rey de Castilla; no se sabe por qué no se atrevió á venir á las manos con los aragoneses. Ellos, visto que los castellanos se estaban quedos dentro de sus reales, con grande honra suya y afrenta de los enemigos en 28 de abril se entraron como victoriosos en la ciudad de Valencia. La armada de Castilla, que era muy poderosa, de veinte y cuatro galeras y de cuarenta y seis navios, dado que hobo un viento á los pueblos de aquella costa, aportó á Monviedro. Allí se supo de las espías que el vizconde de Cardona tenia en el rio de Callera diez y siete galeras aragonesas. El rey de Castilla tenia gran deseo de tomarlas, y parecía que le seria cosa fácil por estar en parte que no se le podrían escapar; sacó su armada, y con gran presteza cercó la boca del rio. Cargó repentinamente el tiempo y sobrevino una furiosa tempestad que le forzó volverse á su puerto, por no ponerse á riesgo de correr fortuna ó de dar al través en aquella ribera. Vióse el Rey este dia en grandísimo peligro de perderse; así, luego que saltó en tierra, fué en romería á la casa de nuestra Señora Santa María del Pueh á dar gracias á nuestro Señor de haberle librado de las ondas del mar y de las manos de sus enemigos, que de la ribera esperaban por momentos cuando alguna grupada se le entregaria. Dicese que hizo esta romería á pie, descalzo, en camisa y con una sogá á la garganta; que de su natural no era tan sin piedud ni tan indevoto, si no hiciera las cosas tan sin orden y sin justicia. Con esto se volvieron los reyes, el de Aragon á Barcelona, y á Murcia el de Castilla, y de allí á Sevilla, en lo mas recio de las calores del estío, en el tiempo que en 26 de julio en la ciudad de Zaragoza fué justiciado públicamente Bernardo Cabrera por sentencia que dió contra él el mismo rey de Aragon, y la ejecutó su hijo el infante don Juan. Confiscaron las villas de Cabrera y Osona y otros muchos pueblos de su señorío; fiad en servicios y en privanza. Caso es este que, si atentamente se considera, se echará de ver que el rey de Aragon comotió un delito feo y atroz, muy semejante á parricidio, en hacer matar el discípulo á su ayo, de quien fuera santísimamente doctrinado, mayormente que era inocente y á todo el mundo eran manifiestos los grandes servicios que tenia hechos á la casa real de Aragon. Causó la muerte la incorrupta libertad con que decia su parecer. Es así, que los príncipes huelgan con la disimulacion y lisonja; demás que los reyes cometen muchas veces grandes yerros, que á veces redundan en odio de sus privados; esto fué lo que acarreó la muerte á este excelente varon sin tener otra mayor culpa. Conspiraron contra él para llegarle á este trance la Reina, el rey de Navarra, don Enrique y el conde de Ribagorza. Despues desto se volvió con nueva cólera á echar mano á las armas. El rey de Castilla tomó á Ayora en el reino de Valencia. Don Gutierre de Toledo, que por muerte de don Suero era maestre de Calatrava, iba por mandado de su Rey á bastecer á Monviedro; aco-

metiéronle en el camino golpe de aragoneses, y en un bravo reencuentro que tuvieron le desbarataron y fué muerto en la pelea con otros muchos de los suyos. Por su muerte dieron el maestrazgo á don Martin Lopez de Córdoba, repostero mayor del Rey. Esta pérdida renovó y dobló la afrenta al rey de Castilla, que á la sazón molestaba mucho las comarcas de Alicante y Orihuela, y tenía harta esperanza de ganar esta ciudad. El Aragónés con toda su hueste, confiado y cierto que cada día se reforzaria su ejército con gentes que le acudirian del reino, llegó á poner su campo á vista del enemigo; y como tambien allí representase la batalla al rey de Castilla, y él por no fiarse de los suyos la rehusase, socorrió á Orihuela con gente y bastimentos; con que se volvió á Aragon. Esto pasaba en el fin deste año. En el principio del siguiente de 1365 de nuestra salvacion el rey de Aragon cercó á Monviedro y le apretó de suerte, que forzó á los castellanos á que se le entregasen á partido. Por el contrario, el rey de Castilla con un largo cerco ganó tambien la ciudad de Orihuela. En 7 días del mes de junio deste mismo año murió en Orihuela, la cual el rey don Pedro tenia cercada, Alonso de Guzman despues que hizo grandes servicios á don Enrique, cuya parcialidad seguia; murió en la flor de su mocedad; era hombre de grande valor, de agudo ingenio, de maduro y alto consejo. Sucedióle en el señorío de Sanlúcar y en lo demás de su estado Juan de Guzman, su hermano. Don Gomez de Porras, prior de San Juan, sea con miedo que tuvo del rey don Pedro por rendir, como rindió, á Monviedro, sea por hacer amistad á don Enrique, se pasó á la parte de Aragon con seiscientos caballos que en aquella ciudad tenia de guaracion. Deste principio, aunque pequeño, se comenzaron á enflaquecer, ó por mejor decir, ir muy de caída las fuerzas del rey de Castilla; que así muchas veces acontece que de pequeñas ocasiones, en la guerra mayormente, sucedan desmanes muy grandes. Allegóse tambien á esto, que como quier que á la sazón hubiese paces entre Francia é Inglaterra, vinieron muchos soldados de Francia en ayuda de Aragon, que, como vivian de lo que ganaban en la guerra, les era forzoso, hecha la paz, sustentarse de las haciendas que robaban á los miserables pueblos. Estos mismos ladrones que andaban por Francia vagabundos y desmandados tuvieron cercado al mismo papa Urbano y le forzaron á comprar con mucha suma de dineros su libertad y la de su sacro palacio. La voz era que les daba trecientos mil florines por modo de salario y debajo de nombre de sueldo; capa con que cubrieron la afrenta del Papa y aquel sacrilegio. Habíales dado el rey de Francia otra tanta cantidad por echar de su tierra una tan cruel pestilencia como esta. El sumo Pontífice, librado deste peligro, pensó pasar su silla á Italia, dado que por entonces aquel propósito no duró mucho. Sentia el castigo de Dios, y temiale mayor de cada dia por haber sus antecesores desamparado su sagrada casa. Muerto pues el cardenal don Gil de Albornoz, quiso visitar, y así lo hizo, el patrimonio de la Iglesia que le dejó ganado, y poner en paz y justicia á sus súbditos. Vino pues, como deciamos, á España desta gente de Francia una grande avenida de soldados alemanes, ingleses, bretones y navarros y de otras naciones por codicia de la ganancia y robo. Llamólos el conde don Enrique, á quien que-

rian bien desde el tiempo que estuvo en las guerras de Francia. Señalábase entre ellos muchos caballeros y señores de cuenta, muy valientes soldados y valerosos capitanes. Los mas principales eran Beltran Claquin, breton, y Hugo Carbolayo, inglés. La cabeza y caudillo desta gente Juan de Borboe, que queria venir á vengar la muerte de su hermana doña Blanca, no se sabe por qué causa se quedó en Francia; cierto es que no vino á España. Toda esta gente entre los de á caballo y de á pié llegaban como á doce mil hombres de guerra. Frarsarte, historiador francés de aquella era, dice que venian en aquel ejército treinta mil soldados. El 1.º dia de enero del año 1366 llegaron á Barcelona las primeras banderas deste campo; las demás desde á pocos dias. El rey de Aragon hizo á todos muy buena acogida, y convidó á un gran banquete á los mas principales capitanes. Dióles de contado una gran cantidad de florines, y prometiéoles otra paga mucho mayor para adelante. A Beltran Claquin dió el estado de Borgia con título de conde, porque con mayor gana le sirviese en esta guerra. Estos apercebimientos tan grandes despertaron al rey de Castilla que estaba en Sevilla, aunque no era de suyo nada terdo ni descuidado. Partióse á Bérghos, y en Cortes que allí tuvo pidió al reino ayuda para esta guerra; todo era sin provecho lo que intentaba por tener enojado á Dios y las voluntades de los hombres no le eran favorables. Monsieur de Labrit era venido de Francia en su ayuda; aconsejábale que procurase con mucho dinero hacer que los extranjeros se pasasen á él y desamparasen á su hermano don Enrique. Ofrecia su industria para acabarlo con ellos, porque conocia su condicion, que no era mal aparejada para cosas semejantes; además que tenia entre ellos muchos parientes y amigos que le ayudarian en esto. Ciega Dios los ojos no aciertan en cosa; así estuvieron cerradas las orejas del rey don Pedro, que no oyeron un consejo tan saludable; como era hombre tan fiero, no hacia caso del peligro que le corria. Entre tanto en la ciudad de Zaragoza, do estaban los soldados extranjeros, se vieron el rey de Aragon y el conde don Enrique. En estas vistas en 5 del mes de marzo confirmaron de nuevo la alianza que primero tenian hecha, y se declaró la parte del reino de Castilla que habia de dar al de Aragon don Enrique, caso que se apoderase de aquel reino. Para mayor amistad y firmeza de lo capitulado se concertó que la infanta doña Leonor, hija del rey de Aragon, casase con don Juan, hijo del conde don Enrique. Acabadas las vistas, el Rey se quedó en Zaragoza para esperar el fin que tendrian cosas tan grandes; el conde don Enrique, ya que tuvo junto todo el ejército, entró poderosamente en el reino de Castilla por Alvaro. Estaba allí por capitán Iñigo Lopez de Horozco; no se quisieron detener en combatir esta villa, que era fuerte, por no gastar en ello el tiempo que les era menester para cosas mayores. Sabian muy bien que en las guerras civiles ninguna cosa tanto aprovecha como la presteza; toda tardanza es muy dañosa y empece. Dejado Alvaro, marchó el ejército con buena orden derecho á Calahorra, ciudad que baña el rio Ebro, y es de las mas principales de aquella comarca. Luego que llegó el conde don Enrique, le abrieron las puertas don Fernando, obispo de aquella ciudad, y Fernan Sanchez de Tovar, que a

tenia por el rey de Castilla. Entró el Conde en ella lunes 16 días del mes de marzo; no se sabe si la entregaron por no estar tan bien fortificada y bastecida que se pudiese poner en defensa, ó porque los ciudadanos estuviesen mal con el rey don Pedro. Aquí en Calahorra se hizo consejo para determinar cómo se procedería en esta guerra. Los pareceres eran diferentes y contrarios; unos decían que era bien ir luego á Búrgos como á cabeza de Castilla, otros fueron de parecer que el conde don Enrique tomase título de rey para que, perdida del todo la esperanza de reconciliarse con su hermano, con mayor ánimo y constancia se hiciese la guerra y para meter á todos en la culpa y empeñallos. Beltran Clauquin, como quier que era varon de grande pecho y ánimo y por la grande experiencia que tenia en las cosas de la guerra el hombre de mas autoridad que venia en el ejército, dicen que habló desta manera: «Cualquiera que hobiere de dar parecer y consejo en cosas de grande importancia está obligado á considerar dos cosas principales: la una, cuál sea lo mas útil y cumplido al bien comun; la otra, si hay fuerzas bastantes para conseguir el fin que se pretende. Como es cosa inhumana y perjudicial anteponer sus intereses particulares al bien público y pro comun, así intentar aquello con que no podemos salir, y á lo que no allegan nuestras fuerzas, no es otra cosa sino una temeridad y locura. Ninguna cosa, Señor, te falta para que no puedas alcanzar el reino de Castilla; todo está bien pertrechado; por tanto, mi voto y parecer es que lo pretendas, ca será utilísimo á todos, á tí muy honroso, y á nos de grandísima gloria, si con nuestras fuerzas y debajo de tu pendon, y siguiéndote como á cabeza y capitán, echáremos del mundo un tirano y un terrible monstruo que en figura humana está en la tierra para consumir y acabar las vidas de los hombres. Restituirás á tu patria y al nobilísimo reino de tu padre la libertad que con su muerte perdió, y darásle lugar á que respire de tan innumerables trabajos y cuitas como desde entonces hasta el día de hoy han padecido. ¿Por ventura no ves como las casas, campos y pueblos están cubiertos de la miserable sangre de la nobleza y gente de Castilla? ¿No miras tus parientes y hermanos cruelmente muertos, que ni aun á las mujeres ni niños no se ha perdonado? No tienes lástima de tu patria? No sientes sus males y te compadeces y avergüenzas de su miserable estado, tantos destierros, confiscaciones de bienes, perdimientos de estados, robos, muertes? Tan grandes avenidas y tempestades de trabajos, ¿quién, aunque tuviese el corazón de acero, las podría mirar con ojos que no se deshiciesen en lágrimas? No lo has de haber con aquellos antiguos y buenos reyes de Castilla los Fernandos y Alonsos, aquellos que, confiados mas en el amor que les tenían sus vasallos que en las armas, alcanzaron de los moros tan señaladas y gloriosas victorias. Ofrecísete un enemigo, que en ser aborrecido puede competir con el tirano que mas malquistó haya sido en el mundo, desamado de los extraños, insufrible y molestísimo á los suyos; una carga tan pesada, que cuando no hobiera quien la derribara, ella misma se viniera por sí al suelo. Falto y desguarnecido de gente, y si tiene algunos soldados, estarán como su príncipe corrompidos y estragados con los vicios, y que vendrán á la batalla ciegos, flacos y rendidos. Tú tienes un vale-

roso ejército en que se halla toda la flor de Francia, Inglaterra, Alemania y Aragon y lo mejor del propio reino de Castilla, todos soldados viejos muy ejercitados y que se han hallado en grandes jornadas. Tienes muchos reyes amigos, y sobre todo tu ventura y felicidad y grande benevolencia con que de todo este ejército eres amado. Deséate toda Castilla, los buenos del reino te esperan, y te quieren favorecer y servir; no habrá ninguno que, sabido que te han alzado por rey, no se venga á nuestros reales. A otros pudiera en algun tiempo ser provechoso el nombre de rey, mas á tí en este trance es necesario del todo para sustentar la autoridad que es menester para que te respeten y para descubrir las aficiones y voluntades de los hombres. Si, como yo lo espero, el cielo nos ayuda, á tí se te apareja una gloria grande, nos quedarémos contentos con la parte de la merced y honra que nos quisieres hacer. Si sucediere al revés, lo que de pensarlo tiemblo, no puedo avenirte peor de lo que de presente padeces. Todos corremos el mismo riesgo que tú; por tanto, nuestro consejo se debe tener por mas fiel y seguro, pues es igual para todos el peligro. No ha lugar ni conviene entretenerse cuando la tardanza es peor que el arrojarse. En pues, ten buen ánimo, ensancha y engrandece el corazón y toma á la hora aquel nombre, para el cual te tiene Dios guardado de tantos peligros. Ayúdate con presteza, y haz de tu enemigo lo que él pretende hacer de tí; acábase desta vez, ó si fuere menester, muere valerosamente en la demanda, que la fortuna favorece y teme á los fuertes y esforzados, derriba á los pusilánimes y cobardes.» Después que Beltran acabó su plática, todos los demás caudillos del ejército rodearon á don Enrique y le animaron á que se llamase rey; trujéronle á la memoria pronósticos en esta razon, aseguráronle que Dios y los hombres le favorecían. Con esto despliegan los pendones, y con mucho regocijo por las calles públicas de la ciudad dicen á voces: «Castilla, Castilla por el rey don Enrique.» El nuevo Rey, segun el estado y méritos de cada uno, hizo muchas mercedes; á unos dió ciudades, y á otros villas, castillos, lugares, oficios y gobiernos. Holgaba de parecer liberal, y era fácil serlo de hacienda ajena. Cada uno pensaba que cuanto pidiese tanto se hallaría, que todo le seria concedido. A Beltran Clauquin dió á Trastámara, y á Hugo Carbolayo á Carrion, al uno y al otro con título de condes. A los hermanos del nuevo Rey, á don Tello restituyó el estado de Vizcaya, á don Sancho dió el de Alburquerque, el maestrazgo de Santiago se dió á don Gonzalo Mejía, y á don Pedro Muñiz, que tambien él era muy querido de don Enrique, dieron el maestrazgo de Calatrava; á don Alonso de Aragon, conde de Denia y Ribagorza, que era tio hermano del padre del rey de Aragon, le hizo merced de Villena con título de marqués y con todo el señorío que fué de don Juan Manuel; á otros dió villas y castillos, con que los contentó de presente y los heredó en el reino para adelante.

CAPITULO VIII.

Que el rey don Pedro fué echado de España.

Con los dos reyes que se intitulaban de Castilla el reino andaba alborotado. El rey don Pedro, por su mucha crueldad, tenia poca parte en las voluntades de sus

pueblos, todos deseosos de poderse rebelar y vengar la sangre de sus parientes. Ninguna cosa los tenia sino el miedo que, si les fuese contraria la fortuna, serian sin misericordia castigados. Los dos reyes con grande porfia y alinco comenzaron la contienda sobre el reino. Cada cual tenia por sí grandes ayudas y valedores. De parto de don Enrique estaba el ejército extranjero, el odio de su competidor, y el ser los hombres naturalmente aficionados á cosas nuevas. A don Pedro ayudaba que casi antes fué rey que hobiese nacido, que era hijo de rey y descendia de otros muchos reyes, y que él solo quedaba por heredero legitimo de todos ellos. En ambos el nombre y majestad real era respetado y venerable. Punzaba á don Pedro la ofensa que se le hacia; á don Enrique le encendia en cólera y animaba á la venganza la sangre que de su madre y hermanos, amigos y parientes derramaron, y los grandes trabajos que el reino padecia. Finalmente, mayor cuidado tenia de sustentar el nuevo nombre de rey que su propia vida. Con esta resolucion don Enrique y los suyos se determinaron ir luego á Búrgos; en el camino pasaron cerca de Logroño, mas no quisieron llegar á él porque entendieron que los ciudadanos no harian nada de su voluntad, y que si les cercaban seria cosa muy larga; Navarrete y Briviesca se les dieron luego. Mientras esto así pasaba, don Pedro se hallaba en Búrgos con pocos amigos, ca muchos dellos él mismo los hizo matar; suspenso y dudoso de lo que haria, no se atrevia á fiarse de nadie ni tomar resolucion si se iria, si esperaria á su enemigo. Resolvióse finalmente en ir con grande presteza á Sevilla, porque tenia en aquella ciudad sus hijos y tesoros, y temia perderlo todo. No se atrevió á arriscarse por saber cuán pocos eran los que le querian bien. Los de Búrgos todavía le ofrecieron su ayuda; él se lo agradeció, y dijo que entonces no se queria valer de su buen ofrecimiento y lealtad, antes les alzó el homenaje que le tenian hecho para que, si se viesen en aprieto, pudiesen entregarse á don Enrique sin incurrir infamia ni caso de traicion. Cegóse Dios para que no actase el favor que le hacian, mayormente que como toda su perdicion le viniese por su crueldad, acrecentó de nuevo el odio que le tenian, con que al tiempo que se queria partir hizo matar á Juan Fernandez de Tovar no por otra culpa sino porque su hermano acogió en Calahorra á don Enrique. Esto hecho, se partió de Búrgos en 28 dias del mes de marzo. Dende el camino mandó á los capitanes y alcaides de las villas y castillos que tomara en Aragon les pegasen fuego, y desamparados, sacasen luego las guarniciones, y que lo mas presto que pudiesen se fuesen para él á Toledo. Desta suerte en un instante perdió lo que con gran costa y trabajo en muchos años tenia ganado. Uno de estos pueblos fué la ciudad de Calatayud; la libertad que cobró en el postrero de marzo, hasta hoy la celebra con fiesta solemne y procesion, en que van fuera de la ciudad á Santa María de la Peña á cumplir el voto que entonces hicieron en memoria de la merced recebida. Llegó el rey don Pedro á Toledo; allí se detuvo algunos dias en asegurar aquella ciudad y dejalla á buen recaudo. Mandó quedar en ella por general á don Garci Alvarez de Toledo, maestre de Santiago. Partido el rey don Pedro de Búrgos, los de la ciudad enviaron por sus cartas á llamar á don Enrique. Diéronle título de conde,

pero ofreciánle la corona de rey si la fuese á tomar en su ciudad, pues por su antigüedad y nobleza se le debia que en ella y no en otra diese principio á su reinado. Aceptó su oferta, y luego se partió para aquella ciudad, en que le recibieron con grandes aclamaciones y regocijos; en el monasterio de las Huelgas fué coronado y recebido por rey de Castilla. Con el ejemplo de Búrgos las mas ciudades y fortalezas del reino de su propia voluntad en espacio de veinte y cinco dias despues de su coronacion le vinieron á dar la obediencia. Con esto no quedó nada inferior á su contrario ni en fuerzas ni en vasallos; los grandes y los pueblos todos á porfia deseaban con apresurarse ganar la gracia del nuevo Rey. Asentadas las cosas de Castilla y Leon, se fué don Enrique á Toledo. Allí sin ninguna dificultad, antes con mucho regocijo, le abrieron las puertas. Renunció el maestre de Santiago, don Garci Alvarez de Toledo. Dióle el rey don Enrique en recompensa del maestrazgo y de que se pasó á su servicio lo de Oropesa y de Valdecorneja, con que don Gonzalo Mejía quedó sin contradiccion por maestre de Santiago. Por muerte de don Garci Alvarez lo de Oropesa quedó á su hijo Fernan Dalvarez de Toledo, que en su mujer doña Elvira de Ayala tuvo á Garci Alvarez de Toledo, señor de Oropesa, y á Diego Lopez de Ayala, cabeza de los Ayalas de Talavera, señores de Cebolla. Lo de Valdecorneja quedó á otro Fernan Dalvarez de Toledo, hermano ó sobrino del Maestre, y dél vienen los duques de Alba. Llámase Valdecorneja el Barrio, Dávila, Piedrahita, Horcajada y Almiron. Apoderado don Enrique de tan principal ciudad como Toledo, todo lo demás del reino quedó llano, de manera que don Pedro no se atrevió mas á estar en el reino, antes perdida del todo la esperanza, se determinó de ponerse en salvo en una galera, en que embarcó sus hijos y tesoros, con que se fué á Portugal. Al que Dios comenzaba á desamparar parecia que le faltaba el consejo y tambien el favor de los hombres. El rey de Portugal no le quiso tener en su reino, antes le envió á decir que no cabian dos reyes en una provincia. Don Fernando, hijo del rey de Portugal, estaba inclinado á don Enrique; favoreciale, y enviábanse muchos recados el uno al otro, y estaba mal con el rey don Pedro. Verdad es que en Portugal no se le hizo ningun desaguisado por no violar el derecho de las gentes, antes se le dió paso seguro para Galicia, para do se encaminaba con intento de juntar en aquellos pueblos alguna flota en que pasarse á Bayona de Francia. Llegado á Compostella, hizo matar á don Suero, arzobispo de Santiago, y al dean de aquella iglesia, que se decia Peralvarez, ambos naturales de Toledo. No amansaban tantos peligros el cruel ánimo del Rey, y él mismo sin necesidad aumentaba las causas de su destruicion. Ordenó su partida á Francia; parecióle que le era muy peligroso ir por tierra; así, allegó de aquella costa una armada de veinte y dos navíos y algunos otros bajoles menores. Embarcóse en ella con don Juan, su hijo, y otras dos hijas, que doña Beatriz, la mayor, era muerta, aunque Polidoro escribe que falleció en Bayona de Francia. Con buen viento llegaron á Bayona en la Guiena, que á la sazón se tenia por los ingleses; llevó consigo una buena parte de sus tesoros. Verdad es que la mayor cantidad dellos, que enviaba en una galera con su tesorero Martin Yañez, se la tomaron los ciuda-

danos de Sevilla con deseo de hacer algun notable servicio á don Enrique, al cual todo se le allanaba. Córdoba se le habia entregado, y por horas le esperaban en Sevilla. Desta manera entendió don Pedro por su mal que las cosas humanas no permanecen siempre en un ser, y que muchas veces muy grandes príncipes, por mas dichosos y mas poderosos que fuesen, aunque estuviesen rodeados de grandes ejércitos, fueron destruidos por ser malquistos del pueblo, y llevaron el pago que sus obras merecian. El nuevo rey don Enrique, despues de llegada á Sevilla, asentó paces con los reyes de Portugal y de Granada. Hecho esto, del ejército de los extranjeros escogió mil y quinientas lanzas, y por sus capitanes Beltrau Claquin y don Bernal, hijo del conde de Fox, señor de Bearne; con tanto, como si todo lo al quedara llano, despídido los demás soldados. De Aragon le enviaron á su mujer y á su nuera la infanta doña Leonor, en cuya compañía vinieron don Lopez Fernandez de Luna, arzobispo de Zaragoza, y otros señores principales. Era necesario asentar el gobierno del reino y poner buen recaudo en las rentas reales, proveer de dineros, porque el tesoro real le halló muy consumido con la guerra pasada. No se ponía duda sino que de Francia bajaría otra tempestad de guerra, y que don Pedro, por ser de corazon tan ardiente, no sosegaria hasta que dejase juntamente el reino y la vida. Por tanto, se hicieron en Búrgos Cortes generales de todo el reino, y en ellas el infante don Juan, hijo de don Enrique, fué jurado por sucesor y heredero del reino para despues de los dias de su padre. En estas Cortes asimismo se concedió la décima parte de las cosas que se vendiesen, sin limitar el tiempo desta concesion. La gana de que se administrase bien la guerra y el aborrecimiento que tenían á don Pedro les hizo en parte que no advirtiesen por entonces cuán grave carga habia de ser este tributo en los tiempos venideros. La ciega codicia de venganza y el dolor y peligro presente fácilmente turba y desbarata la corta providencia de los entendimientos de los hombres. Hizo don Enrique merced á la ciudad de Búrgos de la villa de Miranda de Ebro por los servicios que le hicieron en su coronacion y en recompensa de la villa de Briviesca, que era de Búrgos y la dió á Pedro Fernandez de Velasco, su camarero mayor; y porque la villa de Miranda era de la iglesia de Búrgos, le dió en pago sesenta mil maravedís de juro cada un año situados en los diezmos del mar, para que se gustasen en las distribuciones ordinarias de las horas nocturnas y diurnas y se repartiesen entre los prebendados que asistiesen á los divinos oficios en la dicha iglesia mayor, que antes desto no tenían estas distribuciones. Era á la sazón obispo de Búrgos don Domingo, único deste nombre, cuya eleccion fué memorable; por muerte de su antecesor don Fernando los votos del cabildo se dividieron sin poderse concordar en dos bandos. Conviniéronse en que aquel fuese de comun consentimiento de todos electo por obispo á quien nombrase el canónigo Domingo, como árbitro que le hacian desta eleccion, ca le tenían por hombre santo y de buena conciencia. El, acetado que hobo la accion que le daban, sin hacer caso de ninguno de los competidores, dijo por sí aquella sentencia que despues se mudó en refran: «Obispo por obispo séaselo Domingo.» Holgaron todos los canónigos que se

hobiese nombrado, y recibieronle por su prelado; diéronle las insignias episcopales ó hicieronle consagrar. En estos dias el arzobispo don Lope de Luna vino otra vez á Castilla enviado por el rey de Aragon con embajada á don Enrique para pedille cumpliese con él lo que tenia capitulado y acusalle los juramentos que le tenía hechos y las pleitesías; en particular queria le pagase mucha suma de moneda que le prestara. El rey don Enrique le respondió que él confesaba la deuda y ser así todo lo que el Rey decia; todavia que aun no estaban sosegadas las cosas del reino, y que si no era con grande riesgo de alguna gran revuelta y escándalo, no podia tan presto enajenar de la corona real tantas villas y ciudades como le prometió; que pasado este peligro, él estaba presto para cumplir lo asentado; que le tenía en lugar de padre y le debía el ser, vida y reino que poseia y todo lo al. Esto decia por entretener al rey de Aragon; por lo demás muy resuelto de no enajenar ninguna parte de lo que antiguamente era reino de Castilla. Desta manera suelen los príncipes mirar mas por lo que les es útil y provechoso que tener cuenta con el deber y promesas que tengan hechas y juradas.

CAPITULO IX.

De las guerras de Navarra.

Estas cosas pasaban en Castilla; entre los navarros y franceses con varia fortuna se proseguia en Francia la guerra que tres años antes deste se comenzara, aunque con mayor daño del rey de Navarra por estar ausente y ocupado en negocios de su reino. Tomáronle algunas villas y ciudades, cercáronle y combatieron otras. Los reyes de Francia y de Aragon hicieron liga en la ciudad de Tolosa, que es en la Gallia Narbonense, por sus procuradores, que cada uno dellos para este efecto envió. El principal en asentar los capítulos desta liga fué Luis; duque de Anjou, hermano del rey de Francia. Quedaron de acuerdo que el rey de Aragon hiciese guerra al de Navarra dentro de su reino, y que el rey de Francia le ayudase con quinientas lanzas pagadas á su costa, todo sin tener ningun respeto al estrecho parentesco que con él tenían, porque entrambos reyes eran sus cuñados por estar el de Navarra casado con hermana del rey de Francia, y el de Aragon tenia asimismo por mujer una hermana del mismo Navarro. Aquellos príncipes, que tenían obligacion á defendelle cuando otros le movieran guerra, esos se conjuraban contra él. ¡Oh fiera codicia de reinar! El mal modo de proceder del rey Carlos de Navarra y su aspeceza le hacian odioso á los reyes sus vecinos, y era la causa que tuviese muchos enemigos. Entendida esta liga por el Navarro, él se estuvo quedo en España para hacer resistencia al rey de Aragon, mayormente que ya por su mandado Luis Coronel desde Tarazona hacia guerra en Navarra, robaba y destruía toda aquella frontera. A la Reina, su mujer, envió á Francia, dado que pretendida, para que procurase aplacar al Rey, su hermano, y buscase algun remedio para salir del aprieto en que se hallaban. Esta ida no fué de provecho alguno, á causa que el rey de Francia pensaba y pretendia quedarse desta vez con toda la tierra que el de Navarra tenia en su reino. Estando pues la Reina en su villa de Evreux

en Normandía, en el postrero día del mes de marzo parió al infante don Pedro, su segundo hijo, conde que fué de Moretano ó Mortaigne en Normandía, y con él en el medio del estío se volvió á Navarra; por no hallar buena acogida en el rey de Francia, de necesidad el Navarro hobo de buscar de quien favorecorse. Pareció-le el mejor medio de todos aliarse y juntar sus fuerzas con el rey don Pedro, que andaba desterrado, y le rogaba hiciese liga con él; y como los hombres cuando se ven en algun grande aprieto son muy liberales, para traelle á su amistad le hacia una muy larga promesa de pueblos en Castilla, ca le ofrecia toda la tierra de Guipúzcoa, Calahorra, Logroño, Navarrete, Salvatierra y Victoria; parecen hoy día, si no son fingidas, las escrituras que hicieron deste concierto en este año en la ciudad de Lisboa, cuando el rey don Pedro desde Sevilla se retiró á Portugal. Al presente el rey don Pedro desde Bayona procuraba socorros para poder volver á cobrar el reino de Castilla. En particular solicitaba á Eduardo, príncipe de Gales, que por su padre el rey de Inglaterra gobernaba el ducado de Guiena, para que le ayudase con sus gentes. Viéronse en Cabreron, que es un pueblo cerca de la canal de Bayona; hallóse en aquellas vistas don Cárlos, rey de Navarra. Convidólos á comer el Príncipe, sentáronse con este órden en la mesa; don Pedro á la mano derecha y luego junto á él el Príncipe, y á la mano izquierda se sentó solo de por sí el rey de Navarra. Confederáronse allí estos tres príncipes, y confirmaron con solemne juramento los conciertos que hicieron, que fueron estos, que el rey don Pedro fuese restituido en su reino, y que al príncipe Eduardo se le diese en recompensa de su trabajo el señorío de Vizcaya; que el rey de Navarra hobiese á Logroño, y que don Pedro dejase en Guiena sus hijas para seguridad y prenda de que cumpliría lo capitulado y pagaría, alcanzada la victoria, el dinero que se le prestaba para el sueldo de la gente de guerra. Sabida esta liga por el rey de Aragon, receloso del daño que della le podia venir, para hallarse con mayores fuerzas y poder mejor resistir á sus enemigos, renovó con el rey de Francia la confederacion y amistades que con él tenia hechas. El rey de Navarra estaba con gran cuidado y miedo no descargasen estos nublados sobre su reino, como el que caia en medio de dos enemigos tan poderosos como eran los reyes de Francia y Aragon. Por otra parte temia á los ingleses; juzgaba que para pasar en Castilla ó les había de dar el camino por sus tierras, ó se le abririan con las armas. Hallábase muy congojado; aquejado con este pensamiento, no sabia qué consejo se tomase. La peor resolucion que él pudo tomar fué quedarse neutral, porque desta manera á ninguno obligaba, y á todos dejó querellosos. Todavía despues que lo hobo todo bien ponderado, tomó por mejor partido concertarse con el rey don Enrique, ora lo hiciese con disimulacion y engaño, ora que hobiese mudado su voluntad y quisiese salir fuera de la liga hecha con don Pedro y el príncipe de Gales. Como quiera que esto fuese, él tuvo sus hablas con el rey don Enrique en Santacruz de Campezo, que es una villa en la frontera de Navarra; halláronse presentes don Gomez Manrique, arzobispo de Toledo, que fuera elegido en lugar de don Vasco, don Alonso de Aragon, conde de Denia y marqués de Villena, don Lope Fernan-

dez de Luna, arzobispo de Zaragoza, y Beltran Clauquin. La confederacion que estos príncipes hicieron fué que el rey de Navarra no diese paso á los ingleses; que en la guerra que esperaban ayudase con su persona y con todo su ejército al rey don Enrique, y que para seguridad diese ciertas villas y castillos en rehenes de que cumpliría estos conciertos. Por el contrario, que don Enrique le diese á él á Logroño, la misma ciudad que poco antes don Pedro le prometió. En estos días don Luis, hermano del rey de Navarra, se casó con Juana, duquesa de Durazo; en la Macedonia, hija mayor de Cárlos, de quien heredó este estado, y á quien algunos años despues el papa Urbano VI dió la investidura del reino de Nápoles. Y porque comunmente se yerra en la descendencia destes príncipes, me pareció ponerla en este lugar. Cárlos II, rey de Nápoles, tuvo por hijo á Juan, duque de Durazo; hijos de Juan fueron Cárlos y Luis; Cárlos fué padre de Juana y Margarita. De Luis, el otro hijo de Juan, nacieron Cárlos, que vino á ser rey de Nápoles, y Juana, la que dijimos casó con el infante don Luis, hermano del rey de Navarra. Las vistas del rey de Navarra y de don Enrique, que se hicieron en Campezo, fueron en el principio del año de 1367, en el cual, quién dice el año siguiente, en 18 de enero murió en Estremoz, villa de Portugal, el rey don Pedro. Vivió por espacio de cuarenta y seis años, nueve meses y veinte y un días; reinó nueve años y otros tantos meses y veinte y ocho días. Enterráronle en el monasterio de Alcobaza junto á doña Inés de Castro; hízosele un real y solemnisimo enterramiento con grande aparato y pompa. Entre otras cosas dejó buena renta para seis capellanes que allí dijessen cada día misa por su ánima y por las de sus antepasados; fué aventajado en ser justiciero; lloráronle mucho sus vasallos, y sintieron su muerte como si con él en la misma sepultura se hobiera enterrado la pública alegría y bien de todo el reino. Tenia mandado que sus despenseros no comprasen ninguna cosa fiada, sino todo de contado y por justo precio. Hizo muy santas leyes contra la avaricia de los jueces y abogados, para que con su codicia y largas no fuesen los pleitos inmortales. Fué severisimo contra los malhechores, especialmente era rigurosísimo contra los adúlteros; llegó á que por haber cometido este delito el obispo de Portu, con sus propias manos le maltrató muy reciamente; así se decia vulgarmente, que traía consigo un azote para castigar á los que cogiese en algun delito. Tenia costumbre de distribuir cada año muchos marcos de plata, parte labrada, y parte acuñada, entre los suyos, segun la calidad y méritos de cada uno. Refiérese dél aquella sentencia: «Que no era digno de nombre de rey el que cada día no hiciese bien y merced á alguna persona.» Hizo el puente y villa de Limia en Portugal; dejó por heredero de su reino á su hijo don Fernando, cuyo reinado no fué tal y tan feliz como el del padre. Con los embajadores que el rey de Aragon envió á su padre asentó él paces en 4 días del mes de marzo deste año en los palacios de Alcanhaes, que son cerca de Santaren. Tuvo amores deshonestos con doña Leonor de Meneses, mujer de Lorenzo Vazquez de Acuña, á quien se la quitó. El marido por tanto anduvo mucho tiempo huído en Castilla, y se dice dél que traía en la gorra unos cuernos de pla-

ta como por divisa y blason, para muestra de la deshonra del Rey y de su afrenta, mengua y agravio.

CAPITULO X.

Que don Enrique fué vencido junto á Najara.

Toda Castilla y Francia ardian llenas de ruido y asonadas de guerra; hacianse muchas compañías de hombres de armas, jinetes é infantería; todo era proveerse de caballos, armas y dineros. Las partes ambas igualmente temian el suceso y esperaban la victoria. Don Enrique en Búrgos, do era ido, se apercebía de lo necesario para salir al camino á su enemigo, que sabia con un grande y poderoso campo era pasado los Pirineos por las estrechas sendas y montañas cerradas de Roncesvalles. Llegó á Pamplona sin que el rey Cárlos de Navarra le hobiese hecho ningun estorbo á la pasada, ca estaba á la sazón detenido en Borgia. Prendióle andando á caza cerca de allí un caballero breton, llamado Olivier de Mani, que la tenia en guarda por Beltran Claquin, su primo. Entrambos los reyes sospecharon que era trato doble, concierto con este capitán que le prendiese, para tener color de no favorecer á ninguno de ellos, y despues excusa aparente con el que veniesese. A los príncipes ningun trato que contra ellos se haga, aunque sea con mucha cautela, se les puede encubrir; antes muchas veces les dicen mas de lo que hay, y eso lo malician y echan á la peor parte. Don Enrique partió de Búrgos con un lucido y grueso ejército de mucha infantería y cuatro mil y quinientos hombres de á caballo, en que iba toda la nobleza de Castilla y la gente que de Francia y Aragon era venida en su ayuda. Llegó con su campo al Encinar de Bañares, llamó á consejo los mas principales del ejército, y consultó con ellos lo tocante á esta guerra. Los embajadores de Francia, que eran enviados á solo este efecto, y Beltran Claquin procuraron persuadir que se debía en todas maneras excusar de venir á las manos con el enemigo y no darle la batalla, sino que fortificasen los pueblos y fortalezas del reino, tomasen los puertos, alzasen las vituallas, y le entretuviesen y gastasen; que la misma tardanza le echaria de España por ser esta provincia de tal calidad, que no puede sufrir mucho tiempo un ejército y sustentarle. Que se considerase el poco provecho que se sacaria cuando se alcanzase la victoria, y lo mucho que se aventuraba de perder lo ganado, que era no menos que los reinos de Castilla y Leon y las vidas de todos. Que en el ejército de don Pedro venia la flor de la caballería de Inglaterra, gente muy esforzada y acostumbrada á vencer, á quien los españoles no se igualaban ni en la destreza en pelear ni en la valentía y fuerzas de los cuerpos. Finalmente, que se acordasen que no es menos oficio del sabio y prudente capitán saber vencer al enemigo con industria y maña que con fuerza y valentía. Esto dijeron los embajadores de Francia de parte de su Rey, y Beltran Claquin de la suya. Otros, que tenían menos experiencia y menor conocimiento del valor de los ingleses, y eran mas fervorosos y esforzados que considerados y sufridos, instaron grandemente en que luego se diese la batalla. Decian que la cosa de la guerra dependian mucho de la reputacion, y que se perderia si se rehusase la batalla, por entenderse que tenían miedo del enemigo y serian tenidos por cobar-

des y de ningun valor. Que si el ánimo no faltaba, sobraban las fuerzas y ciencia militar para desbaratar y vencer dos tantos ingleses que fuesen. Sobre todo que á tan justa demanda Dios no faltaria, y con su favor esperaban se alcanzaria una gloriosa victoria. Aprobó don Enrique este parecer, mandó marchar su campo la via de Alava para hacer rostro á algunas bandas de caballos ligeros del enemigo, que se habian adelantado y robaban aquella tierra. Llegó con su ejército junto á Saldrian, y á vista del de su enemigo asentó su campo en un lugar fuerte, porque le guardaban las espaldas venasieras que allí están, con que podia pelear con ventaja si no le forzaban á desamparar aquel sitio. Considerando esto, los ingleses levantaron sus reales y tiraron la via de Logroño, ciudad que tenia la voz de don Pedro, con intento de traer á don Enrique á la batalla ó entraren medio del reino, por donde tenían esperanza que todas las cosas podrian acabar á su gusto. Entendido por don Enrique, que estaba en Navarrete, el fin del enemigo, volvió atrás camino de Najara, que es una ciudad que se piensa ser la antigua Tritio Metallo en los autrigones; y de que sea ella no es pequeño indicio que dos millas de allí está una aldea que retiene el mismo nombre de Tritio. Esta ciudad alcanza muy lindo cielo y unos campos muy fértiles, y por muchas cosas es un noble pueblo, y con el suceso desta batalla se hizo mas famoso. Escribiéronse estos príncipes; cada cual daba á entender al otro la justicia que tenia de su parte y que no era él la causa desta guerra; antes la hacia forzado y contra su voluntad, y tenia mucho desseo y gana de que se concordasen y no se viniese al riesgo y trance de la batalla por la lástima que significaban tener á la mucha gente inocente que en ella pereceria. Mas como quier que no se concordasen en el punto principal de la posesion del reino, perdida la esperanza de ningun concierto, ordenaron sus haces en guisa de pelear. Don Enrique puso á la mano derecha la gente de Francia, y con ella á su hermano don Sancho con la mayor parte de la nobleza de Castilla; á su hermano don Tello y al conde de Denia mandó que rigiesen el lado izquierdo; él con su hijo el conde don Alonso se quedó en el cuerpo de la batalla. Los enemigos, que serian diez mil hombres de á caballo y otros tantos infantes, repartieron desta manera sus escuadrones. La avanguardia llevaban el duque de Alencastre y Hugo Carbolayo, que se era pasado á los ingleses. El conde de Armeñac y mosiur de Labrit iban por capitanes en el segundo escuadron; en el postrero quedaron el rey don Pedro y el príncipe de Gales y don Jaime, hijo del rey de Mallorca, el cual, despues que se soltó de la prision en que le tenia el rey de Aragon, casara con Juana, reina de Nápoles. Halláronse en esta batalla trecientos hombres de á caballo navarros, que con su capitán Martin Enrique los envió el rey Cárlos de Navarra en favor del rey don Pedro. Corria un rio en medio de los dos campos; pasóle don Enrique, y en un llano que está de la otra parte ordenó sus haces. En este campo se vinieron á encontrar los ejércitos con grandísima furia y ruido de las voces, de los combates, del quebrar de las lanzas y el disparar de las ballestas. El escuadron de la mano derecha, que regia Beltran Claquin, sufrió valerosamente el impetu de los enemigos, y parecia que llevaba lo mejor; empero en el otro

lado quitó don Tello á los suyos la victoria de las manos; con mas miedo que vergüenza volvió en un punto las espaldas, sin acometer á los enemigos ni entrar en la batalla. Como él y los suyos huyeron, dejaron descubiertos y sin defensa los costados de Beltran y de don Sancho, por donde pudieron fácilmente ser rodeados de los enemigos, y apretándolos reciamente por ambas partes, los vencieron y desbarataron. Hizose gran matanza, y fueron presos muchos grandes y ricos hombres, entre ellos los capitanes mas principales del ejército. Don Enrique con mucho esfuerzo y valor procuró detener su escuadron, que comenzaba á ciar y retirarse; por dos veces metió su caballo en la mayor priesa de la batalla con grandísimo peligro de su persona; mas como quier que no pudiese detener á los suyos por la gran muchedumbre de enemigos que cargó sobre ellos y los desbarató, mal pecado, pérdida del todo la esperanza de la victoria, se salió de la batalla y se acogió á Najara. De allí por el camino de Soria se fué á Aragon, acompañado de Juan de Luna y Fernan Sanchez de Tobar y Alfonso Perez de Guzman y de algunos otros caballeros de los suyos. A la entrada de aquel reino le salió á ver y consolar don Pedro de Luna, que despues en tiempo del gran scisma fué el papa Benedicto. No paró el rey don Enrique hasta que por los puertos de Jaca entró en el reino de Francia, sin detenerse en Aragon por no se fiar de aquel Rey, si bien era su consuegro. Hallábase en grande cuita, poca esperanza de reparo. Por semejantes rodeos lleva Dios á los varones excelentes por estos altos y bajos hasta ponerlos de su mano en la cumbre de la buenandanza que les está aparejada. Los demás de su ejército se huyeron por las villas y pueblos de aquella comarca, todos esparcidos, sin quedar pendon enhiesto, ni compañía entera, ni escuadra que no fuese desbaratada. Despues de la batalla hizo matar el rey don Pedro á Iñigo Lopez de Horozco, á Gómez Carrillo de Quintana, á Sancho Sanchez de Moscoso, comendador de Santiago, y á Garci Jofre Tenorio, hijo del almirante Alfonso Jofre, que todos fueron presos en la pelea. Otros muchos dejó de matar por no los haber á las manos, que por ningun precio se los quisieron entregar los ingleses, cuyos prisioneros eran; demás que el príncipe de Gales le reprehendió con palabras casi afrentosas porque, despues de alcanzada la victoria, continuaba los vicios que le quitaban el reino. Uno de los presos fué don Pedro Tenorio, adelante arzobispo de Toledo. Llevó en esta batalla el pendon de don Enrique Pero Lopez de Ayala, aquel caballero que escribió la historia del rey don Pedro, y fué uno de los presos. Por esta razon algunos no dan tanto crédito á su historia, como de hombre parcial. Dicen que por odio que tenia al rey don Pedro encareció y fingió algunas cosas; á la verdad fué uno de aquellos contra quien en Alfaro él pronunció sentencia, en que los dió por rebeldes y enemigos de la patria. Dióse esta batalla sábado 3 de abril deste año de 1367. Don Tello llevó á Búrgos las tristes nuevas deste desgraciado suceso. La reina doña Juana, mujer de don Enrique, sabida la rota, tuvo gran miedo de venir á manos de don Pedro; así, ella y sus hijos con gran priesa se fueron de Búrgos á la ciudad de Zaragoza. En esta sazón en Búrgos se hallaban don Gómez Manrique, arzobispo de Toledo, y don Lope Fernandez de Luna, arzobispo de Za-

ragoza, que se quedaron con la Reina. Estos la acompañaron en este viaje de Aragon; llegada allí, no halló en el Rey tan buena acogida como pensaba, que es cosa comun y como natural en los hombres desamparar al caido y hacer aplauso y dar favor al vencedor. Olvidado pues el rey de Aragon ya de las amistades y confederaciones que tenia hechas con don Enrique, tenia propósito de moverse al son de la fortuna y llegarse á la parte de los que prevalecian. A esta causa era ya venido en Aragon por embajador Hugo Carbolayo, inglés, y porque no podian tan presto y fácilmente concluirse paces, se hicieron treguas por algunos meses. Despues de la victoria el rey don Pedro con todo su ejército se fué á Búrgos, prendió en aquella ciudad á Juan Cordollaco, pariente del conde de Armeñac y arzobispo de Braga, que era de la parcialidad del rey don Enrique. Hizole el Rey llevar al castillo de Alcalá de Guadaira y meterle en un silo, en que estuvo hasta la muerte del mismo don Pedro, cuando, mudadas las cosas, fué restituido en su libertad y obispado. El rey don Pedro, sin embargo, se hallaba muy congojado en trazar cómo podria juntar tanto dinero como á los ingleses de los sueldos debía y él recibió prestado del príncipe de Gales. No sabia asimismo cómo podria cumplir con él lo que le tenia prometido de darle el señorío de Vizcaya, porque ni los vizcaínos, que es gente libre y feroz, sufririan señor extraño, ni el tesoro y rentas reales, consumidos con tan excesivos gastos, como con estas revoluciones se hicieron, no alcanzaban con gran parte á pagar la mitad de lo que se debía. Por esta causa con ocasion de ir á juntar este dinero se fué don Pedro muy apriesa á Toledo, de allí á Córdoba. En esta ciudad en una noche hizo matar diez y seis hombres principales; cargábales fueron los primeros que en ella dieron entrada al rey don Enrique. En Sevilla mandó asimismo matar á micer Gil Bocanegra y á don Juan, hijo de Pero Ponce de Leon, señor de Marchena, y á doña Urraca de Osorio, madre de Juan Alfonso de Guzman, y á otras personas. A doña Urraca hizo quemar viva, fiera de suya, y ejecucion en que sucedió un caso notable. En la laguna propia en que hoy está plantada una grande alameda armaron la hoguera. Una doncella de aquella señora, por nombre Isabel Davalos, natural de Ubeda, luego que se emprendió el fuego, se motió en él para tenella las faldas porque no se descompusiese, y se quemó junto con su ama; hazña memorable, señalada lealtad, con que grandemente se acrecentó el odio y aborrecimiento que de atrás al Rey tenian. Con los infortunios, destierro y trabajo que habia padecido parece era razon hobera ya corregido los vicios que de antes parecian tener excusa con la mocedad, licencia y libertad, si su natural no fuera tan malo. Por el contrario, la afabilidad y buena condicion del rey don Enrique causaba que todos tenian lástima de sus desastres y le amaban mas que antes. Con esto se volvió á la plática de envialle á llamar y restituille en los reinos de Castilla. El rey de Navarra, de Borgia, do le tenian arrestado, se vino despues de dada la batalla á Tudela; á mosen Olivier, que le hizo compañía en aquella villa, le hizo prender, y no le quiso soltar de la prision hasta que le entregó á su hijo el infante don Pedro, que quedó en Borgia para seguridad que se cumpliria lo que los dos capitularon. Este mismo año

que se dió la batalla de Najara falleció en Viterbo, ciudad de Italia, el cardenal don Gil de Albornoz en 24 dias del mes de agosto, fiesta de San Bartolomé. Fué este prelado excelente varon, de gran valor y prudencia, no menos en el gobierno que en las cosas de la guerra, muy querido de tres papas que alcanzó, Clemente, Inocencio y Urbano V, que á esta sazón gobernaba la Iglesia romana. Hizo guerra en Italia á los tiranos que tenían usurpadas muchas ciudades y tierras de la Iglesia, y con dichosas armas las restituyó al patrimonio y estado de san Pedro, con que abrió el camino á sus sucesores para que pasasen la silla Apostólica á la antigua ciudad de Roma, que no tardó mucho tiempo en cumplirse. Depositaron su cuerpo en el monasterio de San Francisco de la ciudad de Asis; despues, sosesgadas las cosas de España con la muerte del rey don Pedro, por haberlo él así mandado en su testamento, le trasladaron á la ciudad de Toledo; está enterrado en la iglesia mayor en la capilla de San Itefonso. Concedió el romano Pontífice indulgencias á los que le trajesen en hombros; y fué tanta la devocion de los pueblos, que por do quier que pasaba salian á bandas á los caminos por ganar los perdones, y desta manera le trajeron hasta Toledo.

CAPITULO XI.

Del maestre de San Bernardo.

El maestre de San Bernardo, dignidad cuyo nombre y noticia apenas ha llegado á nuestros tiempos, se halló en la batalla de Najara con otros muchos en favor de don Enrique, donde fué preso y muerto por mandado del rey don Pedro, y le confiscaron muchos pueblos que poseia en las behetrías. No cuenta esto ninguno de los historiadores, sino solamente el despensero mayor de la reina doña Leonor, de quien arriba hicimos mencion. Verdad es que no escribe el nombre del Maestre ni qué principio ó autoridad tuviese esta dignidad, cosa en aquel tiempo muy sabida, al presente de todo punto olvidada; el tiempo todo lo gasta. Solo consta que este Maestre era hombre de religion y eclesiástico, porque el rey don Pedro fué descomulgado por la muerte que le dió. Lo que yo sospecho es que cuando el rey don Pedro por consejo de Juan Alonso de Alburquerque, como de suso se dijo, quiso encorporar las behetrías en la corona real, ó lo que es mas cierto, darlas á algunos señores particulares que las pretendian con mas codicia de estados que de hacer lo que era razon y justicia, entonces de su voluntad y con facultad del Papa con color de religion se debieron de sujetar á la órden de San Bernardo, á imitacion de los caballeros de Calatrava y Alcántara, y eligieron una cabeza con título que le dieron de maestre de San Bernardo, para que como las demás religiones militares hiciesen guerra á los moros. Este color y diligencia, aunque fué á propósito para que aquellos pueblos se mantuviesen en la libertad en que por tantos siglos inviolablemente se mantuvieron, dió empero ocasion para que el Rey se indignase contra ellos. Por esta causa creo yo que el dicho Maestre se llegó á la parte de don Enrique; esto pudo ser, mas no es mas que conjetura y pensamiento. Lo que se sigue es cierto, que el sumo pontífice Urbano V por esta muerte y porque tenia fuera de sus iglesias á los obispos de Calahorra y de Lugo, envió un

arcediano con órden que le notificase cómo estaba descomulgado, y por tal le publicase. Este arcediano, como quier que temiese la crueldad de don Pedro y el poco respeto que tenia á la Iglesia, usó con él de cautela y maña; esto fué que se vino por el rio en una galeota muy ligera á Sevilla, y se puso á la ribera del campo de Tablada cerca de la ciudad; aguardó á que el Rey pasase por aquella parte, sucedióle como lo deseaba, preguntóle si queria saber nuevas de levante, que le diria cosas maravillosas y jamás oidas, porque acababa de llegar de aquellas partes. Llegóse el Rey cerca por oírle, y él le intimó entonces las bulas del Papa. Esto hecho, luego con grandísima velocidad se fué el rio abajo á vela y remo; ayudábale la menguante en que las aguas de la creciente del Océano volvian á bajar, así pudo mas ligeramente escaparse. El Rey enojóse mucho con la burla y como fuera de sí, desnuda la espada y arrimadas las espuelas al caballo, se lanzó en el rio. Tiró una gran cuchillada al Arcediano, que por no le poder alcanzar dió en la galeota, sin desistir de seguille hasta tanto que el caballo no podia nadar de causado; corriera gran peligro de ahogarse si no le acorrieran prestamente con un barco en que le recogieron muy encolerizado. Decia á grandes voces que él quitaria la obediencia al Papa que tan violenta y sucia mente regia la Iglesia; procuraria otrosí que hiciesen lo mismo los reyes de Aragon y de Navarra; además que aquella injuria él la vengaria muy bien con las armas y con hacer guerra á sus tierras. Esto dijo con los ojos encarnizados y hechos ascuas y con la voz muy flera, alta y descompuesta. Las afrentas amenazas y desacatos que dijo contra el Papa mas le desdoraron á él que agravaron al Padre Santo. Mandó luego apercebir una armada y hacer grandes llamamientos de gentes de guerra. El Papa, vista la furiosa condicion del rey don Pedro, se determinó de aplacalle de la mejor manera que pudiese; para hacello con mayor autoridad le envió un legado, que fué un sobrino suyo, cardenal de San Pedro, que le absolvió, de la excomunion, y hizo las amistades entre él y su tio con estas condiciones. Que consumido el oficio y nombre de maestre de San Bernardo, todos aquellos pueblos de allí adelante tuviesen su antiguo nombre de behetrías y fuesen del patrimonio real, á tal empero que no pudiesen ser entonces ni en algun tiempo dados ni vendidos ni enajenados. Guardóseles este respeto y preeminencia por ser bienes de religion y eclesiásticos. Demás desto, que la tercera parte de las décimas que llevaba á la sazón el Papa de los beneficios fuese del Rey para ayuda á la guerra de los moros. Que el Papa otrosí sin consentimiento de los reyes de Castilla no pudiese en sus reinos dar obispados ni maestrazgos ni el priorato de San Juan ni otros mayores beneficios. Esto se le concedió teniendo consideracion al sosiego comun y al bien general de la paz, puesto que era contra la costumbre y uso antiguo. Es cosa notable y maravillosa que por contemplacion ni respeto de ningun príncipe quisiese el Papa perder en España tanto de su derecho y autoridad: en tanto se tuvo en aquella era el sanar la locura de un Rey, que primero con sus trabajos y ahora con la victoria andaba desatinado.

CAPITULO XII.

Que don Enrique volvió á España.

Llegado don Enrique á Francia, no perdió el ánimo, sabiendo cuán varias y mudables sean las cosas de los hombres, y que los valientes y esforzados hacen rostro á las adversidades y vencen todas las dificultades en que la fortuna los pone, los cobardes desmayan y se rinden á los trabajos y desastres. El conde de Fox, á cuya casa primero aportó, le recibió muy bien y hospedó amigablemente, aunque con recelo no le hiciesen guerra los ingleses porque le favorecía. De allí fué á Villanueva, que es cerca de Aviñon, para hablar á Luis, duque de Anjou y hermano del rey de Francia, en quien halló mejor acogimiento del que él podía esperar; socorrióle con dineros, y dióle consejos tan buenos, que fueron parte para que sus cosas tuviesen el próspero suceso que poco despues se vió. Envió por inducimiento y aviso del Duque con su embajada á pedir al rey de Francia su ayuda y favor para volver á Castilla. Fué oído benignamente, y determinóse el Rey de favorecerle. A la verdad la mucha prosperidad y buenos sucesos de los ingleses le tenían con mucho miedo y cuidado; tenia asimismo en la memoria los agravios que don Pedro le habia hecho y la enemiga que tenia con él. Respondióle pues con mucho amor, y propuso de le ayudar con gente y dineros; dióle el castillo de Perapertusa en los confines de Ruisellon, en que tuviese á su mujer y hijos, ca desconfiados del rey de Aragon se retiraron á Francia; mandóle otrosí dar el condado de Seseño, en que pudiese vivir en el entre tanto que volvía á cobrar el reino de Castilla, de donde cada día se venían á él muchos caballeros que fueron presos en la batalla de Najara, y estaban ya rescatados y librados de la crueldad del rey don Pedro; que los ingleses los escaparon de sus manos. De los primeros que se pasaron y acudieron en Francia á don Enrique fué don Bernal, hijo del conde de Fox, señor de Bearne, á quien el rey don Enrique, despues de acabada la guerra, en remuneracion deste servicio le dió á Medinaceli con título de conde. Fué casado este Príncipe con doña Isabel de la Cerda, hija de don Luis y nieta de don Alonso de la Cerda el Desheredado, de quien los duques de Medinaceli, sin haber quiebra en la línea, se precian descender. Hallóse tambien con don Enrique el conde de Osona, hijo de don Bernardo de Cabrera, el cual, despues que estuvo preso en Castilla, sirvió en la guerra á don Pedro por el gran sentimiento que tenia de la muerte de su padre. Finalmente, puesto en su entera libertad, se pasó á don Enrique con propósito de serville y seguir su fortuna hasta la muerte. Demás desto le avino bien á don Enrique en que el príncipe de Gales se volvió en estos días á Guiena, enojado y mal satisfecho de don Pedro porque ni le entregó el señorío de Vizcaya que le prometió, ni le pagó los empréstitos que le hiciera, ni á muchos de los suyos el sueldo que les debía. Demás desto, en Castilla le comenzaba á ayudar la fortuna, ca muchos grandes y caballeros habian tomado su voz y hacian guerra á don Pedro. En particular se tenían por él las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya y las ciudades de Segovia, Avila, Palencia, Salamanca y la villa de Valladolid y otros muchos pueblos del reino de Toledo. Cada día se reforzaba mas su bando y parciali-

dad, su enemigo mismo le ayudaba con hacerse por momentos mas odioso con su mal modo de proceder y desvariados castigos que hacia en los suyos. Juntado pues don Enrique su ejército, entró en Aragon por las asperezas de los Pirineos llamadas Valdeandorra; pasó por aquel reino con tanta presteza, que primero estuvo dentro de Castilla que pudiese el rey de Aragon atajarle el paso, si bien puso para estorbársele toda la diligencia que pudo. Llegado don Enrique á la ribera del rio Ebro, preguntó si estaba ya en tierra de Castilla. Como le respondiesen que sí, se apeó de su caballo, y hincado de rodillas hizo una cruz en la arena, y besándola dijo estas formales palabras: «Yo juro á esta significanza de cruz que nunca en mi vida por necesidad que me venga salga de Castilla; antes que espere ahí la muerte, ó estaré á la ventura que me viniere.» Fué importante esta ceremonia para asegurar los corazones de los que le seguian é inflamalos en la afición que le tenían. Vuelto á subir en su caballo, fué con todo su campo á Calahorra, que por aquella parte es la primera ciudad de Castilla; entró en ella el día del arcángel san Miguel con mucho contento y regocijo de los ciudadanos y de muchos del reino que luego de todas partes le acudieron, ca andaban unos desterrados, y otros huidos de miedo de la crueldad del Rey, su hermano. De Calahorra se partió á Búrgos; allí fué recibido con una muy solemne procesion por el obispo, clerecía y ciudadanos de aquella ciudad. Halló en el castillo preso á don Felipe de Castro, un grande del reino de Aragon, casado con su hermana doña Juana, que le prendieron en la batalla de Najara; mandóle luego soltar, y hizole donacion de la villa de Paredes de Nava y de Medina de Rioseco y de Tordehumos. Por el contrario, prendió en el mismo castillo á don Jaime, rey de Nápoles y hijo del rey de Mallorca, que se quedara en Búrgos despues que se halló en la batalla por la parte del rey don Pedro, y ahora cuando vió que recibian á don Enrique, se retiró al castillo para defenderse en él con el alcaide Alfonso Fernandez. Con el ejemplo de la real ciudad de Búrgos otras muchas ciudades tomaron la voz de don Enrique, quitado el miedo que tenían, el cual no suele ser buen maestro para hacer á los hombres constantes en el deber y en hacer lo que es razon. Sosegadas las cosas en Búrgos, pasó con su campo sobre la ciudad de Leon, que á cabo de algunos dias se le rindió á partido el postrero día de abril del año de 1368. En la imperial ciudad de Toledo unos querian á don Enrique, la mayor parte sustentaba la opinion de don Pedro; escarmentados del riguroso castigo que hizo allí los meses pasados y de miedo de la gente de guerra que allí tenia de guarnicion, que eran muchos ballesteros y seiscientos hombres de armas, cuyo capitán era Fernando Alvarez de Toledo, alguacil mayor de la misma ciudad. Tenia don Enrique en su ejército mil hombres de armas; con estos y con la infantería, que era en mayor número, no dudó de venir sobre una ciudad tan grande y fuerte como Toledo y tenerla cercada. Tenia por cierto que, apoderado que fuese de una ciudad y fuerza semejante, todo lo demás le sería fácil de acabar. Asentó sus reales en la vega que se tiende á la parte del setentrion á las baldas de la ciudad; puso muchas compañías en los montes que están de la otra parte del rio Tajo; este gran rio como con un compás rodea las

tres cuartas partes de la ciudad, corre por la parte del levante, y revuelve hácia mediódia y poniente. Para que se pudiese pasar de los unos reales á los otros y se favoreciesen en tiempo de necesidad mandó fabricar un puente de madera, que fué despues muy provechoso. Los toledanos sufrían constantemente el cerco, puesto que harto inclinados á don Enrique; mas no osaban admitille en la ciudad por miedo no lo pagasen los rebenes que consigo se llevara don Pedro, que eran los mas nobles de Toledo. La ciudad de Córdoba en este tiempo, quitada la obediencia á don Pedro, seguía la parte de don Enrique con tanto pesar y enojo de su conrario, que no dudó de pedir al rey de Granada le enviase su ayuda para ir á cercar. Envióle Mahomad gran número de moros jinetes, con que y su ejército puso en gran estrecho la ciudad y la apretó de manera, que un día estuvo á punto de ser entrada, ca los moros á escala vista subieron la muralla y tomaron el alcázar viejo. Acudieron los cordobeses, considerado el peligro y cuán sin misericordia serían tratados si fuesen vencidos, y pelearon aquel día con gran desesperacion, y rebatiéron tan valerosamente los moros, que mal de su grado los forzaron á salir de la ciudad. A muchos hicieron saltar por los adarves, y les tomaron las banderas y fueron en pos dellos hasta bien léjos. Señaláronse mucho en este día las mujeres cordobesas, ca visto que era entrada la ciudad por los moros, no se escondieron ni cayeron en sus estrados desmayadas, sino con varonil esfuerso salieron por las calles y á los lugares en que sus maridos y hijos peleaban, y con animosas palabras los incitaron á la pelea; con esto los cordobeses tomaron tanto brío y coraje, que pudieron recobrar la ciudad, que ya se perdía, y hacer gran estrago y matanza de sus enemigos. Desesperados los reyes de poder ganar la ciudad, levantaron el cerco. Don Pedro se fué á Sevilla á proveer lo necesario para la guerra, que todo se hacia mas de espacio y con mayores dificultades de lo que él pensaba; el rey de Granada, sin que don Pedro le fuese á la mano, saqueó y robó las ciudades de Jaen y Ubeda, que á imitacion de Córdoba seguían el bando de don Enrique; taló otrosí lo mas de los campos del Andalucía, con que llevaron los moros á Granada gran muchedumbre de cautivos, tanto, que fué fama que en sola la villa de Utrera fueron mas de once mil almas las que cautivaron. Con esto toda la Andalucía se via estar llena de llantos y miseria; por una parte los apretaban las armas de los moros, por otra la crueldad y fiereza de don Pedro.

CAPITULO XIII.

Que el rey don Pedro fué muerto.

El rey don Pedro, desamparado de los que le podían ayudar y sospechoso de los demás, lo que solo restaba, se resolvió de aventurarse, encomendarse á sus manos y ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla; sabía muy bien que los reinos se sustentan y conservan mas con la fama y reputacion que con las fuerzas y armas. Teniale con gran cuidado el poligro de la real ciudad de Toledo; estaba aquejado, y pensaba cómo mejor podría conservar su reputacion. Esto le confirmaba mas en su propósito de ir en busca de su enemigo y darle la batalla. Procuráronsele estorbar los de Sevilla; decíanle que se destruía y se iba derecho á despeñar;

que lo mejor era tener sufrimiento, reforzar su ejército y esperar las gentes que cada día vendrían de sus amigos y de los pueblos que tenían su voz. Esto que le aconsejaban era lo que en todas maneras debiera seguir, si no le cegaran la grandeza de sus maldades y la divina justicia, ya determinada de muy presto castigarlas. Estando en este aprieto, sucedióle otro desastre, y fué que Victoria, Salvatierra y Logroño, que eran de su obediencia, fatigadas de las armas del rey de Navarra y por falta de socorro por estar don Pedro tan léjos, se entregaron al Navarro. Ayudó á esto don Tello, el cual, si estaba mal con don Pedro, no era amigo de su hermano don Enrique, y así se entretenía en Vizcaya sin querer ayudar á ninguno de los dos. Proseguíase en este comedio el cerco de Toledo. Y como quier que aquella ciudad estuviese, como dijimos, dividida en aficiones algunos de los que favorecian á don Enrique intentaron de apoderalle de una torre del muro de la ciudad que miraba al real, que se dice la torre de los Abades. Como no les sucediese esa traza, procuraron dalle entrada en la ciudad por el puente de San Martin, sobre lo cual los del un bando y del otro vinieron á las manos, en que sucedieron algunas muertes de ciudadanos. Sabidas estas revueltas por el rey don Pedro, dióse muy mayor priesa á ir á socorrer, por no hallalla perdida cuando llegase. Para ir con menor cuidado mandó recoger sus tesoros, y con sus hijos don Sancho y don Diego Revallos á Carmona, que es una fuerte y rica villa del Andalucía, y está cerca de Sevilla. Hecho esto, juntó arrebatadamente su ejército y aprestó su partida para el reino de Toledo. Llevaba en su campo tres mil hombres de á caballo; pero la mitad dellos, mal pecado, eran moros y de quien no se tenia entera confianza; ni se esperaba que pelearian con aquel brío y gallardía que fuera necesario. Dicese que al tiempo de su partida consultó á un moro sabio de Granada, llamado Benagatin, con quien tenia mucha familiaridad, y que el Moro le anunció su muerte por una profecía de Merlin, hombre inglés, que vivió antes deste tiempo como cuatrocientos años. La profecía contenía estas palabras: « En las partes de occidente, entre los montes y el mar; nacerá una ave negra, comedora y robadora, y tal, que todos los panales del mundo querrá recoger en sí, todo el oro del mundo querrá poner en su estómago; y despues gormarlo ha, y tornará atrás. Y no perecerá luego por esta dolencia, caersele han las péñolas, y sacarle han las plumas al sol, y andará de puerta en puerta y ninguno la querrá acoger, y encerrarse ha en la selva y allí morirá dos veces, una al mundo y otra á Dios; y desta manera acabará.» Esta fué la profecía, fuese verdadera ó ficcion de un hombre vanísimo que le quisiese burlar; como quiera que fuese, ella se cumplió dentro de muy pocos dias. El rey don Pedro con la hueste que hemos dicho bajó del Andalucía á Montiel, que es una villa en la Mancha y en los oretanos antiguos, cercada de muralla, con su pretil, torres y barbacana; puesta en un sitio fuerte y fortalecida con un buen castillo. Sabida por don Enrique la venida de don Pedro, dejó á don Gomez Manrique, arzobispo de Toledo; para que prosiguiese el cerco de aquella ciudad, y él con dos mil y cuatrocientos hombres de á caballo, por no esperar el paso de la infantería, partió con gran priesa en busca de don Pedro. Al pasar por la villa de Orgaz, que

está á cinco leguas de Toledo, se juntó con él Beltran Claquin con seiscientos caballos extranjeros que traía de Francia; importantísimo socorro y á buen tiempo, porque eran soldados viejos y muy ejercitados y diestros en pelear. Llegaron al tanto allí don Gonzalo Mejía, maestro de Santiago, y don Pedro Muñiz, maestre de Calatrava, y otros señores principales que venian con deseo de emplear sus personas en la defensa y libertad de su patria. Partió don Enrique con esta caballería; caminó toda la noche, y al amanecer dieron vista á los enemigos antes que tuviesen nuevas ciertas que eran partidos de Toledo. Ellos, cuando vieron que tenian tan cerca á don Enrique, tuvieron gran miedo, y pensaron no hobiese alguna traicion y trato para dejarlos en sus manos; á esta causa no se fiaban los unos de los otros. Recelábase tambien de los mismos vecinos de la villa. Los capitanes con mucha priesa y turbacion hicieron recoger los mas de los soldados que tenian alojados en las aldeas cerca de Montiel; muchos dellos desampararon las banderas de miedo ó por el poco amor y menos gana con que servian. Al salir el sol formaron sus escuadrones de ambas partes y animaron sus soldados á la batalla. Don Enrique habló á los suyos en esta sustancia: «Este dia, valerosos compañeros, nos ha de dar riquezas, honra y reino, ó nos lo ha de quitar. No nos puede suceder mal, porque de cualquiera manera que nos avenga, serémos bien librados; con la muerte saldremos de tan inmensos é intolerables afanes como padecemos; con la victoria darémos principio á la libertad y descanso, que tanto tiempo ha deseamos. No podemos entretenernos ya mas; si no matamos á nuestro enemigo, él nos ha de hacer perecer de tal género de muerte, que la ternémos por dichosa y dulce si fuere ordinaria, y no con crueles y bárbaros tormentos. La naturaleza nos hizo gracia de la vida con un necesario tributo, que es la muerte; esta no se puede excusar, empero los tormentos, las deshonras, afrontas é injurias evitarálas vuestro esfuerzo y valor. Hoy alcanzaréis una gloriosa victoria, ó quedaréis como honrados y valerosos tendidos en el campo. No vean tal mis ojos, no permita vuestra bondad, Señor, que perezcan tan virtuosos y leales caballeros. Mas ¿qué puede tan desastrada y miserable nos puede venir que sea peor que la vida acosada que traemos? No tenemos guerra con enemigo que nos concederá partidos razonables ni aun una tolerable servidumbre cuando queremos ponernos en sus manos; ya sabeis su increíble crueldad, y tenéis bien á vuestra costa experimentado cuán poca seguridad hay en su fe y palabra. No tiene mejor fiesta ni mas alegre que la que solemniza con sangre y muertes, con ver destrozar los hombres delante de sus ojos. ¿Por ventura habémoslo con algun malvado y perverso tirano, y no con una inhumana y feroz bestia? Que parece ha sido agarrochada en la leonera para que de allí con mayor braveza salga á hacer nuevas muertes y destrozos. Confío en Dios y en su apóstol Santiago que ha caído en la red que nos tenia tendida, y que está encerrado donde pagará la cruel carnicería que en nos tiene hecha; mirad, mis soldados, no se os vaya, detenedla, no la dejéis huir, no quede lanza ni espada que no pruebe en ella sus aceros. Socorred por Dios á nuestra miserable patria, que la tiene desierta y asolada; vengad la sangre que ha derramado de vuestros padres, hijos,

amigos y parientes. Confíad en nuestro Señor, cuyos sagrados ministros sacrílegamente ha muerto, que os favorecerá para que castigueis tan enormes maldades, y le hagais un agradable sacrificio de la cabeza de un tal monstruo horrible y fiero tirano.» Acabada la plática, luego con gran brio y alegría arremetieron á los enemigos; hirieron en ellos con tan gran denuedo, que sin poder sufrir este primer ímpetu en un momento se desbarataron. Los primeros huyeron los moros, los castellanos resistieron algun tanto; mas como se viesen perdidos y desamparados, se recogieron con el rey don Pedro en el castillo de Montiel. Murieron muchos de los moros en la batalla, muchos mas fueron los que perecieron en el alcance; de los cristianos no murió sino solo un caballero. Ganóse esta victoria un miércoles 14 dias de marzo del año de 1369. Don Enrique, visto como don Pedro se encerró en la villa, á la hora la hizo cercar de una horma, pared de piedra seca, con gran vigilancia porque no se les pudiese escapar. Comenzaron los cercados á padecer falta de agua y de trigo, ca lo poco que tenian les dañó de industria, á lo que parece, algun soldado de los de dentro, deseoso de que se acabase presto el cerco. Don Pedro, entendido el peligro en que estaba, pensó cómo podría huirse del castillo mas á su salvo. Hallábase con él un caballero que le era muy leal, natural de Trastamara, decíase Men Rodriguez de Sanabria; por medio deste hizo á Beltran Claquin una gran promesa de villas y castillos y de docientas mil doblas castellanas, á tal que dejado á don Enrique le favoreciese y le pusiese en salvo. Extrañó esto Beltran; decía que si tal consintiese, incurriria en perpetua infamia de fementido y traidor; mas como todavía Men Rodriguez le instase, pidióle tiempo para pensar en tan grande hecho. Comunicado el negocio secretamente con los amigos de quien mas se fiaba, le aconsejaron que contase á don Enrique todo lo que en este caso pasaba; tomó su consejo. Don Enrique le agradeció mucho su fidelidad, y con grandes promesas le persuadió á que con trato doble hiciese venir á don Pedro á su posada, y le prometiese haria lo que deseaba. Concertaron la noche; salió don Pedro de Montiel armado sobre un caballo con algunos caballeros que le acompañaban, entró en la estancia de Beltran Claquin con mas miedo que esperanza de buen suceso. El recelo y temor que tenia dicen se le aumentó un letrero que leyó poco antes, escrito en la pared de la torre del homenaje del castillo de Montiel, que contenia estas palabras: «Esta es la torre de la Estrella.» Ca ciertos astrólogos le pronosticaran que moriria en una torre deste nombre. Ya sabemos cuán grande vanidad sea la destes adivinos, y como despues de acontecidas las cosas se suelen fingir semejantes consejos. Lo que se refiere que le pasó con un judío médico es cosa mas de notar. Fué así, que por la figura de su nacimiento le habia dicho que alcanzaria nuevos reinos y que sería muy dichoso. Despues cuando estuvo en lo mas áspero de sus trabajos, díjole: Cuán mal acertastes en vuestros pronósticos. Respondió el astrólogo: Aunque mas hiclo caiga del cielo, de necesidad el que está en el baño ha de sudar. Dió por estas palabras á entender que la voluntad y acciones de los hombres son mas poderosas que las inclinaciones de las estrellas. Entrado pues don Pedro en la tienda de don Beltran, díjole que ya era

tiempo que se fuesen. En esto entró don Enrique armado; como vió á don Pedro, su hermano, estuvo un poco sin hablar como espantado; la grandeza del hecho le tenia alterado y suspenso, ó no le conocia por los muchos años que no se vieran. No es menos sino que los que se hallaron presentes entre miedo y esperanza vacilaban. Un caballero francés dijo á don Enrique señalando con la mano á don Pedro: Mirad que ese es vuestro enemigo. Don Pedro con aquella natural ferocidad que tenia, respondió dos veces: Yo soy, yo soy. Entonces don Enrique sacó su daga y dióle una herida con ella en el rostro. Vinieron luego á los brazos, cayeron ambos en el suelo; dicen que don Enrique debajo, y que con ayuda de Beltran, que le dió vuelta y le puso encima, le pudo herir de muchas puñaladas, con que le acabó de matar; cosa que pone grima. Un Rey, hijo y nieto de reyes, revolcado en su sangre derramada por la mano de un su hermano bastardo. ¡Extraña bazaña! A la verdad cuya vida fué tan dañosa para España, su muerte le fué saludable; y en ella se echa bien de ver que no hay ejércitos, poder, reinos ni riquezas que basten á tener seguro á un hombre que vive mal é insolentemente. Fué este un extraño ejemplo para que en los siglos venideros tuviesen que considerar, se admirasen y temiesen y supiesen tambien que las maldades de los príncipes las castiga Dios, no solamente con el odio y mala voluntad con que mientras viven son aborrecidos, ni solo con la muerte, sino con la memoria de las historias, en que son eternamente afrentados y aborrecidos por todos aquellos que las leen, y sus almas sin descanso serán para siempre atormentadas. Frosarte, historiador francés deste tiempo, dice que don Enrique al entrar de aquel aposento dijo: ¿Dónde está el hideputa juído que se llama rey de Castilla? Y que don Pedro respondió: Tú eres el hideputa, que yo hijo soy del rey don Alonso. Murió don Pedro en 23 dias del mes de marzo, en la flor de su edad, de treinta y cuatro años y siete meses; reinó diez y nueve años menos tres dias. Fué llevado su cuerpo sin ninguna pompa funeral á la villa de Alcoccer, do le depositaron en la iglesia de Santiago. Despues en tiempo del rey don Juan el Segundo le trasladaron por su mandado al monasterio de las monjas de Santo Domingo el Real de Madrid, de la órden de los Predicadores. Prendieron despues de muerto el rey don Pedro á don Fernando de Castro, Diego Gonzalez de Oviedo, hijo del maestre de Alcántara, y Men Rodríguez de Sanabria, que salieron con él de la villa para tenelle compañía. Estos tiempos tan calamitosos y revueltos no dejaron de tener algunos hombres señalados en virtud y letras; uno destos fué don Martin Martínez de Calahorra, canónigo de Toledo y arcediano de Calatrava, dignidad de la santa iglesia de Toledo, que está enterrado en la capilla de los Reyes Viejos de aquella iglesia con un letrero en su sepulcro que dice, como por honra de la santidad y grandeza de la iglesia de Toledo no quiso aceptar el obispado de Calahorra para el cual fué elegido en concordia de todos los votos del cabildo de aquella iglesia.

CAPITULO XIV.

Que don Enrique se apoderó de Castilla.

Con la muerte del rey don Pedro enriquecieron unos

y empobrecieron otros; tal es la usanza de la guerra, y mas de la civil. Todas las cosas en un momento se trocaron en favor del vencedor, dióse á la hora Montiel. Llegada la nueva de lo sucedido á Toledo, tuvieron gran temor los vecinos de aquella ciudad. Padecian á la sazón necesidad de bastimentos. Acordaron de hacer sus peticiones con los de don Enrique, que los tenían cercados. Entregáronles la ciudad, y todos se pusieron en la merced del nuevo Rey, pues con la muerte de don Pedro se entendia quedaban libres del homenaje y fidelidad que le prometieron. Entre los príncipes extrajeros se levantó una nueva contienda sobre quién tenia mejor derecho á los reinos de Castilla. Convenian todos en que Enrique no tenia accion á ellos por el defecto de su nacimiento. Demás desto, cada uno pensaba quedarse en estas revueltas con lo que mas pudiese apañar; que desta suerte se suelen adquirir nuevos reinos y aumentarse los antiguos. El rey de Navarra, segun poco ha dijimos, se apoderara de muchos y buenos pueblos de Castilla. Al rey de Aragon por traicion de los alcaides se le entregaron Molina, Cañete y Requena. El rey de Portugal pretendia toda la herencia y sucesion, y se intitulaba rey de Castilla y de León por ser sin contradiccion alguna bisnieto del rey don Sancho, nieto de doña Beatriz, su hija. Teníanse ya por él Ciudad-Rodrigo, Alcántara y la ciudad de Tuy en Galicia. El rey de Granada tramaba nuevas esperanzas receloso por la constante amistad que guardó á don Pedro. La mayor tempestad de guerra que se temia era de Inglaterra y Guiena, á causa que don Juan, duque de Alencastre, hermano del príncipe de Gales, se casara con doña Costanza, hija del rey don Pedro, y el Conde cantabrigense, hermano tambien del mismo Príncipe, tenia por mujer á doña Isabel, hija menor del mismo, habidas ambas en doña Maria de Padilla. Desta suerte dentro el nobilísimo reino de Castilla se temian discordias civiles, y de fuera le amenazaban grandes movimientos y asonadas nuevas de guerras. El remedio que estos temores tenian era con presteza ganar las voluntades de las ciudades y grandes del reino. Como don Enrique fuese sagaz y entendiese que era esto lo que le cumplia, luego que puso cobro en Montiel, se partió sin detenerse á Sevilla, do fué recebido con gran triunfo y alegría. Todas las ciudades y villas del Andalucía vinieron luego á dalle la obediencia, excepto la villa de Carmona en que don Pedro dejó sus hijos y tesoros, y por guarda al capitán Martin Lopez de Córdoba, maestre que se llamaba de Calatrava, que todavia hacia las partes de don Pedro, aunque muerto. En los dias que el rey don Enrique estuvo en Sevilla, por no tener á un tiempo guerra con tantos enemigos, pidió treguas al rey moro de Granada, no sin disminucion y nota de la majestad real; mas la necesidad que tenia de asegurar y confirmar el nuevo reinado le compelió á que disimulase con lo que era autoridad y pundonor. No se concluyó desta vez nada con el Moro; por esto, puesto buen cobro en las fronteras y asentadas las cosas del Andalucía, el nuevo Rey volvió á Toledo por tener aviso que de Búrgos eran allí llegados la Reina, su mujer, y el Infante, su hijo. En esta ciudad se buscó traça de allegar dineros para pagar el sueldo que se debia á los soldados extrajeros, y lo que se prometió á Beltran Claquin en Montiel por el buen servicio que hizo

en ayudar á matar al enemigo. Juntóse lo que mas se pudo del tesoro del Rey y de los cogedores de las rentas reales. Todo era muy poco para hartar la codicia de los soldados y capitanes extraños, que decian públicamente y se alababan tuvieron el reino en su mano y se le dieron á don Enrique, palabras al Rey afrentosas y para el reino soberbias; la dulzura del reinarse hacia que todo se llevase fácilmente. Para proveer en esta necesidad hizo el Rey labrar dos géneros de moneda, baja de ley y mala, llamada cruzados la una, y la otra reales, traza con que de presente se sacó grande interés, y con que salieron del aprieto en que estaban; pero para lo de adelante muy pernicioso y mala, porque á esta causa los precios de las cosas subieron á cantidades muy excesivas. Desta manera casi siempre las trazas que se buscan para sacar dineros del pueblo, puesto que en los principios parezcan acertadas, al cabo vienen á ser dañosas, y con ellas quedan las provincias destruidas y pobres. Todas estas dificultades vencia la afabilidad, blandura y suave condicion de don Enrique, sus buenas y loables costumbres, que por excelencia le llamaban el Caballero; ayudábanle otrosí á que le tuviesen respeto y afición la majestad y hermosura de su rostro blanco y rubio, ca dado que era de pequeña estatura, tenia grande autoridad y gravedad en su persona. Estas buenas partes de que la naturaleza le dotó, la benevolencia y afición que por ellas el pueblo le tenia las aumentaba él con grandes dádivas y mercedes que hacia. Por donde entre los reyes de Castilla él solo tuvo por renombre el de las Mercedes, honroso título con que le pagaron lo que merecia la liberalidad y franqueza que con muchos usaba. A la verdad fuéle necesario hacerlo desta manera para asegurar mas el nuevo reino y gratificar con estados y riquezas á los que le ayudaron á ganarle y tuvieron su parte en los peligros, ocasion de que en Castilla muchos nuevos mayorazgos resultaron, estados y señoríos. Avivábanse en este tiempo las nuevas de la guerra que hacian en las fronteras los reyes de Portugal y de Aragon; proveyó á esto prestamente con un buen ejército que envió á la frontera de Aragon, cuyos capitanes, Pero Gonzalez de Mendoza, Alvar Garcia de Albornoz, cobraron á Requena, echados della los soldados aragoneses. El por su persona fué á Galicia, en que tenia nuevas que andaban los portugueses esparcidos y desmandados y con gran descuido; y que por ir cargados de lo que robaban en aquella tierra podrian fácilmente ser desbaratados. Cercó en el camino á Zamora, y sin esperar á ganarla entró en Portugal por aquella parte que está entre los rios Duero y Miño, que es una tierra fértil y abundosa; destruyó y corrió los campos de toda aquella comarca, quemó y robó muchas villas y aldeas, ganó las ciudades de Braga y Berganza. Desta manera, puesto grande espanto en los portugueses y vengadas las demasias y osadía que tuvieron de entrar en su reino, se volvió para Castilla. Hallóse con el rey don Enrique en esta guerra su hermano el conde don Sancho, ya rescatado por mucho precio de la prision en que estuvo en poder de los ingleses despues que le prendieron en la batalla de Najara. El rey de Portugal no se atrevió á pelear con don Enrique, aunque antes le enviara á desafiar, por no estar tan poderoso como él, ni se le igualaba en la ciencia militar ni en la experiencia y uso de

las cosas de la guerra. Valió á los portugueses la nueva que don Enrique tuvo de los daños y robos que el rey de Granada hacia en el Andalucía, junto con la pérdida de la ciudad de Algecira, que el Moro tomó y la echó por el suelo, de manera tal, que jamás se volvió á reedificar. Debiólo de hacer en venganza de las muchas vidas de moros que aquella ciudad costara. Demás desto, el Rey tenia necesidad de volver á Castilla para proveer todavía de dineros con que pagar los soldados extraños y despachar á Beltran, que en esta sazón era solicitado del rey de Aragon para que pasase en Cerdeña á castigar la gran deslealtad del juez de Arborea Mariano, que de nuevo andaba alzado en aquella isla y tenia ganados muchos pueblos, y se entendia aspiraba á hacerse señor de toda ella. Habia enviado el rey de Aragon contra él á don Pedro de Luna, señor de Almonacir, el cual, sin embargo que tenia parentesco de afinidad con Mariano, por estar casado con doña Elfa, parienta suya, le apretó reciamente en los principios, y puso brevemente en tanto estrecho, que por no se atrever á esperar en el campo, aunque tenia mayor ejército que el Aragonés, se encerró dentro los muros de la ciudad de Oristan. Túvole don Pedro cercado muchos dias; y como quier que por tener en poco al enemigo en sus reales faltase la guarda y vigilancia que pide la buena disciplina militar, el juez, que estaba siempre alerta y esperaba la ocasion para hacer un notable hecho, salió repentinamente con su gente y dió tan de rebato sobre sus enemigos y con tan grande presteza, que primero vieron ganados sus reales, presos y muertos sus compañeros que supiesen qué era lo que venia sobre ellos. Finalmente, fué desbaratado todo el ejército y muerto el general don Pedro de Luna y con él su hermano don Filipe. Pasados algunos dias, Brancaleon Doria, que en estas revoluciones seguia la parcialidad del señor de Arborea, quier por algun desabrimiento que con él tuvo, quier con esperanza de mayor remuneracion, se reconcilió con el Rey, con que alcanzó, no solamente perdon de los delitos que tenia cometidos, sino tambien favores y mercedes. Poco tiempo despues el juez de Arborea forzó á la ciudad de Sacer, que es la mas principal de Cerdeña, á que se le rindiese, con que se perdió tanto como fué de provecho reducirse al servicio del rey de Aragon un señor tan poderoso é importante como era Brancaleon. Estuvo entonces esta isla á pique de perderse; para entretenerla lo mejor que ser pudiese mientras el Rey iba á socorrerla envió allá por capitán general á don Berenguel Carroz, conde de Quirra; fuera desto, con grandes promesas solicitó á Beltran Claquin quisiese pasar en Cerdeña y tomar á su cargo aquella guerra. Era muy honroso para él que los príncipes de aquel tiempo le hacian señor de la paz y de la guerra, y que tenia en su mano el dar y quitar reinos. Estaba para conceder con los ruegos del rey de Aragon, cuando otra guerra mas importante que en aquella coyuntura se levantó en Francia se lo estorbó y llevó á su tierra. Los pueblos del ducado de Guiena se hallaban muy fastidiados y querellosos del gobierno de los ingleses, que les echaron un intolerable pecho que se cobraba de cada una de las familias; esto para restaurar los excesivos gastos que el rey Eduardo hiciera en la entrada de su hijo el príncipe de Gales en España cuando restituyó en su

reino de Castilla á don Pedro. Llevaron muy mal esta carga los guieneses, y lamentaban la opresion y servidumbre; mas les faltaba cabeza que los favoreciese y acaudillase que no gana de rebelarse. No tenian otro príncipe mas á propósito á quien se entregar que el rey de Francia; avisáronle de su determinacion, y suplicáronle tuviese lástima de aquel noble estado, que en otro tiempo fué de su corona, y al presente le tenian tiranizado y en su poder sus capitales enemigos. Pareció al Francés que era esta buena ocasion para pagarse de lo que los ingleses hicieron en la batalla de Potiers. Por esto holgóse con la embajada, y los animó y confirmó en su propósito; prometiéndoles de encargarse de su defensa; que les exhortaba no dudasen de echar de su tierra los presidios de los ingleses, que él los socorreria con un buen ejército. Animáronse con esto los guieneses. Los primeros que arbolaron banderas y tomaron cajas por Francia fueron los de Cahors. El Rey, visto que ya estaba rompida la guerra y que para empresa de tan gran riesgo é importancia le faltaba un prudente y experimentado capitán de quien se pudiese fiar, juzgó que Beltran Claquin era el mejor de los que podia escoger y el que con mas amor y lealtad le serviria. Con este acuerdo le envió á llamar á España; juntamente rogó al rey de Navarra le fuese á ayudar en esta guerra. Determinóse el Navarro de pasar á Francia, dado que á la sazón tenia en Aragon á Juan Cruzate, dean de Tudela, para que tratase de confederalle con aquel Rey. Dejó en Navarra por gobernadora del reino á la reina doña Juana, su mujer; y partido de España, se quedó en Chireburg, una villa fuerte de su estado, que está en Normandía. No se atrevió á fiarse del rey de Francia por las antiguas contiendas que entre sí tuvieron. Demás desto, como hombre astuto, queria desde allí estarse á la mira sin arriscarse en nada, propio de gente doblada, y visto en qué paraban estos movimientos, despues inclinarse á aquella parte de que con menos costa y peligro pudiese sacar mayor ganancia é interés. Procuraba el rey de Francia amansar y sosegar la feroz é inquieta condicion del Navarro, por saber que muchas veces de pequeñas ocasiones suelen resultar irreparables daños y mudanzas notables de reinos. Envióle con este fin una amigable embajada con ciertos caballeros principales de su corte. Poco se hacia por medio de los embajadores; acordaron de hablarse en Vernon, que es una villa asentada en la ribera del rio Seina ó Secuana en los confines de los estados de ambos reyes. Concertaron en aquellas vistas que el rey de Navarra dejase al de Francia las villas de Mante y Meulench y el condado de Longavilla, que eran los pueblos sobre que tenian diferencia, y que el rey de Francia diese en recompensa al Navarro la baronía y señorío de Mompeller; empero estas vistas y conciertos se hicieron mas adelante de donde ahora llega nuestra historia, que fué en el año de 1375. Volvamos á lo que se queda atrás y lo que pasaba en Castilla.

CAPITULO XV.

Como murió don Tello.

Muy alegre se hallaba don Enrique con la victoria que alcanzó de su enemigo; su fama se extendia y volaba por toda Europa como del que fundara en España

un nuevo y poderoso reino, bien que por estar rodeado de tantos enemigos no dejaba de ser moleestado de varios y enojosos pensamientos. Representábasele que muchas veces un pequeño yerro suele estragar y ser ocasion que se pierdan poderosos estados. Todos los buenos en Castilla le querian bien y se agradaban de su señorío; no era posible tenellos á todos contentos, forzosamente los que tenian recibidas algunas mercedes de don Pedro, ó por su muerte perdieron sus comodidades é intereses, defendian las partes del muerto y les pesaba del buen suceso de don Enrique. Los portugueses tenian en este tiempo en Ciudad-Rodrigo una buena guarnicion de hombres de armas, dende hacian grandes daños en las tierras de Castilla, corrian los campos, robaban y quemaban las aldeas, con que los labradores, como mas sujetos á semejantes daños, eran malamente molestados. Para remedio destes males y reducir á su servicio esta ciudad, que es de las mas principales de aquella comarca, el Rey con toda su hueste la cercó en el principio del año de 1370. Pensaba hallalla desapercibida y hacer que por fuerza ó de grado se la entregasen; hallóse en todo engañado, la ciudad bien prevenida, y se la defendieron valerosamente los portugueses, por donde el cerco duró mas tiempo de lo que el Rey tenia imaginado. La aspereza de aquel invierno fué grande, no pudo por ende el ejército estar mas en campaña, y fué forzoso levantar el cerco é irse á Medina del Campo á esperar el buen tiempo. Tuvo Cortes en aquella villa. Lo principal que dellas resultó fué un gran socorro y servicio de dineros que los procuradores de las ciudades le hicieron para que acabase de allanar el reino, por ser ya consumido lo que montaron los intereses que se sacaron de las monedas de cruzados y reales que el año pasado se acuñaron y arrendaron, gastados en pagar sueldos y premiar capitanes y en satisfacer su demasiada codicia. Debíansele á Beltran Claquin ciento y veinte mil doblas que le prometió don Enrique porque le entregase en Montiel al rey don Pedro, que para en aquella era fué una grandísima cantía. Dióle en precio de las setenta mil á don Jaime, hijo del rey de Mallorca y rey de Nápoles, que era el rescate que la Reina, su mujer, señora riquísima, tenia prometido. La demás se le dió en oro de contado, y ultra de sus pagas le hizo el Rey merced de la ciudad de Soria y de las villas de Almazan, Atienza, Montagudo, Molina y Seron. Con estas riquezas y grande estado que por su valor adquirió, ganada ultra desto una fama y gloria inmortal, se volvió á nuevas esperanzas que se le representaban en Francia. Maurello Fienno, que era condestable de Francia, hizo dejacion del cargo, con que el Rey le proveyó á don Beltran; é l con su valor reprimió los bríos de los ingleses que abraaban todo aquel reino, y alcanzó dellos grandes victorias, unas con esfuerzo, y otras con industria y arte, con que restituyó á su gente la honra y gloria militar perdida de tantos años atrás. En el mes de julio deste año se concordaron en Tortosa los aragoneses y navarros y se aliaron; la voz era favorecerse los unos á los otros contra sus enemigos, en realidad de verdad no era otra cosa sino juntar sus fuerzas para hacer guerra á don Enrique. Fueron entonces restituidas por la reina de Navarra al rey de Aragon las villas de Salvatierra y la Real, que antiguamente eran de aquel reino; hi-

cieron este acuerdo con los aragoneses don Bernardo Folcaut, obispo de Pamplona, y Juan Cruzate, dean de Tudela, á quien el rey Carlos de Navarra al tiempo de su partida dejó por consejeros y coadjutores de la Reina para la gobernacion del reino. En Castilla consultaba el Rey á cuál parte sería mejor acudir primero; resolvióse en enviar á Galicia á Pedro Manrique, adelantado de Castilla, y á Pero Ruiz Sarmiento, adelantado de Galicia, que llevaron algunas compañías de hombres de armas y otras de infantería para defender aquella comarca de los portugueses, que se apoderaran de las ciudades de Compostella, Tuy y del puerto de la Coruña. Euvió asimismo á mandar á su hermano don Tello que él por su parte fuese á la defensa de aquella provincia. Despachados estos socorros para Galicia y despedidas las Cortes, partióse luego á Sevilla con la fuerza de su ejército. A la verdad en el Andalucía era la mayor necesidad que se tenía de su persona, por la guerra que en ella hacían los moros y estar todavía Carmona rebelada y la armada de Portugal, que por aquella costa hacia mucho daño y tenía tomada la boca del río Guadalquivir. Fueron en esta coyuntura muy á propósito las treguas que los maestros de Santiago y Calatrava asentaron con el rey de Granada; recibió gran contento el rey don Enrique con esta nueva, porque si en un mismo tiempo fuera acometido de tantos enemigos, parece que no tuviera bastantes fuerzas para podellos resistir á todos, dividido su ejército en tantas partes. Traían los portugueses en su armada diez y seis galeras y veinte y cuatro naves; mandó el Rey en Sevilla echar veinte galeras al agua, que no se pudieron poner todas en órden de navegar por falta de remos y jarcias, que los tenían dentro de Carmona por órden del rey don Pedro, que las mandó allí guardar para quitar la navegacion á Sevilla, si se intentase rebelar. Por esto hizo venir de la costa de Vizcaya otra armada de navíos y galeras, con que los castellanos quedaron tanto mas poderosos en el mar, que los portugueses no osaron esperar la batalla; antes perdidas tres galeras y dos navíos que les tomaron los contrarios, se volvieron desbaratados á Portugal. A este tiempo se hallaba menoscabada la flota portuguesa á causa que algunas de las galeras eran idas á Barcelona á llevar á don Martín, obispo de Ebro, y á don Juan, obispo de Silves, y á fray Martín, abad del monasterio de Alcobaza, y á don Juan Alfonso Tello, conde de Barcelos, que iban por embajadores para hacer alianza con el rey de Aragon. Mediante la diligencia destes prelados y del Conde, se confederaron estos reyes contra don Enrique en esta forma: que el reino de Murcia y la ciudad de Cuenca y todas las villas y castillos de aquella comarca fuesen para el rey de Aragon, lo demás de Castilla quedase por el rey de Portugal, como señor y rey que ya se intitulaba de Castilla; ítem, que para mayor firmeza desta avenencia tomase el rey de Portugal por mujer á la infanta doña Leonor, hija del rey de Aragon, con cien mil florines de dote; conciertos que no tuvieron efecto por causa que el rey de Portugal se embebeció en otros amores, y aun se casó de secreto con doña Leonor Tellez de Meneses, hija de Alonso Tello, hermano del conde de Barcelos. Asimismo el rey de Aragon alojó en lo tocante á la guerra de Castilla por el peligro en que tenía su isla de Cerdeña, que le traía

en gran cuidado. Por estos días en 15 del mes de octubre murió en Galicia don Tello, señor de Vizcaya; fué hombre de buenas costumbres y en todas sus cosas igual; padeció muchos trabajos, y al cabo vino á estar desavenido con el Rey, su hermano. Dijose entonces á la sorda que un médico de don Enrique, llamado Maestro Romano, le dió yerbas con que le mató, mentira que se creyó vulgarmente, como suele acontecer; lo cierto fué que murió de su enfermedad. Dió el Rey al infante don Juan, su hijo, el señorío de Vizcaya y de Lara, que era de su tío don Tello; estados que desde entonces hasta hoy han quedado incorporados en la corona real de Castilla. Enterraron el cuerpo de don Tello en el monasterio de San Francisco de la ciudad de Palencia; el entierro y obsequias se le hicieron con grande pompa y majestad.

CAPITULO XVI.

De las bodas del rey de Portugal.

De grande importancia fueron las treguas que tan á tiempo se hicieron con el rey de Granada, y no de menor momento echar de la costa de Castilla la armada de los portugueses. Lo que restaba era concluir el cerco de Carmona, que no solo importaba el ganarla por hacerse señor de una tan buena villa, sino tambien era de mucha consideracion, por lo que tocaba á todo el estado de la guerra, quitar aquella guarida á todos los do la parcialidad de don Pedro, que necesariamente eran muchos y los mas soldados viejos y muy ejercitados en las armas. Determinóse pues el rey don Enrique de echar á una parte el cuidado en que le tenía puesto esta villa; venida la primavera del año de 1371, llegó con todo su ejército sobre Carmona y la sitió. Fué este cerco largo y dificultoso, y pasaron entre los cercados y los del Rey algunos hechos notables en las continuas escaramuzas y rebatos que tenían. Los de la villa peleaban con grande ánimo y valor, y muchas veces á la iguala con los que la tenían cercada. Tan confiados y con tan poco temor de sus enemigos, que de día ni de noche no cerraban las puertas, ni jamás rehusaban la escaramuza, si los del Rey la querían; antes los tenían siempre alerta con sus continuas salidas. Sucedió que un día se descuidaron las centinelas por ser el hilo de medio día; los soldados recogidos en sus tiendas por el excesivo calor que hacia; advirtiéronlo desde la muralla los cercados, salieron de improviso de la villa, arremetieron furiosamente, ganaron en un punto las trincheas, y con la misma presteza sin detenerse corrieron derechos á la tienda del Rey para con su muerte fenecer la guerra. Dios y el apóstol Santiago libraron en este día al Rey y al reino, que estuvo muy cerca de succeder un gran desastre, si algunos caballeros, visto el peligro, no le acorrieran prestamente y acudieran á entretener aquella furia é impetu de los enemigos hasta tanto que llegaron mas gente, con cuya ayuda despues de pelear gran rato con ellos dentro de los reales, los forzaron á que se retirasen á la villa tan mal parados, que no se fueron alabando de su osadía. El Rey, visto que no podía ganar por fuerza esta villa, mandóla escalar una noche con gran silencio. Subieron cuarenta hombres de armas y ganaron una torre, pero como lo sintiesen las centinelas y escuchas, tocaron al arma. Alborotáronse los de la villa, primero por pensar que

del todo era entrada, mas vueltos sobre sí y cobrado esfuerzo, rebatieron los que subieran en la muralla. Con el grande peso y prisa de los que bajaban se quebraron las escalas, con que quedaron dentro de la villa presos los mas de los que estaban en la torre. Venido el capitan Martin Lopez de Córdoba, que aquella noche no se halló en la villa, sin ninguna misericordia los hizo matar. El Rey recibió desto grande enojo, y despues de tomada la villa, vengó sus muertes con la de aquel que los mandara matar. Apretóse pues mas de allí adelante el cerco, con no los dejaban entrar bastimentos. El capitan Martin Lopez de Córdoba, forzado de la hambre y necesidad, se dió finalmente á partido. Sin embargo, no obstante la seguridad que el maestre de Santiago le dió, á quien se rindió, le mandó el Rey justiciar en Sevilla, sin respeto del seguro y palabra, á trueco de vengar el enojo y pesar que le hizo en matarle sus soldados. Vinieron á poder del Rey los tesoros y hijos inocentes de don Pedro para que pagasen con perpetua prision los grandes desafueros de su padre. Concluida esta guerra, el rey don Enrique hizo que los huesos de su padre el rey don Alonso, como él lo dejara mandado en su testamento, fuesen trasladados á Córdoba á la capilla real que está detrás del altar mayor de la iglesia catedral, do se ven dos túmulos, el uno del rey don Alonso, y el otro de su padre el rey don Fernando, que tambien está en ella sepultado; aunque son humildes y de madera, no de mala escultura para lo que el arte alcanzaba en aquella era. A la sazón que el rey don Enrique estaba sobre Carmona tuvo nuevas como Pero Fernandez de Velasco le ganó la ciudad de Zamora y la redujo á su servicio, echados della los portugueses, y que sus adelantados Pero Manrique y Pero Ruiz Sarmiento tenían sosegada la provincia de Galicia, ca vencieron en una batalla á don Fernando de Castro, que era el principal autor de las revueltas de aquella comarca, y el que mas se señalaba en favor de los portugueses; y así, perdida la batalla, se fué con ellos á Portugal. En un cuerpo muelle y afeminado con los vicios no puede residir ánimo valeroso ni esforzado, ni se puede en los tales hallar la fortaleza que es necesario para sufrir las adversidades. Quebrantóse mucho el corazón del rey don Fernando de Portugal con los malos sucesos que hemos referido tuvo en la guerra con don Enrique; así oyó de buena gana los tratos de paz en que de parte del rey de Castilla le habló Alfonso Perez de Guzman, alguacil mayor de Sevilla, por cuya buena industria en 4.º de marzo se concluyeron las paces en Alcaútin, villa de Portugal, con estas condiciones: que el rey de Castilla le restituyese los pueblos que durante la guerra le ganara; que la infanta doña Leonor, hija del rey de Castilla, casase con el de Portugal; el dote fuese Ciudad-Rodrigo y Valencia de Alcántara en Extremadura, y Monreal en Galicia. Tuvo el Portugués gran ocasion de ensauchar su reino, mas todo lo pervirtieron los encendidos amores que tenia con doña Leonor de Meneses, como de suso se dijo, que pasaban muy adelante y estaban muy arraigados por tener ya en ella una hija, que se llamaba doña Beatriz. Esto le hizo mudar intento y no efectuar el casamiento con doña Leonor, infanta de Castilla. Envió á su padre una embajada para disculparse de su mudanza y para que le entregasen las villas y ciudades que él tenia

de Castilla, en señal que queria ser su amigo. Aceptó don Enrique el partido y excusas de aquel Rey. En el entre tanto él se casó públicamente con doña Leonor de Meneses; fueron padrinos don Alfonso Tello, conde de Barcelos, y su hermana doña María, tios de la novia, hermanos de su padre; casamiento infeliz y causa de grandes males y guerras que por su ocasion resultaron entre Portugal y Castilla. Antes que este matrimonio se efectuase, como entendiesen los ciudadanos de Lisboa lo que el Rey queria hacer, pesóles mucho dello, y tomadas las armas, fueron con gran tropel y alboroto al palacio del Rey. Daban voces y decian que si pasase adelante semejante casamiento seria en gran menoscabo y desautoridad de la majestad del reino de Portugal, que con él se ensuciaba y escurecia la esclarecida sangre de sus reyes. Mas el obstinado ánimo del Rey no quiso oír las justas querellas de los suyos, ni temió el peligro en que se metía, antes se salió escondidamente de Lisboa, y en la ciudad de Porto públicamente celebró sus bodas, mudado el nombre que doña Leonor tenia de amiga en el de reina. Dióle un gran señorío de pueblos para que los poseyese por suyos, y mandó á los señores y caballeros que se hallaron presentes le besasen la mano como á su reina y señora. Hiciéronlo todos hasta los mismos hermanos del Rey, excepto don Donis, el cual claramente dijo no lo queria hacer, de que el Rey se encolorizó de suerte, que, puesta mano á un puñal, arremetió á él para herille. Libróle por entonces Dios; anduvo por el reino escondido hasta que se pasó al servicio y amistad del rey de Castilla. Desde entonces la nueva Reina comenzó á mandar al Rey y al reino, que no parecia sino que le tenia dados hechizos y quitádole su entendimiento; ella era la gobernadora, por cuya voluntad todas las cosas se hacian. Los caballeros de la casa de los Vazquez de Acuña se fueron desterrados del reino por miedo della, que estaba mal con ellos por la memoria de su primer casamiento y porque ellos fueron los autores del alboroto de Lisboa. Por el contrario, los parientes y allegados de doña Leonor fueron muy favorecidos del Rey, y les dió nuevos estados y dignidades; á don Juan Tello, primo hermano de la Reina, hijo del conde de Barcelos, dió el condado de Viana; á don Lope Diaz de Sosa, su sobrino, hijo de su hermana doña María Tellez de Meneses, el maestrazgo de la caballería de Christus; á otros muchos sus deudos hizo otras mercedes muy grandes. El mas privado del Rey y de la Reina era don Juan Fernandez de Andeiro, gallego de nacion, que en las guerras pasadas de la Coruña, de do era natural, vino á servir al Rey, y por esta causa le hizo conde de Oren. Con este caballero tenia la Reina mucha familiaridad, y estaba muchas veces con él en secreto y sin testigos, de que comunmente se vino á tener sospecha que era deshonesta su amistad, y públicamente se decia que los hijos que paria la Reina no eran del Rey, sino deste caballero. No se supo si esto era como se decia, que muchas veces el vulgo con sus malicias escurece la verdad, por ser los hombres inclinados á juzgar lo peor en las cosas dudosas, en especial cuando se atraviesan causas de envidia y odio. En el fin deste año el Rey don Enrique tuvo Cortes en Toro, en que por estar ya restituidos los pueblos que el rey de Portugal tenia en Castilla, que fué una de las cosas con que él se hizo á

los suyos mas odioso, se decretó que á la primavera se enviase ejército á la frontera de Navarra para cobrar las ciudades y villas que las revoluciones pasadas los navarros usurparon en Castilla. Al arzobispo de Toledo don Gomez Manrique por sus muchos servicios dió el Rey la villa de Talavera, y en trueque á la Reina, cuya era aquella villa, la ciudad de Alcaráz, que era del Arzobispo, el cual adquirió tambien á su dignidad la villa de Yepes. Ordenóse en estas Cortes que los judíos y moros que habitaban en el reino mezclados con los cristianos, que era una muchedumbre grandísima, trujesen cierta señal con que pudiesen ser conocidos. Mandóse tambien bajar el valor de las monedas de cruzados y reales, que dijimos se acuñaron para del aprovechamiento ó interés que se sacase dellas pagar los soldados extraños. No pareció que era bien por entonces consumillas por estar muy gastado el tesoro y hacienda real. En estas mismas Cortes quisiera el Rey que se repartieran entre los señores los otros pueblos de las behetrías que no fueron de la caballería de San Bernardo. Decia el Rey que esta licencia que tenian aquellos pueblos de mudar señores era de mucho inconveniente y causa de grandes escándalos y revueltas. Suplicáronle algunos grandes fuese servido de no hacer novedad en este caso por algunas razones que le representaron; á la verdad lo que principalmente les movia no era el pro común, sino su particular interés; así se quedaron en el estado que antes. Despedidas las Cortes, el rey don Enrique envió su ejército á Navarra como en ellas se acordara. Hizose la guerra algunos dias en aquel reino. Despues se convino con la Reina gobernadora que aquellos pueblos sobre que era la diferencia se pusiesen en secreto y fiidad del sumo pontífice Gregorio XI, lemosin de nacion, que fué en el principio deste año elegido por papa en lugar de su antecesor Urbano V. Este papa Gregorio ilustró asaz su nombre con la restitucion que hizo de la Silla Apostólica á su antiguo asiento de la ciudad de Roma. Entre los cardenales que crió, el primero fué don Pero Gomez Barroso, arzobispo de Sevilla, que falleció el cuarto año adelante en la ciudad de Aviñon. Era este prelado natural de Toledo, y los años pasados tuvo el obispado de Sigüenza. Dió asimismo el capelo á don Pedro de Luna, aragonés, hombre de negocios, y que con sus muchas letras colmaba la nobleza de su linaje. Púsose en los conciertos que el legado del Papa, cuya venida de cada día se esperaba, fuese juez de todas las diferencias y pleitos que tenian Castilla y Navarra. Tomó estos pueblos en fiidad un caballero navarro, que se decia Juan Ramirez de Arellano, muy obligado á don Enrique por la merced que le hizo del señorío de los Cameros en remuneracion del gran servicio con que le obligó cuando no le quiso entregar á los reyes de Aragon y de Navarra en las vistas de Uncastel ó de Sos. Hizo este caballero juramento y pleito homenaje de tener estos pueblos en nombre de su Santidad, y de entregallos á aquel en cuyo favor se pronunciase la sentencia. Desta manera cesó por entonces la guerra entre Navarra y Castilla; sin embargo, poco despues el rey don Enrique fué á Búrgos, y envió su ejército á la frontera de Navarra, y contra lo capitulado, se apoderó de Salvatierra y de Santa cruz de Campezo. Hecho que algunos excusaron, y decian que lo pudo hacer, porque como estas villas de su voluntad se

dieron al de Navarra, así él las podía ahora recibir, que de su voluntad tomaban su voz y se querian reducir á su servicio y obediencia. Logroño y Victoria ni por fuerza ni de grado quisieron por entonces mudar opinion, sino permanecer y tenerse por el rey de Navarra.

CAPITULO XVII.

De otras confederaciones que se hicieron entre los reyes.

Mayor era el miedo de la guerra que amenazaba de la parte del rey de Aragon, enemigo poderoso y que se tenia por ofendido. A muchas ocasiones que se ofrecian para estar mal enojado se allegó otra de nuevo, esto es, la libertad que se dió al infante de Mallorca don Jaime, rey de Nápoles, contra lo que el Aragonés deseaba y tenia rogado por medio del arzobispo de Zaragoza que no le diese libertad por ningun tratado que sobre ello le moviesen. Recelábase y aun tenia por cierto que pretenderia con las armas recobrar á Mallorca, como estado que fué de su padre. Por esta causa se trataron de aliar el Aragonés y el duque Juan de Alencastro para quitar el reino á don Enrique; intentos que se resfriaron por una muy reñida guerra que á esta sazón se encendió entre los franceses ó ingleses. Al rey de Aragon tenia eso mismo con cuidado la guerra de Cerdeña; además que se temia del infante de Mallorca no viniese con las fuerzas de Francia, do se hacian muchas compañías de gente de guerra, á conquistar el estado de Ruisellon, fama que corria hasta decirse cada día que llegaba. El papa Gregorio XI, deseoso de poner paz entre estos príncipes, envió á Aragon al cardenal de Cominge para que los concordase; venido, concertó seratificase el compromiso que tenian hecho, y se pusieron graves penas contra el que quebrantase las treguas que para este efecto se concertaron en 4 dias del mes de enero del año de 1372. Todavía el rey don Enrique, por recelo que el Papa no favoreciese en la sentencia mas al rey de Aragon que á él, enretuvo la conclusion mucho tiempo con dilaciones que buscaba y procurar otros medios para la concordia. En estos dias el mismo rey de Castilla se puso sobre la ciudad de Tuy y la tomó, que la tenian por el rey de Portugal Men Rodriguez de Sanabria y otros forajidos de Castilla. Envió otrosi en ayuda del rey de Francia, para mostrarse grato de la que dél tenia recebida, doce galeras con su almirante micér Ambrosio Bocanegra, capitan famoso y de ilustre sangre. El Almirante, juntado que se hobo con la armada de Francia, desbarató y venció la flota de los ingleses junto á la Rochela, tomólos todos sus bajelos, que eran treinta y seis navíos, prendió al conde de Peñabroch, general de los ingleses, y á otros muchos señores y caballeros, y les tomó una grandísima cantidad de oro que llevaban para los gastos de la guerra que querian hacer en Francia. Lo cual todo juntamente con el General y los prisioneros, que eran sesenta caballeros de espuelas doradas y de timbre, envió á Búrgos al rey don Enrique en señal de su victoria, que fué de las mas señaladas que en aquel tiempo hobo en el mar Océano. Deste Ambrosio Bocanegra, primer almirante de Castilla, decien den como de cepa los condes de Palma. La Rochela, que es una ciudad muy fuerte de Francia en Jantogne, y entonces se tenia por los inglie-

ses, con esta victoria se entregó al rey de Francia, á causa que los ciudadanos, perdida la flota de los ingleses, tomaron las armas y echaron fuera la guarnición que tenían dentro de la ciudad. Derribaron asimismo un castillo que les labraron los ingleses, y levantaron banderas por Francia. Tenia el rey de Aragón tres hijos en su mujer la reina doña Leonor, hija del rey de Sicilia; estos eran el infante don Juan, heredero del reino, y don Martín y doña Costanza, la que arriba dijimos casó con don Fadrique, rey de Sicilia. En el mes de junio deste año se celebraron las bodas del infante don Martín con la condesa doña María de Luna, única heredera del conde don Lope de Luna. Llevó en dote los estados de Luna y de Segorve, y el Rey, padre dél, le dió mas la baronía de Ejerica con título de condado, y poco despues le hizo condestable del reino. El infante don Juan desposó con doña Marta, hermana del conde de Armeñaque, con dote de ciento y cincuenta mil francos; deste matrimonio nació la infanta doña Juana, que casó adelante con Mateo, conde de Fox. En 22 días del mes de agosto á don Bernardino de Cabrera, nieto de don Bernardo de Cabrera, hijo de su hijo el conde de Osona, que por este tiempo falleció, le restituyó el Rey el estado que era de su abuelo, excepto la ciudad de Vique con una legua en contorno. Fúvose lástima á una nobilísima casa como esta, y al Rey y á la Reina remordía la conciencia de la injusta muerte de tan gran señor y buen caballero como fué don Bernardo. Entre Castilla y Portugal se volvió á encender la guerra con mayor cólera y peligro que antes, por ocasion que los portugueses tomaron ciertas naves vizcaínas que iban cargadas de hierro y acero y de otras mercaderías de las que lleva aquella provincia. No se sabe qué fuese la causa por que los portugueses rompiesen la guerra. A los forajidos de Castilla, que eran muchos, por ventura pesaba de la paz y temian de ser en algun concierto entregados á su señor, como se hiciera en tiempo del rey don Pedro. Hallábase á la sazón el rey don Enrique en Zamora, dende envió su embajador á Portugal á que pidiese la restitucion de los navíos, emienda y satisfaccion de los daños, con órden de denunciarles la guerra si no lo quisiesen hacer. Destos principios se vino á las armas. Don Alonso, hijo bastardo del rey de Castilla, fué despachado para que diese guerra á Portugal por la parte de Galicia y cercase á Viena. Al almirante Bocanegra se dió órden que armase doce galeras en Sevilla y fuese con ellas á correr la costa de Portugal. Tenia don Enrique buena ocasion para hacer alguna cosa notable, por estar el rey don Fernando mal avenida con los de su reino. Por no perder esta oportunidad dejó en Zamora el carruaje que le podia embarazar, y entró en Portugal poderosamente destruyendo los campos, robando los ganados y quemando los lugares y aldeas que topaba. Tomó las villas de Almolda, Panel, Cillorico y Linares. Esto fué en los postreros dias deste año. En esto tuvo cartas del cardenal Guido de Boloña, que era legado á Castilla por legado del papa Gregorio á poner paz entre él y el rey de Portugal. Envióle don Enrique á rogar le esperase en Guadalajara, do quedó la Reina. Replicóle el Cardenal que no era justo estarse él quedado sin hacer diligencia en aquello para que el Papa le mandaba, que era

estorbar la guerra que tan trabada veía. Con esto se dió prisa á caminar hasta que llegó á Ciudad-Rodrigo, con intento de hablar á ambos los reyes. En el entre tanto Portugal se abrasaba en guerra y era miserablemente destruido, ca en principio del año de 1373 el rey don Enrique tomó por fuerza de armas y forzó la ciudad de Viseo, que se entiende es la que antiguamente se llamaba Vico Acuario. De allí dió vista á la ciudad de Coimbra; no le pareció detenerse en cercalla, antes se determinó de ir en busca de su enemigo, que tenia nueva alojaba con su ejército en Santaren. Quisiera mucho venir con él á las manos y darle la batalla; pero, aunque llegó cerca del pueblo, no osó el Portugués salir de los muros por no tener suficiente ejército para poder hacer jornada, ni tampoco se fiaba de la voluntad de sus soldados. Sabía que tenia á muchos descontentos; en particular su hermano don Donis se era pasado á Castilla por medio de Diego Lopez Pacheco, caballero portugués, al cual en remuneracion de haber hecho lo mismo, le hizo el Rey merced de Béjar. Este persuadió al infante don Donis, que vió andaba congojado y desabrido, hiciese lo que él, y con esto se vengase de los agravios que de su hermano tenia recibidos. Visto pues que el rey de Portugal esquivaba la batalla el de Castilla pasó á Lisboa. Luego que llegó se apoderó de los arrabales de la ciudad, que entonces no estaban cercados, en que los soldados pusieron fuego á muy ricos edificios. La parte alta de la ciudad, que llaman la villa, era fuerte y bien cercada, y tenia dentro gente valerosa que la defendió esforzadamente, que fué causa que don Enrique no la pudo ganar; pero quemó muchos navíos que surgian en el puerto, otros tomó el armada de Castilla que por mandado del Rey era allí venida; fueron muchos los cautivos que prendieron y grande el despojo que se hobo. En este medio tiempo el Cardenal legado no reposaba, hablaba muchas veces al un rey y al otro sin excusar ningun trabajo, ni el riesgo en que ponía su salud con tantos caminos como hacia. Tanta diligencia puso, que en 28 dias del mes de marzo los reyes y el Legado se hablaron en el rio Tajo en una barca junto á Santaren, y se concertaron debajo de las condiciones siguientes: que el rey de Portugal, dentro de cierto término que señalaron, echase de su reino los forajidos de Castilla, que serian como quinientos caballeros; que los pueblos tomados por ambas las partes en aquella guerra se restituyesen; que doña Beatriz, hermana del rey de Portugal, casase con don Sancho, hermano del rey de Castilla y conde de Alburquerque; y doña Isabel, hija natural del mismo rey de Portugal, casase con don Alonso, conde de Jijon, hijo bastardo del rey don Enrique. Estas fueron las condiciones con que se hicieron las paces; el rey don Fernando dió ciertos rehones para seguridad que cumpliria lo capitulado. Celebráronse luego en Santaren las bodas de don Sancho y de doña Beatriz; doña Isabel se puso en poder del rey don Enrique, que á causa de su edad de solos ocho años no podia efectuarse el matrimonio. Compuestas en esta forma las diferencias que estos principes tenían, hechos amigos se partieron de Santaren; el rey don Enrique volvió toda la fuerza de la guerra contra Navarra, y con su ejército fué á la ciudad de Santo Domingo de la Calzada para

entrar por aquella parte. Intervino tambien el Legado apostólico entre estos reyes, y por su medio se concordaron. El rey de Navarra restituyó al de Castilla las ciudades de Logroño y Victoria; demás desto, se concertaron desposorios entre doña Leonor, hija de don Enrique, y don Carlos, hijo del rey de Navarra, y que se diesen al Navarro ciento y veinte mil escudos de oro, pagados á ciertos plazos por razon de la dote, y en recompensa de lo que tenia gastado en la fortificacion y reparos de los dichos pueblos que entregó al de Castilla. Viéronse los reyes en Briones, villa que está á los mojonos de los dos reinos; allí se hicieron los desposorios de los dos infantes don Carlos y doña Leonor, y por prenda y mayor firmeza destas paces el rey de Navarra envió á Castilla al infante don Pedro, que era el menor de sus hijos, para que se criase en ella. Cuando el rey de Navarra volvió de Francia en España halló que don Bernardo, obispo de Pamplona, y Cruzate, dean de Tudela, los que arriba dijimos dejó por coadjutores de la Reina para lo tocante al gobierno, no habían administrado las cosas como era razon y eran obligados. Indignóse mucho contra ellos, tanto, que de miedo se asentaron fuera del reino. El Dean fué por asechanzas muerto en el camino, sospechóse que por mandado del Rey; el Obispo fué mas dichoso, que tuvo lugar de huirse en Aviñon. De allí pasó á Roma con el papa Gregorio, y murió en Italia sin volver mas á España. Tales fines suelen tener los que no corresponden á la confianza que dellos hacen los príncipes, aunque tambien es verdad que muchas veces en los reinos se peca á costa y riesgo de los que gobiernan, sin culpa ninguna suya; esto especialmente acontece cuando los reyes son fieros é implacables, como se refiere lo era el rey Carlos de Navarra.

CAPITULO XVIII.

De las paces que se hicieron con el rey de Aragon.

Despedidas las vistas de Briones y asentada la esperanza de la paz de España, el rey de Castilla se fué al reino de Toledo, y el de Navarra se tornó á su reino; dende envió á la Reina, su mujer, á Francia para que aplacase y satisficiese aquel Rey, que estaba malamente airado contra él, por entender hobiese persuadido á ciertos hombres que le diesen yerbas, los cuales fueron presos, y convencidos del delito, pagaron con las cabezas. El Navarro, partida su mujer, fué en persona á la villa de Madrid para tratar con el rey don Enrique que dejase la parte de Francia y favoreciese á los ingleses; que si pagaba lo que el rey don Pedro debía al príncipe de Gales del sueldo que él y sus soldados ganaron cuando vinieron á Castilla á restituille en el reino, el rey de Inglaterra y sus hijos el Príncipe y el duque de Alencastre se apartarian de la demanda del reino de Castilla y de los demás derechos que contra él pretendian. Respondió el de Castilla que en ninguna manera desampararia al rey de Francia ni dejaría su amistad, ca tenia muy en la memoria el grande amparo que halló en él cuando salió huido de Castilla; todavia si ellos hiciesen paces con Francia, que de muy buena gana entraria á la parte, y satisfaria con

dineros á los ingleses cuanto señalasen los jueces que para arbitrarlo se podrian nombrar en conformidad. Con tanto el Navarro, sin alcanzar lo que pretendia, se volvió á Pamplona, don Enrique partió para el Andalucía. Siguióse otra pretension y demanda de una buena parte de Castilla. La condesa doña María, hija de don Fernando de la Cerda y de doña Juana, hermana de don Juan de Lara el Tuerto, en Francia casara con el conde de Alanzon, nobilísimo señor de la sangre real de Francia, de quien tenia muchos hijos; envió un embajador á pedir al Rey le mandase entregar los estados de Vizcaya y Lara, que por ser hija de doña Juana de Lara y ser muertos todos los que la precedian en derecho le pertenecian. Venido el Rey del Andalucía á Búrgos, se trató en aquella ciudad deste negocio, que tuvo muy apretados al Rey y á su consejo; por una parte parecia que esta señora pedía razon en que se le admitiese su demanda y se le hiciese justicia; por otra era cosa dura, y de que podian resultar grandes daños, enajenar dos estados de los mas grandes y mas ricos de Castilla y ponerlos en poder de franceses. Despues de muchas consultas y acuerdos respondió el Rey con artificio á la Condesa que holgaria volviessen estos estados á su casa, á tal que le enviase para dárselos dos hijos que se quedasen á vivir en su corte; que Vizcaya y Lara eran tan grandes señoríos, que era forzoso á los reyes de valerse muchas veces del servicio de los señores que los poseian, y por esta causa no podian dejar de residir dentro del reino. Con esta apariencia de buen despacho y de venir en lo justo fué despedido el embajador; mas bien se entendió que no le daban nada, por ser cosa cierta que ninguno de cinco hijos que tenia la Condesa aceptaria la oferta del Rey, como ninguno lo aceptó. Los tres poseian en su tierra tres grandes condados, de Alanzon, Percha y Estampas, y no se quisieron desnaturalizar de su patria, en que eran ricos y poderosos. Los otros dos eran prelados, y no podian heredar estados seculares. Por el mes de octubre deste año Baltasar Espinula, ginovés, vino á Aragon con embajada de los ingleses para confederarse con aquel Rey contra el de Castilla; prometíale, en caso que se ganase aquel reino, las ciudades de Murcia, Cuenca, Sorria y todas las villas adyacentes á ellas. El de Aragon, oida esta demanda, como era sagaz y de grande ingenio, no hizo caso destas ofertas por tener en mas la amistad del rey don Enrique, que en aquella sazón era tenido por famoso capitán, muy poderoso por lo mucho que sus vasallos le querian, y le caía muy cerca de sus estados; además que era mucho de temer tomar por enemigo al que tenia tanta noticia de las cosas de Aragon, y en aquel reino muchos aficionados que ganara el tiempo que anduvo en él huido, y aun en Aragon se tenia entendido que Dios con particular providencia le puso de su mano en aquel reino y le quitó á su contrario. Muchos asimismo se amedrentaban por señales que se vieron en el cielo, en especial un gran temblor de tierra que por el mes de febrero sucedió en el condado de Ribagorza, con que se hundieron muchos pueblos. Los supersticiosos interpretaban que por aquella parte amenazaba algun gran desastre al reino. Dióse á esto mas crédito porque en los confines de Ruisellon se vian ya juntas muchas compañías de hombres de ar-

mas franceses, que tenía asoldadas el infante de Mallorca para hacer guerra en aquel estado. En fin, los pretensos de los ingleses salieron vanos, y por medio de don Luis, duque de Anjou, se comenzó á tratar con mucho calor la paz entre Aragon y Castilla. Vino el Duque á Carcasona con deseo de efectuar estas amistades, por miedo que tenía, si las discordias se continuaban, no se apoderasen de España los ingleses, capitales enemigos de Francia. Enviáronse á Aragon embajadores sobre este hecho; pedia don Enrique que la infanta doña Leonor, hija del rey de Aragon, que estaba prometida á su hijo el infante don Juan, le fuese entregada. No rehusaba el Aragonés de hacer cosa tan justa, si don Enrique le entregase aquellas ciudades que le tenía prometidas. Excusaba él de darlas; alegaba que no tenía obligacion á cumplirle aquella promesa, pues no solo no le ayudó cuando andaba huído y desterrado, antes hizo liga contra él con su cruel enemigo. Finalmente, se concordaron de dejar sus diferencias en mano del legado el cardenal Guido de Boluña, que fué al presente mas dichoso que antes en hacer las paces entre los españoles. En el tiempo que estas cosas se trataban en Aragon, en 13 de octubre el papa Gregorio XI confirmó la regla de los monjes, que comunmente en España se llaman frailes de San Jerónimo, cuyo instituto es aventajarse á las demás religiones en guardar con gran paciencia una estrecha y loable clausura y ocuparse los dias y las noches con suavisimo canto y dulce melodía en perpetuas alabanzas de Dios. Ha crecido mucho en España esta religion, y poseen muchas y muy ricas casas de magníficos y sumptuosísimos edificios. El hábito destes religiosos es las túnicas y lo interior de lana blanca, la capas de paño buriel. Dieron principio á esta santa religion ciertos ermitaños italianos, que, encendidos con el deseo de servir á nuestro Señor, hicieron su habitacion en un lugar apartado cerca de la ciudad de Toledo, en que al presente está el monasterio de aquella órden llamado de la Sisla, del nombre de una aldea que allí estaba antiguamente. Creció la opinion de su santidad, con que tomaron su modo de vivir y se le juntaron algunos hombres principales, que fueron Fernando Yañez, capellan mayor de los Reyes Viejos y canónigo de la santa iglesia de Toledo, y don Aloaso Pecha, obispo de Jaen, que renunció su obispado, y su hermano Pedro Fernandez Pecha, camarero que fuera del rey don Pedro. El primer monasterio que se fundó debajo destas constituciones y regla, fué junto á la ciudad de Guadalajara, encima de un pueblo que se llama Lupiana, en una ermita que les dió este mismo año el arzobispo don Gomez Manrique. Despues por la magnificencia de los reyes y otros señores de Castilla se han edificado otras muchas casas. Los años adelante salió tambien desta religion la de los isidorianos ó Isidros. En el mes de diciembre, como quier que no se concertasen las paces entre los reyes de Castilla y de Aragon, selicieron treguas hasta el dia de Pentecostes, pascua de Espíritu Santo; asentaron estas treguas los procuradores destes reyes, que fueron por el de Aragon don Juan, conde de Ampúrias, su primo hermano y yerno, ca estaba casado con doña Juana, hija del Rey, y por el de Castilla Juan Ramirez de Arellano, señor de los Cameros. En el año de 1374

Juan, duque de Alencastre, con un grueso ejército pasó al puerto de Cales, llamado lecio por los antiguos, que está en los morinos, provincia de la Gallia Bélgica. Juntóse con él Juan de Monforte, duque de Bretaña, que andaba en deservicio del rey de Francia, y favorecía á los ingleses por estar casado con una hermana del de Alencastre. Entraron estos príncipes con sus gentes en el Artoes y Vermandoes; hicieron gran estrago en los campos, villas y aldeas que topaban, y bartos ya de los robos y muertes que dejaron asoladas aquellas provincias, enderezaron su camino al ducado de Guiena, y pasado el rio Ligeris, llamado hoy Loire, llegaron á Burdeos con pensamiento de entrar en España y conquistar el reino de Castilla. Enviaron sus embajadores á los reyes de Aragon y de Navarra para que les asistiesen y ayudasen; mas el Aragonés y el Navarro eran prudentes y sagaces, no quisieron por una esperanza incierta de interés ponerse en un peligro cierto de ser destruidos, sino como muchos hombres suelen hacer, les pareció seria mejor estarse á la mira y tomar el partido conforme las cosas se encaminasen. El rey don Enrique, avisado de la tempestad que sobre él venia, estaba con gran cuidado. Acudió á Búrgos para resistir y juntar sus gentes de todas las partes del reino, y hacer de nuevo otras muchas compañías. Llamó particularmente á los soldados viejos, cuyo valor tenía experimentado en las guerras pasadas. Acudieron al tanto todos los grandes con gran deseo de servir y acompañar á su Rey. Los mismos que en las revueltas pasadas le fueron contrarios, en esta ocasion le querían recompensar y con su diligencia y alegría dar ciertas muestras del amor y lealtad con que le servian; de suerte que los que de antes andaban divisos en bandos y parcialidades, visto el riesgo que corrían de ser señoreados por extraños, se juntaron en una conformidad para defender su patria y su libertad; verdad es que en 19 de marzo sucedió en aquella ciudad un gran desastro que causó en todos gran pesar y tristeza, esto es, que el conde de Alburquerque don Sancho, hermano del Rey, por apaciguar una revuelta que se levantó entre sus soldados y los de Pero Gonzalez de Mendoza sobre las posadas, sin ser conocido, por ser la refriega de noche, fué herido en el rostro con una lanza por un hombre de armas, de que desde á un rato murió. Alborotóse el Rey, como era razon, por la muerte tan desgraciada de su hermano; pero no hizo demostracion por suceder acaso y por ignorancia. La condesa doña Beatriz, mujer del muerto, quedó preñada y parió á doña Leonor, que casó con el infante don Fernando, adelante rey de Aragon. Despues que el rey don Enrique tuvo junto su ejército, partió de Búrgos, y cerca de la villa de Bañares hizo alarde; halló que tenía mil y docientos caballos y cinco mil infantes, todos gente escogida, y que con su valor suplían el pequeño número, y estaban prestos para acudir á la parte que fuese menester. Amenazaba esta hueste principalmente, así á los de Aragon, porque ya espiraban las treguas, como á los ingleses de Francia, de quienes se tenían nuevas sordas que no pasaban ya en España, porque su ejército se hallaba muy menoscabado y menguado, á causa que Filipo, duque de Borgoña, y un famoso capitán llamado Juan de Viena, que era almirante de Francia, vinieron en pos

dellos, y por todo el camino les hicieron grandes daños; que de treinta mil combatientes que eran, casi no llegaban á seis mil cuando entraron en Burdeos. Ofrecíase buena ocasion de hacer alguna cosa notable, y echar á los ingleses de toda Francia; parecia que ya la fortuna y buena dicha de la guerra los desamparaba y favorecia á los franceses. Luis, duque de Anjou, escribió al rey don Enrique que juntasen sus fuerzas y cercasen á Bayona, ciudad de los antiguos tarbellos. Decia que esto importaba mucho para ganar reputacion, si diesen á entender que eran poderosos, no solamente para defenderse de sus enemigos, sino tambien para irles á hacer guerra dentro de su casa. Con esto animado el rey don Enrique, pasó á Bayona, y la cercó en los postreros del mes de junio; mas como sobreviniesen muchas aguas, que impedian las labores que se hacian para combatir la ciudad, y faltasen bastimentos, que por ser muy estéril la provincia de Vizcaya de que se proveian, bastecia mal el ejército, cansados todos con estas descomodidades, levantaron el cerco y se volvieron á Castilla. Asimismo el duque de Anjou no pudo venir, como tenia prometido, por estar ocupado en el cerco de Montalvan. Sirvió muy bien en esta jornada al rey don Enrique Beltran de Guevara, señor de la villa de Oñate y de la casa de Guevara; y á la venida de Bayona en remuneracion de sus servicios le hizo merced del valle de Leñiz con su acostumbrada largueza en hacer dádivas, cosa que puso en necesidad á los reyes sus descendientes de reformallas. En el mes de agosto el infante de Mallorca entró por el condado de Ruisellon con un grande y poderoso ejército, con el cual las fuerzas de los aragoneses no se pudieran igualar, si se hubiera de hacer jornada y dar la batalla. Prevaleció en este aprieto la buena dicha de Aragon, que en esta entrada no hizo el infante cosa notable mas de desbaratar algunas banderas de enemigos con muy poco provecho suyo y llevar alguna presa de hombres y de ganados. Los que en esta entrada del infante padecieron mayores daños fueron los del condado de Urgel. Por otra parte, el señor de Bearne y Jofre Recco, breton, que tenian muchos pueblos y vasallos en Castilla, sea por órden del rey don Enrique, ó de su propio motivo, hicieron entrada en los campos de Borgia y molestaron con guerra toda su tierra, combatiendo algunas villas, destruyendo y abrasando las aldeas, labranzas, rozas y heredades de aquella comarca. En estos dias el rey de Aragon envió á Inglaterra á Francés de Perellos, vizconde de Roda, á pedir ayuda al duque de Alencastro y á convidalle se confederase con él; y como este embajador con recio temporal corriesse fortuna y aportase á la costa de Granada, fué preso por mandado del rey Moro, y encarcelados los mercaderes catalanes en venganza de que Pedro Bernal, capitan de unas galeras de Aragon, pocos dias tomara una nave del rey de Granada, que enviaba á Túnez con ciertos recados suyos. Pretendia el Moro otrosí en prender estos aragoneses hacer placer al rey de Castilla, cuyos enemigos eran. Con tantos desastres y malos sucesos, ¿qué podian hacer los de Aragon? ¿De quién valerse? ¿Qué ayudas podian buscar? El rey don Enrique pretendia sanar al rey de Aragon, y no destruir al que con su ayuda fué parte para que él llegase á la cumbre de

alteza en que al presente se veia; con este fin envió otra vez á Barcelona por embajadores á Juan Ramirez de Arellano y al obispo de Salamanca para que hiciesen paz con él. En 3 de noviembre deste año en el castillo de Evreux en Normandía murió doña Juana, reina de Navarra, por cuyas lágrimas muchas veces su hermano el rey de Francia perdonó grandes ofensas que su marido le tenia hechas. Al presente en esta ida que hizo á Francia, como quier que hallase cerradas las orejas del hermano, recibió tan grande pena, que della le sobrevino una dolencia que la acabó. Su cuerpo sepultaron en el monasterio de San Dionisio entre los reyes sus antepasados; hicieronle las obsequias con real pompa y aparato. Su marido dió nuevas ocasiones para que con mucha razon el pueblo le aborreciese, porque persiguió con muertes, destierros y confiscaciones de bienes á los parientes y allegados de aquellos que en las revueltas y calamidades de aquel tiempo siguieran el partido de sus enemigos. Si estos castigos él los hiciera en las personas de los que le ofendieron, pudiérase excusar el dolor de la ofensa y el deseo de la venganza, mas pagaban los inocentes por los culpados. Sobre los trabajos que hemos referido que padecia el reino de Aragon con las guerras le vino otro muy mayor de una gran hambre que en este año padeció toda aquella provincia, mas algun tanto se remedió con trigo que se trujo de Africa. Fuéles por otra parte provechosa esta hambre, porque compellidos della se fueron del reino sus enemigos: En Castilla asimismo, se pasaron los franceses á buscar mantenimientos, luego en principio del año de 1375 murió de enfermedad su capitan el infante de Mallorca don Jaime, rey de Nápoles; enterraron su cuerpo en la ciudad de Soria en el monasterio de San Francisco. Acompañó en esta guerra al infante su hermana doña Isabel, que estaba casada con el marqués de Monferat, animada de la esperanza que tenia de vengar las injurias que el Rey, su padre, recibió del rey de Aragon. Esta señora, muerto su hermano, se hizo cabeza, y debajo de su conducta se volvió el ejército de los franceses á sus casas. En aquella tierra renunció ella y cedió los derechos paternos que tenia contra la casa de Aragon, en Luis, duque de Anjou, hermano del rey de Francia, de que se recrecieron nuevos pleitos y debates, en sazón que las paces entre los reyes de Castilla y de Aragon se concluyeron por intervencion y diligencia de la reina de Castilla doña Juana, que para este efecto fué á la villa de Almazan. Por parte del rey de Aragon se hallaron allí el arzobispo de Zaragoza y Ramon Alaman de Cervellon. En 12 dias del mes de abril se concluyeron y firmaron las paces con estas condiciones: que la infanta doña Leonor, que antes estaba otorgada al infante don Juan, le fuese entregada para que se celebrase el matrimonio; en dote le señalaron docientos mil florines, que al rey don Enrique dió prestados el rey de Aragon en los principios de las guerras civiles; que Molina se restituyese al de Castilla, que á ciertos plazos contaria al de Aragon ciento y ochenta mil florines por los gastos de la guerra. La nueva desta concordia, que se entendia seria por muchos tiempos, se festejó en ambos reinos con parabienes por la paz y grandes banquetes que se hicieron, juegos, fiestas y alegrías por la esperanza que tenian que despues de

tantas tempestades y guerras se seguiría en toda España la quietud y sosiego por tanto tiempo deseado, y la luz clara se les mostraría despues de una escuridad tan larga y tan espesas tinieblas.

CAPITULO XIX.

Algunos casamientos de principes.

Fué este año dichoso, no solamente para España, sino tambien para todo el mundo y toda la cristiandad, á causa que Gregorio XI, pontífice máximo, honra de los papas, dejado Aviñon, donde estuvo la Silla Apostólica por espacio de setenta años, la restituyó al sagrado asiento y casa de sus antecesores, y se fué á residir lo que le restaba de vida á la santa ciudad de Roma; varon verdaderamente grande y digno de loa inmortal. Las grandes revoluciones de Italia no sufrían la ausencia de los papas. La virgen santísima Catarina de Sena, de quien hay doce cartas escritas á Gregorio, fué la que principalmente le movió á tomar este saludable consejo contra lo que sentían algunos cardenales. Decíale con un celo santo y elocuencia del cielo que en cosa tan claramente conveniente, y que á él solo tocaba, no tomase acuerdo con nadie, sino que usase de su propio arbitrio y parecer. Beltran Claquin, por haber ganado grandes honras en Francia y acrecentado su estado con el condado de Longavilla, vendió en esta sazón al rey don Enrique la ciudad de Soria y las villas de Atienza y Almazan y los demás pueblos que le diera en Castilla por precio de docientas y sesenta mil doblas, que para aquel tiempo fué una suma asaz grande. La mayor parte le pagó en veinte y seis prisioneros nobilísimos de los que prendió la armada de Castilla en la batalla de la Rochela; por el dinero restante le dió en rehenes á un hijo de don Juan Ramirez de Arellano, llamado como su padre, por estar el tesoro del Rey tan gastado, que no se pudo contar de presente. Para celebrar las bodas de los infantes de Castilla y de Navarra se escogió la ciudad de Soria por estar en los confines de ambos reinos; y por hallarse en lugar tan acomodado para ello quiso el rey don Enrique hacer juntamente las bodas de ambos hijos, como lo tenía concertado. A la infanta doña Leonor trujeron de Aragon á Soria Lope de Luna, arzobispo de Zaragoza, y el embajador Cervellon con gran acompañamiento de señores y caballeros de aquel reino. Vino otrosí á esta ciudad á celebrar su matrimonio el infante don Carlos, hijo del rey de Navarra. Hízose el casamiento de doña Leonor, hija de don Enrique, en 27 días del mes de mayo. Túvose respeto en dar el primer lugar al infante de Navarra por ser huésped. En 19 días del mes de junio se veló el de Castilla don Juan con su esposa doña Leonor. Todo estaba lleno de juegos, fiestas y rogaciones, no solo en Soria, sino en todo lo demás de España, por la esperanza que los hombres tenían concebida de una larga paz y estable felicidad. En estos dias vinieron nuevas que don Fernando de Castro, hermano de doña Juana de Castro, el que dijimos que el año pasado se fué á Portugal, murió en Inglaterra. Tenia esperanzas de volver á Castilla y ser restituído por las armas en su patria. Súpose otrosí que Fernando de Tovar, capitán entre los de aquel tiempo de la fama, con la armada de

Castilla hizo grandes daños en la costa de Inglaterra, destruyendo, robando, quemando y asolando muchos pueblos y campos, rozas y labranzas de aquella ista. De Soria, concluidas las fiestas, se pasó el rey don Enrique á Búrgos; príncipe esclarecido en las demás naciones, y en su reino bienquisto. Tenia intento por el favor que halló en Francia de acudirle con todas sus fuerzas contra los ingleses y pagalles el bien que della recibió, á la sazón que don Alonso, su hijo, conde de Bizon, con ligereza juvenil, mudado de voluntad acerca del casamiento con doña Isabel, hija del rey de Portugal, por no efectuarle se fué á Francia y á la Rochela por mar, mas el Rey, su padre, le hizo venir desde á pocos dias. En los postreros dias deste año falleció don Gomez Manrique, arzobispo de Toledo. Juntáronse en su cabildo los canónigos de aquella iglesia para elegir sucesor; no se concordaron, antes, divididos los votos, los unos eligieron á don Pedro Fernandez Cabeza de Vaca, dean de la misma iglesia; los otros nombraron á don Juan Garcia Manrique, sobrino del difunto, que era hijo de su hermano el adelantado Garci Fernandez Manrique, y de arcediano de Talavera le pasaran primero á ser obispo de Orense, y despues de Sigüenza; favorecia á este el Rey con grandes veras, porque era afín y allegado de don Juan Ramirez de Arellano. El Arzobispo difunto avisó á su muerte que no eligiesen en su lugar al dicho su sobrino, porque era inquieto, sino al dean. Acudieron al papa Gregorio para que determinase estas diferencias; él, no teniendo por canónica ninguna de las dos elecciones, dió el arzobispado á don Pedro Tenorio, y de la iglesia de Coimbra, cuyo obispo era, le pasó á la de Toledo, varon de muchas prendas, letras y erudicion. En Italia y Francia anduvo peregrinando y desterrado; estudió en Tolosa y Aviñon y Perosa; en el estudio de Boloña tuvo por maestro á Baldo, famoso jurista, y él mismo leyó derechos en Roma. Fué hombre de grande prudencia por el uso y experiencia que tenia de muchos negocios, de grande pecho y valor, aventajado entre los hombres mas señalados de aquel tiempo. Fué arcediano de Toro en la iglesia de Zamora; su padre, Juan Tenorio, comendador de Estepa y trece de la órden de Santiago; su madre, doña Juana, está enterrada en la colegial de Talavera; sus hermanos Juan Tenorio y Melendo Rodriguez anduvieron con él desterrados en tiempo del rey don Pedro. Su hermana doña María Tenorio casó con Fernan Gomez de Silva, cuyo hijo Alonso Tenorio fué adelantado por su tío de Cazorla. Murieron por estos dias algunos varones principales de Navarra, en particular don Rodrigo Urriz, señor rico y de grande autoridad, fué por mandado de su Rey preso y degollado en la ciudad de Pamplona en los últimos dias de marzo del año de 1376. Causáronle la muerte unos tratos mal encubiertos que traia con el rey de Castilla. Era fama se queria pasar á él, y entregalle los castillos de Tudela y Caparrosos; yo sospecho que sin razon y falsamente se creyó esto, porque no es verisímil quisiese turbar aquel caballero tan presto la paz que se acababa de asentar. Don Bernardo Folcaut, obispo de Pamplona, murió en 7 de julio en Italia en la ciudad de Anagnina, donde vivia desterrado de su iglesia; la libertad, gravedad y autoridad deste Prelado le hicieron odioso á su Rey, ó por haberse mal gobernado, como arriba

queda apuntado. Fué elegido en su lugar don Martin Calva, doctísimo en ambos derechos pontificio y cesáreo, y tenido por tan eminente, que muchos le igualaban á Baldo, tan famoso letrado y excelente en aquella facultad. Don Fadrique, rey de Sicilia, falleció en Messina á 27 dias del mes de julio; dejó por heredera del reino y de los ducados de Atenas y de Neopatria á su

hija doña María, de que resultaron nuevas esperanzas, y á muchos príncipes se les dió materia de diferencias y debates sobre la pretension del casamiento desta Infanta y codicia del reino de Sicilia. Amenazaban otrosí nuevas pretensiones y revoluciones, en particular á los aragoneses se les presentó buena ocasion de dilatar y ensanchar sus estados.

INDICE.

	Pág.		Pág.
DISCURSO PRELIMINAR.	v	Cap. xvii. — De una nueva guerra que se emprendió en Africa.	47
PRÓLOGO DEL AUTOR.	li	Cap. xviii. — Cómo los Scipiones fueron muertos en España.	48
LIBRO PRIMERO. — CAPÍTULO PRIMERO. — De la venida de Tubal y de la ferilidad de España.	1	Cap. xix. — Cómo Lucio Marcio reprimió el atrevimiento de los cartagineses.	49
Cap. ii. — Del asiento y circunferencia de España.	2	Cap. xx. — Cómo Publio Scipion tomó á Cartagena.	50
Cap. iii. — De los montes y rios principales de España.	3	Cap. xxi. — Cómo Asdrúbal Barquino fué vencido por Scipion.	52
Cap. iv. — De dos divisiones de España, la antigua y la moderna.	4	Cap. xxii. — Cómo echaron los cartagineses de España.	id.
Cap. v. — De las lenguas de España.	6	Cap. xxiii. — De otras cosas que Scipion hizo en España.	53
Cap. vi. — De las costumbres de los españoles.	id.	Cap. xxiv. — Cómo Scipion venció á Cartago en Africa.	54
Cap. vii. — De los reyes fabulosos de España.	7	Cap. xxv. — Cómo M. Porcio Caton, siendo cónsul, vino á España.	55
Cap. viii. — De los Geriozes.	8	Cap. xxvi. — De diferentes pretores que vinieron á España.	57
Cap. ix. — Del rey Hispato y de la muerte de Hércules.	10	LIBRO III. — CAPÍTULO PRIMERO. — Del principio de la guerra de Numancia.	59
Cap. x. — De Hespero y Atlas, reyes de España.	11	Cap. ii. — Cómo Publio Cornelio Scipion vino por legado ó lugarteniente á España.	61
Cap. xi. — De Siculo, rey de España.	12	Cap. iii. — De la guerra de Viriato.	62
Cap. xii. — De diversas gentes que vinieron á España.	13	Cap. iv. — De lo que Cecilio Metello hizo en España.	64
Cap. xiii. — De las cosas de Abides y de la general sequedad de España.	15	Cap. v. — Cómo Viriato fué muerto.	65
Cap. xiv. — Cómo los celtas y los de Rodas vinieron á España.	17	Cap. vi. — Cómo revolvió la guerra de Numancia.	66
Cap. xv. — De la venida de los de Fenicia á España.	18	Cap. vii. — De la confederacion que el consul Mancino hizo con los numantinos.	67
Cap. xvi. — Cómo los cartagineses tomaron á Ibiza y acometieron á los mallorquines.	19	Cap. viii. — Cómo Cayo Mancino fué entregado á los numantinos.	id.
Cap. xvii. — De la edad de Argantonio.	20	Cap. ix. — Cómo Scipion, hecho cónsul, vino á España.	68
Cap. xviii. — Cómo los fenicios trataron de apoderarse de España.	21	Cap. x. — Cómo Numancia fué destruida.	69
Cap. xix. — Cómo los cartagineses se levantaron contra los de Cádiz.	23	Cap. xi. — De lo que sucedió en España despues de la guerra de Numancia.	71
Cap. xx. — Cómo Sazon vino en España.	25	Cap. xii. — Cómo se comenzó la guerra de Sertorio.	72
Cap. xxi. — Cómo Himilcon y Hannion descubrieron nuevas navegaciones.	26	Cap. xiii. — Cómo Metello y Pompeyo vinieron á España.	73
Cap. xxii. — De la navegacion de Hannon.	27	Cap. xiv. — Cómo Sertorio fué vencido y muerto.	75
LIBRO II. — CAPÍTULO PRIMERO. — Que Hannon y sus hermanos volvieron á su tierra.	28	Cap. xv. — Cómo Cayo Julio César vino en España.	id.
Cap. ii. — De las cosas por los españoles hechas en Sicilia.	29	Cap. xvi. — Del principio de la guerra civil en España.	77
Cap. iii. — Cómo la guerra de Sicilia se movió de nuevo.	31	Cap. xvii. — Cómo los pompeyanos fueron en España vencidos.	78
Cap. iv. — De lo que hizo Hannon.	32	Cap. xix. — De lo que Longino hizo en España.	79
Cap. v. — De una embajada que se envió á Alejandro, rey de Macedonia.	id.	Cap. xx. — Cómo en España se hizo la guerra contra los hijos de Pompeyo.	80
Cap. vi. — De la primera guerra púnica contra Cartago.	34	Cap. xxi. — Cómo César volvió á Roma.	81
Cap. vii. — Cómo Amilcar vino otra vez á España.	36	Cap. xxii. — Cómo despues de la muerte del César se levantaron nuevas alteraciones en España.	82
Cap. viii. — De lo que Asdrúbal hizo.	37	Cap. xxiii. — De la cueña llamada era.	id.
Cap. ix. — De la guerra saguntina.	38	Cap. xxiv. — De la guerra de Cantabria.	84
Cap. x. — Del principio de la segunda guerra púnica contra Cartago.	40	LIBRO IV. — CAPÍTULO PRIMERO. — De la venida del Hijo de Dios al mundo.	87
Cap. xi. — Cómo Antbal pasó en Italia.	42	Cap. ii. — De los emperadores Cayo y Claudio.	88
Cap. xii. — De lo que sucedió por el mismo tiempo en España.	id.	Cap. iii. — Del emperador Domitio Neron.	90
Cap. xiii. — De la batalla que se dió junto al lago Trastimeno.	43	Cap. iv. — De los emperadores Flavio Vespasiano y sus hijos.	92
Cap. xiv. — Cómo Publio Scipion vino á España.	44	Cap. v. — De los emperadores Nerva, Trajano y Adriano.	94
Cap. xv. — Cómo Asdrúbal no pudo entrar en Italia.	45		
Cap. xvi. — Cómo los cartagineses fueron maltratados en muchas partes de España.	46		

	Pág.		Pág.
Cap. vi. — De los tres emperadores Antoninos.	96	Cap. vii. — De los reyes don Alonso, Mauregato y don Bermudo.	200
Cap. vii. — De los emperadores Severo y Caracalla.	97	Cap. viii. — De Elipando, arzobispo de Toledo.	201
Cap. viii. — De los emperadores Heliogábalo y Alejandro.	98	Cap. ix. — De los principios de don Alonso el Casto.	202
Cap. ix. — De los emperadores Maximino, Gordiano y Filipo.	99	Cap. x. — Cómo se halló el cuerpo del apóstol Santiago.	203
Cap. x. — De los emperadores Valeriano, Gallieno, Claudio y Aureliano.	100	Cap. xi. — Cómo Carlo Magno vino en España.	204
Cap. xi. — De algunos otros emperadores.	102	Cap. xii. — De lo demás que hizo el rey don Alonso.	206
Cap. xii. — De los emperadores Diocleciano y Maximiano.	103	Cap. xiii. — Del rey don Ramiro.	207
Cap. xiii. — En qué parte de España está Elbora.	104	Cap. xiv. — Cómo los normandos vinieron á España.	209
Cap. xiv. — La descripción de Elbora.	105	Cap. xv. — De muchos mártires que padecieron en Córdoba.	id.
Cap. xv. — De los emperadores Constancio y Galerio.	106	Cap. xvi. — Del rey don Ordoño.	211
Cap. xvi. — Del emperador Constantino Magno.	107	Cap. xvii. — De los principios del rey don Alonso el Magno.	212
Cap. xvii. — De los hijos del gran Constantino.	109	Cap. xviii. — De un concilio que se celebró en Santiago y en Oviedo.	214
Cap. xviii. — De los emperadores Juliano y Joviano.	111	Cap. xix. — De lo demás que sucedió en el reinado de don Alonso.	215
Cap. xix. — De los emperadores Valentiniano y Valente.	id.	Cap. xx. — De los reyes don García y don Ordoño el Segundo.	217
Cap. xx. — De los emperadores Graciano, Valentiniano y Teodosio.	112	LIBRO VIII. — CAPÍTULO PRIMERO. — De los principios del reino de Navarra.	219
Cap. xxi. — De los emperadores Arcadio y Honorio.	115	Cap. ii. — De los condes de Castilla.	222
LIBRO V. — CAPÍTULO PRIMERO. — Cómo diversas naciones vinieron á España.	116	Cap. iii. — De don Fruela el Segundo, rey de Leon.	223
Cap. ii. — Cómo los godos vencieron á las demás naciones bárbaras en España.	119	Cap. iv. — De don Sancho Abarca, rey de Navarra.	id.
Cap. iii. — Del reino de Teodoro.	121	Cap. v. — De don Alonso el Cuarto y don Ramiro el Segundo, reyes de Leon.	224
Cap. iv. — De Turismundo y Teodorico.	124	Cap. vi. — De don Ordoño, tercero deste nombre, rey de Leon.	227
Cap. v. — De la muerte del rey Teodorico y del rey Eurico.	126	Cap. vii. — De don Sancho el Gordo, rey de Leon.	228
Cap. vi. — Del reino de Alarico.	128	Cap. viii. — De don Ramiro el Tercero, rey de Leon.	231
Cap. vii. — De los reyes Gesaleico, Teodorico y Amalarico.	130	Cap. ix. — De don Bermudo el Gotoso, rey de Leon.	233
Cap. viii. — De los reyes Teudis y Teudiselo.	133	Cap. x. — De don Alonso el Quinto, rey de Leon.	237
Cap. ix. — De los reyes Agila y Atanagildo.	135	Cap. xi. — De lo demás que sucedió en tiempo del rey don Alonso.	240
Cap. x. — De las dos hermanas Galsuinda y Brunequilde.	137	Cap. xii. — De don Bermudo el Tercero, rey de Leon.	241
Cap. xi. — De los reyes Liuva y Leuvigildo.	138	Cap. xiii. — De don Sancho el Mayor, rey de Navarra.	242
Cap. xii. — De la guerra de Hermenegildo.	140	Cap. xiv. — De la muerte del rey don Sancho.	243
Cap. xiii. — De la muerte del rey Leuvigildo.	143	LIBRO IX. — CAPÍTULO PRIMERO. — Del estado de las cosas de España.	245
Cap. xiv. — De los principios del rey Recaredo.	146	Cap. ii. — De las guerras que hizo el rey don Fernando contra moros.	246
Cap. xv. — Del Concilio toledano tercero.	148	Cap. iii. — Cómo trasladaron los huesos de san Isidoro de Sevilla á Leon.	248
LIBRO VI. — CAPÍTULO PRIMERO. — De la muerte del rey Recaredo.	149	Cap. iv. — Cómo don García, rey de Navarra, fué muerto.	249
Cap. ii. — De los reyes Liuva y Witerico y Gundemaro.	151	Cap. v. — Que España quedó libre del imperio de Alemania.	251
Cap. iii. — Del reinado de Sisibuto.	153	Cap. vi. — Lo restante del rey don Fernando.	253
Cap. iv. — De los reyes Suintila y Rechimiro.	155	Cap. vii. — Que murió don Ramiro, rey de Aragon.	254
Cap. v. — Del rey Sisenando.	156	Cap. viii. — Cómo don Sancho, rey de Castilla, hizo guerra á sus hermanos.	255
Cap. vi. — Del rey Chintila.	157	Cap. ix. — Cómo el rey don Sancho murió sobre Zamora.	258
Cap. vii. — De la vida y muerte del bienaventurado san Isidoro.	158	Cap. x. — Cómo volvió el rey don Alonso á su reino.	id.
Cap. viii. — De los reyes Tulga, Chindasvinto y Recesvinto.	160	Cap. xi. — De los principios del rey don Alonso el Sexto.	260
Cap. ix. — De tres concilios de Toledo.	161	Cap. xii. — Cómo el rey don Sancho de Navarra fué muerto por su hermano.	261
Cap. x. — De la vida de san Ildefonso.	163	Cap. xiii. — Que Almenon, rey de Toledo, y don Ramon, conde de Barcelona, fallecieron.	262
Cap. xi. — De la muerte del rey Recesvinto.	165	Cap. xiv. — Cómo los normandos fueron á Italia.	id.
Cap. xii. — De la guerra narbonense, que se hizo en tiempo del rey Wamba.	166	Cap. xv. — Que se emprendió la guerra contra Toledo.	264
Cap. xiii. — Del castigo de los conjurados.	170	Cap. xvi. — Cómo se ganó la ciudad de Toledo.	266
Cap. xiv. — De las demás cosas del rey Wamba.	id.	Cap. xvii. — Cómo don Bernardo fué elegido por arzobispo de Toledo.	268
Cap. xv. — De los nombres de los obispos que habla en tiempo de Wamba.	172	Cap. xviii. — Cómo se quitó el Breviario mozárabe.	270
Cap. xvi. — De otra division de obispos que hizo Constantino Magno.	173	Cap. xix. — De los principios del primado de Toledo.	271
Cap. xvii. — Del rey Ervigio.	174	Cap. xx. — De las mujeres e hijos del rey don Alonso.	273
Cap. xviii. — Del rey Egica.	175	LIBRO X. — CAPÍTULO PRIMERO. — De nuevas guerras que hubo en España y en la Suria.	274
Cap. xix. — Del rey Wilita.	177	Cap. ii. — Cómo don Sancho Ramirez, rey de Aragon, fué muerto.	277
Cap. xx. — De la genealogía destes reyes.	178	Cap. iii. — Cómo don Bernardo, arzobispo de Toledo, se partió para la guerra de la Tierra-Santa.	279
Cap. xxi. — De los principios del rey don Rodrigo.	id.	Cap. iv. — Cómo el Cid ganó á Valencia.	281
Cap. xxii. — De la primera venida de los moros en España.	180	Cap. v. — Cómo fallecieron el papa Urbano, el rey Juzef y el infante don Sancho.	282
Cap. xxiii. — De la muerte del rey don Rodrigo.	181	Cap. vi. — De don Diego Gelmirez, obispo de Santiago.	284
Cap. xxiv. — Que los cristianos se fueron á las Asturias.	183	Cap. vii. — De la muerte de los reyes don Pedro el Primero de Aragon, y don Alonso el Sexto de Castilla.	285
Cap. xxv. — Cómo Muza vino á España.	184	Cap. viii. — Del reinado de doña Urraca.	287
Cap. xxvi. — De los años de los árabes.	186		
Cap. xxvii. — De lo que hizo Abdalasis.	187		
LIBRO VII. — CAPÍTULO PRIMERO. — Cómo el infante don Pelayo se levantó contra los moros.	188		
Cap. ii. — Cómo los moros fueron por don Pelayo vencidos.	191		
Cap. iii. — Lo demás que hizo don Pelayo.	192		
Cap. iv. — Del rey don Alonso, llamado el Católico.	195		
Cap. v. — De dos linajes los mas principales entre los moros.	196		
Cap. vi. — De los reyes Froila, Aurelio y Silon.	193		

	Pág.
Cap. ix. — De la guerra de Mallorca.	290
Cap. x. — De la guerra de Zaragoza.	291
Cap. xi. — Del seísmo de Burdino, natural de Limoges.	292
Cap. xii. — De las paces que se asentaron entre Aragón y Castilla.	293
Cap. xiii. — De los principios del reino de Portugal.	293
Cap. xiv. — De las guerras que el rey de Castilla hizo contra los moros.	297
Cap. xv. — Cómo don Alonso, rey de Aragón, fué muerto.	298
Cap. xvi. — De nuevas guerras que hobo en España entre los príncipes cristianos.	300
Cap. xvii. — Que don Alonso, príncipe de Portugal, se llamó rey.	302
Cap. xviii. — Cómo los sicles ganaron á Almería.	304
Cap. xix. — Cómo la ciudad de Lisboa se ganó de los moros.	306
Cap. xx. — Cómo se halló el cuerpo de san Eugenio.	307
LIBRO XI. — CAPÍTULO PRIMERO. — Cómo los almohades vinieron á España.	308
Cap. i. — Cómo murió don García, rey de Navarra.	309
Cap. ii. — De la venida á España de Luis, rey de Francia.	310
Cap. iii. — De la muerte del emperador don Alonso.	311
Cap. v. — Cómo don Sancho y don Fernando sucedieron á su padre.	312
Cap. vi. — De los principios de la caballería de Calatrava.	315
Cap. vii. — Cómo el rey don Sancho de Castilla falleció.	314
Cap. viii. — De nuevos movimientos que se levantaron en Castilla.	315
Cap. ix. — De la muerte de don Ramon, príncipe de Aragón.	316
Cap. x. — Cómo don Alonso, rey de Castilla, visitó el reino.	317
Cap. xi. — De las bodas de don Alonso, rey de Castilla.	319
Cap. xii. — De la confederación que se hizo contra don Pero Ruiz de Azagra.	320
Cap. xiii. — Del principio de la caballería de Santiago.	322
Cap. xiv. — Cómo los de Castilla ganaron la ciudad de Cuenca.	323
Cap. xv. — Cómo don Alonso, rey de Portugal, fué preso por el de Leon.	324
Cap. xvi. — Cómo murieron los reyes de Portugal y de Leon.	326
Cap. xvii. — De varias confederaciones que se hicieron entre los reyes.	328
Cap. xviii. — Cómo se perdió la jornada de Alarcos.	329
Cap. xix. — De lo que sucedió en Portugal.	350
Cap. xx. — De la guerra que se hizo contra Navarra.	332
Cap. xxi. — Cómo el rey de Aragón fué á Roma.	333
Cap. xxii. — De las paces que se hicieron entre los reyes.	334
Cap. xxiii. — Cómo se comenzó la guerra contra los moros.	335
Cap. xxiv. — Cómo la victoria quedó por los cristianos.	337
Cap. xxv. — Del fin desta guerra.	359
LIBRO XII. — CAPÍTULO PRIMERO. — Cómo los albigenses alteraron á Francia.	340
Cap. ii. — Cómo murió el rey de Aragón.	341
Cap. iii. — Que el rey don Alonso de Castilla falleció.	343
Cap. iv. — Cómo en Castilla y Aragón hobo revueltas y guerras.	345
Cap. v. — Cómo los de la casa de Lara se apoderaron del gobierno de Castilla.	347
Cap. vi. — De lo restante hasta la muerte del rey don Enrique de Castilla.	349
Cap. vii. — Cómo alzaron por rey de Castilla á don Fernando, llamado el Santo.	350
Cap. viii. — En España se fundaron monasterios de diversas religiones.	352
Cap. ix. — Cómo se casaron los dos reyes don Fernando de Castilla y don Jaime de Aragón.	355
Cap. x. — El rey don Fernando apaciguó otras nuevas alteraciones.	354
Cap. xi. — De la guerra que se hizo á los moros.	356
Cap. xii. — Que el rey don Fernando volvió á la guerra del Andalucía.	358
Cap. xiii. — Que se volvió de nuevo á la guerra de los moros.	359
Cap. xiv. — Que el rey de Aragón ganó la isla de Mallorca.	360
Cap. xv. — Que el reino de Leon se unió con el de Castilla.	363
Cap. xvi. — De algunas vistas que diversos reyes tuvieron entre sí.	364

Cap. xvii. — El principio que tuvieron las conquistas de Córdoba y Valencia.	366
Cap. xviii. — Cómo la ciudad de Córdoba se ganó de los moros.	367
Cap. xix. — Cómo se ganó la ciudad de Valencia.	368
LIBRO XIII. — CAPÍTULO PRIMERO. — Cómo muchos pueblos fueron tomados por los nuestros.	371
Cap. ii. — Cómo el reino de Murcia se entregó.	373
Cap. iii. — Cómo el rey don Fernando partió por el Andalucía.	id.
Cap. iv. — Que don Sancho, rey de Portugal, fué echado del reino.	375
Cap. v. — Principio de la guerra de Sevilla.	376
Cap. vi. — Que en Aragón se puso entredicho general.	377
Cap. vii. — Que Sevilla se ganó.	378
Cap. viii. — De la muerte del rey don Fernando.	381
Cap. ix. — De los principios de don Alonso el Décimo, rey de Castilla.	382
Cap. x. — El rey don Alonso fue elegido por emperador.	384
Cap. xi. — Los grandes de Castilla se alteraron contra el rey don Alonso.	385
Cap. xii. — Que se puso entredicho en Portugal.	386
Cap. xiii. — Cómo los reyes de Aragón y de Sicilia emparentaron.	388
Cap. xiv. — Que los Merinos se apoderaron de Africa.	389
Cap. xv. — Que se renovó la guerra de los moros.	390
Cap. xvi. — Que la emperatriz de Grecia vino á España.	392
Cap. xvii. — Que don Jaime, rey de Aragón, vino á Toledo.	393
Cap. xviii. — Que el rey de Aragón partió para la Tierra-Santa.	394
Cap. xix. — San Luis, rey de Francia, falleció.	395
Cap. xx. — De la conjuración que hicieron los grandes contra el rey don Alonso de Castilla.	id.
Cap. xxi. — De nuevas alteraciones que sucedieron en Aragón.	397
Cap. xxii. — El rey don Alonso partió para tomar posesion del imperio.	id.
LIBRO XIV. — CAPÍTULO PRIMERO. — Cómo el rey de Marruecos pasó en España.	400
Cap. ii. — De la muerte del rey don Jaime de Aragón.	402
Cap. iii. — Que las discordias de Navarra se apaciguaron.	403
Cap. iv. — De diversas hablas que tuvieron los reyes.	404
Cap. v. — Cómo don Sancho se rebeló contra su padre.	407
Cap. vi. — De la conjuración que hizo Juan Prochita contra los franceses en Sicilia.	408
Cap. vii. — De la muerte de don Alonso, rey de Castilla.	411
Cap. viii. — De los principios del rey don Sancho.	412
Cap. ix. — De las muertes de tres reyes.	414
Cap. x. — De cierta habla que hobo entre los reyes de Francia y Castilla.	417
Cap. xi. — Que se trató de librar los hermanos Cerdas, y Carlos, príncipe de Salerno, fué puesto en libertad.	419
Cap. xii. — De nuevas alteraciones que se levantaron en Castilla.	420
Cap. xiii. — De algunas hablas que tuvieron los reyes.	421
Cap. xiv. — Que don Juan de Lara se pasó á Aragón.	422
Cap. xv. — Cómo los tres reyes de España emparentaron entre sí.	424
Cap. xvi. — De la muerte del rey don Sancho.	425
Cap. xvii. — Cómo don Fadrique fué alzado por rey de Sicilia.	427
LIBRO XV. — CAPÍTULO PRIMERO. — De nuevos alborotos que sucedieron en Castilla.	428
Cap. ii. — Que el rey don Fernando de Castilla se desposó.	431
Cap. iii. — Del año del jubileo.	433
Cap. iv. — De Raimundo Lulio.	434
Cap. v. — De las bodas del rey don Fernando.	435
Cap. vi. — De la muerte del pontífice Bonifacio.	436
Cap. vii. — De la paz que entre los reyes de España se hizo en el Campillo.	437
Cap. viii. — Clemente V, pontífice máximo.	439
Cap. ix. — Que la guerra de Granada se renovó.	440
Cap. x. — Cómo extinguieron los caballeros templarios.	442
Cap. xi. — De la muerte de don Fernando el Cuarto, rey de Castilla.	444
Cap. xii. — De los principios del reinado de don Alonso el	

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
Onceno, rey de Castilla.	443	Cap. xv. — De la muerte del rey don Alonso de Castilla. . .	481
Cap. xiii. — Del principio que tuvieron los turcos.	447	Cap. xvi. — Cómo mataron á doña Leonor de Guzman. . . .	483
Cap. xiv. — Que los catalanes acometieron el imperio de Grecia.	448	Cap. xvii. — Del casamiento del rey don Pedro.	485
Cap. xv. — Del pontífice Juan XXII.	450	Cap. xviii. — Que el rey de Castilla dejó á la reina doña Blanca.	487
Cap. xvi. — Los infantes don Pedro y don Juan murieron en la guerra de Granada.	451	Cap. xix. — De la guerra de Cerdeña.	489
Cap. xvii. — De la muerte de la reina doña María.	453	Cap. xx. — De los alborotos y revueltas de Castilla. . . .	491
Cap. xviii. — Que el rey don Alonso el Onceno de Castilla se encargó del gobierno de su reino.	455	Cap. xxi. — De muchas muertes que se hicieron en Castilla. .	493
Cap. xix. — De la muerte del rey de Aragon.	457	LIBRO XVII. — CAPITULO PRIMERO. — Del principio de la guerra de Aragon.	494
Cap. xx. — Nuevos casamientos de reyes.	458	Cap. ii. — De las muertes de algunos señores de Castilla. . .	497
Cap. xxi. — Que la guerra contra los moros se renovó. . . .	460	Cap. iii. — Que la armada de Castilla hizo guerra en la costa de Aragon.	499
LIBRO XVI. — CAPITULO PRIMERO. — Que el rey de Granada pasó en Africa.	461	Cap. iv. — De la muerte de la reina doña Blanca.	509
Cap. ii. — Que Abomellique vino á España.	462	Cap. v. — De la muerte del rey Bermejo de Granada. . . .	503
Cap. iii. — De la muerte de algunos príncipes.	464	Cap. vi. — Renovábase la guerra de Aragon.	504
Cap. iv. — De algunos movimientos de navarros y portu- gueses.	465	Cap. vii. — Que don Enrique fué alzado por rey de Castilla. .	507
Cap. v. — Concédense treguas á los portugueses.	466	Cap. viii. — Que el rey don Pedro fué echado de España. . .	509
Cap. vi. — Cómo mataron á Abomellique.	468	Cap. ix. — De las guerras de Navarra.	511
Cap. vii. — Que los moros fueron vencidos junto á Tarifa. .	469	Cap. x. — Que don Enrique fué vencido junto á Najara. . . .	513
Cap. viii. — De lo restante desta guerra.	472	Cap. xi. — Del maestre de San Bernardo.	515
Cap. ix. — Del principio de las alcabalas.	473	Cap. xii. — Que don Enrique volvió á España.	516
Cap. x. — Del cerco de Algecira.	474	Cap. xiii. — Que el rey don Pedro fué muerto.	517
Cap. xi. — De la toma de Algecira.	475	Cap. xiv. — Que don Enrique se apoderó de Castilla. . . .	519
Cap. xii. — De la guerra de Mallorca.	476	Cap. xv. — Cómo murió don Tello.	521
Cap. xiii. — De las revueltas que hubo en el reino de Ara- gon.	478	Cap. xvi. — De las bodas del rey de Portugal.	522
Cap. xiv. — Que se apaciguaron las discordias entre los caballeros de Calatrava.	480	Cap. xvii. — De otras confederaciones que se hicieron en- tre los reyes.	524
		Cap. xviii. — De las paces que se hicieron con el rey de Aragon.	526
		Cap. xix. — Algunos casamientos de príncipes.	529